

José de Espronceda, Honoré de Balzac, Iván Turguéniev,  
Henry James, Villiers de l'Isle-Adam, Guy de Maupassant,  
Léon Bloy, Rubén Darío, H. G. Wells, Rudyard Kipling,  
Joseph Conrad, Horacio Quiroga, Arthur Schnitzler,  
Gustav Meyrink, Roberto Arlt, Alfonso Reyes,  
Luis Cayo Pérez Bueno

# LA PIERNA PERDIDA DEL CAPITÁN ACAB

Antología de relatos  
de lisiados

*Edición de* LUIS CAYO PÉREZ BUENO y DAVID DE LA FUENTE COELLO

PRE-TEXTOS ● FUNDACIÓN ONCE  
COLECCIÓN LETRAS DIFERENTES

## ÍNDICE

Diseño gráfico: Pre-Textos (S. G. E.)

*Mu-Mu*, de Iván Turguéniev: © de la traducción Víctor Gallego Ballestero  
*Trágico error*, de Henry James: © de la traducción David de la Fuente Coello y Luis Cayo Pérez Bueno  
*Duke of Portland*, de Villiers de l'Isle-Adam: © de la traducción Ana María Moix  
*La mano*, de Guy de Maupassant: © de la traducción Luis Cayo Pérez Bueno  
*El tullido*, de Guy de Maupassant: © de la traducción Luis Cayo Pérez Bueno  
*A terrible night*, de Léon Bloy: © de la traducción Luis Cayo Pérez Bueno, publicado en Léon Bloy, *Cuentos de guerra*, El Cobre, Barcelona, 2002 (reproducido con permiso de la editorial)  
*El Salamandra vampiro*, de Léon Bloy: © de la traducción Luis Cayo Pérez Bueno, publicado en Léon Bloy, *Cuentos de guerra*, El Cobre, Barcelona, 2002 (reproducido con permiso de la editorial)  
*El País de los Ciegos*, de H. G. Wells: © de la traducción Gianni Mion, publicado en Italo Calvino, *Cuentos fantásticos del siglo XIX*, vol. II, Siruela/Bolsillo, Madrid, 3.ª ed., 1997 (reproducido con permiso de la editorial)  
 “Ellos”, de Rudyard Kipling: © de la traducción Fernando Jadraque, publicado en Rudyard Kipling, *El hombre que pudo reinar y otros cuentos*, Valdemar, Madrid, 2003 (reproducido con permiso de la editorial)  
*Los idiotas*, de Joseph Conrad: © de la traducción Fernando Jadraque, publicado en Joseph Conrad, *Cuentos de inquietud*, Valdemar, Madrid, 2002 (reproducido con permiso de la editorial)  
*El ciego Geronimo y su hermano*, de Arthur Schnitzler: © de la traducción Berta Vías Mahou, publicado en Arthur Schnitzler, *El destino del Barón Von Leisenbohg*, El Acanalado, Barcelona, 2003 (reproducido con permiso de la editorial)  
*La muerte morada*, de Gustav Meyrink: © de la traducción herederos de Agustí Bartra  
*El jorobadito*, de Roberto Arlt: © herederos de Roberto Arlt, publicado en Roberto Arlt, *Cuentos completos*, Losada, Madrid, 2002 (reproducido con permiso de la editorial)  
*La mano del comandante Aranda*, de Alfonso Reyes: © herederos de Alfonso Reyes  
*El negro*, de Luis Cayo Pérez Bueno: © Luis Cayo Pérez Bueno

© De la edición: Luis Cayo Pérez Bueno y David de la Fuente Coello, 2004

© De esta edición: Fundación ONCE y Editorial Pre-Textos, 2004

Ilustración cubierta: Detalle del cuadro *Flagelación* de Alejo Fernández. Museo del Prado

ISBN: 84-8191-636-6

Depósito legal: V.

Impresión:

LA PATA DE PALO, José de Espronceda.....	7
FACINO CANE, Honoré de Balzac.....	13
MUMÚ, Iván Turguéniev.....	29
TRÁGICO ERROR, Henry James.....	61
DUKE OF PORTLAND, Villiers de l'Isle-Adam.....	87
LA MANO, Guy de Maupassant.....	95
EL TULLIDO, Guy de Maupassant.....	103
A TERRIBLE NIGHT, Léon Bloy.....	109
EL SALAMANDRA VAMPIRO, Léon Bloy.....	115
EL SÁTIRO SORDO, Rubén Darío.....	123
EL PAÍS DE LOS CIEGOS, H. G. Wells.....	129
“ELLOS”, Rudyard Kipling.....	159
LOS IDIOTAS, Joseph Conrad.....	187
LA GALLINA DEGOLLADA, Horacio Quiroga.....	215
EL CIEGO GERONIMO Y SU HERMANO, Arthur Schnitzler.....	223
LA MUERTE MORADA, Gustav Meyrink.....	251
EL JOROBADITO, Roberto Arlt.....	259
LA MANO DEL COMANDANTE ARANDA, Alfonso Reyes.....	279
EL NEGRO, Luis Cayo Pérez Bueno.....	289

## LA PATA DE PALO

JOSÉ DE ESPRONCEDA

Voy a contar el caso más espantable y prodigioso que buenamente imaginarse puede, caso que hará erizar el cabello, horripilarse las carnes, pasmar el ánimo y acobardar el corazón más intrépido, mientras dure su memoria entre los hombres y pase de generación en generación su fama con la eterna desgracia del infeliz a quien cupo tan mala y tan desventurada suerte. ¡Oh cojos!, escarmentad en pierna ajena y leed con atención esta historia, que tiene tanto de cierta como de lastimosa; con vosotros hablo, y mejor diré con todos, puesto que no hay en el mundo nadie, a no carecer de piernas, que no se halle expuesto a perderlas.

Érase que en Londres vivían, no ha medio siglo, un comerciante y un artífice de piernas de palo, famosos ambos: el primero, por sus riquezas, y el segundo, por su rara habilidad en su oficio. Y basta decir que ésta era tal, que aun los de piernas más ágiles y ligeras envidiaban las que solía hacer de madera, hasta el punto de haberse hecho de moda las piernas de palo, con grave perjuicio de las naturales. Acertó en este tiempo nuestro comerciante a romperse una de las suyas, con tal perfección, que los cirujanos no hallaron otro remedio más que cortársela, y aunque el dolor de la operación le tuvo a pique de expirar, luego que se encontró sin pierna, no dejó de alegrarse pensando en el artífice, que con una de palo le habría de librar para siempre de semejantes percances. Mandó llamar a Mister Wood al momento (que éste era el nombre del estupendo maestro pernero), y como suele decirse, no se le cocía el pan, imaginándose ya con su bien arre-

glada y prodigiosa pierna que, aunque hombre grave, gordo y de más de cuarenta años, el deseo de experimentar en sí mismo la habilidad del artífice le tenía fuera de sus casillas.

No se hizo esperar mucho tiempo, que era el comerciante rico y gozaba renombre de generoso.

–Mister Wood –le dijo–, felizmente necesito de su habilidad de usted.

–Mis piernas –repuso Wood– están a disposición de quien quiera servirse de ellas.

–Mil gracias; pero no son las piernas de usted, sino una de palo lo que necesito.

–Las de ese género ofrezco yo –replicó el artífice– que las más, aunque son de carne y hueso, no dejan de hacerme falta.

–Por cierto que es raro que un hombre como usted que sabe hacer piernas que no hay más que pedir, use todavía las mismas con que nació.

–En eso hay mucho que hablar; pero al grano: usted necesita una pierna de palo, ¿no es eso?

–Cabalmente –replicó el acaudalado comerciante; pero no vaya usted a creer que se trata de una cosa cualquiera, sino que es menester que sea una obra maestra, un milagro del arte.

–Un milagro del arte, ¡eh! –repitió Mister Wood.

–Sí, señor, una pierna maravillosa y cueste lo que costare.

–Estoy en ello; una pierna que supla en un todo la que usted ha perdido.

–No, señor; es preciso que sea mejor todavía.

–Muy bien.

–Que encaje bien, que no pese nada, ni tenga yo que llevarla a ella, sino que ella me lleve a mí.

–Será usted servido.

–En una palabra, quiero una pierna..., vamos, ya que estoy en el caso de elegirla, una pierna que ande sola.

–Como usted guste.

–Conque ya está usted enterado.

–De aquí a dos días –respondió el pernero– tendrá usted la pierna en casa, y prometo a usted que quedará complacido.

Dicho esto se despidieron, y el comerciante quedó entregado a mil sabrosas y lisonjeras esperanzas, pensando que de allí a tres días se vería provisto de la mejor pierna de palo que hubiera en todo el reino unido de la Gran Bretaña. Entretanto, nuestro ingenioso artífice se ocupaba ya en la construcción de su máquina con tanto empeño y acierto, que de allí a tres días, como había ofrecido, estaba acabada su obra, satisfecho sobremanera de su adelantado ingenio.

Era una mañana de mayo y empezaba a rayar el día feliz en que habían de cumplirse las mágicas ilusiones del despernado comerciante, que yacía en su cama muy ajeno de la desventura que le aguardaba. Faltábale tiempo ya para calzarse la prestada pierna, y cada golpe que sonaba a la puerta de la casa retumbaba en su corazón. “Ése será”, se decía a sí mismo; pero en vano, porque antes que su pierna llegaron la lechera, el cartero, el carnicero, un amigo suyo y otros mil personajes insignificantes, creciendo por instantes la impaciencia y ansiedad de nuestro héroe, bien así como el que espera un frac nuevo para ir a una cita amorosa y tiene al sastre por embustero. Pero nuestro artífice cumplía mejor sus palabras, y ¡ojalá que no la hubiese cumplido entonces! Llamaron, en fin, a la puerta, y a poco rato entró en la alcoba del comerciante un oficial de su tienda con una pierna de palo en la mano, que no parecía sino que se le iba a escapar.

–¡Gracias a Dios! –exclamó el banquero–; veamos esa maravilla del mundo.

–Aquí la tiene usted –replicó el oficial– y crea usted que mejor pierna no la ha hecho mi amo en su vida.

–Ahora veremos–. Y enderezándose en la cama, pidió de vestir, y luego que se mudó la ropa interior, mandó al oficial de piernas que le acercase la suya de palo para probársela. No tardó mucho tiempo en calzársela. Pero aquí entra la parte más lastimosa. No bien se la colocó y se puso en pie, cuando sin que fuer-

zas humanas fuesen bastantes a detenerla, echó a andar la pierna por sí sola con tal seguridad y rapidez tan prodigiosa que, a su despecho, hubo de seguirla el obeso cuerpo del comerciante. En vano fueron las voces que éste daba llamando a sus criados para que le detuvieran. Desgraciadamente, la puerta estaba abierta, y cuando ellos llegaron, ya estaba el pobre hombre en la calle. Luego que se vio en ella, ya fue imposible contener su ímpetu. No andaba, volaba; parecía que iba arrebatado por un torbellino, que iba impelido de un huracán. En vano era echar atrás el cuerpo cuanto podía, tratar de asirse a una reja, dar voces que le socorriesen y detuvieran, que ya temía estrellarse contra alguna tapia, el cuerpo seguía a remolque el impulso de la alborotada pierna; si se esforzaba a cogerse de alguna parte, corría peligro de dejarse allí el brazo, y cuando las gentes acudían a sus gritos, ya el malhadado banquero había desaparecido. Tal era la violencia y rebeldía del postizo miembro. Y era lo mejor, que se encontraba algunos amigos que le llamaban y aconsejaban que se parara, lo que era para él lo mismo que tocar con la mano al cielo.

—Un hombre tan formal como usted —le gritaba uno— en calzoncillos y a escape por esas calles, ¡eh!, ¡eh!

Y el hombre, maldiciendo y jurando y haciendo señas con la mano de que no podía absolutamente pararse.

Cuál le tomaba por loco, otro intentaba detenerle poniéndose delante y caía atropellado por la furiosa pierna, lo que valía al desdichado andarín mil injurias y picardías. El pobre lloraba; en fin, desesperado y aburrido se le ocurrió la idea de ir a casa del maldito fabricante de piernas que tal le había puesto.

Llegó, llamó a la puerta al pasar; pero ya había traspuesto la calle cuando el maestro se asomó a ver quién era. Sólo pudo divisar a lo lejos un hombre arrebatado en alas del huracán que con la mano se las juraba. En resolución, al caer la tarde, el apresurado varón notó que la pierna, lejos de aflojar, aumentaba en velocidad por instantes. Salió al campo y, casi exánime y jadeando, acertó a tomar un camino que llevaba a una quinta de una tía suya que allí

vivía. Estaba aquella respetable señora, con más de setenta años encima, tomando un té junto a la ventana del *parlour*, y como vio a su sobrino venir tan chusco y regocijado corriendo hacia ella, empezó a sospechar si habría llegado a perder el seso, y mucho más al verle tan deshonestamente vestido. Al pasar el desventurado cerca de sus ventanas le llamó y, muy seria, empezó a echarle una exhortación muy grave acerca de lo ajeno que era en un hombre de su carácter andar de aquella manera.

—¡Tía!, ¡tía! ¡También usted! —respondió con lamentos su sobrino perniligero.

No se le volvió a ver más desde entonces, y muchos creyeron que se había ahogado en el canal de la Mancha al salir de la Isla. Hace, no obstante, algunos años que unos viajeros recién llegados de América afirmaron haberle visto atravesar los bosques del Canadá con la rapidez de un relámpago. Y poco hace se vio un esqueleto desarmado vagando por las cumbres del Pirineo, con notable espanto de los vecinos de la comarca, sostenido por una pierna de palo. Y así continúa dando la vuelta al mundo con increíble presteza la prodigiosa pierna, sin haber perdido aún nada de su primer arranque, furibunda velocidad y *movimiento perpetuo*.

Vivía yo entonces en una callejuela que, sin duda, no conocéis, la Rue de Lesdiguières, que empieza en la Rue Saint Antoine, frente a una fuente, próxima a la plaza de la Bastilla, y termina en la Rue de la Cerisaie. El amor a la ciencia me había lanzado a una buhardilla, donde trabajaba de noche, y el día me lo pasaba en una biblioteca cercana, la de Monsieur. Vivía frugalmente, había aceptado todas las condiciones de la vida monástica, tan necesaria para los laboriosos. Cuando hacía buen tiempo, apenas si paseaba un poco por el bulevar Bourdon. Sólo una pasión me sacaba de mi estudioso hábito; pero ¿no era eso lo mismo que seguir estudiando?... Iba a observar las costumbres del barrio, sus vecinos y sus caracteres. Tan mal vestido como un obrero, indiferente al decoro, no daba lugar a que me mirasen con recelo; podía mezclarme en sus grupos, ver cómo cerraban sus tratos o discutían a la hora de dejar el trabajo. La observación era ya para mí intuitiva, calaba el alma sin descuidar el cuerpo; o, mejor dicho, captaba tan bien los detalles exteriores, que en el acto iba más allá; me confería la facultad de vivir la vida del individuo sobre quien la ejercía, permitiéndome suplantar su personalidad, al modo como aquel derviche de *Las mil y una noches* se incautaba del cuerpo de una persona pronunciando sobre unas palabras.

Cuando entre once y doce de la noche me tropezaba con un obrero y su mujer, que volvían juntos del Ambigú-Comique, me entretenía siguiéndolos desde el bulevar del Pont-aux-Choux hasta el de Beaumarchais. Aquella buena gente hablaba primero

de la pieza que habían visto; y luego, de una cosa en otra, pasaban a hablar de sus asuntos; tiraba la madre de la mano del hijo, sin escuchar sus quejas ni sus preguntas; contaban ambos cónyuges el dinero que habían de cobrar al día siguiente y se lo gastaban en mil cosas diversas. Salían a relucir entonces pormenores del hogar, lamentaciones sobre el precio excesivo de las patatas o sobre lo largo que se hacía el invierno y la carestía de la leña, recriminaciones enérgicas por lo que le debían al panadero y, en fin, discusiones que se enconaban y donde cada uno de los dos ponía de manifiesto su carácter con frases pintorescas. Oyendo a aquellas personas podía yo apropiarme de su vida, sentía sus andrajos en mi espalda, caminaba con los pies metidos en sus agujereados zapatos; sus deseos, sus necesidades, se me entraban en el alma o mi alma se entraba en las suyas. Era aquél el sueño de un hombre despierto. Me sulfuraba con ellos contra los capataces del taller, que los tiranizaban, o contra los malos clientes que les hacían volver varias veces hasta pagarles. Dejar las propias costumbres, volverse otro por la embriaguez de las facultades morales y hacer a voluntad esos papeles, tal era mi distracción.

¿A qué deberé yo esa facultad? ¿Será una segunda vista? ¿O una de esas cualidades cuyo abuso conduce a la demencia? Jamás investigué las causas de ese poder, limitándome a sentirlo en mí y utilizarlo. Pero sepan ustedes que, desde aquel tiempo, ya había yo analizado los elementos de esa masa heterogénea llamada el pueblo; y estudiándolo de un modo que me permitía evaluar sus buenas y malas cualidades. Sabía ya de qué utilidad podía ser aquel barrio, aquel semillero de revoluciones que encierra héroes, inventores, sabios prácticos, pícaros, canallas, virtudes y vicios, todo eso reprimido por la miseria, sofocado por la necesidad, ahogado en vino, estragado por licores fuertes. ¡No podréis imaginaros cuántas aventuras perdidas, cuántos dramas olvidados en esa ciudad de dolor! ¡Cuántas cosas horribles y bellas! No llegará jamás la imaginación hasta la realidad que allí se oculta y que nadie puede ir a descubrir, pues es preciso descender muy bajo

para encontrar esas admirables escenas trágicas o cómicas, obras maestras, engendradas por la casualidad. No sé cómo he podido guardarme para mí tanto tiempo la historia que ahora voy a contar, y que forma parte de esos curiosos relatos que se quedan en el saco, de donde los saca la memoria caprichosamente como números de lotería; otros muchos tengo por el estilo de raros e igualmente sepultados; pero no se apuren ustedes, que ya irán saliendo.

Cierto día, mi asistenta, la mujer de un obrero, hubo de rogarme que honrase con mi presencia la boda de una hermana suya. Para que puedan ustedes comprender lo que era la tal boda, debo decirles que yo le abonaba a aquella mujer cuarenta sueldos al mes porque viniese todas las mañanas a hacerme la cama, limpiarme los zapatos, cepillarme la ropa, barrerme el cuarto y prepararme el desayuno; lo demás del día se lo pasaba dándole vueltas a la manivela de una máquina, y en ese duro oficio ganaba diez sueldos de jornal. Su marido, ebanista, ganaba cuatro francos. Pero como el matrimonio tenía tres hijos, apenas si alcanzaba con todo eso para el pan. Jamás en mi vida encontré honradez más sólida que la de aquel hombre y aquella mujer. Después que me mudé a otro barrio, durante cinco años siguió la tía Vaillant viniendo a felicitarme por mi santo, trayéndome un ramito de flores y unas naranjas, siendo así que jamás tenía ahorrado diez sueldos. Nos aproximaba la miseria. Nunca pude yo darle arriba de diez francos, que siempre pedía prestados a ese fin. Esto podrá explicar mi promesa de asistir a la boda, con la ilusión de refugiarme en la alegría de aquella pobre gente.

El convite, el baile, se celebraba en casa de un tabernero de la Rue de Charenton, en el primer piso, en una gran sala alumbrada por lámparas con pantallas de hojalata, tapizada de un papel mugriento hasta la altura de las mesas y a lo largo de cuyas paredes se vejan bancos de madera. En aquella habitación ochenta personas endomingadas, cargadas de ramos de flores y cintajos, animadas todas por el espíritu de la Courtille y las caras conges-

tionadas, bailaban como si fuese a acabarse el mundo. Se besaban los casados, en medio de la general satisfacción, y se oían unos “¡eh!” y unos “¡ah!...” zumbones, pero no tan indecentes en realidad, como esas tímidas miradicas de las solteras bien educadas. Expresaba toda aquella gente una alegría brutal que tenía un no sé qué de contagioso.

Pero ni las fisonomías de aquella concurrencia ni la boda ni nada de este mundo guarda relación con mi historia. Retengan ustedes solamente lo singular del cuadro. Figúrense bien la taberna innoble y pintada de almagre, aspiren el olor a vino, escuchen los aullidos de aquella alegría y quédense en aquel barrio en medio de aquellos obreros, de aquellos viejos, de aquellas pobres mujeres entregadas al placer de una noche.

Componían la orquesta tres ciegos de los Quinze-Vingts que tocaban el primero el violín, el segundo el clarinete y el tercero la zampoña. Pagábanles a los tres un total de siete francos por toda la noche. Claro que por ese precio no podían regalar al público con Rossini ni Beethoven, sino que tocaban lo que querían y podían, sin que nadie —¡oh delicadeza encantadora!— protestase. Hería su música tan brutalmente el tímpano, que, tras pasar revista con la mirada a aquel público, hube de fijar la vista en aquel terceto de ciegos y me sentí, desde el primer instante, dispuesto a la indulgencia al reconocer su uniforme. Ocupaban aquellos artistas el hueco de una ventana, por lo que, para distinguir sus semblantes, era menester acercarse a ellos; no lo hice yo así al pronto; pero después que lo hice, no sé por qué, boda y música desaparecieron, y sentí excitada mi curiosidad hasta el colmo, pues se me fue el alma a alojarse en el cuerpo del tocador de clarinete. Tanto el del violín como el de la zampoña tenían caras vulgares, la consabida facha del ciego, comedida, atenta y grave; pero la del clarinete era uno de esos fenómenos que paran en seco al artista y al filósofo.

Figuraos la mascarilla en escayola de Dante, iluminada por la roja luz del quinqué y rematada por una selva de pelo de un blan-

cor argentado. La expresión amarga y triste de aquella cara magnífica parecía agrandada por la ceguera, porque los muertos ojos revivían merced al pensamiento; parecía despedir como un fulgor brillante, producido por un deseo único, incesante, enérgicamente estampado en aquella frente preñada, surcada por arrugas semejantes a las hiladas de un viejo muro. Soplaba aquel anciano al tuntún, sin atenerse lo más mínimo ni al compás ni al aire, y sus dedos subían y bajaban, pulsando las viejas llaves por efecto de un hábito maquinal. No se cohibía para dar lo que los músicos llaman falsetes, y los bailarines no los notaban, así como tampoco los dos acólitos de mi italiano, porque italiano era. Algo de grande y despótico había en aquel viejo Homero que llevaba dentro una *Odisea* condenada al olvido. Era la suya una grandeza tan real, que triunfaba, incluso ante su abyección, un despotismo tan vivo que dominaba la pobreza. Ninguna de esas violentas pasiones que conducen al hombre al bien o al mal, haciendo de él un presidiario o un héroe, faltaba en aquel rostro de noble diseño, lívidamente italiano, sombreado por unas cejas canosas, que proyectaban su sombra sobre profundas cavidades, en que temía uno ver reaparecer la luz del pensamiento, de igual modo que tememos ver salir de la boca de un antro varios bandidos armados de antorchas y puñales. Había un león encerrado en aquella jaula de carne, un león que apurara inútilmente su furia contra los hierros de sus barrotes. Aunque se apagara el incendio de la desesperación en sus cenizas, se enfriara la lava; pero los surcos, los destrozos y un poco de humo daban fe de la violencia de la erupción y los estragos del fuego. Esas ideas que la vista de aquel hombre sugería eran tan cálidas en mi alma como frías en su rostro.

Entre danza y danza, el del violín y el del albugue, seriamente ocupados en su vaso y su botella, se colgaban el instrumento de un botón de su levita, color de ala de mosca, alargaban la mano hacia una mesita colocada en el hueco de la ventana que les servía de cantina y le ofrecían al italiano un vaso colmado que no podía coger por sí mismo, ya que la mesa se encontraba detrás de su



asiento, y siempre el del clarinete les daba las gracias con un movimiento de cabeza afectuoso. Se realizaban sus gestos con esa precisión que siempre asombra en los ciegos de los Quinze, y nos da la impresión de que ven. Me acerqué a los tres ciegos para escuchar lo que dijese; pero en cuanto me tuvieron cerca, me estudiaron, no reconocieron en mí el carácter de obrero y cerraron el pico.

—¿De dónde es usted..., el que toca el clarinete?

—De Venecia —respondió el ciego, con un leve dejo italiano.

—¿Es usted ciego de nacimiento o perdió la vista a causa de...?

—Un accidente —me respondió él con viveza—, la maldita gota serena.

—¡Hermosa ciudad, Venecia!... Siempre tuve deseos de ir allá.

Se animó la fisonomía del viejo, se agitaron sus arrugas y pareció violentamente emocionado.

—Si me llevase a mí con usted, no perdería el tiempo —me dijo.

—No le hable usted de Venecia —me advirtió el del violín— o nuestro *dux* nos saldrá con la tarabilla de siempre, y mire que ya se echó al colete dos francos de vino, el príncipe...

—Vamos, adelante con los faroles, río Canet —dijo el del albugue.

Y los tres se pusieron a tocar de nuevo; pero en el tiempo que tardaron en ejecutar las cuatro contradanzas, el veneciano me husmeaba y adivinaba el interés que me inspiraba. Se borró de su rostro la fría expresión de tristeza, no sé qué ilusión iluminó sus facciones y resbaló como una llama azul por sus arrugas; sonrió y se enjugó la frente, audaz y terrible y, finalmente, se volvió jovial como individuo al que le siguen su manía.

—¿Qué edad tiene usted? —le pregunté.

—Ochenta y dos años.

—¿Desde cuándo está ciego?

—Pues ya va a hacer cincuenta años —me respondió con un tono de voz que delataba no proceder su pena sólo de la pérdida de la vista, sino de la de algún gran poder de que lo hubiesen despojado.

—¿Y por qué le llaman a usted *dux*? —le pregunté.

—¡Ah!, ésa es una broma —me dijo—. Yo soy patricio de Venecia y habría podido ser *dux* como cualquier otro.

—¿Cuál es su verdadero nombre?

—Aquí —me respondió— soy el tío Canet. Así figuró siempre mi nombre en los registros. Pero en Italia me llamo Marco Facino Cane, príncipe de Varese.

—Pero... ¡cómo! ¿Desciende usted del famoso *condottiere* Facino Cane, cuyas conquistas pasaron a los duques de Milán?

—É *vero* —asintió—. Por aquel tiempo para que no lo matasen los Visconti, el hijo de Cane se refugió en Venecia y se hizo inscribir en el Libro de Oro. Pero ahora ya no hay ni Cane ni libro. —E hizo un terrible gesto de patriotismo extinguido y de empacho por las cosas humanas.

—Pero si era usted senador de Venecia, sería rico; ¿cómo pudo perder su patrimonio?

Ante esa pregunta levantó su cabeza hacia mí como para mirarme con un movimiento verdaderamente trágico y me respondió:

—¡Desdichas!...

No pensaba ya en beber y rehusó con un gesto el vaso de vino que le ofrecía el del albugue; luego bajó la cabeza. No bastaban esos detalles para satisfacer mi curiosidad. Durante la contradanza que aquellas tres máquinas ejecutaron, contemplé yo al viejo patricio veneciano con esos sentimientos que a un joven de veinte años atosigan. Veía Venecia y el Adriático y los veía en aquel rostro arruinado. Me paseaba por esa ciudad tan amada de sus hijos, iba del Rialto al Gran Canal, del muelle de los Esclavones al Lido; tornaba a su catedral, tan originalmente sublime; contemplaba las ventanas de la Casa de Oro, que lucen cada una adornos diferentes; contemplaba sus viejos palacios tan ricos en mármoles y, en una palabra, todas esas maravillas con que el sabio simpatiza, tanto más cuanto que las tiñe de color a su capricho y no quita poesía a sus sueños con el espectáculo de la realidad. Remontaba

el curso de la vida de aquel vástago del más grande de los *condottieri*, y buscaba las huellas de sus desventuras y las causas de aquella profunda degradación física y moral que prestaba todavía más belleza a los detalles de nobleza y grandeza reanimados en aquel instante. Sin duda ambos teníamos los mismos pensamientos, pues yo creo que la ceguera hace mucho más rápidas las comunicaciones intelectuales, vedándole a la atención el desperdigarse en los objetos exteriores. Y no se hizo esperar la prueba de nuestra simpatía. Facino Cane dejó de tocar, se levantó, se acercó a mí y me dijo un “¡Vámonos!” que me hizo el efecto de una ducha eléctrica. Le di el brazo y salimos.

Cuando estuvimos en la calle me dijo:

—¿Quiere usted llevarme a Venecia, conducirme por ella y fiar en mí? Será usted más rico que las diez casas más ricas de Amsterdam o Londres, más rico que los Rothschild; en una palabra, rico como los de *Las mil y una noches*.

Pensé que aquel hombre estaba loco; pero había tal poder en su voz, que me rendí a su hechizo. Me dejé conducir y el ciego me llevó hacia los fosos de la Bastilla, cual si tuviera vista. Se sentó en una piedra, en un lugar muy solitario, donde después construyeron el puente que pone en comunicación al canal Saint-Martin con el Sena. Yo me senté en otra piedra frente al anciano, cuyo pelo blanco brilló como la plata al fulgor de la luna. El silencio, apenas turbado por el rumor tempestuoso de los bulevares que a nosotros llegaba, la pureza de la noche, todo contribuía a hacer verdaderamente fantástica la escena.

—¡Le habla usted de millones a un joven y cree que no sería capaz de arrostrar mil peligros por cogerlos! ¿No se burla usted de mí?

—Que muera yo sin confesión —me dijo con vehemencia— si lo que voy a decirle no es la pura verdad. Yo he tenido veinte años, como usted los tiene ahora, y era rico, guapo, noble, y empecé por la primera de las locuras: el amor. Amé como no se ama ya, hasta el extremo de meterme en un arcón y exponerme allí a que me

dieran de puñaladas, sin haber recibido otra cosa que la promesa de un beso. Morir por ella me parecía toda una vida. En 1760 hube de enamorarme de una Vendramino, una jovencita de dieciocho años, casada con un tal Sagredo, uno de los más opulentos senadores, hombre de treinta años, y que quería con locura a su mujer. Mi amada y yo éramos inocentes como dos querubines, cuando un día nos sorprendió el *sposo* pelando la pava; yo estaba sin armas, él me falló el golpe y yo me eché sobre él y lo estrangulé con ambas manos, retorciéndole el cuello como a un pollito. Quise partir con Bianca y ella se negó a seguirme. ¡Para que se vea lo que son las mujeres! Tuve que huir yo solo, me condenaron en rebeldía y me confiscaron mis bienes en favor de mis herederos; pero yo me había llevado mis diamantes, cinco lienzos del Tiziano enrollados y todo mi oro. Me refugié en Milán, donde no me molestaron; mi asunto no le interesaba al gobierno. Una ligera observación antes de seguir adelante —dijo tras una pausa—. Influirán o no los antojos de una mujer encinta sobre el hijo que lleva en las entrañas o al concebirlo, pero lo cierto es que mi madre tuvo pasión por el oro durante su embarazo. Y yo siento por el oro una monomanía, cuya satisfacción es tan necesaria para mi vida que, en cuantas situaciones me encontré, nunca dejé de tener oro conmigo; manejo constantemente oro; de joven llevaba siempre encima alhajas y nunca me faltaban doscientos o trescientos ducados.

Al decir esas palabras se sacó del bolsillo dos ducados y me los enseñó.

—Yo husmeo el oro. No obstante estar ciego, me paro ante las joyerías. Esa pasión me ha perdido, pues me hice jugador para jugar oro. Pero no era tahúr y me timaron y me arruiné. Cuando se me acabó el dinero, me entró un rabioso deseo de ver a Bianca; me volví en secreto a Venecia, la encontré y goce seis meses de felicidad, escondido en su casa y mantenido por ella. Pensaba terminar así deliciosamente mi vida. Pero era el caso que el proveedor andaba tras ella y se sospechó un rival, cosa que en Italia se

huele; nos espió, y un día, ¡el muy villano!, nos sorprendió a los dos juntos. Ya se figurará usted lo reñida que fue nuestra lucha; no lo maté, pero lo dejé malherido. Esa aventura dio al traste con mi felicidad. Desde aquel día no he vuelto a ver a Bianca. He gozado de grandes placeres, he vivido en la corte de Luis XV entre las más célebres mujeres; pero en ninguna parte he encontrado las buenas cualidades, los encantos, el amor de mi dilecta veneciana. Tenía el proveedor sus esbirros, los convocó y cercaron el palacio y lo invadieron; yo me defendí para poder morir ante los ojos de Bianca, que me ayudaba a matar al proveedor. En otro tiempo no quiso aquella mujer huir conmigo; pero después de seis meses de felicidad estaba decidida a morir a mi lado y hubo de recibir varios golpes. Me echaron encima una gran capa, me envolvieron en ella y me llevaron a una góndola, y en ella a una mazmorra de los pozos. Tenía yo entonces veintidós años y llevaba tan bien cogido el pomo de mi rota espada, que, para quitármelo, habrían tenido que cortarme la muñeca. Por una rara casualidad, o inspirado más bien por una idea de precaución, escondí en un rincón aquel trozo de acero, cual si más adelante me pudiera servir. Me curaron las heridas, ninguna de las cuales era mortal. A los veintidós años sale uno bien parado de todo. Yo estaba condenado a morir decapitado, pero me hice el enfermo con el fin de ganar tiempo. Creía hallarme en un calabozo vecino al canal y concebí proyecto de evadirme cavando el muro y cruzando a nado el canal, con riesgo de ahogarme. He aquí en qué razones apoyaba mi esperanza: siempre que el carcelero me traía la bazofia, leía yo indicaciones escritas en las paredes, como: *lado del palacio, lado del canal, lado del subterráneo*, y concluí por vislumbrar un plano, cuyo sentido apenas me inquietaba, pero que era explicable por el estado actual del palacio, que aún está sin terminar. Con el genio que infunde el afán de recobrar la libertad, traté de descifrar, palpando con las yemas de los dedos la superficie de una piedra, una inscripción en árabe, con la que el autor de aquella obra advertía a sus sucesores que había separado dos piedras de la última hila-

da y cavado tres metros de subterráneo. Para continuar su labor era menester esparcir sobre el suelo mismo del calabozo las partículas de piedra y mortero producidas por el trabajo de excavación. Aunque los carceleros o los inquisidores no hubiesen fiado en la construcción del edificio, que sólo exigía una vigilancia exterior, la disposición de los pozos, a los que se baja por unos peldaños, permitía ir minando gradualmente el suelo, sin que los carceleros lo notasen. Tan inmenso trabajo habría estado de más, por lo menos para quien lo había emprendido, porque su interrupción delataba su muerte. Con el fin de que su sacrificio no quedase totalmente perdido, era menester que el nuevo preso supiese árabe; pero yo había estudiado las lenguas orientales en el convento de los armenios. Una frase escrita por detrás de la piedra decía la suerte de aquel desdichado, muerto víctima de sus inmensas riquezas, que Venecia codiciara, terminando por apoderarse de ellas. Un mes necesité para lograr algún resultado. En tanto trabajaba, en aquellos momentos en que el cansancio me rendía, oía yo el tintineo del oro, veía oro delante de mí, ¡me deslumbraban diamantes! ¡Oh!..., aguarde usted... Una noche, mi acero embotado tropezó con madera. Afilé mi trozo de espada y abrí un agujero en aquella madera. Para poder trabajar me arrastraba como una serpiente sobre el vientre, me quedaba en cueros para trabajar a la manera de los topos, extendiendo las manos por delante y valiéndome de la piedra misma cual de un punto de apoyo. La víspera del día que había yo de comparecer ante mis jueces quise, durante la noche, intentar un último esfuerzo; perforé la madera y mi acero no encontró nada más allá. ¡Imagínese usted cuál sería mi sorpresa al aplicar el ojo a aquel orificio! Estaba en los artesonados de una cueva donde una débil luz me permitía columbrar un montón de oro. Se hallaban en dicha cueva el *dux* y uno de los Diez, y sus voces, que oía yo, me hicieron saber que allí estaba el tesoro secreto de la República, los presentes de los *dux*, y las reservas del botín llamado el dinero de Venecia y que se cobraba del producto de las expediciones. ¡Me había salvado!

Cuando entró en mi mazmorra el carcelero, le propuse que favoreciese mi fuga y se viniese conmigo, y que nos lleváramos cuanto pudiéramos. No había razón para vacilar y el hombre aceptó. Un navío se hacía a la vela para Levante, tomamos todas las precauciones oportunas y Bianca secundó las medidas que yo le dictara a mi cómplice. Para no despertar sospechas, Bianca se nos uniría en Esmirna. En una noche agrandamos el agujero y bajamos hasta donde estaba el tesoro secreto de Venecia. ¡Qué noche aquella! Tres barriles había allí atiborrados de oro. En la habitación anterior había dinero apilado en dos montones iguales, que dejaban en medio un camino libre para cruzar la cámara, donde las monedas, formando cuneta, revestían las paredes hasta un metro y medio de altura. Yo creí que el carcelero se volvía loco: cantaba, brincaba, reía, hacía piruetas sobre el oro; yo le amenacé con estrangularlo si perdía el tiempo o armaba ruido. De puro alegre, no vio al pronto una mesa encima de la cual estaban los diamantes. Yo me lancé sobre ella con bastante habilidad para llenarme de diamantes mi tabardo de marinero y los bolsillos del pantalón. Pero, ¡Dios mío!, no cogí ni la tercera parte. Debajo de aquella mesa había lingotes de oro. Persuadí a mi compañero para que llenase de oro tantos sacos como pudiéramos llevar haciéndole ver que ésa era la única manera de evitar que en el extranjero nos descubrieran. “Por las perlas, alhajas y diamantes nos reconocerían”, le dije. Pero por más grande que fuera nuestra codicia, sólo pudimos arramblar con dos mil libras de oro, que requirieron seis viajes desde la cárcel a la góndola. Al centinela de la puerta que daba al agua lo sobornamos con un saco de diez libras de oro. En cuanto a los dos gondoleros, creían servir a la República. Al clarear el día zarpamos. Cuando ya estuvimos en alta mar, al acordarme de la noche pasada y las sensaciones que había experimentado, volví a ver aquel inmenso tesoro en el que, según mis cálculos, quedaban treinta millones en plata y veinte millones en oro, varios millones en diamantes, perlas y rubíes, y me entró como un ataque de locura. Me tomó la fiebre del oro. Desembar-

camos en Esmirna e inmediatamente volvimos a embarcarnos para Francia. Al subir a bordo del buque francés hizo Dios la merced de librarme de mi cómplice. No pensaba yo entonces en todo el alcance de aquel desafuero del azar, del que me alegré grandemente. Tan extenuados estábamos que permanecíamos como alelados, sin decirnos palabra, esperando hallarnos a salvo de todo peligro para gozar a nuestro antojo. No es, pues, de extrañar que a aquel tunante se le trastornara el juicio. Pero ya verá usted cómo Dios me castigó a mí. No me considere tranquilo hasta que vendí los dos tercios de mis diamantes en Londres y Amsterdam, y realicé mi polvo de oro en valores mercantiles. Cinco años los pasé escondido en Madrid; y en 1770 me vine a París con un nombre español, y lleve aquí la vida mas brillante. Bianca había muerto. En medio de mis placeres, cuando gozaba de un capital de seis millones, hube de quedarme ciego. Estoy seguro de que esa enfermedad fue resultado de mi estancia en el calabozo, de mis trabajos en la piedra, si no es que mi facultad de ver el oro implicaba un abuso de la potencia visual que me predestinaba a la ceguera. Amaba en aquel momento a una mujer, con la que pensaba unir mi suerte; le había declarado el secreto de mi nombre; pertenecía a una familia poderosa y yo lo esperaba todo del favor que Luis XV me dispensaba; había puesto toda mi confianza en aquella mujer, que era amiga de Madame du Barry, y ella me aconsejó que fuese a consultar con un famoso oculista de Londres; pero al cabo de vivir unos meses en dicha ciudad, aquella mujer me dejó abandonado en Hyde-Park, después de desvalijarme de todos mis caudales hasta el último céntimo; ya que, obligado a ocultar mi nombre, que me habría entregado a la venganza de Venecia, no podía invocar la ayuda de nadie, por temor a la República. Los espías que aquella mujer me había puesto me saquearon sin piedad. Le dispenso de unas aventuras dignas de Gil Blas. Sobrevino luego vuestra revolución. Vime obligado a ingresar en los Quinze-Vingt, donde aquella pécora me internó, después de tenerme dos años en Bicêtre como aliena-

do; no pude matarla, porque no veía y era harto pobre para comprar un brazo. Si antes de perder a Benedetto Carpi, mi carcelero, le hubiese consultado sobre la situación de mi mazmorra, habría podido reconocer el tesoro y volver a Venecia cuando Napoleón acabó con la República. Pero ahora, a pesar de mi ceguera, ¡vayamos a Venecia! Volver a encontrar la puerta de mi prisión, veré el oro a través de los muros, lo oleré bajo las aguas donde está enterrado, pues los acontecimientos que han derribado la República son de tal magnitud, que el secreto del tesoro ha debido de morir con Vendramino, el hermano de Bianca, un *dux*, que yo esperaba me habría reconciliado con los Diez. He dirigido notas al primer cónsul, le he propuesto un tratado al emperador de Austria y todos me han tomado por un loco. ¡Pero ande usted, vámonos a Venecia, vayamos allá como mendigos para volver como millonarios; rescataremos mis bienes y usted será mi único heredero; será príncipe de Varese!

Aturdido por aquella confidencia, que en mi imaginación asumía las proporciones de un poema, a vista de aquella cabeza blanca y ante el agua negra de los fosos de la Bastilla, agua dormida como la de los canales de Venecia, no contesté nada a mi interlocutor. Facino Cane pensó, sin duda, que yo lo juzgaba, como todos, con despectiva piedad, e hizo un gesto que expresaba toda la filosofía de la desesperación. Puede que aquel relato lo hubiese transportado a sus más felices días, a Venecia; enristró su clarinete y tocó en él melancólicamente una canción veneciana, una *barcarola*, para la que volvió a recobrar su primer talento, su talento de patricio enamorado. Fue algo como el *Super Flumina Babylo-nis*. A mí se me llenaron los ojos de lágrimas. Si algunos paseantes rezagados acertaron a pasar a lo largo del bulevar Bourdon, sin duda se detendrían a escuchar aquella postrer plegaria del desterrado, la última nostalgia de un nombre perdido, al que se mezclaría el recuerdo de Bianca. Pero no tardó el oro en llevarse la palma y la fatal pasión apagó aquel destello juvenil.

–Ese tesoro –me dijo– lo veo siempre, lo mismo dormido que despierto; me paseo por él, refulgen los diamantes, no soy tan ciego como usted cree; el oro y los diamantes me iluminan mi noche, la noche del último Facino Cane, porque mi título pasará a los Memmi. ¡Dios mío! ¡Qué pronto empezó el castigo del asesino! *Ave Maria...*

Rezó unas oraciones que no entendí.

–Iremos a Venecia –exclamé cuando se levantó.

–Por lo visto, al fin encontré un hombre –dijo él con el rostro encandilado.

Lo fui acompañando, cogido del brazo, y el me estrechó la mano en la puerta de los Quinze-Vingt en el momento en que algunos de los convidados a la boda volvían de ella, gritando a voz en cuello.

–¿Partiremos mañana? –me preguntó el anciano.

–Tan pronto como tengamos algún dinero –respondí.

–Pero podemos hacer el viaje a pie, yo pediré limosna... Soy fuerte, y cuando ve uno oro por delante se vuelve joven...

Facino Cane murió aquel invierno, después de dos meses de cama. El pobre hombre padecía un catarro crónico.

*Traducción del francés de Rafael Cansinos Assens*

## MUMÚ

IVÁN TURGUÉNIEV

En una de las calles periféricas de Moscú, había en otro tiempo una casa gris con columnas blancas, entresuelo y balcón algo torcido, en la que vivía una viuda atendida por numerosa servidumbre. Sus hijos habían entrado en la administración de Petersburgo y sus hijas se habían casado; la señora apenas salía de casa y pasaba en completa soledad los últimos años de su triste y sombría vejez. Sus días de luz, más bien grises y desapacibles, habían pasado hacía tiempo; pero la tarde de su vida era más negra que la noche.

De sus numerosos domésticos el más notable era el portero Guerásim, hombre de una talla gigantesca, complexión hercúlea y sordomudo de nacimiento. La señora lo había sacado de la aldea, donde vivía solo en una pequeña isba, separado de sus vecinos, y donde estaba considerado el más laborioso de sus tributarios. Dotado de una fuerza excepcional, trabajaba por cuatro y despachaba con soltura las faenas; daba gusto verlo cuando araba un campo; con las enormes palmas apoyadas en el arado, se diría que él solo, sin la ayuda de su caballo, abría el blando seno de la tierra; cuando, en torno al día de San Pedro, manejaba vigorosamente la guadaña, parecía que iba a segar a ras de tierra un bosquecillo de jóvenes abedules; y cuando, armado de un enorme mayal, trillaba el cereal sin tregua ni desmayo, los músculos oblongos y duros de sus hombros se levantaban y bajaban como una palanca. Su inquebrantable mutismo confería a su infatigable labor un aire de solemne gravedad. Era un mujik excelente, y de

no haber sido por su desgracia, cualquier muchacha lo habría aceptado de buen grado por marido... Pero un buen día lo llevaron a Moscú, le compraron unas botas, le confeccionaron un cafetán para el verano y un abrigo de piel de cordero para el invierno, le pusieron en la mano una escoba y una pala y le nombraron portero.

En un principio no le gustó nada su nueva vida. Desde la infancia estaba acostumbrado a las labores del campo y a la aldea. Aparatado por su desdicha del trato con los hombres, el mudo creció robusto como un árbol en tierra fértil... Trasplantado a la ciudad, se sentía desorientado, acosado por la perplejidad y la nostalgia, como un toro joven y fuerte al que de pronto sacan del pastizal donde la jugosa hierba le llega hasta el vientre, lo meten en un vagón de ferrocarril y lo llevan Dios sabe dónde en medio de un estrépito ensordecedor, nubes de humo, chispas y oleadas de vapor. En comparación con las duras faenas del campo, las obligaciones del nuevo cargo le parecían un juego; en media hora lo tenía todo hecho. Entonces se quedaba plantado en medio del patio, mirando con la boca abierta a los transeúntes, como si esperara que le aclarasen el enigma de su situación; o de pronto se retiraba a algún rincón y, arrojando la pala y la escoba, se tumbaba en el suelo boca abajo y pasaba horas enteras inmóvil, como una bestia en una trampa. No obstante, el hombre se acostumbra a todo y Guerásim acabó habituándose a la vida en la ciudad. Sus escasas tareas se reducían a mantener limpio el patio, transportar dos veces al día un barril de agua, cortar y llevar leña a la cocina y a la casa, impedir el paso a las personas extrañas y vigilar por la noche. Hay que reconocer que cumplía a conciencia su cometido: en el patio no se veían astillas ni barreduras; si en la época del deshielo el extenuado caballejo confiado a sus cuidados se atascaba con el barril del agua en algún atolladero, Guerásim empujaba con el hombro y sacaba del barrizal no sólo el carro, sino también el rocín; si se ponía a cortar leña, el hacha vibraba como un cristal y por todas partes saltaban virutas y tueros; y, en cuanto a las

personas extrañas, desde que una noche sorprendió a dos ladrones y golpeó la frente del uno contra la del otro, haciendo casi innecesario llevarlos a la policía, se ganó el respeto de todo el barrio; hasta de día, ya no sólo los rateros, sino cualquier persona desconocida que acertara a pasar por allí, al ver al terrible portero, se alejaba gesticulando y vociferando, como si Guerásim pudiera oír sus gritos. Con el resto de la servidumbre mantenía buenas relaciones, aunque no podían calificarse de amistosas, pues le tenían miedo. Guerásim los consideraba de los suyos. Comprendía los gestos que le dirigían y ejecutaba a la perfección las órdenes que le transmitían, pero también conocía sus derechos, y nadie habría osado ocupar su lugar a la mesa. En general, Guerásim era un hombre grave y circunspecto, al que le gustaba que todo estuviera en orden; ni los gallos se atrevían a pelearse en su presencia, ¡ay de ellos si se les ocurría! Los agarraba al punto por las patas, les daba unas diez vueltas en el aire y los lanzaba cada uno en una dirección. Por el patio de la señora también deambulaban algunos gansos, pero, como es bien sabido, los gansos son aves serias y juiciosas; Guerásim los respetaba, los cuidaba y les daba de comer. Él mismo tenía aspecto de ganso respetable. Le habían asignado un cuartucho que había encima de la cocina, que él arregló a su gusto: con planchas de roble construyó un lecho levantado sobre cuatro vigas, una verdadera cama de paladín, que no se habría doblado ni bajo un peso de cien *puds*;<sup>1</sup> bajo la cama colocó un cofre enorme; en un rincón dispuso una mesa no menos maciza, flanqueada de una silla baja de tres patas, tan pesada que a veces el propio Guerásim la levantaba, la dejaba caer y sonreía. Cerraba el cuartucho con un candado negro cuya forma recordaba una rosca de pan; Guerásim llevaba siempre la llave en el cinto, pues no le gustaba que nadie entrara en su habitación.

---

<sup>1</sup> Antigua medida rusa de peso que equivale a 16,3 kilogramos. (N. del T.)

Así transcurrió un año, a cuyo término se produjo un pequeño acontecimiento en la vida de Guerásim.

La vieja señora de la casa seguía en todo las antiguas costumbres y mantenía una numerosa servidumbre, compuesta no sólo de lavanderas, costureras, carpinteros, sastres y modistas, sino incluso de un talabartero que también desempeñaba las funciones de veterinario, se ocupaba de los criados enfermos y hacía las veces de médico de cabecera de la señora, y, por último, de un zapatero llamado Kapitón Klímov, un borracho empedernido. Klímov se consideraba un hombre instruido y de buenos modales, desaprovechado y no estimado en toda su valía, condenado a vivir desocupado en un rincón de Moscú; si bebía, declaraba él mismo sopesando cada palabra y golpeándose el pecho con la mano, lo hacía para ahogar las penas. Un día en que la señora hablaba con su mayordomo Gavrila, hombre que, a juzgar por sus ojillos amarillentos y su nariz de pato, estaba predestinado a mandar, aquélla se aquejó de las malas costumbres de Kapitón, al que la víspera habían encontrado en plena calle en un estado lamentable.

—¿Qué te parece si lo casáramos, Gavrila? —dijo de pronto—. Tal vez sentaría la cabeza.

—¡Por qué no! Claro que podemos —respondió Gavrila—, y le vendría muy bien.

—Sí, pero ¿quién querrá casarse con él?

—Claro... En cualquier caso, se hará como quiera la señora. Después de todo, seguro que podemos emplearlo en algo. Hay muchos como él.

—Creo que Tatiana le gusta.

Gavrila estuvo a punto de poner una objeción, pero se mordió la lengua.

—¡Sí...! Que pida la mano de Tatiana —decidió la señora, aspirando con placer un poco de rapé—, ¿lo oyes?

—A sus órdenes —respondió Gavrila y se retiró.

De vuelta en su habitación (situada en un pabellón y ocupada casi en su totalidad por cofres con remaches de hierro), lo prime-

ro que hizo Gavrila fue echar a su mujer, luego se sentó junto a la ventana y se quedó meditando. Por lo visto, la decisión inesperada de la señora lo había sorprendido. Finalmente se puso en pie y mandó llamar a Kapitón, que se presentó al poco rato... Pero antes de dar cuenta a los lectores de su conversación, no estará de más relatar en pocas palabras quién era esa Tatiana con la que debía casarse Kapitón y por qué la orden de la señora había desconcertado al mayordomo.

Tatiana era una de las lavanderas de las que hemos hablado más arriba (aunque por su habilidad y conocimientos en la materia sólo se le confiaba la ropa blanca), contaba unos veintiocho años y era una mujer menuda, delgada, rubia, con lunares en la mejilla izquierda, señal de una vida desdichada según las creencias de los rusos... En realidad, no podía jactarse de su buena fortuna. Desde la primera juventud sólo había recibido malos tratos; trabajaba por dos, sin recibir nunca la menor caricia; le daban ropa gastada y recibía una paga insignificante; tenía algunos tíos, aunque era como no tener a nadie: uno de ellos, viejo intendente, había sido enviado de vuelta al campo por su incapacidad; los otros eran campesinos: eso era todo. En otro tiempo había pasado por una muchacha bella, pero esa belleza no había tardado en marchitarse. Su comportamiento era de lo más sumiso o, mejor dicho, asustadizo; en lo concerniente a su propia persona mostraba una indiferencia absoluta, y por los otros sentía un miedo cervical; su única preocupación era terminar el trabajo a tiempo; nunca hablaba con nadie y la simple mención de la señora bastaba para hacerla temblar, aunque ésta apenas se había fijado en ella. Cuando trajeron a Guerásim de la aldea, por poco se desmayó de espanto al ver su enorme figura; trataba por todos los medios de no encontrarse con él y si por ventura tenía que pasar a su lado cuando se dirigía con premura al lavadero, entrecerraba los ojos. En un principio Guerásim no le prestó una atención especial; luego empezó a sonreír cuando la veía, más tarde se acostumbró a seguirla con la mirada y acabó por no quitarle los



ojos de encima. Se había enamorado de ella. ¡Sólo Dios sabe si fue por la dulzura de su expresión o por la timidez de sus ademanes! En una ocasión en que la muchacha atravesaba el patio llevando cuidadosamente en la punta de los dedos una camisola almidonada de la señora, sintió que alguien le tiraba fuertemente del codo; se dio la vuelta y lanzó un grito: a su lado estaba Guerásim. Con una sonrisa estúpida y un mugido afectuoso, le ofrecía un gallo de bizcocho, con adornos de oropel en la cola y en las alas. Tatiana hizo intención de rechazarlo, pero él se lo puso a la fuerza en la mano, sacudió la cabeza y se alejó, volviéndose para dirigirle otro mugido amistoso. Desde ese día no la dejó tranquila: en cualquier lugar al que fuese aparecía él, le sonreía, mugía, movía las manos, sacaba de pronto una cinta y se la tendía, o bien barría el lugar por el que ella se aprestaba a pasar. La pobre muchacha no sabía cómo comportarse ni qué hacer. Pronto toda la casa se enteró de las ocurrencias del portero mudo; sobre Tatiana llovieron burlas, sarcasmos y comentarios hirientes. No obstante, nadie se atrevía a mofarse de Guerásim, pues no le gustaban las bromas; cuando él estaba presente, también a ella la dejaban en paz. Le gustara o no, la muchacha se encontraba bajo su protección. Como todos los sordomudos, Guerásim era muy perspicaz y se daba perfecta cuenta cuando se reían de uno de los dos. Un día, durante la comida, la encargada de la ropa blanca, superiora de Tatiana, se ensañó con ella de tal modo que la pobre no sabía adónde dirigir los ojos y, toda confundida, parecía a punto de echarse a llorar. De pronto Guerásim se levantó, extendió su enorme manaza, la puso sobre la cabeza de la encargada y la miró a la cara con tan intensa furia que ésta pegó la nariz a la mesa. Todos se callaron. Guerásim volvió a coger la cuchara y siguió comiendo su sopa de col. “Este maldito mudo es un demonio”, murmuraron en voz baja los presentes, mientras la encargada se ponía de pie y se dirigía a las dependencias de las sirvientas. En otra ocasión, al advertir que Kapitón, el mismo Kapitón del que acabamos de ocuparnos, prodigaba galanterías a Tatiana, Guerásim le llamó con el dedo, lo

condujo a la cochera y, cogiendo por un extremo una lanza de carro que había en un rincón, le amenazó con pocos pero elocuentes gestos. Desde entonces nadie se atrevió a molestarla. Nada de eso se lo tenían en cuenta a Guerásim. Es cierto que la encargada de la ropa blanca se desmayó nada más llegar a las dependencias de las criadas y se condujo con tanta astucia que ese mismo día llegó a conocimiento de la señora el grosero proceder de Guerásim; pero la extravagante anciana se limitó a reír y, para gran despecho de la mujer, la obligó a relatarle varias veces cómo el portero la había forzado a doblar la cabeza con su ruda mano; al día siguiente envió a Guerásim un rublo de gratificación. Apreciaba la fidelidad y fortaleza de su guardián. Guerásim le tenía mucho miedo, pero de todos modos confiaba en su benevolencia y se disponía a solicitarle permiso para casarse con Tatiana. Sólo esperaba disponer del nuevo caftán que el mayordomo le había prometido para presentarse ante la señora decorosamente vestido. Y, justo en ese momento, a la señora se le ocurría casar a Tatiana con Kapitón.

El lector comprenderá ahora la inquietud del mayordomo cuando oyó aquella proposición. “Es evidente que la señora aprecia a Guerásim”, pensaba, sentado junto a la ventana (Gavrila lo sabía perfectamente, por eso él mismo lo trataba con deferencia), “pero de todos modos es mudo; no es necesario informar a la señora de que Guerásim corteja a Tatiana. A fin de cuentas, para ser justos, ¿qué clase de marido sería? Por otro lado, en cuanto llegue a oídos de ese ogro, que Dios me perdone, que Tatiana se casa con Kapitón, es capaz de destrozar toda la casa. Con él no hay modo de entenderse. A ver quién hace entrar en razón a ese demonio, el Señor me perdone... ¡Así es...!”

La aparición de Kapitón interrumpió el hilo de sus reflexiones. El atolondrado zapatero entró en la habitación, se llevó las manos a la espalda y, apoyándose con desenfado en un saliente de la pared que había junto a la puerta, cruzó la pierna derecha sobre

la izquierda y sacudió la cabeza como diciendo: “¡Aquí estoy! ¿Qué se le ofrece?”

Gavrila lo miró, al tiempo que tamborileaba en el marco de la ventana. Kapitón apenas entrecerró un poco los ojos empañados, pero no los bajó; hasta esbozó una leve sonrisa y se pasó la mano por los cabellos blanquecinos, que se encrespaban en todas direcciones. Parecía pensar: “Sí, soy yo. ¿Qué estás mirando?”

–Buen pájaro estás hecho –dijo el mayordomo y de nuevo guardó silencio–. ¡Buen pájaro, no cabe duda!

Por toda respuesta, Kapitón se encogió de hombros. “¿Acaso eres tú mejor?”, se dijo.

–Mírate, mírate te digo –continuó Gavrila en tono de reproche–. ¡Vaya pinta tienes!

Kapitón dirigió una tranquila mirada a su chaqueta deslustrada y raída, a sus pantalones remendados; examinó con atención sus botas agujereadas, en especial la derecha, cuya punta apoyaba como un petimetre, y de nuevo clavó los ojos en el mayordomo.

–¿Qué tiene de malo?

–¿Qué tiene de malo? –repitió Gavrila–. ¿Y me lo preguntas? Pareces un demonio, el Señor me perdone; eso es lo que pareces.

Kapitón empezó a hacer guiños sin parar.

“Regáñeme cuanto quiera, Gavrila Andréich”, pensó de nuevo para sus adentros.

–Has vuelto a emborracharte –siguió Gavrila–. ¡Otra vez! ¿Eh? Responde.

–Como tengo tan mala salud, me veo obligado a recurrir a las bebidas alcohólicas –exclamó Kapitón.

–¡Mala salud...! No te han dado suficientes palos, eso es lo que te pasa; te enviaron a Píter<sup>2</sup> de aprendiz... Ya veo que has aprendido mucho. No te mereces el pan que comes.

---

<sup>2</sup> Nombre popular con que se conocía la ciudad de San Petersburgo. (N. del T.)

–A ese respecto, el único juez que reconozco, Gavrila Andréich, es Dios nuestro Señor. Sólo Él sabe la clase de hombre que soy y si merezco o no el pan que como. Y en cuanto a la borrachera, debo decirle que el culpable no soy yo, sino un compañero que me tentó, me engatusó y luego se marchó, mientras yo...

–¡Mientras tú te quedabas tirado en medio de la calle, cabeza de chorlito! ¡Ah, sólo sabes empinar el codo! Pero no se trata de eso ahora –continuó el mayordomo–, sino de lo siguiente: la señora... la señora... –prosiguió después de una pausa– quiere que te cases. ¿Lo oyes? Piensa que una vez casado sentarás la cabeza. ¿Lo entiendes?

–¡Claro que lo entiendo!

–Ya. Si de mi dependiera, te ibas a enterar de lo que es bueno. Pero eso es cosa de la señora. Entonces, ¿estás de acuerdo?

Kapitón sonrió.

–Al hombre le conviene casarse, Gavrila Andréich; por mi parte, lo haré con mucho gusto.

–Está bien –replicó Gavrila, al tiempo que pensaba: “No hay duda de que este hombre sabe expresarse”–. Pero no estoy seguro –prosiguió en voz alta– de que la novia que te han buscado te convenga.

–Perdone mi curiosidad, ¿de quién se trata...?

–De Tatiana.

–¿Tatiana?

Kapitón abrió los ojos como platos y se apartó de la pared.

–¿Por qué te has sobresaltado? ¿Acaso no te gusta?

–¡Cómo no va a gustarme, Gavrila Andréich! Es una buena muchacha, hacendosa y sumisa... Pero usted mismo sabe que ese ogro, ese monstruo de las estepas, está colado por ella...

–Lo sé, amigo, lo sé perfectamente –le interrumpió con enfado el mayordomo–, pero...

–¡Hágase cargo, Gavrila Andréich! Me matará, como hay Dios que me matará, me aplastará como una mosca. Menudas manos

tiene. ¿Se ha fijado usted en sus manos? Iguales que las de Minin y Pozharski.<sup>3</sup> ¡Como está sordo, no oye los golpes que propina! Maneja los puños como un hombre que los agitara en sueños. Y no hay modo de calmarlo. Como usted sabe muy bien, Gavrila Andréich, está sordo, y además es tonto de capirote. Es un animal, una bestia, Gavrila Andréich, o algo incluso peor... un zoquete. ¿Qué he hecho para merecer sus porrazos? Claro que no soy ni la sombra de lo que era: he aguantado muchas cosas, he pasado las de Caín y estoy más descascarillado que una vieja cacerola; no obstante, a pesar de todo, soy un ser humano, no una vil cacerola.

–Lo sé, lo sé, no hace falta que me des tantos detalles...

–¡Dios mío! –continuó el acalorado zapatero–, ¿cuándo acabarán mis infortunios? ¿Cuándo, Señor? ¡Soy un desdichado, un desdichado sin remisión! ¿Cuándo se ha visto una suerte como la mía? En mis años mozos me pegaba mi amo, un alemán; en la mejor época de mi vida me pegaba mi propio hermano, y, ahora, a la edad adulta, fíjese a lo que he llegado.

–¡Ah, cabeza hueca! –dijo Gavrila–. ¿Vas a dejar de quejarte de una vez?

–¡Y qué quiere que haga, Gavrila Andréich! No son los golpes lo que temo. Si me castigan entre cuatro paredes y me tratan con consideración en público, seguiré siendo una persona; pero que ese tipo se permita...

–Bueno, basta. Vete ya –le interrumpió Gavrila con impaciencia.

Kapitón dio media vuelta y se marchó cabizbajo.

–Supongamos que no estuviera él por medio –le gritó el mayordomo–, ¿estarías de acuerdo?

–En ese caso, daría mi consentimiento –declaró Kapitón, alejándose.

Ni siquiera en los momentos más críticos el zapatero perdía su facundia.

---

<sup>3</sup> Jefes del movimiento nacional que se levantó contra los polacos de 1612. (N. del T.)

El mayordomo dio varias vueltas por la habitación.

–Ahora tenemos que llamar a Tatiana –decidió por fin.

Al cabo de unos instantes Tatiana entró en la habitación sin apenas hacer ruido y se detuvo en el umbral.

–¿Qué desea, Gavrila Andréich? –preguntó en voz baja.

El mayordomo la miró fijamente.

–Oye, Tatiana –exclamó–, ¿quieres casarte? La señora te ha buscado un novio.

–Como usted diga, Gavrila Andréich. ¿Y de quién se trata? –añadió con indecisión.

–De Kapitón, el zapatero.

–Como ordenen.

–No cabe duda de que es un hombre un tanto irresponsable. Pero la señora tiene confianza en ti.

–A sus órdenes.

–La única pega... es que ese sordo, Guerásim, anda detrás de ti. ¿Cómo has conseguido hechizar a semejante oso? Esa bestia es capaz de matarte...

–Me matará, Gavrila Andréich, sin duda que me matará.

–Bueno... ya lo veremos. Hay que ver con qué seguridad lo dices: “Me matará”. ¿Es que tiene derecho a matarte? Juzga tú misma.

–No sé si lo tiene o no, Gavrila Andréich.

–¡Qué mujer! Que yo sepa, no le has prometido nada...

–¿Qué quiere decir?

El mayordomo guardó silencio y pensó: “¡Qué criatura tan inocente!”.

–Bueno, está bien –añadió–, ya volveremos a hablar del asunto; ahora, márchate, Tatiana; ya veo que eres muy obediente.

Tatiana se dio la vuelta, se apoyó levemente en el marco de la puerta y salió.

“Es posible que mañana la señora se haya olvidado de la boda”, pensó el mayordomo. “Además, ¿por qué preocuparse? Meteremos en cintura a ese bribón. Informaremos del asunto a la policía...”

—¡Ustina Fiódorovna! —gritó con rudeza a su mujer—. A ver si traes de una vez el samovar, querida...

Tatiana apenas salió del lavadero ese día. Primero se echó a llorar, luego se enjugó las lágrimas y retomó su labor. En cuanto a Kapitón, estuvo hasta la noche en la taberna con un amigo de aspecto sombrío, contándole con todo lujo de detalles que en Píter había servido a un señor muy distinguido, observador de las buenas costumbres, pero que tenía un pequeño defecto: empinaba mucho el codo y perseguía a las mujeres de toda suerte y condición... El compañero de aire sombrío se contentaba con introducir algún monosílabo; pero, cuando Kapitón le anunció finalmente que, como consecuencia de un desdichado incidente, al día siguiente tendría que suicidarse, el compañero señaló que era hora de irse a dormir. Y los dos amigos se separaron en silencio y con sequedad.

Sin embargo, la esperanza del mayordomo no se cumplió. La señora se había encariñado tanto de su proyecto de matrimonio que se pasó toda la noche hablando de él con una de sus damas de compañía, encargada exclusivamente de entretenerla en caso de insomnio y que, en consecuencia, se veía obligada a dormir de día, como el cochero nocturno. Después del té, cuando Gavrila compareció ante ella para pasar revista a diferentes cuestiones, su primera pregunta fue cómo iba el asunto de la boda. Como es natural, el mayordomo respondió que todo marchaba a las mil maravillas y que ese mismo día Kapitón iría a presentarle sus respetos. La señora se sentía algo indispuesta, así que no se ocupó mucho tiempo de los asuntos de la casa. El mayordomo regresó a su habitación y convocó un consejo. El asunto, ni que decir tiene, exigía un examen detallado. Tatiana, por supuesto, no puso la menor objeción; pero Kapitón declaró ante toda la concurrencia que sólo tenía una cabeza, no dos ni tres... Guerásim paseó por sus compañeros una mirada rápida y severa, sin apartarse del porche de las dependencias de las criadas, como si adivinara que se estaba tramando algo contra él. Los reunidos (entre los que se

encontraba un viejo camarero, apodado el tío Cola, a quien todos acudían con respeto en busca de consejo, a pesar de que sólo decía: “así es; sin duda; sí, sí”) resolvieron ante todo, por la propia seguridad de Kapitón, encerrarlo en el cuarto de la máquina potabilizadora. Luego tuvo lugar una larga deliberación. Evidentemente, lo más fácil era recurrir a la fuerza; pero armarían jaleo, la señora se molestaría y Dios sabe lo que podía pasar. ¡Una desgracia! ¿Qué hacer? Después de mucho pensar, tomaron una decisión. Habían observado en repetidas ocasiones que Guerásim no soportaba a los borrachos... Cuando estaba en el portal, volvía la cabeza con disgusto cada vez que un hombre achispado pasaba junto a él con paso vacilante y la visera de la gorra sobre la oreja. Decidieron instruir a Tatiana para que se fingiera borracha y pasara junto a Guerásim tambaleándose y trompicándose. La pobre muchacha tardó mucho tiempo en dar su consentimiento, pero al final la convencieron; además, ella misma se daba cuenta de que no había otro modo de librarse de su adorador. Tatiana salió. Sacaron a Kapitón de su cuartucho: no en vano, el asunto también le concernía. Guerásim estaba sentado en un mojón junto a la cancela y hurgaba en la tierra con una pala... Los criados le contemplaban desde todos los rincones y desde todas las ventanas, levantando ligeramente las cortinas...

La argucia salió a pedir de boca. En cuanto Guerásim vio a Tatiana, su primera reacción, como siempre, fue sacudir la cabeza y emitir un amistoso mugido; luego la contempló de cerca, soltó la pala, dio un respingo, se aproximó a ella, acercó su cara a la de la joven... Llena de terror, Tatiana se tambaleó aún más y cerró los ojos... Él la cogió del brazo, la arrastró por todo el patio y, entrando con ella en la habitación donde se había reunido el consejo, la lanzó directamente sobre Kapitón. Tatiana estaba más muerta que viva... Guerásim se quedó mirándola, hizo un gesto de desprecio con la mano, esbozó una amarga sonrisa y se encaminó con ruidosos pasos a su cuartucho, de donde no salió en veinticuatro horas. El postillón Antipka contó más tarde que

había visto a través de una rendija de la puerta cómo Guerásim, sentado en la cama y con la mano apoyada en la mejilla, cantaba, es decir, gemía suave y acompasadamente, se balanceaba, cerraba los ojos y sacudía la cabeza, como los cocheros o los sirgadores cuando entonan sus melancólicos cantos. Antipka sintió miedo y se apartó de la rendija. Al día siguiente, cuando Guerásim salió de su cuartucho, no se advertía en él ningún cambio especial. Sólo parecía algo más sombrío que de costumbre, y no prestó la menor atención ni Tatiana ni a Kapitón. Esa misma tarde ambos fueron a ver a la señora con un ganso debajo del brazo y al cabo de una semana se casaron. El día de la boda Guerásim no modificó lo más mínimo su conducta; tan sólo volvió del río sin agua, pues por el camino se le había roto el barril; y por la noche, en la cuadra, se puso a limpiar y restregar con tanto celo a su caballo que éste se estremecía como una brizna en el viento y doblaba las patas bajo sus puños de hierro.

Todo eso sucedió en primavera. Pasó un año. En ese tiempo Kapitón se entregó de lleno a la bebida. Finalmente, considerándole un hombre inútil para cualquier actividad, lo montaron en un carro y lo enviaron en compañía de su mujer a una aldea lejana. El día de la partida al principio se hacía el fanfarrón y afirmaba que en cualquier lugar al que le mandaran, aunque fuera a esa región quimérica donde las mujeres, después de hacer la colada, cuelgan su pala en el mismo cielo, se abriría camino; pero luego perdió el ánimo, empezó a lamentarse de que lo obligaran a vivir entre personas incultas y al final cayó en tal estado de postración que ni siquiera le alcanzaron las fuerzas para ponerse la gorra; un alma caritativa se la encasquetó en la frente, colocó la visera en su lugar y le dio una palmada. Cuando todo estaba dispuesto para la marcha y los mujiks, con las riendas en la mano, sólo esperaban que los presentes se encomendaran a Dios, Guerásim salió de su cuartucho, se acercó a Tatiana y le regaló como recuerdo un pañuelo rojo de algodón que había comprado para ella un año antes. Tatiana, que hasta ese momento había soportado con enor-

me resignación todos los contratiempos de su vida, en esta ocasión no pudo contenerse, estalló en un mar de lágrimas y, sentada en el carro, besó tres veces a Guerásim, como hacen los cristianos. Éste quería acompañarla hasta la salida de la ciudad y se puso a caminar a un lado del carro, pero al llegar a Krimski Brod se detuvo de pronto, sacudió la mano con desaliento y siguió andando a lo largo del río.

Caía la tarde. Caminaba lentamente, contemplando el agua. De pronto le pareció que una criatura viva se debatía en el fango, junto a la ribera. Se agachó y vio un cachorro blanco con manchas negras que, a pesar de todos sus esfuerzos, no podía ganar la orilla; se agitaba, se escurría y su cuerpo menudo y mojado se veía sacudido por temblores. Guerásim se quedó mirando al desdichado perrito, lo cogió con una mano, se lo metió en el pecho y regresó a grandes zancadas a la casa. Nada más entrar en su cuartucho, depositó el perro en la cama y lo cubrió con su pesado abrigo; luego fue corriendo a la cuadra a por un haz de paja y a continuación trajo de la cocina una taza de leche. Al regresar, retiró con cuidado el abrigo, extendió la paja y puso la leche en la cama. El desdichado perrito no tenía más de tres semanas y hacía poco que había abierto los ojos, uno de los cuales hasta parecía algo mayor que el otro; no sabía beber de la taza y no paraba de temblar y de hacer guiños. Con mucho cuidado, Guerásim le cogió la cabeza con dos dedos y le metió el hocico en la leche. De pronto, el perrito empezó a beber con avidez, resoplando, temblando, atragantándose. Guerásim no apartaba de él la mirada y de repente se echó a reír... Se ocupó de él toda la noche; lo acostó y lo secó; por último, acabó quedándose dormido a su lado, con un sueño apacible y sereno.

Pocas madres cuidan con tanta diligencia de su pequeño como Guerásim de su protegida. (El perro resultó ser una perrita.) Al principio pareció muy débil, delgaducha y fea, pero poco a poco fue recuperándose y restableciéndose, y al cabo de unos ocho meses, gracias a los cuidados incesantes de su salvador, se

convirtió en una bella perrita de raza española, de largas orejas, rabo peludo en forma de tubo y grandes ojos expresivos. Le cogió mucho cariño a Guerásim, del que no se separaba ni un paso: le seguía a todas partes, moviendo la cola. Sabiendo, como todos los mudos, que sus mugidos atraían la atención de los demás, Guerásim le dio el nombre de Mumú. Todos en la casa le tomaron afecto y la llamaron también Mumú. Era muy inteligente y cariñosa con cualquiera, pero sólo sentía verdadero afecto por Guerásim, que a su vez la quería con locura; no obstante, ya fuera por temor o por celos, no podía soportar que otros la acariciasen. Mumú le despertaba todas las mañanas, tirándole del faldón del abrigo, le llevaba por la brida el viejo caballo, con el que vivía en buena armonía, le acompañaba al río con aire de importancia, vigilaba su pala y su escoba, y no permitía que nadie entrara en su cuartucho. Guerásim había practicado una abertura en la puerta para que la perrita pudiera pasar, y se diría que ésta sólo en ese lugar se sentía en su propio hogar; por eso, en cuanto traspasaba el umbral, saltaba alegremente a la cama. No dormía en toda la noche, pero no ladraba sin motivo, como esos perros estúpidos que, sentados sobre las patas traseras, el hocico levantado y los ojos entornados, le ladran a las estrellas por simple aburrimiento, por lo común tres veces seguidas. ¡No! La aguda vocecilla de Mumú sólo resonaba en los casos graves: cuando un extraño se acercaba mucho a la valla o en algún lugar se oía un ruido o rumor sospechoso... En suma, era una guardiana perfecta. A decir verdad, además de ella había en el patio un viejo perro de color pajizo con manchas pardas, que respondía al nombre de Volchok, pero siempre estaba encadenado, incluso de noche, y su avanzada edad no le permitía exigir ninguna libertad; acurrucado en su cuchitril, rara vez emitía un ladrido ronco, apenas audible, que interrumpía enseguida, como si él mismo se diera cuenta de su completa inutilidad. Mumú no penetraba nunca en la casa señorial y cuando Guerásim llevaba leña a las habitaciones, siempre se quedaba rezagada y le esperaba con impaciencia

en el porche, aguzando las orejas y volviendo la cabeza a un lado y a otro en cuanto percibía el menor ruido detrás de la puerta.

Así transcurrió otro año. Guerásim seguía desempeñando las funciones de portero y se sentía muy satisfecho de su suerte, cuando de pronto se produjo un acontecimiento inesperado... Un hermoso día de verano la señora daba vueltas por el salón rodeada de sus damas de compañía. Estaba contenta, reía y bromeaba; las damas también reían y bromeaban, aunque no sentían una especial alegría: en la casa no eran muy apreciados esos periodos de buen humor; en primer lugar, porque en tales momentos la señora exigía de todo el mundo una jovialidad inmediata y total y se enfadaba si alguna cara no resplandecía de satisfacción; y en segundo, porque esos arrebatos duraban poco y por lo común dejaban paso a un humor sombrío y lúgubre. Ese día se había levantado de buen ánimo; al echar las cartas (siempre echaba las cartas por la mañana), le habían salido cuatro sotas, señal de que sus deseos iban a cumplirse; el té le pareció de un sabor exquisito, lo que le valió a la camarera unas palabras de elogio y una gratificación de diez céps. Con una dulce sonrisa en los arrugados labios la señora paseaba por el salón. En una de esas idas y venidas se acercó a la ventana, que daba a un jardincillo, en cuyo centro, bajo un rosal, Mumú roía con aplicación un hueso. La señora la vio.

—¡Dios mío! —exclamó de pronto—. ¿Qué perro es ése?

La pobre dama a la que se dirigió la señora se quedó desconcertada, presa de esa angustiosa inquietud del subalterno que no sabe cómo interpretar el pensamiento de su amo.

—No lo sé —murmuró—, me parece que es del mudo...

—¡Dios mío! —la interrumpió la señora—, ¡pero si es un perrito encantador! Que lo traigan aquí enseguida. ¿Hace mucho tiempo que lo tiene? ¿Cómo es posible que no lo haya visto hasta ahora? Que lo traigan.

La dama de compañía se dirigió al punto al vestíbulo.

–¡Stepán, Stepán! –gritó–. Vete enseguida a buscar a Mumú. Está en el jardincillo.

–¡Ah, se llama Mumú! –exclamó la señora–. Es un nombre muy bonito.

–¡Ya lo creo! –convino la dama de compañía–. ¡Date prisa, Stepán!

Stepán, un muchacho robusto que desempeñaba las funciones de lacayo, se dirigió a toda prisa al jardín y trató de coger a Mumú, pero la perrita se escurrió con facilidad entre sus dedos y, levantando el rabo, echó a todo correr en dirección a la cocina, donde en ese momento se encontraba Guerásim, limpiando y adacentando el barril, al que daba vueltas entre los brazos como si fuera un tambor de juguete. Stepán siguió a la perra y de nuevo trató de cogerla junto a los pies de su amo, pero el ágil animal no se dejaba agarrar por una mano extraña, saltaba y se escabullía. Guerásim contemplaba la escena divertido; finalmente, Stepán se levantó despechado y con gestos apresurados trató de explicarle que la señora exigía que le llevaran a la perra. Guerásim, algo sorprendido, llamó a Mumú, la levantó del suelo y se la entregó a Stepán, quien la llevó al salón y la depositó en el parque. La señora se puso a llamarla con voz cariñosa, pero Mumú, que nunca había visto habitaciones tan espléndidas, se asustó mucho y quiso lanzarse sobre la puerta; no obstante, empujada por el servicial Stepán, se acurrucó temblando contra la pared.

–Mumú, Mumú, ven conmigo, ven con la señora –decía el ama–, acércate, tonta, no temas...

–Vamos, Mumú, acércate a la señora –repetían las damas de compañía–, acércate.

Pero Mumú miraba con desconfianza a su alrededor y no se movía de su sitio.

–Traedle algo de comer –dijo la señora–. ¡Qué tonta es! No quiere acercarse a la señora. ¿De qué tiene miedo?

–Todavía no está acostumbrada –comentó con voz tímida y melosa una de las damas de compañía.

Stepán trajo un platito de leche, lo puso delante de Mumú, pero ésta ni siquiera lo olisqueó y siguió temblando y mirando a un lado y a otro como antes.

–¡Ah, qué boba eres! –exclamó la señora, acercándose a ella; se inclinó e hizo intención de acariciarla, pero Mumú volvió convulsivamente la cabeza y enseñó los dientes. La señora se apresuró a retirar la mano...

Hubo un momento de silencio. Mumú lanzó un débil gruñido, como si se lamentara y pidiera perdón... La señora se apartó y frunció el ceño. El brusco movimiento del animal la había asustado.

–¡Ah! –gritaron al unísono todas las damas de compañía–. ¿La ha mordido? ¡Dios no lo quiera! –Mumú no había mordido a nadie en su vida–. ¡Ay, ay!

–Llévosla de aquí –dijo con voz demudada la anciana–. ¡Maldita perra! ¡Qué mal genio tiene!

Y, volviéndose lentamente, se dirigió a su despacho. Las damas de compañía intercambiaron tímidas miradas y se aprestaron a seguirla, pero la señora se detuvo, las contempló con frialdad y exclamó:

–¿Qué hacéis? No os he llamado.

Y desapareció.

En respuesta a los gestos imperiosos que le dedicaban las damas de compañía, Stepán cogió a Mumú, la sacó de allí a toda prisa y la depositó a los pies de Guerásim; al cabo de media hora reinaba ya en la casa un profundo silencio y la vieja señora estaba sentada en su sofá, con un aspecto más sombrío que una nube de tormenta.

¡Qué naderías bastan a veces para soliviantar el ánimo de una persona!

La señora estuvo de mal humor toda la jornada; no conversó con nadie, no jugó a las cartas y por la noche fue incapaz de conciliar el sueño. Se figuraba que el agua de colonia que le habían traído no era la misma que usaba habitualmente, que la almoha-

da olía a jabón, y ordenó a la encargada de la ropa blanca que oliera todas las sábanas y las fundas; en una palabra, estaba muy agitada y acalorada. A la mañana siguiente mandó llamar a Gavri-la una hora antes de lo acostumbrado.

—Dime, por favor —empezó en cuanto éste, no sin cierta aprensión, franqueó el umbral de su despacho—, ¿qué perro se ha pasado ladrando toda la noche? ¿No me ha dejado dormir!

—¿Un perro? No sé... Como no sea la perra del mudo —exclamó con voz nada firme.

—Desconozco si es del mudo o de otro, sólo sé que no me ha dejado pegar ojo. La verdad es que no comprendo qué hacen aquí tantos perros. Dime: ¿acaso no tenemos ya un perro guardián?

—Pues claro, el viejo Volchok.

—Entonces, ¿qué necesidad tenemos de otro perro? No hace más que alborotar. Decididamente en esta casa falta alguien que ponga orden. Eso es lo que pasa. ¿Y para qué quiere el mudo un perro? ¿Quién le ha dado permiso para tener un perro en mi patio? Ayer me acerqué a la ventana y vi a su perro echado en mi jardincillo, arrastrando y royendo no sé qué porquería, justo donde he plantado los rosales... —La señora guardó silencio. Que hoy mismo desaparezca de aquí... ¿me oyes?

—Así se hará.

—Hoy mismo. Y ahora, retírate. Ya te llamaré más tarde para que me informes de todas las novedades.

Gavri-la salió.

Al atravesar el salón, el mayordomo, velando por el buen orden, trasladó la campanilla de una mesa a otra; en la sala, se sonó la nariz de pato tratando de no hacer ruido y salió al vestíbulo, donde Stepán dormía sobre un cofre, en esa posición en que suele representarse a los muertos en los cuadros de batallas, con los pies desnudos estirados convulsivamente debajo de la levita que hacía las veces de manta. El mayordomo lo despertó y le dio una orden en voz baja, a la que Stepán respondió con un sonido que tenía algo de bostezo y de carcajada. Mientras el mayordomo se alejaba,

Stepán se incorporó, se puso el caftán y las botas, salió de la casa y se detuvo en el porche. No habían pasado ni cinco minutos cuando apareció Guerásim con un enorme haz de leña a la espalda, acompañado de su inseparable Mumú. (La señora había dado órdenes de que caldearan su dormitorio y su despacho incluso en verano.) Guerásim se puso de costado, empujó la puerta con el hombro y desapareció en el interior de la casa con su carga. Entretanto, Mumú, como de costumbre, se quedó fuera esperándole. Entonces Stepán, aprovechando la ocasión propicia, se lanzó de improviso sobre la perra, como un halcón sobre un pollo, la inmovilizó apretándola con el pecho contra el suelo, la apretó en sus brazos y, sin ponerse siquiera la gorra, salió corriendo con ella, tomó el primer coche de alquiler que acertó a pasar por el lugar y se dirigió a toda prisa a Ojotni Riad, donde se apresuró a vender la perra por cincuenta cópecs, con la condición expresa de que la tuvieran atada al menos ocho días. Regresó sin pérdida de tiempo, pero antes de llegar, descendió del coche, bordeó la casa, se internó en el callejón trasero y se introdujo en el patio saltando la valla; temía encontrarse con Guerásim si entraba por el portón.

No obstante, su precaución era inútil: Guerásim ya no estaba allí. Al salir de los aposentos, había echado en falta a Mumú; no recordaba una sola vez en que no la hubiera encontrado en la entrada al regresar; se puso a correr de un lado para otro, buscándola por todas partes, llamándola a su manera... Se precipitó en su cuartucho, entró en el henil, salió a la calle... fue de aquí para allá... ¡Había desaparecido! Se dirigió a los criados, les preguntó por ella con signos en los que vibraba la desesperación, poniendo la mano a unos centímetros del suelo, dibujando su figura con los dedos... Unos desconocían dónde estaba Mumú y se limitaban a negar con la cabeza; otros sabían lo que había pasado con ella y por toda respuesta se reían; el mayordomo, por su parte, adoptó un aire muy serio y se puso a gritar a los cocheros. Entonces Guerásim salió corriendo del patio.



Ya oscurecía cuando regresó. Por su aspecto agotado, sus andares inciertos y su ropa polvorienta podía adivinarse que había recorrido medio Moscú. Se detuvo delante de las ventanas de la señora, dirigió una mirada al porche, en el que se habían reunido seis o siete criados, se dio la vuelta y mugió una vez más: “¡Mumú!”. Pero ésta no le respondió. Guerásim se alejó. Todos le seguían con la vista, pero nadie sonrió ni pronunció palabra... A la mañana siguiente el curioso postillón Antipka contó en la cocina que el mudo se había pasado la noche entera gimiendo.

Guerásim no apareció en todo el día, para gran disgusto del cochero Potap, que tuvo que ir por agua en su lugar. La señora preguntó a Gavrilá si había cumplido su mandato y éste respondió afirmativamente. A la mañana siguiente, Guerásim salió de su cuartucho y retomó su trabajo. Fue a comer con sus compañeros y después se retiró sin saludar a nadie. Su rostro, ya de por sí inexpressivo, como el de todos los sordomudos, parecía totalmente petrificado. Después del almuerzo volvió a ausentarse del patio, pero al poco rato regresó y sin más preámbulos se dirigió al henil. Cayó la noche, serena, iluminada por la luz de la luna. Tumbado en el heno, Guerásim se revolvía inquieto y lanzaba profundos suspiros; de pronto sintió como si le tirasen del faldón del abrigo; se estremeció, pero no levantó la cabeza e incluso frunció el ceño; al poco rato volvió a percibir un tirón, más fuerte aún que el primero; pegó un salto y... reconoció a Mumú, que daba vueltas a su alrededor con un cabo de cuerda en el cuello. Un prolongado grito de alegría se escapó de su pecho mudo; cogió a Mumú y la apretó en sus brazos; en un momento la perra le lamió la nariz, los ojos, el bigote y la barba... Guerásim se quedó pensativo, luego salió del henil con mucho cuidado, miró a su alrededor y, tras convencerse de que nadie le veía, ganó sin contratiempos su cuartucho. Había adivinado que la perra no se había escapado, sino que probablemente se la habían llevado cumpliendo órdenes de la señora; los criados le habían indicado por señas que le había enseñado los dientes; en consecuencia, decidió tomar medidas

preventivas. Lo primero que hizo fue darle unos trozos de pan, acariciarla y acostarla, luego se pasó toda la noche pensando en el mejor modo de esconderla. Finalmente, tomó la decisión de tenerla encerrada todo el día en el cuartucho, de ir a verla de vez en cuando y soltarla sólo por la noche. Con su viejo abrigo tapó la abertura de la puerta sin dejar un resquicio y en cuanto empezó a amanecer salió al patio como si no pasara nada, conservando incluso (¡qué argucia tan inocente!) el aspecto triste de la víspera. Al pobre sordo no se le pasó por la cabeza que los ladridos de Mumú acabarían traicionándola: en realidad todos los habitantes de la casa no tardaron en enterarse de que la perra del mudo había vuelto y de que éste la tenía encerrada en su cuartucho, pero, ya fuera por compasión hacia los dos, o quizá en parte por miedo a él, hicieron como si no estuvieran al tanto de su secreto. Sólo el mayordomo se rascó la nuca y se dijo con un gesto destemplado de la mano: “¡Que Dios le ampare! ¡Quizá la señora no se entere!”. En cualquier caso, el mudo nunca trabajó con tanto celo como ese día: limpió y raspó todo el patio, arrancó los hierbajos sin dejar ni uno, sacó con sus propias manos todos los postes de la cerca del jardín para asegurarse de su solidez y volvió a clavarlos; en una palabra, trajinó y se afanó de tal manera que hasta la señora se fijó en su diligencia. En el transcurso de la jornada Guerásim fue a ver un par de veces a escondidas a su reclusa y cuando cayó la noche se tumbó a su lado en el cuartucho, no en el henil, y hasta después de la una de la madrugada no la sacó al aire libre. Paseó con ella un buen rato por el patio y ya se disponía a regresar cuando de pronto, al otro lado de la valla, se oyó un ruido. Mumú levantó las orejas, gruñó, se acercó a la valla, olisqueó el suelo y empezó a lanzar penetrantes y estridentes ladridos: un borracho había pensado pasar allí la noche. En ese momento la señora acababa de quedarse dormida tras una prolongada “crisis nerviosa”; esas crisis siempre se producían después de una cena demasiado copiosa. Los inesperados ladridos la despertaron: el corazón se puso a latir con fuerza y luego pareció detenerse.

—¡Chicas, chicas! —gimió—. ¡Chicas!

Las asustadas damas de compañía se precipitaron en el dormitorio de la señora.

—¡Oh, oh, me muero! —exclamó ésta, retorciéndose las manos con desesperación—. ¡Otra vez ese perro...! ¡Oh, que venga el doctor! Quieren matarme... ¡El perro, otra vez el perro! ¡Oh!

Y echó la cabeza hacia atrás, como dando a entender que se desmayaba.

Fueron corriendo a buscar al doctor, es decir, al médico de cabecera Jaritón, cuya ciencia se reducía a llevar botas de suela flexible, buscar con delicadeza el pulso, dormir catorce horas al día, suspirar el resto de la jornada y administrar una y otra vez a la señora gotas de lauroceraso. Jaritón acudió al momento, sahumó la habitación con plumas requemadas y, cuando la señora abrió los ojos, se aprestó a presentarle en una bandeja de plata una copa con las preciadas gotas. La señora las tomó, pero al poco rato volvió a quejarse con voz llorosa del perro, de Gavrila, de su suerte, de que era una pobre anciana abandonada, de que nadie se compadecía de ella, de que todos deseaban su muerte. Entretanto, la desdichada Mumú seguía ladrando, mientras Guerásim trataba de apartarla en vano de la valla.

—Otra vez... ¿Lo habéis oído? —balbució la señora y de nuevo puso los ojos en blanco.

El médico murmuró unas palabras a una de las damas de compañía, que se precipitó en el vestíbulo y sacudió a Stepán; éste, a su vez, corrió a despertar a Gavrila, quien, dejándose llevar por un arrebato repentino, puso en pie a toda la casa.

Guerásim se volvió, vio luces parpadeantes y sombras en las ventanas y, presintiendo una desgracia, cogió a Mumú bajo el brazo, entró corriendo en su cuartucho y se encerró. Al cabo de unos instantes cinco criados trataban de forzar su puerta, pero no fueron capaces de vencer la resistencia del cerrojo. Gavrila se presentó en un estado de enorme agitación y ordenó que se quedaran allí de guardia hasta la mañana; luego se dirigió a las depen-

dencias de las mujeres y, por mediación de Liubov Liubímovna, primera camarera, con cuyo concurso robaba y vendía té, azúcar y otros comestibles de la casa, mandó decir a la señora que el perro, por desgracia, había vuelto, pero que al día siguiente ya no estaría entre los vivos; asimismo rogaba a la señora que no se encolerizara y se tranquilizara. Es probable que la señora hubiera tardado en tranquilizarse, pero el médico, con las prisas, le había administrado cuarenta gotas en lugar de las doce habituales: las propiedades del lauroceraso surtieron efecto y un cuarto de hora más tarde la anciana se hundió en un sueño profundo y sereno; en cuanto a Guerásim, estaba tumbado en su cama, todo pálido, y apretaba con fuerza el hocico de Mumú.

A la mañana siguiente la señora se despertó muy tarde. Gavrila esperaba ese momento para ordenar el asalto definitivo al refugio de Guerásim, al tiempo que se preparaba para soportar una terrible tormenta. No obstante, ésta no llegó a desencadenarse. Sin levantarse de la cama, la señora mandó llamar a su primera camarera.

—Liubov Liubímovna —empezó en voz baja y débil; a veces le gustaba presentarse como una pobre mártir, desamparada y sola; ni que decir tiene que en tales casos de los criados se apoderaba una enorme confusión—, Liubov Liubímovna, ya ve en qué situación me encuentro; vaya a buscar a Gavrila Andréich, amiga mía, y hable con él. ¿Es posible que conceda más valor a una perra callejera que a la tranquilidad e incluso la vida de su señora? No quiero creerlo —añadió, con una expresión de profunda tristeza—; vaya a verlo, amiga mía, hágame ese favor, vaya a ver a Gavrila Andréich.

Liubov Liubímovna se encaminó a la habitación del mayordomo. No se sabe de qué estuvieron hablando, pero al cabo de un rato todos los criados atravesaron en tropel el patio en dirección al cuartucho de Guerásim; Gavrila iba delante, con la gorra en la mano, aunque no hacía viento; le rodeaban lacayos y cocineros; el tío Cola miraba por la ventana y daba órdenes, es decir, agitaba

los brazos; cerraban la comitiva unos cuanto muchachos, la mitad de ellos venidos de casas ajenas, que no paraban de saltar y de hacer muecas. En la estrecha escalera que conducía al cuartucho había un centinela; junto a la puerta montaban guardia otros dos hombres, armados con palos. Cuando aquel ejército ocupó toda la escalera, Gavrila se acercó a la puerta, dio un puñetazo y gritó:

–¡Abre!

Se oyó un ladrido apagado, pero no hubo respuesta.

–¡Te estoy diciendo que abras! –repitió.

–Gavrila Andréich –señaló Stepán desde abajo–, es sordo y por tanto no le oye.

Todos se echaron a reír.

–¿Y qué hacemos? –preguntó Gavrila desde arriba.

–Hay un agujero en la puerta –respondió Stepán–. Meta por él un palo y sacúdalo.

Gavrila se inclinó.

–Lo ha tapado con un abrigo.

–Empuje el abrigo hacia dentro.

De nuevo se oyó un ladrido apagado.

–Ella misma se delata –dijo uno de los asaltantes, y de nuevo estalló una risa general.

Gavrila se rascó detrás de la oreja.

–No, amigo –dijo por fin–, prefiero que empujes tú el abrigo.

–¡Como quiera!

Y Stepán trepó hasta arriba, cogió el palo, empujó el abrigo hacia dentro y agitó el palo en la abertura, al tiempo que decía:

–¡Sal, sal!

Aún seguía sacudiendo el palo, cuando de pronto la puerta del cuartucho se abrió bruscamente. Toda la servidumbre bajó rodando las escaleras, con Gavrila a la cabeza. El tío Cola cerró la ventana.

–Bueno, bueno –gritó Gavrila desde el patio–, ¡cuidado con lo que haces, te lo advierto!

Guerásim seguía inmóvil en el umbral. La muchedumbre se reunió en el nacimiento de la escalera. Guerásim, apoyando levemente las manos en la cintura, miraba desde arriba a todos esos tipejos vestidos con caftanes alemanes; con su roja camisa de campesino parecía un gigante. Gavrila avanzó un paso y dijo:

–No te atrevas a faltarme al respeto, amigo.

Y empezó a explicarle mediante signos que la señora exigía terminantemente que se deshiciera de la perra sin más dilación; y que si no obedecía, se atuviera a las consecuencias.

Guerásim clavó en él los ojos, señaló a la perra, hizo un gesto con la mano junto al cuello de Mumú, como si estuviera apretando un nudo, y dirigió al mayordomo una mirada inquisitiva.

–Sí, sí –contestó éste, asintiendo con la cabeza–. Sin falta.

Guerásim bajó los ojos, luego se estremeció, volvió a señalar a Mumú, que no se apartaba de su lado, agitando inocentemente la cola y levantando las orejas llena de curiosidad, repitió el signo de estrangulamiento alrededor del cuello de la perra y se propinó un fuerte golpe en el pecho, como dando a entender que él mismo se encargaría de la ejecución de Mumú.

–Tratas de engañarnos –objetó Gavrila, ayudándose de gestos.

Guerásim lo miró, esbozó una sonrisa despectiva, volvió a golpearse el pecho y cerró de un portazo. Todos se miraron en silencio.

–¿Qué significa esto? –exclamó Gavrila–. ¿Se ha encerrado?

–Déjelo, Gavrila Andréich –dijo Stepán–. Hará lo que ha prometido. Él es así... Siempre cumple lo que promete. En ese sentido, no es como nosotros. Hay que decir las cosas como son. Sí.

–Sí –repitieron todos, sacudiendo la cabeza–. Así es.

El tío Cola abrió la ventana y también dijo:

–Sí.

–Bueno, ya veremos –comentó Gavrila–; en cualquier caso, habrá que seguir vigilando. ¡Eh, Yeroshka! –añadió, dirigiéndose a un hombre pálido, con una casaca amarilla de nanquín, que se

daba el título de jardinero—, ¿no tienes nada que hacer? Coge un palo, quédate aquí sentado y, en cuanto suceda algo, ve corriendo a avisarme.

Yeroshka cogió un palo y se sentó en el último peldaño de la escalera. Mientras la muchedumbre se dispersaba, a excepción de algunos curiosos y de unos cuantos muchachos, Gavrila volvió a la casa y, por mediación de Liubov Liubímovna, informó a la señora de que sus órdenes se habían cumplido; no obstante, por si acaso, envió al postillón en busca de un agente de policía. La señora hizo un nudo en su pañuelo, lo mojó en agua de colonia, lo olió, se frotó las sienes, tomó una taza de té y, aún bajo el efecto de las gotas de lauroceraso, volvió a quedarse dormida.

Una hora después de todo ese ajeteo, se abrió la puerta del cuartucho y apareció Guerásim. Vestía el catfán de los días de fiesta y llevaba a Mumú atada con una cuerda. Yeroshka se echó a un lado y lo dejó pasar. Guerásim se dirigió al portón. Los muchachos y todos cuantos se hallaban en el patio lo siguieron con la mirada sin decir palabra. Él ni siquiera volvió la cabeza y no se puso la gorra hasta que salió a la calle. Gavrila envió tras él a ese mismo Yeroshka, quien lo vio entrar en una taberna con el perro y se quedó esperando delante de la puerta.

En la taberna conocían a Guerásim y comprendían sus señales. Pidió sopa de col con carne y se sentó, apoyando los codos en la mesa. Mumú estaba a un lado de la silla y le miraba tranquilamente con sus ojillos expresivos. Su pelaje resplandecía: era evidente que la habían cepillado hacía poco. Una vez que le sirvieron, Guerásim echó en la sopa unas migas de pan, partió la carne en trozos pequeños y puso el plato en el suelo. Mumú se aprestó a comer con su delicadeza habitual, rozando apenas el caldo con el hocico. Su amo pasó largo rato contemplándola; de pronto, dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas: una cayó en la abultada frente de la perra y la otra en la sopa. Guerásim ocultó el rostro en las manos. Mumú se comió la mitad del plato y se apartó relamiéndose. Guerásim se puso en pie, pagó y salió,

acompañado de la mirada algo sorprendida del camarero. Nada más verlo, Yeroshka se ocultó detrás de la esquina y, en cuanto pasó a su lado, se dispuso a seguirlo.

Guerásim andaba sin prisas, sin soltar en ningún momento a Mumú. Al llegar a la esquina de la calle, se detuvo indeciso, y al poco rato se dirigió con rápido paso a Krimski Brod. Por el camino entró en el patio de una casa que estaban ampliando y salió con dos ladrillos debajo del brazo. Al llegar a Krimski Brod siguió la orilla del río hasta llegar a un lugar en el que había dos barcas amarradas a una estaca (ya las había visto antes) y saltó a una de ellas con Mumú. Un viejo cojo salió de una cabaña levantada en el borde de un huerto y se puso a dar gritos, pero Guerásim se limitó a sacudir la cabeza, y se puso a remar con tanta fuerza que, a pesar de ir contracorriente, en un instante se encontró a unos cien *sazhens*<sup>4</sup> de distancia. El viejo se quedó un buen rato en la orilla, se rascó la espalda primero con la mano derecha y luego con la izquierda, y a continuación regresó renqueando a su cabaña.

Guerásim siguió remando. Pronto quedaron atrás las casas de Moscú y en ambas orillas surgieron prados, huertos, campos, bosques e isbas. Llegaban olores de aldea. El mudo dejó los remos, inclinó la cabeza sobre Mumú, que estaba sentada ante él en un banco seco —pues el fondo estaba cubierto de agua— y se quedó inmóvil unos instantes, cruzando los poderosos brazos sobre el lomo de la perra, mientras la corriente iba arrastrando poco a poco la barca de vuelta a la ciudad. Por fin Guerásim se incorporó y con una expresión de rabia enfermiza se apresuró a atar los ladrillos a la cuerda, hizo un lazo y se lo pasó a Mumú por el cuello, levantó a la perra por encima de las aguas y la contempló por última vez... Ella lo miraba con confianza, sin temor, meneando apenas el rabo. Guerásim volvió la cabeza, entornó los ojos y abrió las manos... No oyó nada, ni el breve gruñido que

---

<sup>4</sup> Antigua medida rusa que equivale a 2.134 metros. (N. del T.)

emitió Mumú, ni el clamor del agua; para él el día más fragoroso era más silencioso y calmo que para nosotros la noche más serena. Cuando volvió a abrir los ojos, las pequeñas olas se sucedían veloces en el río, como persiguiéndose unas a otras, y batían los dos costados de la barca, lo mismo que antes; sólo en la lejanía, detrás de él, se desplazaban hacia la orilla grandes círculos.

En cuanto Yeroshka perdió de vista a Guerásim, regresó a la casa e informó de cuanto había observado.

—No cabe duda —comentó Stepán—, va a ahogarla. No hay por qué preocuparse. Cuando promete algo...

Nadie vio a Guerásim durante el resto la jornada. No comió en casa. Cayó la tarde. Todos se reunieron para cenar, excepto él.

—¡Qué estrafalario es ese Guerásim! —exclamó una gruesa lavandera—. ¡Mira que holgazanear de ese modo por una perra! ¡Lo que hay que ver!

—Guerásim ha estado aquí —apuntó de pronto Stepán, rebañando la papilla con la cuchara.

—¿Cómo? ¿Cuándo?

—Hará unas dos horas. Así es. Me encontré con él en el portón; salía nuevamente del patio y se dirigía a algún sitio. Quise preguntarle por la perra, pero, por lo visto, no estaba de buen humor. Hasta me dio un empujón; probablemente sólo quería que me apartara, que le dejara en paz, pero me propinó tal empujón en el espinazo que casi me tumba. —Y con una débil sonrisa Stepán se encogió de hombros y se rascó la nuca—. Sí —añadió—, tiene una mano que es una bendición, no puede negarse.

Todos se rieron de Stepán y, cuando acabaron de cenar, se fueron a dormir.

Entretanto, en ese mismo momento, por la carretera de T. caminaba con pasos rápidos y sin detenerse una especie de gigante con un saco a la espalda y un palo largo en la mano. Era Guerásim. Se dirigía a toda prisa, sin volver la cabeza, a su casa, a su aldea, a su tierra natal. Tras ahogar a la pobre Mumú, fue corriendo a su cuartucho, metió varios enseres en una vieja manta, hizo

un hato, se lo echó al hombro y se marchó. Se había fijado atentamente en el camino cuando lo llevaron a Moscú; la aldea de la que lo había sacado la señora estaba sólo a veinticinco verstas de la carretera. Caminaba con un ardor inquebrantable, con una determinación desesperada y al mismo tiempo alegre. Avanzaba con el pecho descubierto, mirando con avidez y obstinación el camino. Apretaba el paso, como si su vieja madre le esperara en la aldea natal, como si lo hubiera llamado a su lado después de larga peregrinación por tierras ajenas y entre gentes extrañas... Acababa de caer la noche, una noche de verano serena y tibia; a un lado, allí donde acababa de ponerse el sol, un último reflejo confería un toque de púrpura al cielo blancuzco, mientras en el otro se espesaba ya la penumbra azulada y gris. La noche avanzaba desde allí. En torno, las codornices piaban a centenares, los rascones se llamaban sin descanso... Guerásim no podía oírlos, como tampoco el delicado susurro nocturno de los árboles que dejaba atrás con sus recias zancadas, pero percibía el conocido olor del centeno, que maduraba en los campos cubiertos de sombra; sentía cómo el viento, que volaba a su encuentro —el viento de su tierra natal—, le acariciaba con delicadeza el rostro, jugaba con su cabello y con su barba; veía ante él el blanquecino camino, derecho como una flecha, el cielo tachonado de incontables estrellas, que alumbraban su marcha, y caminaba vigoroso y audaz como un león, de tal manera que cuando el sol naciente empezó a iluminar con sus rayos rojizos a ese enfurecido titán le separaban ya de Moscú treinta y cinco verstas...

Al cabo de dos días llegó a su casa, a su isba, para gran sorpresa de la mujer de un soldado a la que habían instalado allí. Se santiguó delante de los iconos e inmediatamente fue a ver al *starosta*,<sup>5</sup> que en un principio se quedó desconcertado; pero como la siega acababa de empezar y Guerásim era un trabajador excelente, le dieron una guadaña, y Guerásim se puso a segar como en los vie-

<sup>5</sup> Jefe de la aldea.

jos tiempos, y lo hizo con tanto celo que sus compañeros se quedaron con la boca abierta al ver el vigor con que cortaba y amontonaba el heno.

En Moscú, los criados echaron en falta a Guerásim al día siguiente de su fuga. Entraron en su cuartucho, lo revolvieron todo y a continuación fueron a dar parte a Gavrila, que también visitó el lugar, echó un vistazo, se encogió de hombros y llegó a la conclusión de que el mudo había huido o bien se había ahogado con la estúpida perra. Comunicó la desaparición a la policía e informó a la señora, que se encolerizó, vertió un mar de lágrimas, ordenó que lo buscaran costara lo que costase, afirmó que nunca había mandado que mataran a la perra y echó tal rapapolvo a Gavrila que éste se pasó todo el día sacudiendo la cabeza y murmurando: “¡Bueno!”, hasta que el tío Cola le hizo entrar en razón, diciéndole: “¡Bueno, bueno!”. Por fin llegaron noticias de la aldea comunicando la llegada de Guerásim. La señora se tranquilizó un poco; su primera reacción fue ordenar que lo trajeran inmediatamente de vuelta a Moscú, pero al cabo de un tiempo declaró que no tenía ninguna necesidad de un individuo tan ingrato. Por lo demás, la anciana murió poco después de ese incidente, y sus herederos no se ocuparon en absoluto de Guerásim; incluso decidieron enviar a trabajar al campo a los restantes criados de su madre.

Guerásim, pobre y sin tierras, aún vive en su isba solitaria; sigue siendo el mismo hombre robusto y vigoroso, trabaja por cuatro como antes y conserva ese aire grave y circunspecto. Pero sus vecinos han advertido que, desde su vuelta de Moscú, ha dejado de tratar a las mujeres, ni siquiera las mira, y que no quiere perros en su casa. “Por lo demás” comentan los campesinos, “es una suerte que no tenga necesidad de mujer. ¿Y qué falta le hace un perro? ¡Ningún ladrón se acercará a su puerta ni por todo el oro del mundo!” Hasta tal punto se han extendido los rumores sobre la fuerza hercúlea del mudo.

*Traducción del ruso de Víctor Gallego Ballesterero*

## TRÁGICO ERROR

HENRY JAMES

Un bajo faetón inglés estaba detenido frente a la puerta de la estafeta de Correos de una ciudad portuaria francesa. Sentada en él estaba una dama, con el velo echado y con una sombrilla pegada a su rostro. Mi relato comienza cuando un caballero sale de la estafeta y le entrega una carta.

El caballero permaneció unos instantes de pie junto al carruaje antes de subirse. Ella le entregó su sombrilla para que la sostuviese y a continuación se retiró el velo descubriendo una hermosa faz. La pareja parecía despertar un gran interés entre los transeúntes, muchos de los cuales los observaban fijamente e intercambiaban elocuentes miradas. Las personas que estaban mirando en ese momento vieron cómo el rostro de la joven palidecía mientras sus ojos recorrían la carta. Su compañero también lo vio, e inmediatamente se sentó junto a ella, tomó las riendas y condujo el carruaje velozmente por la calle principal de la ciudad, cruzando el puerto hasta una carretera abierta que bordeaba el mar. Aquí aflojó la marcha. La dama estaba recostada, con el velo nuevamente echado y la carta desplegada sobre su regazo. Su actitud era casi de inconsciencia y el caballero pudo observar que tenía los ojos cerrados. Con esa convicción, se apoderó súbitamente de la carta y leyó lo que sigue:

Southampton, 16 de julio de 18—

Mi querida Hortense:

Verás por el matasellos que estoy mil leguas más cerca de casa que la última vez que escribí, pero apenas tengo tiempo para explicar el

cambio. M.P– me ha concedido un inesperado *congé*. Después de tantos meses de separación, podremos pasar unas semanas juntos. ¡Alabado sea el Señor! Hemos llegado de Nueva York esta mañana, y he tenido la gran suerte de encontrar un barco, el *Armorique*, que zarpa directo a H–. El correo parte sin demora, pero nosotros probablemente estemos detenidos unas horas por la marea; así que esta carta te llegará un día antes de mi arribada; el capitán calcula que llegaremos el jueves temprano. ¡Ah, Hortense, qué lento pasa el tiempo! Tres días completos. Si no te escribí desde Nueva York fue porque no estaba dispuesto a atormentarte con una expectativa que, de ser así, me atrevo a suponer, encontrarías demasiado larga. Adiós. ¡Por un cálido reencuentro!

Tuyo devoto,

C. B.

Cuando el caballero dejó de nuevo la carta sobre el regazo de su compañera, su rostro estaba casi tan pálido como el de ella. Permaneció unos instantes mirando al vacío con la vista perdida, y sus labios abortaron una maldición. Entonces sus ojos se volvieron sobre su acompañante. Tras unos momentos de indecisión, durante los cuales aflojó hasta tal punto las riendas que el caballo redujo el paso, la tocó suavemente en el hombro:

–Vaya, Hortense –dijo él en un tono amable–, ¿qué ha pasado, te has quedado dormida?

Hortense abrió lentamente los ojos y, observando que habían dejado atrás la ciudad, se retiró el velo. Sus facciones estaban agarradas por el miedo.

–Lee esto –dijo ella tendiéndole la carta.

El caballero cogió la misiva y fingió leerla de nuevo.

–¡Ah!, Monsieur Bernier regresa. ¡Estupendo! –exclamó.

–¿Cómo, estupendo? –preguntó Hortense–. No debemos bromear en momentos tan críticos, querido.

–Cierto –dijo él– será un encuentro solemne. Dos años de ausencia es mucho tiempo.

–¡Oh, cielos! No seré capaz de mirarle a la cara –sollozó Hortense, rompiendo a llorar.

Se cubrió el rostro con una mano y tendió la otra hacia la de su amigo, pero él estaba sumido en un sopor tan profundo que no percibió el movimiento. De repente, volvió en sí alertado por sus sollozos.

–Vamos, vamos –dijo, en el tono propio de quien trata de convencer a otro para hacerle dudar de un peligro del que él mismo no se siente muy seguro, pero frente al cual, la indiferencia de un amigo, le aliviaría–. ¿Y qué, si viene?, no tiene por qué enterarse de nada. No estará más que unos días y embarcará de nuevo tan confiado como llegó.

–¡Qué no tiene por qué enterarse de nada!, me sorprendes. Cada lengua que le dé la bienvenida, con sólo pronunciar *bon jour*, se moverá a un compás que le revelará conducta tan reprochable.

–¡Bah!, la gente no piensa en nosotros tanto como imaginas. Tú y yo, *n'est-ce-pas?*, tenemos poco tiempo para preocuparnos por los defectos de nuestros vecinos. Pues nadie está libre de pecado, para bien o para mal. Si un barco naufragara contra aquellas rocas mar adentro, los pobres diablos que tratasen de alcanzar tierra firme flotando sobre los restos de los mástiles no dirigirían demasiadas miradas a aquellos que se baten con las olas junto a ellos. Sus ojos están fijos en la orilla, y toda su preocupación sería su propia salvación. En la vida, todos somos náufragos a la deriva en un tempestuoso mar, luchando por alcanzar una *terra firma* de salud, de amor o de placer. El rugir de las olas que levantamos en nuestro derredor y la espuma que arrojamamos sobre nuestros ojos nos ensordece y nos ciega frente a los actos y palabras de nuestros semejantes. Con tal que podamos ponernos a salvo, ¿a qué preocuparnos por ellos?

–Ay, pero ¿si no lo logramos? Cuando hemos perdido nuestras propias esperanzas, tratamos de hundir a los demás. Colgamos piedras de molino de sus cuellos y nos sumergimos en los más

sucios fondos en busca de cantos que lanzarles. Amigo mío, no eres capaz de sentir los disparos que no se dirigen a ti. No es de ti de quien la ciudad murmura, sino de mí: una pobre mujer se arroja desde aquel muelle y muere ahogada antes de que una amable mano tenga tiempo de hacerla recapacitar, y su cadáver flota sobre la superficie a la vista de todo el mundo. Cuando su marido se aproxima para ver qué significa esa muchedumbre, ¿le faltarán amigos gentiles para darle la buena nueva de la muerte de su esposa?

—Mientras que la mujer sea suficientemente ligera para flotar, Hortense, no se le da por muerta. Sólo cuando se hunde más allá del alcance de la vista, se pierden las esperanzas.

Hortense permaneció un momento en silencio, mirando el mar con los ojos hinchados.

—Louis —dijo finalmente— estábamos hablando metafóricamente: estoy a punto de ahogarme, literalmente.

—¡Tonterías! —dijo Louis—, un reo se declara “inocente” y, si ha de colgarse, lo hace en la prisión. ¿Qué dicen los periódicos?, la gente habla ¿no?, ¿no puedes tú hablar igual que ellos? Una mujer se equivoca desde el momento en que retiene su lengua y rehúsa luchar. Y eso es lo que tú haces demasiado a menudo. Ese pañuelo es casi como una bandera blanca.

—Seguro que estoy equivocada —dijo Hortense con aire indiferente—, acaso sea así.

Hay momentos de dolor en los que determinados aspectos del objeto de nuestra angustia parecen tan irrelevantes como aquellos otros completamente ajenos a ellos. Los ojos de ella seguían fijos en el mar. Hubo otro silencio.

—¡Oh, mi pobre Charles! —murmuró, y finalmente—: ¡A qué clase de corazón regresas!

—Hortense. El caballero hizo como si no la hubiese escuchado, aunque, a una tercera persona le habría parecido que fue precisamente porque le había oído por lo que dijo: No necesito decirte que jamás se me ocurriría traicionar nuestro secreto. Pero te garantizo que mientras Monsieur Bernier permanezca en su

hogar, ningún otro mortal pronunciará una sola palabra sobre este asunto.

—Qué más da —susurró Hortense—. No podremos estar diez minutos juntos sin que él lo adivine todo.

—Oh, en cuanto a eso —dijo secamente su compañero— es cosa tuya.

—¡Monsieur de Meyrau! —chilló la dama.

—Me parece —continuó el otro— que, con tales garantías, he cumplido con mi parte.

—¡Tu parte! —sollozó Hortense.

Monsieur de Meyrau no contestó pero con un fuerte chasquido del látigo envió al caballo al galope por el camino. No se dijo nada más. Hortense permanecía recostada en el carruaje con el rostro sepultado en un pañuelo, gimiendo. Su compañero sentado, erguido, con el ceño fruncido y los dientes firmemente apretados, miraba fijamente hacia delante y, con eventuales latigazos, mantenía el caballo a un frenético paso. Un caminante podría haberle tomado por un raptor escapando con su víctima, exhausta por la resistencia. Los viajeros para quienes eran conocidos, podrían, acaso, haber percibido un profundo significado en esta accidental analogía. De este modo, dando un *détour*, regresaron a la ciudad.

Cuando Hortense llegó a casa, subió directamente a un minúsculo tocador en la segunda planta y se encerró en él. El cuarto se encontraba en la parte trasera de la casa, y su doncella, quien en ese momento se hallaba caminando por el amplio jardín que se extendía hasta el mar, donde había un embarcadero para botes de escaso calado, la vio echar las cortinas y apagar las luces, vistiendo aún su sombrero y su capa. Permaneció sola un par de horas. A las cinco en punto, un poco antes de la hora a la que normalmente era requerida para vestir de noche a su señora, la doncella llamó a la puerta de Hortense y ofreció sus servicios. La señora respondió, desde el interior, que tenía una *migraine*, y que no se vestiría.



—¿Le preparo algo a la señora? —preguntó Josephine—; ¿una tisana, un caldo, alguna cosa?

—Nada, nada.

—¿Cenará la señora?

—No.

—La señora no debería acostarse en ayunas.

—Tráigame una botella de vino,... o de brandy.

Josephine obedeció. Cuando regresó, Hortense estaba esperando en el umbral de la puerta y, como una de las contraventanas había sido momentáneamente abierta, la mujer pudo ver que, aunque el sombrero de su señora había sido arrojado sobre el sofá, aún no se había desprendido de la capa y su rostro estaba muy pálido. Josephine estimó que no debía mostrarse compasiva ni formular más preguntas.

—¿No tomará nada más la señora? —se atrevió a preguntar mientras le entregaba la bandeja.

La señora negó con la cabeza, y cerró y echó la llave a la puerta. Josephine permaneció de pie por un momento; desconcertada, indecisa, a la escucha. No percibió ningún ruido. Al final, lentamente, se inclinó y aplicó su ojo a la mira de la cerradura.

Esto es lo que vio: su señora se había aproximado hasta la ventana abierta y permanecía de pie, de espaldas a la puerta, mirando hacia el mar. Mantenía la botella asida por el cuello en una mano, que colgaba lánguidamente a lo largo de costado; la otra descansaba en un vaso a medio llenar que se encontraba junto a una carta abierta, en una mesa situada a su lado. Mantuvo esta posición hasta que Josephine se cansó de esperar. Pero justo cuando empezaba a perder la esperanza de ver recompensada su curiosidad, la señora levantó la botella y el vaso, y llenó por completo este último. Josephine observó entonces con mayor fruición. Hortense lo alzó contra la luz y lo sostuvo así un momento antes de apurarlo por completo.

Josephine no pudo contener un silbido involuntario. Pero su sorpresa se convirtió en asombro cuando vio a su señora a punto de tomar un segundo vaso. Hortense lo dejó, no obstante, antes

de apurarlo, como si un repentino pensamiento la hubiese golpeado, y cruzó apresuradamente la habitación. Se inclinó frente a una vitrina y sacó un pequeño vaso ópera. Con él regresó a la ventana, lo puso frente a sus ojos y de nuevo dedicó unos momentos a mirar hacia el mar. Josephine no pudo entender el propósito de este proceder. El único resultado que pudo apreciar fue que su señora dejó repentinamente los impertinentes sobre la mesa y se dejó caer sobre un sillón, cubriéndose el rostro con las manos.

Josephine, incapaz de contener su asombro mucho tiempo, bajó apresuradamente a la cocina.

—Valentine, ¿qué demonios puede pasarle a la señora? —le dijo a la cocinera—, no quiere cenar nada y está apurando vasos de brandy; hace un momento estaba mirando hacia el mar con unos impertinentes, y ahora está hecha un mar de lágrimas con una carta abierta sobre el regazo.

La cocinera, que se encontraba mondando patatas, alzó la vista y le hizo un expresivo guiño.

—Pues qué puede ser —dijo—, sino que el señor regresa.

## II

Al dar las seis en punto, Josephine y Valentine estaban todavía sentadas discutiendo sobre las posibles causas y consecuencias del hecho insinuado por esta última. De repente, la campanilla de Madame Bernier sonó. Josephine estuvo encantada de contestar. Se encontró con su señora cuando ésta bajaba las escaleras, peinada, envuelta en su capa y con el velo echado, sin visos de agitación, pero con el rostro muy pálido.

—Voy a salir —dijo Madame Bernier—, si el señor vizconde viniese, dígame que estoy en casa de mi suegra y ruéguele que me espere hasta que regrese.

Josephine le abrió la puerta a su señora y permaneció de pie observándola mientras cruzaba el patio.

–En casa de su suegra –murmuró la doncella–, ¡vaya desvergüenza!

Cuando Hortense llegó a la calle, se dirigió, no a través de la ciudad hacia el casco viejo, donde esa anciana dama –la madre de su marido– vivía, sino que tomó una dirección bien diferente. Siguió el camino del muelle, que discurría paralelo al puerto, hasta llegar a una zona muy concurrida, principalmente por pescadores y barqueros. Al llegar allí se retiró el velo. Empezaba a anochecer. Caminaba procurando no atraer la atención y escrutando minuciosamente la concurrencia en medio de la cual se encontraba. Su atuendo era sencillo, de suerte que no había nada en su apariencia que solicitase la atención; sin embargo, si por alguna razón a un transeúnte se le hubiese ocurrido fijarse en ella, la intensidad contenida con la cual examinaba a cada persona con quien se cruzaba le habría impresionado inevitablemente. Su comportamiento era el de quien trata de reconocer a un viejo amigo al que no ve hace tiempo o, quizás, mejor dicho, el de quien busca a un viejo enemigo entre una multitud. Finalmente, se detuvo frente a un tramo de escalera, al pie del cual había un embarcadero para media docena de botes, empleados en ocasiones para transportar pasajeros entre los dos extremos del puerto cuando se cerraba el puente levadizo para la navegación. Estando allí, de pie, fue testigo de la siguiente escena: Un hombre tocado con un gorro de pescador de lana roja, estaba sentado en la parte alta de la escalinata, fumando una pipa de caño corto, con el rostro vuelto hacia el agua. Al girar la cabeza, su vista se fijó en un mocosito que cruzaba apresuradamente el muelle en dirección a una lúgubre casa de vecindad cercana, con una jarra en los brazos.

–¡Eh, rapaz! –gritó el hombre–, ¿qué tienes ahí?. Ven aquí.

El chiquillo miró hacia atrás pero, en lugar de obedecer, aceleró el paso.

–¡Que el diablo te lleve, te he dicho que vengas! –repitió el hombre enfadado– ...o te retorceré tu miserable cuello, ¿es que no vas a obedecer a tu propio tío?

El chico se detuvo y se dirigió hacia su pariente con aire de arrepentimiento, volviendo la cabeza varias veces hacia la casa, como apelando a alguna autoridad superior.

–¡Vamos, date prisa o tendré que ir a buscarte! –prosiguió el hombre–. ¡Venga!

El muchacho avanzó hasta quedarse a unos pasos de la escalinata y allí se paró en seco, y se puso a observar cautelosamente al hombre aferrando con fuerza la jarra.

–Date prisa, pequeño miserable, acércate más.

El joven mantuvo, empero, un imperturbable silencio y permaneció inmóvil. Bruscamente, su sedicente tío se inclinó hacia delante y con un amplio movimiento de su brazo agarró la bronceada muñeca del chico y lo atrajo hacia él.

–¿Por qué no vienes cuando se te llama? –preguntó al tiempo que agarraba con su otra mano la desgredada mata de pelo del infante, y sacudía su cabeza hasta hacerle tambalearse–. ¿Por qué no viniste, pequeño salvaje maleducado?, ¿Eh?, ¿eh?, ¿eh? –preguntó acompañando cada interrogación con una nueva sacudida.

El chico no respondió. Intentaba por todos los medios volver la cabeza, a despecho de la furia del hombre y transmitir alguna llamada de auxilio a la casa.

–Vamos, deja de retorcer la cabeza. Mírame y contéstame: ¿qué hay en esa jarra? Y no mientas.

–Leche.

–¿Para quién?

–Para la abuelita.

–Que la cuelguen.

El hombre lo soltó y arrebató la jarra de los débiles brazos del chico, la inclinó hacia la luz e inspeccionó su contenido, se la llevó a los labios y la apuró. El chico, aunque ya libre, no retrocedió. Permaneció observando cómo su tío daba cuenta de la jarra. Después, mirándole a la cara le dijo:

–Era para el crío.

El hombre vaciló por un instante. Pero el chico pareció tener una premonición del resentimiento de su pariente, y por ello, apenas terminó de decirlo, retrocedió corriendo como una flecha justo a tiempo de evitar el jarrazo que le lanzó el hombre y que fue a estrellarse en sus talones. Cuando perdió de vista al muchacho, se volvió de nuevo hacia el mar, se colocó la pipa entre los dientes, frunció el ceño y murmuró algo que a Madame Bernier le sonó muy parecido a “Ojalá se ahogara ese rorro”.

Hortense fue muda espectadora de este minúsculo drama. Cuando terminó, se volvió y desanduvo sus pasos unos veinte metros con la mano en la cabeza. Después caminó muy erguida y se dirigió al hombre:

–Buen hombre –dijo en un tono amable–. ¿Es usted el patrón de alguno de estos botes?

El hombre levantó la vista hacia ella. En un instante, la pipa estaba fuera de la boca y en su lugar había una amplia sonrisa. Se levanto llevándose la mano a la gorra.

–Lo soy, señora, a su servicio.

–¿Podría llevarme a la otra orilla?

–No necesita un bote; el puente esta bajo –dijo uno de sus compañeros al pie de la escalera, mirando en dirección al puente.

–Lo sé –dijo Madame Bernier–, pero desearía ir al cementerio, y un bote me evitaría caminar casi un kilómetro.

–El cementerio está cerrado a esta hora.

–*Allons*, deja en paz a la señora –dijo el hombre al que se dirigió inicialmente–. Por aquí, señora mía.

Hortense se sentó en la popa del bote. El hombre cogió los remos.

–¿Cruzamos directamente? –preguntó el hombre.

Hortense miró en derredor.

–Es una bonita tarde –dijo–, ¿por qué no me lleva hasta el faro y en el camino de regreso me deja en el punto más cercano al cementerio?

–Muy bien –replicó el barquero–. Quince sueldos –dijo, y comenzó a remar vigorosamente.

–*Allez*, le pagaré bien –dijo Hortense.

–Quince sueldos es la tarifa –insistió el hombre.

–Déme un agradable paseo y le daré cien –dijo Hortense.

Su acompañante no dijo nada. Evidentemente trataba de actuar como si no hubiese oído la observación. El silencio era probablemente la forma más digna de recibir una promesa demasiado munificente para no ser sino una broma.

El silencio se mantuvo por algún tiempo, roto únicamente por el batir de los remos y por los sonidos procedentes de la costa y de las naves próximas. Madame Bernier estaba sumida en un profundo escrutinio, a hurtadillas, del rostro del barquero. Era un hombre de unos treinta y cinco años, de rostro obstinado, cruel y sombrío. Estos indicios estaban, quizás, exagerados por la pesada monotonía de su tarea. Sus ojos no mostraban ya ese destello de picardía que habían transparentado cuando estaba tan *expressé* en el ofrecimiento de sus servicios, su rostro era mejor entonces, esto es, si el vicio es mejor que la ignorancia. Decimos que un rostro se “ilumina” con una sonrisa; y de hecho, ese breve titilar hace los oficios de una vela en una habitación oscura. Proyecta un rayo de luz sobre la sombría tapicería de nuestras almas. El semblante de los pobres conoce generalmente pocas variaciones. Existe una vasta clase de seres humanos cuya fortuna se restringe a un único cambio de expresión o, quizás, mejor dicho, a una única expresión. ¡*Ah, yo!* ¡Los rostros que visten la desnudez o harapos; cuyo reposo es anquilosamiento, cuya actividad, vicio; ¡ignorantes en sus peores momentos, infames en los mejores!

–No reme tan fuerte –dijo finalmente Hortense–. ¿No sería mejor que se tomase un respiro?

–La señora es muy amable –dijo el hombre, apoyándose sobre los remos–. Pero si me ha contratado por horas –añadió con esa despiadada sonrisa de nuevo en su rostro– no debería pescarme holgazaneando.

–Supongo que su trabajo es muy duro –dijo Madame Bernier.

El hombre sacudió levemente la cabeza, como para dar a entender la insuficiencia de cualquier suposición para captar el verdadero alcance de su trabajo.

–Me he levantado a las cuatro de la mañana, llevo acarreando fardos y cajas en el muelle y navegando con mi bote desde entonces, sudando, sin cinco minutos de descanso. *C'est comme ça*. A veces le digo a mi amigo, creo que me voy a dar un chapuzón en la ensenada para ver si me seco un poco. ¡Ja, ja, ja!

–Y, por supuesto, no ganará usted mucho –dijo Madame Bernier.

–Menos que nada. Lo justo para mantenerme lo suficientemente orondo para dar de comer al hambre.

–¿Cómo?, ¿no le llega siquiera para la comida precisa?

–Precisa es una palabra muy elástica, señora. Puede reducirla hasta el punto de que el grado superior a nada signifique lujo. Mi alimento preciso es a veces aire enrarecido. Si no me privo de él, es porque no puedo.

–¿Es posible ser tan desdichado?

–¿Quiere saber qué he comido hoy?

–Dígamelo –dijo Madame Bernier.

–Un pedazo de pan negro y un arenque en salazón es todo lo que ha pasado por mi gástrico en las últimas doce horas.

–¿Por qué no se busca otro trabajo, una ocupación más apropiada?

–Si tuviese que morir esta noche –prosiguió el hombre sin hacer caso de la pregunta–, cual un hombre cuyas ansias de auto-compasión le conducen más allá de las señales de auxilio, ¿qué quedaría para enterrarme? Con estas ropas que llevo podría comprarme una buena caja, por el precio de este viejo y desarrapado traje, que no me ha durado siquiera un año, podría conseguir un ataúd que durara más de cien años. *La bonne idée!*

–¿Por qué no busca otro trabajo en el que paguen mejor? –repitió Hortense.

El hombre dejó de nuevo los remos.

–¿Un trabajo mejor pagado? Tengo que trabajar para conseguir trabajo. Tengo que ganármelo también. Un trabajo significa un salario. Cuento con la esperanza de un trabajo para la próxima semana como la mejor parte de mis gastos para el sábado noche. Hacer rodar cincuenta toneles desde el barco hasta el almacén significa dos cosas: treinta sueldos y cincuenta barriles más para descargar al día siguiente. Así que una mano rota o un hombro dislocado significan veinte francos para el boticario y *bon jour* a mi negocio.

–¿Está casado? –preguntó Hortense.

–No, doy gracias. No he sido maldecido con esa dicha. Pero tengo una vieja madre, una hermana y tres sobrinos que dependen de mí. La anciana mujer es demasiado vieja para trabajar; la chica es demasiado perezosa y los pequeños son demasiado jóvenes. Pero ninguno de ellos es demasiado joven o demasiado viejo para no tener hambre, *allez*. ¡Que me aspen si no soy un padre para todos ellos!

Hubo una pausa. El hombre había retomado los remos. Madame Bernier permanecía sentada sin moverse, examinando la fisonomía de su vecino. El agonizante sol daba de lleno sobre la cara del hombre, cubriéndola de una brillante luz. Las facciones de la dama quedaban oscurecidas contra el cielo de poniente, lo que la hacía indiscernible para su compañero.

–¿Por qué no abandona este lugar? –dijo finalmente ella.

–¡Abandonarlo!, ¿cómo? –contestó, mirándola con la basta avidez con la que la gente de su clase recibe propuestas que rozan sus intereses, incluyendo las sugerencias filantrópicas, esa ansia desconfiada con la cual la experiencia les ha enseñado defender su propia parte del trato, la única clase de propuesta con la que ella les había familiarizado.

–Ir a otra parte –dijo Hortense.

–¿Adónde, por ejemplo?

–A un nuevo país, América.

El hombre estalló en una sonora carcajada. La cara de Madame Bernier reveló evidencias de un mayor interés en el juego de sus rasgos que en esa turbación que generalmente acompaña a la conciencia del ridículo.

—¿Ése sí que es un proyecto digno de una dama! Si encuentra un apartamento amueblado, *lá-bas*, no podría desear nada mejor. Pero nada de saltos en el vacío. América y Argelia son bonitas palabras para atiborrar estómagos vacíos cuando estás holgazaneando al sol, sin trabajo, igual que cuando llenas tu pipa de tabaco y dejas que el humo ascienda formando volutas alrededor de tu cabeza. Pero se desvanecen tras un buen chuletón y una botella de vino. Cuando la tierra sea tan llana y el aire tan puro que la costa americana pueda divisarse desde aquel muelle, entonces prepararé mi ható. No antes.

—¿Teme, entonces, arriesgarse?

—Yo no temo nada, *moi*. Pero tampoco soy un necio. No quiero darles un puntapié a mis *sabots* hasta no tener un buen par de zapatos. Puedo caminar descalzo aquí, pero no quiero encontrarme agua donde esperaba pisar tierra firme. En cuanto a América, ya he estado allí.

—¡Ah!, ¿ha estado allí?

—He estado en Brasil, México, California y en las Indias occidentales.

—¡Ah!

—También en Asia.

—¡Ah!

—*Pardieu*, en China y la India. ¡Oh, he visto todo el mundo! He doblado tres veces el Cabo.

—¿Ha sido marino, entonces?

—Sí, señora, catorce años.

—¿En qué barco?

—Pobrecita, en medio centenar.

—¿Franceses?

—Franceses, ingleses y españoles, la mayoría españoles.

—¿Sí?

—Sí, en buena hora.

—¿Cómo es eso?

—¡Oh, fue una vida de perros! Habría ahogado a cualquier perro que me hubiese jugado la mitad de las malas pasadas que solía presenciar.

—¿Y nunca tuvo que intervenir en alguna usted mismo?

—*Pardon*, lo di todo. Fui tan buen español y tan valiente como cualquiera. Medí mi cuchillo con los mejores, y lo desenvainé tan rápido y lo hundí tan profundo como ellos. Le enseñaría las cicatrices si no fuera una dama. Pero le aseguro que podría encontrar sus gemelas en el pellejo de docenas de españoles.

Los recuerdos le hicieron remar con renovado vigor. Hubo un breve silencio.

—Cree usted —dijo Madame Bernier al cabo de unos minutos—, recuerda Usted, quiero decir, ¿recuerda usted si alguna vez mató a un hombre?

Hubo un momentáneo flaqueo en los remos del barquero. Le dirigió una repentina mirada a su pasajera, quien sin embargo permanecía aún lo suficientemente oscurecida por su posición como para resultar indistinguible. El tono de su interrogatorio había trascendido la pura y simple curiosidad. Vaciló unos instantes, y luego ofreció una de esas conscientes, prudentes, ambiguas sonrisas que pueden ocultar bien la asunción criminal de algo más que la verdad o el rechazo culpable de ésta.

—*Mon Dieu!* —dijo encogiéndose de hombros—. ¡Hay una cuestión!... Nunca maté a nadie sin una razón.

—Por supuesto que no —dijo Hortense.

—Si bien una razón en Sudamérica, *ma foi!* —añadió el barquero —, no sería una razón aquí.

—Supongo que no. ¿Cuál podría ser una razón allí?

—Bueno, si hubiera matado a un hombre en Valparaíso, y no digo que lo hiciera, cuidado, sería porque mi cuchillo habría ido más lejos de lo que pretendía.

–Pero ¿por qué habría de desenfundarlo?  
–No lo hice. Pero si lo hubiera hecho, habría sido porque él lo desenfundó primero contra mí.  
–¿Y por qué habría hecho él eso?  
–*Ventrebleu!*, por tantas razones como barcos hay en el puerto.  
–¿Por ejemplo?  
–Bueno, porque me hubiesen dado a mí el puesto que él buscaba en una tripulación.  
–¿Por cosas como ésa? ¿Es posible?  
–Oh, por cosas más nimias: por una docena de naranjas que me hubiera dado una muchacha que anteriormente se las había prometido a él.  
–¡Qué extraño! –dijo Madame Bernier con una estridente risa–. Un hombre que te guarda un resentimiento de esa clase sería capaz de acercarse y apuñalarte, supongo, como si tal cosa.  
–Exacto. Te clava un cuchillo en la espalda hasta la empuñadura escupiéndote una maldición, y cinco minutos más tarde está partiendo un melón con ese mismo cuchillo mientras entona una cancioncilla.  
–Y cuando una persona tiene miedo, o vergüenza, o de algún modo se siente incapaz de vengarse por sí mismo, ¿debe él (o puede que sea una mujer), debe ella buscar a alguien que lo haga en su lugar?  
–*Parbleu!*, pobres diablos a la espera de ese tipo de encargos son tan abundantes en toda la costa sudamericana como los *commissionaires* en las esquinas de este país. –El barquero estaba claramente sorprendido por la fascinación que acerca de tan infame tema se había apoderado de una dama tan elegante; pero teniendo, como se puede observar, una lengua dispuesta, es posible que el placer que encontraba en ser capaz de complacer la curiosidad de la dama y en escucharse a sí mismo fuesen aún mayores–. Y allí abajo –continuó– nunca olvidan una deuda. Si un tipo no te ajusta cuentas un día, lo hará otro, el odio de los españoles es como el

sueño perdido, puedes aplazarlo un tiempo, pero al final te pasa factura. Los bribones siempre mantienen sus promesas... Un enemigo a bordo es tremendamente divertido, es como dos toros encerrados en un mismo ruedo, no puedes permanecer quieto ni medio minuto, si no es contra la barrera. Incluso cuando traba amistad contigo, su acogida nunca es de fiar. Provocarle es como beber de una jarra de peltre. Y es así en todas partes. Deja que tu sombra se cruce una sola vez en el camino de un español, y él siempre la verá ahí. Si no ha vivido nunca fuera de esas malditas cuadrículadas ciudades europeas, no puede imaginarse cómo son las cosas en una de esas ciudades portuarias sudamericanas, la mitad de la población esperando tras la esquina a la otra mitad. Pero no veo que sea mucho mejor aquí, donde unos vigilan a otros. Allí te encuentras un asesino a cada paso, aquí una *sergent de ville*... En todo caso, la vida *là-bas* solía recordarme, más que cualquier otra cosa, a la navegación por un canal de aguas poco profundas, donde no sabes qué infernal roca puede hacerte encastrar. Todo el mundo tiene cuentas pendientes con sus vecinos, como las tienen las señoras con sus *fournisseurs*; y, *ma foi*, ésas son las únicas cuentas que saldan. El capitán del *Santiago* puede que me pague algún día de éstos por los bonitos calificativos que le jalée cuando nos despedimos, pero seguro que nunca me pagará el salario que me debe.

Una corta pausa siguió a esta exposición de las virtudes de los españoles.

–Entonces, ¿usted no ha mandado al otro mundo a nadie?  
–continuó Hortense.

–¡Oh, claro que sí!... ¿Se siente horrorizada?

–En absoluto. Sé que el hecho es a menudo justificable.

El hombre permaneció en silencio un instante, acaso sorprendido, y lo siguiente que dijo fue:

–¿Es usted española?

–En ese sentido, quizás lo sea –respondió Hortense.

Su compañero guardó de nuevo silencio. La pausa se prolongó. Madame Bernier lo rompió con una pregunta que mostró que los pensamientos de ambos habían estado siguiendo el mismo curso.

—¿Cuál sería una razón suficiente en este país para matar a alguien?

El barquero lanzó una fuerte carcajada sobre el agua. Hortense se envolvió bien con su manto.

—Me temo que no la hay.

—¿No existe el derecho de legítima defensa?

—Por supuesto, y eso es algo de lo que yo debería saber. Pero es una defensa que *ces messieurs du Palais* podrán dejar en nada.

—En Sudamérica y esos países, cuando un hombre te hace la vida imposible, ¿qué puedes hacer?

—*Mon Dieu!* Supongo que matarle.

—¿Y en Francia?

—Supongo que suicidarte. ¡Ja!, ¡ja!, ¡ja!

En ese momento habían alcanzado el extremo del gran rompeolas, que terminaba en un faro; el límite, por una parte, del interior del puerto. El sol se había puesto.

—Ya estamos en el faro —dijo el barquero—; está oscureciendo, ¿regresamos?

Hortense se incorporó en su sitio unos instantes, y permaneció así mirando hacia el mar.

—Sí —dijo finalmente—, puede regresar, despacio.

Cuando el bote hubo girado, se sentó de nuevo en la misma posición, y extendió una de sus manos más allá del borde del bote, garabateando en la superficie del agua mientras avanzaban y fijando la mirada en las largas ondas.

Finalmente, alzó la vista hacia su compañero. Ahora que su rostro reflejaba las últimas luces del poniente, el hombre pudo ver que estaba mortalmente pálida.

—Debe de resultarle duro arreglárselas en la vida —dijo ella—. Estaría encantada de poder ayudarle.

El hombre se puso en marcha y la miró fijamente unos instantes. ¿Sería porque esa observación no encajaba con la expresión que podía discernir tenuemente en sus ojos? A continuación se llevó la mano a la gorra.

—Madame es muy amable. ¿Qué haría para ayudarme?

Madame Bernier le sostuvo la mirada.

—Confiaré en usted.

—¡Vaya!

—Y le recompensaré.

—¿Sí? ¿Madame tiene un trabajo para mí?

—Un trabajo —asintió Hortense.

El hombre no dijo nada, esperando aparentemente una explicación. Su rostro mostraba esa leve irritación que sienten las naturalezas inferiores cuando se las intriga.

—¿Es usted un hombre valiente?

La luz pareció llegar en esta pregunta. La pronta expansión de sus rasgos la contestó. No puedes tocar determinados asuntos con un inferior sino mediante el sacrificio de las barreras que te separan de él. Hay pensamientos y sentimientos y vislumbres y prefiguraciones de pensamientos que nivelan todas las desigualdades de clase.

—Soy lo bastante valiente —dijo el barquero— para cualquier cosa que usted quiera que haga.

—¿Es lo bastante valiente como para cometer un crimen?

—No de balde.

—Si le pidiera que pusiese en peligro su tranquilidad de espíritu, que arriesgase su seguridad personal por mí, indudablemente no sería como un favor. Le daría diez veces el peso en oro de cada gramo en que la carga de su conciencia se viese incrementada por mi causa.

El hombre le dirigió una dura y prolongada mirada en la penumbra.

—Sé lo que quiere que haga —dijo finalmente.

—Muy bien, —dijo Hortense—. ¿Y lo hará?

Continuó mirándola fijamente. Ella le devolvía la mirada como una mujer que ya no tiene nada más que ocultar.

–Exponga el caso.

–¿Conoce un navío llamado el *Armonique*, un barco de vapor?

–Sí; viene de Southampton.

–Llegará mañana temprano. ¿Podrá cruzar la barra?

–No, no hasta el mediodía.

–Eso pensaba. Espero a una persona: un hombre.

Madame Bernier parecía incapaz de continuar, como si hubiese perdido la voz.

–¿Y bien? –preguntó su compañero.

–Él es la persona. –Calló de nuevo.

–La persona que...

–La persona de la que me gustaría deshacerme.

Se hizo el silencio durante unos instantes. El barquero fue el primero en hablar.

–¿Tiene un plan?

Hortense asintió.

–Escuchémoslo.

–La persona en cuestión –dijo Madame Bernier– estará impaciente por desembarcar antes del mediodía. La casa a la que regresa estará a la vista desde el navío si, como usted dice, permanece anclado. Si puede tomar un bote, seguro que desembarcará. *Eh bien!*, ya me comprende.

–¡Ajá!, quiere decir mi bote, *este* bote.

–¡Oh, Dios!

Madame Bernier se levantó de su sitio, distendió los brazos y se dejó caer de nuevo, enterrando el rostro entre sus rodillas. Su acompañante levantó rápidamente los remos y puso las manos sobre los hombros de la mujer.

–*Allons, donc*, en nombre del diablo, no se derrumbe –dijo él–; llegaremos a un acuerdo.

Arrodillado en el suelo del bote y sosteniéndola con su abrazo, logró levantarla aun cuando su cabeza permanecía inclinada.

–¿Quiere que acabe con él en el bote?

No hubo respuesta.

–¿Es un hombre mayor?

Hortense negó levemente con la cabeza.

–¿De mi edad?

Ella asintió.

–*Sapristi!*, no es tan fácil.

–No puede nadar –dijo Hortense, sin levantar la vista–. Él..., él es cojo.

–*Nom de Dieu!* –El barquero dejó caer las manos. Hortense levantó rápidamente la vista–. ¿Han visto pantomima? No importa –añadió finalmente el hombre–, eso servirá como señal.

–*Mais oui*. Además de eso, pedirá que le lleven a la mansión Bernier, la casa cuya parte trasera da al mar, en la prolongación del gran muelle. *Tenez*, casi se puede ver desde aquí.

–Conozco el lugar –dijo el barquero, y se quedó callado, como si se formulase y contestase él mismo una pregunta.

Hortense estaba a punto de interrumpir el hilo de pensamientos que se daba cuenta que él estaba siguiendo, cuando él se le adelantó.

–¿Cómo puedo estar seguro de lo mío?

–¿Se refiere a su recompensa? He pensado en ello. Este reloj es un anticipo de lo que podré y estaré encantada de entregarle después. Su caja está cubierta de perlas por valor de dos mil francos.

–*Il faut fixer la somme* –dijo el hombre sin tocar el reloj.

–Depende de usted.

–Bien. Sabe que tengo derecho a pedir un precio más alto.

–Desde luego. Fije una cifra.

–Únicamente en el supuesto de una gran suma consideraría su propuesta. *Songez donc*, es un ASESINATO lo que me está pidiendo.

–El precio, diga el precio.

–*Tenez* –continuó el hombre–, la caza furtiva es siempre arriesgada. Las perlas en este reloj son tan caras porque llegar hasta ellas puede costar la vida de un hombre. Usted quiere que



yo sea su pescador de perlas. Que así sea, pero me tiene que garantizar un descenso seguro, se trata de un descenso, sabe, ja, me tiene que proporcionar una escafandra segura; un pequeño agujero para respirar mientras hago mi trabajo; sólo en pensar en mi gorra llena de napoleones.

—Mi buen hombre, no deseo decirle ni escuchar sutilezas. Solamente quiero saber el precio. No estoy regateando por un par de gallinas. Proponga una cantidad.

El barquero por entonces había retomado ya su sitio y sus remos. Se estiró para dar un largo y lento impulso, lo que le llevó cara a cara con su tentadora. Mantuvo esta posición; el cuerpo inclinado hacia delante y los ojos fijos en el rostro de Madame Bernier, durante unos segundos. Tal vez, afortunadamente para el propósito de Hortense en ese momento —había ayudado a menudo a sus propósitos ya antes— era una mujer bella. Un rostro poco agraciado habría hecho hincapié en la absolutamente repulsiva naturaleza de la negociación. Repentinamente, con un rápido y convulso movimiento, el hombre completó la remadura.

—*Pas si bête!* Proponga una usted.

—Muy bien —dijo Hortense—, si así lo desea. *Voyons*: le daré lo que puedo. Tengo joyas por valor de quince mil francos. Se las daré o, si pueden suponerle un problema, su valor en metálico. En casa tengo, en una caja, mil francos en oro. También serán suyos. Pagaré su pasaje y su equipamiento a América. Tengo amistades en Nueva York. Les escribiré para que le consigan un trabajo.

—Y les concederá su colada a mi madre y a mi hermana, ¿*hein?* ¡Ja! ¡ja! Joyas, quince mil francos; que con mil más hacen dieciséis; pasaje a América, en primera clase, quinientos francos; equipamiento, ¿qué entiende exactamente Madame por eso?

—Todo lo necesario para que pueda salir adelante *là-bas*.

—¿Un certificado escrito de que no soy un asesino? *Ma foi*, sería mejor no despojarme de esa imagen, me ha sido de una gran ayuda, al menos a este lado de charco. Pongamos veinticinco mil francos.

—Muy bien; pero ni uno más.

—¿Puedo confiar en usted?

—¿No lo estoy haciendo yo? Tiene suerte de que no me permito a mí misma pensar en lo que estoy haciendo.

—Quizás en eso estemos igualados. Ninguno de los dos podemos permitirnos darle importancia a ciertas posibilidades. Tranquila, yo también confiaré en usted. . . . *Tiens!* —añadió el barquero, ya estamos junto al muelle. A continuación, con un solemne y fingido toque de su gorra añadió—: ¿Todavía desea Madame visitar el cementerio?

—Vamos, rápido, déjeme bajar —dijo Madame Bernier impaciente.

—En cierto modo, ya *hemos* estado entre los muertos, —porfió el barquero mientras le ofrecía su mano.

### III

Eran más de las ocho cuando Madame Bernier llegó a su casa.

—¿Ha venido Monsieur de Meyrau? —preguntó a Josephine.

—Sí, *señá*; y al enterarse de que Madame estaba fuera, dejó una nota, *chez* Monsieur.

Hortense encontró una carta lacrada sobre la mesa del vetusto despacho de su marido. Decía lo siguiente:

Me quedé muy triste al ver que no estabas. Tenía algo que decirte. He aceptado una invitación para cenar y pasar la noche en C—, pensando que me sentaría bien. Por la misma razón he decidido coger el toro por los cuernos, y subir a bordo del vapor a mi regreso para dar la bienvenida a Monsieur Bernier —el privilegio de un viejo amigo. Me han dicho que el *Armorique* anclará al otro lado de la barra al amanecer. ¿Qué opinas?, aunque es demasiado tarde para hacérmelo saber. Celebra mi *savoir faire* —lo harás, en todo caso, al final. Verás como eso suavizará los problemas.

—¡Maldición!, ¡maldición! —siseó Madame cuando hubo leído la nota—. ¡Dios me libre de mis amigos!

Fue de un lado al otro de la habitación varias veces y al final comenzó a hablar sola entre murmullos, como suele hacer la gente en momentos de emociones intensas—: ¡Bah! Nunca se levanta al amanecer, se quedará dormido, especialmente después de la cena de esta noche. El otro llegará antes que él... ¡Oh, pobre cabeza mía, has sufrido demasiado para fracasar al final!

Josephine reapareció para ofrecerse a ayudar a su señora a desvestirse. Esta última, en su deseo de tranquilizarse, preguntó lo primero que se le ocurrió:

—¿Estaba Monsieur de Meyran solo?

—No, señora; otro caballero le acompañaba; Monsieur de Saulges, creo. Vinieron en un coche de caballos, con dos baúles de viaje.

Aunque hasta el momento he considerado mejor, seguramente desde un exagerado temor a atrincherarme en el terreno de la ficción, relatarles lo que esta pobre mujer hacía y decía en lugar de lo que pensaba, debo ahora revelarles lo que pasaba por su mente en ese momento: “¿Será un cobarde?, ¿irá a abandonarme?, o simplemente, ¿va a pasar estas últimas horas jugando y bebiendo? Tendría que haberse quedado junto a mí. ¡Ah!, amigo mío, qué poco haces por mí, cuando tanto hice por ti!; quien comete un crimen, y (¡que el cielo me ayude!), ¡se suicida por ti!... Pero supongo que él sabe lo que más le conviene. En todo caso, saldrá de juerga hasta tarde”.

Cuando la cocinera llegó esa noche, Josephine, que se había quedado levantada esperándola, le dijo:

—No te puedes hacer idea del aspecto que tiene Madame. Parece diez años mayor que esta mañana. ¡Virgen Santa, qué día ha debido de tener!

—Espera a mañana —dijo la oracular Valentine.

Más tarde, cuando las mujeres subieron a la alcoba, advirtieron una luz por debajo de la puerta de Hortense, y durante la

noche Josephine, cuya habitación estaba sobre la de Madame, y quien no pudo dormir (por simpatía, permítasenos decir), oyó movimientos debajo, lo que indicaba que su señora estaba incluso más desvelada que ella.

#### IV

Había bastante ajeteo en torno al *Armonique* cuando ancló fuera de la bahía de H—, con las primeras luces del día siguiente. Un caballero, con abrigo, bastón y una pequeña bolsa de viaje, se puso a la altura del vapor en un pequeño bote pesquero y lo abandonó para subir a bordo.

—¿Se encuentra Monsieur Bernier a bordo? —preguntó a uno de los oficiales, el primer hombre con el que se encontró.

—Creo que ha desembarcado, señor. Vino un barquero preguntando por él hace unos minutos, y creo que se lo ha llevado.

Monsieur de Meyrau reflexionó unos instantes. Después cruzó al otro extremo del buque, mirando hacia tierra. Inclínandose sobre el macarrón vio un bote vacío amarrado a la escalera de mano que subía por el costado del buque.

—Este bote va a la ciudad, ¿no? —preguntó a uno de los marineros que andaba ocioso.

—Sí, señor.

—¿Dónde está el patrón?

—Supongo que estará aquí en unos instantes. Lo vi hablando con uno de los oficiales justo hace un momento.

De Meyrau descendió por la escalerilla y se sentó en la popa del bote. Mientras el marinero al que acababa de dirigirse estaba pasándole su bolsa, un rostro con gorra roja se asomó por encima de los macarrones.

—¡Buen hombre! —gritó De Meyrau—, ¿es éste su bote?

—Sí, señor, a su servicio —respondió el de la gorra roja que llegó a la parte superior de la escalerilla, y estudió detenidamente el bastón y el baúl de viaje del caballero.

—¿Puede llevarme a la ciudad, a la casa de Madame Bernier, al final del nuevo muelle?

—Claro, señor —dijo el barquero deslizándose por la escalerilla—. Es usted justo el caballero a quien buscaba.

Una hora más tarde Hortense Bernier salió de la casa, y comenzó a atravesar lentamente el jardín en dirección a la terraza desde la que se divisaba el mar. Las sirvientas, al bajar temprano, la habían encontrado levantada y vestida, o mejor dicho, aparentemente no se había desvestido, ya que llevaba las mismas ropas que la noche anterior.

—*Tiens!* —exclamó Josephine al verla—, Madame envejeció diez años ayer, y ha envejecido otros diez durante la noche.

Cuando Madame Bernier llegó al centro del jardín se detuvo, y permaneció inmóvil unos instantes, en actitud de escucha. A continuación, articuló un terrible grito. Vio cómo de la parte baja de la terraza emergía una figura y se dirigía hacia ella cojeando, con los brazos extendidos.

*Traducción del inglés de David de la Fuente Coello  
y Luis Cayo Pérez Bueno*

## DUKE OF PORTLAND

VILLIERS DE L'ISLE-ADAM

Al señor Henry La Luberne.

*Gentlemen, you are welcome to Elsinore.*

Shakespeare, *Hamlet*

Espérame allá, pues, ciertamente,  
me reuniré contigo EN AQUEL PROFUNDO VALLE.

El obispo Hall

A fines de estos últimos años, a su regreso de Oriente, Richard, duque de Portland, el joven Lord, en otro tiempo famoso en toda Inglaterra por sus fiestas nocturnas, sus victoriosos purasangres, su conocimiento del boxeo, sus cacerías de zorros, sus castillos, su fabulosa fortuna, sus aventureros viajes y sus amores, desapareció repentinamente.

Solamente en una ocasión, un atardecer, se vio su secular carroza dorada atravesar Hyde Park, con las cortinas cerradas, a toda marcha, y rodeada de jinetes portadores de antorchas.

Después de reclusión tan brusca como extraña, el duque se retiró a su casa solariega, se convirtió en el solitario habitante de aquel macizo castillo construido en tiempos remotos, entre sombríos jardines y bosques, en el cabo de Portland.

Allí, por toda vecindad, una luz rojiza que iluminaba a todas horas, atravesando la bruma, los potentes buques que arfaban a lo lejos y entrecruzaban sus penachos de humo en el horizonte.

Una especie de sendero, en pendiente hacia el mar, una sinuosa alameda excavada en las rocas y bordeada de pinos salvajes abre sus pesadas verjas doradas sobre la misma arena de la playa, sumergida durante las horas del reflujo.

Bajo el reinado de Enrique VI, se forjaron leyendas acerca de este castillo fortaleza, cuyo interior, a la luz que se filtraba por los ventanales, resplandecía de riquezas feudales.

En la plataforma que une las siete torres velan aún, entre cada uno de los espacios libres, un grupo de arqueros y algunos caba-

llos esculpidos en piedra, en actitud de combate, pertenecientes al tiempo de las cruzadas.

Por la noche, dichas estatuas, cuyos rostros, ahora borrados por las huracanadas lluvias y la escarcha de varios cientos de inviernos, presentan una expresión varias veces transformada por los embates del rayo, ofrecen un vago aspecto que se presta a las más supersticiosas visiones. Y, cuando las olas, levantadas en masas multiformes por la tempestad, se estrellan en la oscuridad contra el promontorio de Portland, la imaginación del paseante, presuroso y perdido por la playa, ayudada sobre todo por la luz de la luna sobre las graníticas sombras puede pensar, frente al castillo, en algún eterno combate sostenido por una heroica guarnición de soldados fantasmas contra una legión de malos espíritus.

¿Qué significaba el aislamiento del abandonado señor inglés? ¿Sufría alguna crisis de *spleen*? ¿Él, un corazón tan alegre por naturaleza! ¿Imposible!... ¿Acaso se trataba de alguna mística influencia que le había sido contagiada durante su viaje a Oriente? Quizás. Esta desaparición inquietaba a la corte. La misma reina desde Westminster había dirigido un mensaje al invisible lord.

Acodada en un candelabro, la reina Victoria se hallaba aquella tarde en audiencia extraordinaria. A su lado, sentada en un taburete de marfil, una joven lectora, Miss Hélène H...

Una respuesta, lacrada en negro, llegó de parte de Lord Portland.

La muchacha, tras abrir el pliego ducal, recorrió con sus ojos azules, sonrientes reflejos celestiales, las pocas líneas que contenía. Bruscamente, sin pronunciar palabra, con los ojos cerrados, lo presentó a su majestad.

También la reina leyó en silencio.

A las primeras palabras, su rostro, impasible de ordinario, pareció empañarse de una extraña tristeza. Incluso se estremeció; luego, en silencio, acercó el papel a las velas encendidas. Acto seguido, dejó caer sobre las losas la carta, que se consumía.

—Mylords —dijo a los pares presentes a cierta distancia—, no volveréis a ver a nuestro querido duque de Portland. Ya no formará parte del Parlamento. Le dispensaremos de ello mediante el privilegio necesario. ¡Que se guarde su secreto! No os preocupéis más por él y que ninguno de sus huéspedes intente jamás dirigirle la palabra.

Después, despidió con un ademán al viejo correo del castillo:

—Diréis al duque de Portland lo que acabáis de ver y oír —añadió lanzando una mirada a las negras cenizas de la carta.

Tras estas misteriosas palabras, su majestad se levantó para retirarse a sus aposentos. Sin embargo, al ver a la lectora, quien se había quedado inmóvil y como adormecida, con la mejilla apoyada en su blanco y joven brazo, sobre el muaré purpúreo de la mesa, la reina, sorprendida aún, murmuró dulcemente:

—¿Vienes, Hélène?

La joven persistía en su actitud y todos los presentes se acercaron solícitos a ella.

Sin que palidez alguna mostrara su emoción, ¿acaso podría palidecer un lirio?, se había desmayado.

Un año después de las palabras pronunciadas por su majestad, durante una tempestuosa noche otoñal, los navíos que pasaban a algunas leguas del cabo de Portland vieron el castillo iluminado. ¡No era la primera de las fiestas nocturnas ofrecidas en cada estación por el lord ausente! Se hablaba de ellas, pues su sombría excentricidad rayaba lo fantástico: el duque no asistía jamás.

Las fiestas no se celebraban en las habitaciones del castillo. Nadie había penetrado en ellas; Lord Richard, que, solitario, habitaba un torreón, parecía haberlas olvidado.

Desde su regreso, había hecho cubrir los muros y bóvedas de los vastos subterráneos de la mansión con inmensos espejos venecianos. El suelo estaba ahora enlosado con mármoles y relucientes mosaicos. Únicamente unos cortinajes entreabiertos por flecos de cadeneta separaban una sucesión de salones maravillosos,

donde, bajo resplandecientes e iluminadas balastradas de oro, aparecía un conjunto de muebles orientales, bordados en preciosos arabescos, entre plantas tropicales, surtidores de agua aromática en pilas de pórfido y hermosas estatuas.

Allí, con la amable invitación del propietario del castillo de Portland, “a pesar de estar él siempre ausente”, se reunía una brillante multitud, la élite de la joven aristocracia inglesa, los más seductores artistas o las más bellas despreocupadas de la *gentry*.

Lord Richard estaba representado por uno de sus amigos de antaño. Y entonces empezaba una noche principescamente libre.

En el sitio de honor del festín, sólo el sillón del joven lord quedaba vacío y el escudo ducal que coronaba el respaldo aparecía siempre velado por un largo crespón negro.

Las miradas, risueñas por la embriaguez o el placer, se volvían gustosamente hacia las presencias más encantadoras.

Así, en Portland, risas, besos, tintineo de copas, canciones ebrias y melodías se ahogaban a medianoche, bajo tierra, en voluptuosos salones, entre embriagadores aromas de flores exóticas.

Pero si uno de los invitados hubiera abandonado la mesa y se hubiera aventurado al exterior para respirar la brisa marina, en la playa, en la oscuridad, entre ráfagas de desolados vientos, quizás hubiera presenciado un espectáculo capaz de turbar su buen humor, al menos para el resto de la noche.

En efecto, con frecuencia, hacia aquella misma hora, por los recodos de la alameda que descendía hacia el océano, un *gentleman*, envuelto en su capa, con el rostro cubierto por una máscara de tela negra a la que se unía una capucha circular que ocultaba toda la cabeza, se encaminaba, con un cigarrillo en la mano enguantada, hacia la playa. Como por fantasmagoría de gusto caduco, le precedían dos servidores de cabellos blancos; otros dos, portadores de humeantes antorchas rojizas, le seguían a unos pasos.

Al frente caminaba un niño, también con librea enlutada, y este paje agitaba, una vez por minuto, el corto tañer de una cam-

pana para advertir a los que llegaban que se apartaran del camino del paseante. Y el aspecto de tan reducida comitiva producía tan glacial impresión como el cortejo de un condenado.

Ante el hombre se abría la verja de la ribera; la escolta lo dejaba solo y entonces avanzaba hacia la orilla. Allí, como perdido en una pensativa desesperación y embriagado en la desolación del espacio, permanecía taciturno, semejante a los pétreos espectros de la plataforma, bajo el viento y los relámpagos, ante el rugir del océano. Tras una hora de ensimismamiento, el taciturno personaje, siempre acompañado por la luz de las antorchas y precedido por el sonido de la campana, regresaba al torreón por el sendero por el que había descendido. Y, a veces, vacilando, se aferraba a los salientes de las rocas.

La mañana que había precedido a dicha fiesta otoñal, la joven lectora de la reina, siempre enlutada desde el primer mensaje, rezaba en el oratorio de su majestad, cuando le fue entregado un billete escrito por uno de los secretarios del duque.

Sólo contenía estas palabras, que leyó, estremecida: “Esta noche”.

Ésa fue la razón de que una de las embarcaciones reales arribara a Portland a medianoche. Una juvenil silueta femenina, con sombrío manto, descendió, sola. La visión, tras orientarse en la playa oscura, se apresuró corriendo hacia las antorchas, hacia el sonido de la campanilla que traía el viento.

En la arena, acodado en una piedra y agitado por un temblor mortal, el hombre de la máscara misteriosa se hallaba tendido sobre una capa.

—¡Desdichado! —exclamó entre sollozos la joven aparición, cubriéndose el rostro al llegar, despeinada, junto a él.

—¡Adiós! ¡Adiós! —respondió él.

A lo lejos, se oían canciones y risas procedentes de los subterráneos de la mansión feudal, cuya iluminación se reflejaba ondulante en las aguas.

—¡Eres libre!... —añadió él, dejando caer su cabeza sobre una piedra.

—¡Tú estás liberado! —respondió la blanda aparición al tiempo que elevaba una cruzecilla de oro hacia el cielo estrellado, ante la mirada del hombre silencioso.

Tras un largo silencio, y como ella permaneciera así ante él, con los ojos cerrados, inmóvil, murmuró con un profundo suspiro:

—¡Hasta pronto, Hélène!

Cuando, tras una hora de espera, los servidores se acercaron, descubrieron a la muchacha arrodillada en la arena, orando cerca de su dueño.

—El duque de Portland ha muerto —dijo.

Y, apoyándose en el hombro de uno de los ancianos, regresó a la embarcación en la que había llegado.

Tres días después, en el *Diario de la Corte*, pudo leerse esta noticia:

¿CUÁL ERA EL SECRETO DE LA MUERTE DEL PODEROSO LORD?

Un día, durante sus lejanos viajes a Oriente, habiéndose apartado de la caravana en los alrededores de Antioquía, el joven duque, charlando con los guías del país, oyó hablar de un mendigo del cual todos se apartaban con horror y que vivía solo entre ruinas. Se le ocurrió ir a visitarle, pues nadie escapa a su destino.

Pero ese Lázaro fúnebre era el último depositario de la antigua lepra, la Lepra seca e incurable, un mal inexorable del cual sólo Dios podría resucitar, antaño, a los Jobs de la leyenda.

Así pues, solo, Portland, a pesar de las súplicas de sus aterrados guías, osó desafiar al contagio en una especie de caverna donde agonizaba ese mendigo de la Humanidad.

Y allí, por una bravata de gran gentilhombre, intrépido hasta la locura, al dar un puñado de oro a ese miserable agonizante, el pálido señor le estrechó la mano.

En aquel mismo momento, una nube pasó por sus ojos. Al anoche- cer, sintiéndose perdido, ante los primeros síntomas del mal, abandonó la ciudad y las tierras del interior para ganar el mar e intentar curarse en su castillo o morir en él.

Pero, ante los ardientes males que se le declararon durante la travesía, el duque comprendió que su única esperanza consistía en una muerte rápida.

¡Todo estaba consumado! ¡Adiós, juventud, resplendor de un nombre ilustre, prometida, querida, posteridad de la raza! ¡Adiós, fuerzas, alegría, incalculable fortuna, belleza, porvenir! Toda esperanza se había ahogado en el hueco de una mano terrible. El Lord había heredado del mendigo. Un momento de gallardía, ¡mejor dicho, un momento demasiado noble!, había arrebatado esta existencia luminosa en el secreto de una muerte desesperada...

Así murió el duque de Portland, el último leproso del mundo.

*Traducción del francés de Ana María Moix.*

Nos arremolinábamos alrededor de Monsieur Bermutier, juez de instrucción, quien expresaba su parecer sobre el enigmático asunto de Saint-Cloud. Desde hacía un mes, este inexplicable crimen tenía soliviantado a París. Nadie entendía nada.

Monsieur Bermutier, de pie y de espaldas a la chimenea, hablaba, reunía pruebas, discutía las distintas opiniones, pero no concluía nada.

Varias damas se habían levantado para acercarse y permanecían de pie, con la mirada fija en la rasurada boca del magistrado, de la que emanaban las solemnes palabras. Se estremecían, temblaban, crispadas por una curiosidad temerosa, por una ávida e insaciable necesidad de espanto que aherrojaba sus almas y las retorció de hambre.

Una de ellas, más pálida que las demás, quiebra el silencio:

—Es horrible. Esto raya en lo “sobrenatural”. Nunca se sabrá nada.

El magistrado se volvió hacia ella:

—Sí, Madame. Es probable que nunca sepamos nada. En cuanto al término “sobrenatural” que acaba de pronunciar, no tiene cabida aquí. Estamos en presencia de un crimen asaz hábilmente planeado, asaz hábilmente ejecutado, tan envuelto en misterio que nunca podremos arrancarlo de las impenetrables circunstancias que lo rodean. En una ocasión anterior, hube de instruir una causa en la que parecían mezclarse elementos de tinte fantástico, causa que, por cierto, hube de sobreseer, por falta de pruebas.

Varias de las circunstancias se dieron tanta prisa en hablar, que dijeron a coro:

—¡Cuéntenoslo!

Monsieur Bermutier sonrió con gravedad, como cumple a un juez de instrucción. Dijo:

—No vayan a creer, ni por un instante, que llegué a pensar que en esa aventura hubiera algo sobrehumano. Sólo creo en las causas normales y corrientes. Pero si en lugar de emplear la palabra “sobrenatural” para expresar aquello que no alcanzamos a entender, echáramos mano pura y simplemente del término “inexplicable”, otro gallo nos cantara. En todo caso, en la historia que voy a referirles, fueron sobre todo las circunstancias espaciales, las circunstancias propiciatorias, las que más me conturbaron. En fin, he aquí los hechos:

Era entonces juez de instrucción en Ajaccio, una diminuta población blanca, recostada al borde de un encantador golfo rodeado por entero de altas montañas.

Las causas que solía instruir guardaban sobre todo relación con la *vendetta*. Las había soberbias, dramáticas en sumo grado, feroces, heroicas. Se dan allí los casos más hermosos de venganza que quepa imaginar, los odios seculares, aplacados por un momento pero jamás extinguidos, las tretas abominables, los asesinatos que se tornaban en degollinas y casi en hazañas gloriosas. Desde hacía dos años, no oía hablar más que del precio de la sangre, de ese tremendo prejuicio corso que obliga a vengarse de todo agravio en la persona del ofensor, en la de sus descendientes y en la de sus parientes. Asistí al degüello de ancianos, de niños, de primos, la cabeza me rebosaba con esas historias.

Un día supe que un inglés acababa de alquilar por varios años una pequeña villa situada en lo más recóndito del golfo. Llevaba consigo un fámulo francés, reclutado a su paso por Marsella.

Muy pronto, todo el mundo comenzó a ocuparse de ese singular personaje, que vivía solo en esa residencia, de la que únicamente salía para cazar y pescar. No cruzaba palabra con nadie, no

aparecía nunca por la ciudad y cada mañana se ejercitaba durante una o dos horas en tirar al blanco, con pistola o escopeta.

Comenzaron a fraguarse leyendas en torno a él. Que si era un personaje encumbrado exiliado por razones políticas, después, que si se había ocultado tras cometer un crimen espantoso, y se daban detalles de circunstancias especialmente horribles.

En mi condición de juez de instrucción, quise hacer algunas averiguaciones sobre dicho sujeto, pero resultaron vanas. Se hacía llamar Sir John Rowell.

Me contentaba con vigilarle de cerca, pero, en realidad, no levantaba ninguna sospecha.

Comoquiera que las habladurías iban en aumento y se generalizaban, decidí ver por mí mismo al extranjero y comencé a cazar en las inmediaciones de su propiedad.

Aguardé durante bastante tiempo una ocasión propicia. Ésta se presentó bajo la forma de una perdiz a la que disparé y abatí en las narices del inglés. Mi perro me la trajo, y tan pronto como tuve la pieza, fui a disculparme por mi desconsideración y rogué a Sir John Rowell que aceptase el volátil.

Se trataba de hombre fornido, de barba y cabellos pelirrojos, alto y robusto, una suerte de hércules plácido y cortés. Carecía de la sequedad británica y agradeció vivamente mi detalle en un francés con acento inglés. Al cabo de un mes, habíamos trabado conversación en cinco o seis ocasiones.

Una tarde, al pasar por delante de su puerta, lo vi sentado a horcajadas en su jardín, con una pipa en la mano. Lo saludé y me invitó a entrar para tomar una jarra de cerveza. No me hice de rogar.

Me recibió con la minuciosa cortesía inglesa, habló elogiosamente de Francia, de Córcega y declaró su amor por *esa* país, y *esa* playa.

Aproveché entonces para formularle, con grandes cautelas y afectado un interés muy vivo, algunas preguntas sobre su vida y sus proyectos. Respondió sin embarazo y me refirió que había



vijado mucho por África, por la India, por América. Agregó riendo:

—He *vividos muchos* aventuras, ¡oh yes!

Luego, llevé la conversación al tema de la caza y me proporcionó los detalles más pintorescos de la caza del hipopótamo, del tigre, del elefante e incluso del gorila.

Dije:

—Todas esas fieras son temibles.

Sonrió:

—¡Oh, no, el peor de todos es el hombre!

Se puso a reír acto seguido, con la risa bonancible de un forniko inglés satisfecho.

—¡También he cazado *muchas* hombres!

Habló luego de armas y me invitó a pasar a su casa para enseñarme su colección de fusiles.

Su salón estaba tapizado de negro, en seda negra con bordados dorados. Enormes flores amarillas refulgían sobre la oscura estofa cual si fueran de fuego. Explicó:

—Es un paño japonés.

Pero en el centro de un panel mayor, un objeto extraño captó mi atención. Sobre un fondo de terciopelo rojo, se destacaba un objeto negro. Me acerqué: era una mano, una mano humana. No una mano de esqueleto, blanca y descarnada, sino una mano negra disecada, con la uñas amarillentas, los músculos visibles y con rastros de sangre antigua, de sangre grasa, con los huesos cortados a cercén, como de un hachazo, cerca de la mitad del antebrazo.

Alrededor de la muñeca una enorme cadena de hierro, remachada, soldada a esa extremidad desaseada, la amarraba a la pared por medio de una argolla capaz de sujetar a un elefante.

Pregunté:

—¿Qué es eso?

El inglés contestó con calma:

—Pertenece a mi mejor enemigo. Procede de América. La cercené de un sablazo, la desollé con un canto cortante y la puse a secar al sol durante ocho días. ¡*Gustarme* mucho!

Toqué aquel despojo humano, que debió de pertenecer a un coloso. Los dedos, desmesuradamente largos, se mantenían sujetos por medio de gruesos tendones que conservaban en determinados puntos tiras de piel. Esa mano, prendida de aquella manera, constituía una visión horrible y evocaba, naturalmente, alguna venganza fiera.

Dije:

—Su dueño debió de ser un sansón.

El inglés contestó plácidamente:

—¡Oh, yes! Pero yo lo fui más. Le até esta cadena para retenerla.

Lo tomé a broma, y dije:

—Ahora esa cadena resulta ociosa; la mano no puede escapar.

Sir John Rowell contestó con gravedad:

—*Querer* huir siempre; la cadena es necesaria.

Con una mirada rápida escudriñé su rostro, preguntándole: “¿Está loco o me está embromando?”.

Pero su semblante permanecía impenetrable, plácido y benévolo. Cambié de asunto y admiré los fusiles.

Me percaté, sin embargo, de que había tres revólveres cargados sobre los muebles, como si este sujeto viviera bajo el temor continuo de ser víctima de una agresión.

Volví en varias ocasiones a su casa; después ya no regresé más. Todos nos habíamos habituado a su presencia, y terminó resultando indiferente.

Transcurrió un año entero. Una mañana, hacia finales de noviembre, mi criado me despertó con la noticia de que Sir John Rowell había sido asesinado durante la noche.

Media hora después, entraba en la residencia del inglés con el comisario jefe y el comandante de la gendarmería. El sirviente,

empavorecido y desesperado, lloraba en el umbral de la puerta. Al principio, sospeché de él, pero me di cuenta de que era inocente.

Nunca se halló al culpable.

Nada más entrar en el salón de Sir John, mis ojos se dirigieron al cadáver, que estaba tendido de espaldas en el centro de la estancia.

La camisa estaba desgarrada, una manga arrancada daba testimonio de que la lucha hubo de ser terrible.

¡El inglés había muerto estrangulado! Su faz negra y abotargada, espantosa, parecía expresar un terror abominable; tenía algo entre los dientes apretados y la sangre le cubría el cuello, taladrado con cinco agujeros que se hubiera dicho producidos por cinco púas metálicas.

Se nos unió un médico. Reconoció durante largo rato las huellas de los dedos en la carne y profirió estas extrañas palabras:

—Se diría que ha sido estrangulado por un esqueleto.

Un escalofrío me recorrió la espina dorsal y dirigí la vista hacia la pared, al lugar donde antaño vi la horrible mano desollada. Ya no estaba; la cadena, pendía rota.

Entonces me agaché sobre el muerto y hallé en su enclavijada boca uno de los dedos de la mano fugitiva, cortado o mejor cerenado a bocados, a la altura de la segunda falange.

Luego procedimos a un reconocimiento. No averiguamos nada; ninguna puerta, ninguna ventana, ningún mueble habían sido forzados. Los dos perros guardianes permanecieron dormidos.

He aquí en resumidas cuentas la deposición del doméstico:

Desde hacía un mes, su amo parecía agitado. Había recibido múltiples cartas, que quemaba conforme llegaban.

A menudo, empuñando un látigo, preso de una ira propia de un demente, azotaba con furia esa mano disecada, pegada a la pared y desprendida, Dios sabe cómo, en el instante del crimen.

Trasnochaba mucho y se encerraba a cal y canto. Siempre tenía armas al alcance de la mano. A menudo, durante la madrugada, hablaba a voces, como si disputara con alguien.

Aquella noche, por casualidad, no hizo ningún ruido y sólo cuando el criado fue a abrir las ventanas descubrió que Sir John había sido asesinado. No sospechaba de nadie.

Comuniqué lo que sabía del difunto a las autoridades y a los oficiales del orden público y practicamos en toda la isla una investigación minuciosa. Nada averiguamos.

Tres meses después del crimen, tuve una horrible pesadilla. Me pareció ver la mano, la horripilante mano, corriendo como un escorpión o como una araña a lo largo de mis paredes y mis cortinas. Me desperté tres veces y me volví a dormir otras tantas. Tres veces vi el repugnante despojo corriendo por mi dormitorio moviendo los dedos como si fueran patas.

Al día siguiente me la trajeron; la habían encontrado en el cementerio, sobre la tumba de Sir John Rowell, que había sido enterrado allí, pues no habían podido dar con su familia. Le faltaba el índice.

Hasta aquí, señoras, llega mi historia. No sé nada más.

Las mujeres estaban asustadas, pálidas, trémulas. Una de ellas gritó:

—¡Pero no tiene desenlace, ni explicación! No conciliaremos el sueño hasta que no nos diga qué sucedió, en su opinión.

El magistrado sonrió con severidad:

—¡Oh, señoras, estimo que voy a aguar sus terribles ilusiones! Pienso lisa y llanamente que el legítimo propietario de la mano no estaba muerto, y que vino a buscarla con lo que le quedaba. Pero desconozco cómo logro su designio. Fue una especie de *ven-detta*.

Una de las mujeres musitó:

—No, no debió de ocurrir así.

Y el juez de instrucción, con su perenne sonrisa, concluyó:

—Ya les dije que mi explicación no las complacería.

23 de diciembre de 1883

Traducción del francés de Luis Cayo Pérez Bueno

## EL TULLIDO

GUY DE MAUPASSANT

El hecho ocurrió en 1882. Acababa de instalarme en un rincón de un compartimiento vacío, y había cerrado la portezuela con la esperanza de viajar solo, cuando volvió a abrirse de repente y oí una voz que decía:

–¡Tenga cuidado, señor! Nos hallamos justamente en un cambio de agujas; el estribo está muy elevado.

Otra voz respondió:

–No te preocupes, Laurent; me sujeto bien.

Luego apareció una cabeza tocada con un sombrero hongo, y dos manos, que se aferraban con firmeza a los montantes, alzaron pausadamente un corpachón cuyos pies al tocar el estribo hicieron el ruido que produce una estaca al chocar contra el suelo.

Cuando el pasajero introdujo el tronco en el compartimiento, vi aparecer al extremo del pantalón la contera de una pata de palo pintada de negro, y después otra pierna de iguales características. Detrás del viajero, emergió una cabeza que inquirió:

–¿Está instalado cómodamente el señor?

–Sí, mozo.

–Ahí van, pues, los paquetes y las muletas.

Y un doméstico, con pinta de antiguo asistente militar, subió a su vez con una buena porción de bultos con envoltorios negros y amarillos, cuidadosamente atados, y los depositó en la red sobre la cabeza de su principal. Dijo luego:

–Bien, señor. Ya está todo. Son cinco: los bombones, la muñeca, la escopeta, el tambor y el pastel de *foie-gras*.

–Bien, mozo.

–Buen viaje, señor.

–¡Gracias, Laurent! ¡A seguir bien!

El mozo cerró la portezuela y se marchó; yo observé a mi vecino.

Debía de frisar los treinta y cinco años, aunque su pelo era ya casi cano. Portaba condecoraciones; gastaba bigote, y era robusto, muy grueso, con esa obesidad propia de los hombres activos y fornidos cuando una enfermedad los obliga a permanecer inmóviles.

Se enjugó la frente, resopló reciamente y preguntó, mirándome a la cara:

–¿Le molesta a usted el humo, señor?

–No, señor.

Aquellos ojos, aquella voz, aquel rostro, me resultaban familiares. Pero ¿de dónde, de cuándo? Seguramente, me había topado con aquel hombre, le había hablado, le había estrechado la mano. De eso, hacía mucho, mucho tiempo, estaba envuelto en la bruma en la que la mente busca a tientas los recuerdos y los persigue, como si fueran espíritus huidizos, imposibles de aferrar.

Él también me miraba con la porfía y la tenacidad de quien recuerda algo, pero confusamente.

Nuestras miradas, incómodas por la insistencia de los cruces, se desviaban; pero al cabo de unos instantes, movidas por la voluntad inconsciente y tenaz de la memoria en acción, volvieron a encontrarse, y entonces dije:

–A fe mía, caballero, que en vez de mirarnos a hurtadillas durante una hora, mejor fuera que recordáramos juntos dónde nos conocimos.

Mi vecino asintió complacido:

–Lleva usted toda la razón.

Me presenté:

–Me llamo Henry Bonclair, magistrado.

Vaciló unos segundos, y luego, con esa mirada y tono imprecisos que acompañan siempre a las abruptas tensiones mentales, murmuró:

–¡Ah, sí! Lo recuerdo perfectamente; lo conocí en casa de los Poincel, años atrás, antes de la guerra. ¡Hace de eso doce años!

–Sí, sí, en efecto... El teniente Revalière, ¿no?

–Sí... Fui el capitán Revalière hasta el día en que perdí las piernas..., las dos a la vez, amputadas por obra de una granada.

Y nos contemplamos de nuevo, luego de habernos reconocido.

Recordaba muy bien haber visto a aquel buen mozo esbelto que bailaba con brío y soltura gráciles y a quien me parece apodaban “La Tromba”. Mas detrás de aquella imagen, nítidamente evocada, flotaba aún algo imperceptible, una historia que yo había sabido y olvidado, una de aquellas historias a las que se presta tan cortés como liviana atención y que dejan en la memoria apenas rastro.

Una historia sentimental, sin duda, según iba haciendo memoria, pero poco más, una sensación comparable a la del sabueso que husmea la pieza de caza.

Poco a poco, sin embargo, las sombras se disiparon y un rostro de muchacha se dibujó ante mis ojos. Luego, cual cohete que estalla, di con su nombre: la señorita De Mandal. Lo recordé todo, de golpe. Una historia de amor trivial. La joven amaba al teniente cuando yo la conocí, y se hablaba de su próximo enlace. Él parecía muy enamorado, muy feliz.

Eléve la vista hacia la red donde el fámulo de mi vecino había colocado los paquetes, que se movían a cada sacudida del tren, y me vinieron a las mientes las palabras del criado, como si acabara de pronunciarlas.

Había dicho: Bien, señor. Ya está todo. Son cinco: los bombones, la muñeca, la escopeta, el tambor y el pastel de *foie-gras*.

Entonces, súbitamente, pergeñé y desarrollé en mi mente una novela. Se asemejaba a todas las que había leído y en las que tanto el novio como la novia se casan enamorados, tras la catástrofe corporal o económica. Aquel oficial, pues, mutilado durante la

guerra, encontró al acabar la campaña a su prometida, la cual hizo honor a su compromiso.

Aquello se me figuraba hermoso, aunque sencillo, como se juzgan sencillos las devociones y los desenlaces de los libros y los dramas. Pareciera que cuando se trata de literatura o de dramas, en esas escuelas de magnanimidad, uno siente la tentación de sacrificarse con gozo entusiasta, con arranque espléndido. Pero si al día siguiente un amigo en apuros nos pide unas monedas, se nos tuerce el gesto.

Luego, de inmediato, otra suposición menos poética y más prosaica, sustituyó a la primera. Quizá se había casado antes de la guerra, antes de que el espantoso accidente de la granada le cercenara las piernas, y la joven, abatida y resignada, se hizo cargo de aquel marido que marchó gallardo y robusto y volvía con palos por piernas, horriblemente condenado a la inmovilidad, a las cóleras impotentes y a la fatal obesidad.

¿Era feliz o desdichado? Un deseo, liviano primero, más acusado después, y finalmente indomeñable, me asaltó: quería conocer su historia o, por lo menos, lo principal de la misma, que me permitiera adivinar lo que no pudiera o no quisiera revelarme.

Imbuído de esos pensamientos, le hablaba. Habíamos intercambiado algunas palabras anodinas, y yo, mirando hacia la red, pensaba: “Tiene tres hijos: los bombones son para su esposa, la muñeca para la niña, la escopeta y el tambor para los chicos y el pastel de *foie-gras* para él”.

De repente lo interpele:

—¿Tiene usted hijos, caballero?

Él contestó:

—No, señor.

Me sentí conturbado, como si hubiese incurrido en una grave inconveniencia, y volví a decir:

—Dispéñeme. Se me había figurado al oír a su criado hablarle de juguetes. Se oye sin escuchar y se deduce sin base.

Sonrió, para mascullar luego:

—No, no llegué a casarme, no pasé de los preparativos.

Afecté acordarme de repente:

—¡Ah! Es verdad... Estaba usted prometido, cuando lo conocí, con la señorita De Mandal.

—Sí, señor; su memoria es excelente.

Con audacia increíble, agregué:

—Sí, creo recordar haber oído decir que la señorita De Mandal se casó con el señor..., el señor...

Pronunció con calma el nombre.

—El señor De Fleurel.

—¡Eso es! Sí... hasta recuerdo que se habló de su percance...

Lo miraba con fijeza; se ruborizó.

Su amplia cara, que el permanente flujo de sangre mantenía del color de la púrpura, se puso como la grana.

Replicó con vivacidad, con el ardor repentino de quien defiende una causa perdida de antemano, perdida en su corazón y en su mente, pero que desea ganar delante de la opinión:

—Se equivoca, caballero, en asociar mi nombre con el de la señora Fleurel. Al volver de la guerra mutilado, no hubiese aceptado, nunca, a ningún precio, ser su esposo. ¿Era acaso posible? Cuando una mujer se casa, no es por hacer un alarde de generosidad, no, sino para vivir cada día, cada noche, cada hora y cada minuto al lado de un hombre, y si ese hombre está tullido como yo, se la condena a un sufrimiento de por vida. ¡Oh!, comprendo y admiro todos los sacrificios, todos los afectos desinteresados, siempre que tengan un límite; pero no admito la renuncia de una criatura a una vida entera que espera sea dichosa, la renuncia a todas las alegrías, a todos los ensueños, por el gusto de dar satisfacción a la opinión. Cuando oigo resonar en el piso de mi habitación el ruido de mis patas de palo y de mis muletas, ese ruido de molino que hago a cada paso, me entran ganas de estrangular a mi criado. ¿Cree usted que puede pedirle a una mujer que aguante lo que uno mismo no tolera sino a la fuerza? Y, además, ¡bonita facha me dan mis patas de palo!

Se calló. ¿Qué podía objetar? ¡Me parecía que la razón estaba de su parte!. ¿Podía censurarla, despreciarla, decir que se había portado mal? No. Y, sin embargo... El desenlace prosaico, natural, práctico, verosímil, no satisfacía mis apetitos poéticos. Aquellos muñones heroicos se me antojaban dignos de un sacrificio, y descubrir que no lo había me causaba una enorme decepción.

Acto seguido, lo interrogué:

—¿Tiene hijos la señora De Fleurel?

—Sí, una niña y dos niños; son para ellos estos juguetes que traigo. Su esposo y ella se han portado muy bien conmigo.

El tren ascendía la pendiente de Saint-Germain. Atravesó los túneles, entró en la estación, se detuvo.

Iba a ofrecer mi brazo para ayudar a bajar al oficial mutilado, cuando dos manos se tendieron hacia él por la portezuela abierta.

—Buenos días, querido Revalière.

—Buenos días, Fleurel.

Detrás del marido, la esposa sonreía radiante, linda todavía, enviando saludos con sus manos enguantadas. Una chiquilla, a su lado, brincaba de contento, y dos rapaces miraban con ojos ávidos el tambor y la escopeta, que pasaban de la red del portaequipajes a las manos del padre.

Cuando el tullido estuvo en el andén, lo abrazaron los niños. Luego, echaron a andar todos, y la niña, amistosamente, apoyaba su manita en el travesaño de una de las muletas, como hubiese podido aferrarse, yendo a su lado, a un dedo de su buen amigo.

*21 de octubre de 1888*

*Traducción del francés de Luis Cayo Pérez Bueno*

## A TERRIBLE NIGHT

LÉON BLOY

*A la señorita Jeanne B.  
Homenaje de la más respetuosa compasión*

La pobre anciana hubiera querido poder dormirse, como le había aconsejado su hijo, por la mañana, cuando salió para ir al combate.

¡Algo fácil de decir! Pero cuando se tienen setenta años bien cumplidos, cuando el corazón estalla de desdicha y cuando la angustia te roe en un lecho de paralítica, se necesitaría una bendición singular de Dios para alcanzar un poco de paz.

Y vaya si habían combatido; todo el día, casi a ojos vista, a dos o tres kilómetros como mucho. Durante diez horas, había oído el cañón, las descargas de fusil, los alaridos de los heridos que traían a la vecindad. Había incluso advertido a lo lejos, por encima de los viejos álamos de la carretera, una enorme nube de humo que sólo se disipó a impulsos del viento vespertino.

En el alboroto espantoso de esas horas interminables había atronado sus oídos sobre todo el cañón, el ominoso cañón que tan eficazmente mata a los hijos de las desgraciadas madres.

Nunca antes, salvo con ocasión de algún gran festejo público, lo había oído. Pero sabía muy bien qué era y desde la mañana creía que toda esa metralla penetraba en su cuerpo, en su miserable cuerpo incapaz de llevarla a socorrer a las víctimas.

Su hijo, su apuesto y robusto hijo, ese hombre aguerrido que hubiera podido permanecer a su lado, en casa, como tantos otros que se burlaban de la patria, ¿dónde estaba ahora?

Sus quehaceres le eximían de cualquier servicio militar. Pero cuando supo, el valiente, que los prusianos llegaban en masa para

arrasar su tierra y cuando vio que las tropas francesas se aprestaban para la batalla, nada pudo detenerlo; ni siquiera una anciana madre clavada en el lecho hubiera logrado apartarlo de su deber. A ella le recordaba demasiado a su padre, un valeroso soldado del Primer Imperio.

Descolgó su escopeta de caza y fue a presentarse como voluntario. Pero, con todo, era muy penoso no verlo regresar, no tener la más mínima noticia y asistir al inicio de una gélida madrugada que iba a encarnizarse con crueldad extrema con los pobres heridos, caídos por esos andurriales, a los que ningún cristiano prestaría socorro.

—¡Por los clavos de Cristo! Virgen del llanto eterno, ¿podría ser que mi hijo se contara entre ellos?

La desdichada anciana sollozaba en las tinieblas.

También ella era una desamparada. La muchachita que la cuidaba de ordinario no había aparecido desde el mediodía y éste era otro factor añadido de angustia.

Seguramente, le habría ocurrido alguna desgracia. Intrépida y valerosa como era, debió de querer ayudar a alguna víctima y debió de recibir un tiro, pues, como es bien sabido, los alemanes no se recatan en disparar a mujeres.

La mujer permaneció sola toda la noche, sin una alma que se compadeciera de ella. Desde hacía horas el hogar se había apagado por completo. Un negro frío entraba por doquier y todo era necesidad.

Los vecinos parecían haber muerto. Ni una luz, ni un movimiento humano en el pueblo. Un silencio sepulcral en la oscuridad...

Trató de convencerse a sí misma, de persuadirse de que su André no podía estar muerto, ni tampoco herido, y que todos los males eran fruto sólo de su imaginación, pero no lo lograba. La inquietud, los presentimientos fúnebres persistían aprovechándose de su prostración. La angustia se hizo espantosa.

¡Ah, si sus lastimosas piernas, inertes desde hacía dos años, pudieran mantenerla todavía en pie, tan sólo por una hora, cómo se hubiera echado gustosa a la calle para buscar a su hijo, a su muchacho querido, que ella, esa misma mañana, había tan piadosamente bendecido, cuando se vio obligado a partir!

Si sufriera algún daño ella sabría dar con él, con su niño querido. Recobraría toda su fuerza de antaño para llevarlo en brazos, como cuando tenía veinte meses y balbuceaba las primeras palabras.

Nunca en la vida le había dado ni un disgusto. Era una persona amable que vivía en paz con todos. Sin embargo, la vida lo había tratado mal. Traicionado y abandonado por su mujer, que huyó después de algunos meses de matrimonio, él no se abandonó a sí mismo. Tuvo fuerzas bastantes para preservar su noble corazón, consagrándose a su madre y viviendo, con gran sencillez, de sus modestas labores sin ningún deseo de hacer mal a nadie.

Pero ahora, Dios mío, si podía moverse, ¿por qué no regresaba?

Agotada por el hambre y la aflicción, había caído en ese alejamiento lúcido y cruel de las personas muy mayores que aspiran a morir de dolor. Su cabeza, visible cual una mancha pálida en medio de las tinieblas, oscilaba con regularidad, sacudida por un hipido que se parecía al de la agonía.

Una viva claridad le hizo abrir los ojos. Era uno de esos cohetes luminosos multicolores que empleaban los prusianos tan a menudo para transmitir, en plena noche, determinadas órdenes a los diferentes cuerpos bajo el mando de un mismo general.

A este cohete siguieron naturalmente otros muchos y, durante algunos minutos, la turbada moribunda, cuyo cerebro comenzaba a desbarrar, pudo creerse en una de esas fiestas imperiales de tiempos pasados que habían dejado honda impresión en su imaginación de mujer sencilla. Los fuegos artificiales iban sin duda a sonar, no se harían esperar.

Es conocido el aguzado ingenio de las señales luminosas utilizadas por el ejército alemán. Los cohetes no bastaban. El enemigo se servía también de puntos luminosos aplicados en virtud de un sistema sumamente simple. Por medio de pantallas que ora impedían el paso de la luz ora la dejaban atravesar, producía eclipses más o menos prolongados. El primer obturador, por ejemplo, ocultaba una lente blanca y el segundo una lente roja. Los colores proyectados y la duración de la emisión eran suficientes para articular una especie de alfabeto análogo al empleado en la telegrafía eléctrica.

En circunstancias normales la comunicación se establecía mediante reflectores que aparecían y desaparecían en la lejanía, auténticos fuegos fatuos en los linderos del bosque o en las crestas de las colinas.

Recuerdo incluso que, a veces, al andar, nuestros pasos producían destellos a causa del fósforo que habían extendido adrede por la carretera.

A luz del día nos dimos cuenta de que con bastante frecuencia los centinelas se comunicaban entre sí mediante movimientos ejecutados con el fusil y de que los vigías, a pesar de estar apostados a gran distancia unos de otros, se apercebían todos, al mismo tiempo, de que se cernía un peligro inminente. En esos casos era el caballo el que *hablaba*, dando vueltas a derecha e izquierda, presentándose de frente, caracoleando o doblando el corvejón. Cada una de sus evoluciones poseía un sentido particular.

Tuvimos finalmente pruebas de que los lugareños fueron a menudo cómplices del enemigo. El molinero, por ejemplo, haciendo girar las aspas de su molino de una determinada manera; el leñador, colocando en la orilla de la carretera un número determinado de haces de leña o practicando un corte en cierto árbol, etcétera.

Pero este sistema de comunicación *abierto* presentaba inconvenientes. Se dio el caso de francotiradores avispados que lograron descifrarla, volviéndola contra sus artífices. Puedo citar,

precisamente, el caso de un molinero de Eure-et-Loir que fue obligado por la amenaza de estos *pata negra* a comunicar a los prusianos un falso aviso que les costó terriblemente caro.

Es fácil imaginar lo que tales maniobras, sobre todo en la noche, pueden imprimir de fantasía en esta guerra suficientemente atroz de suyo y el desmedido pavor que acometió a la desdichada anciana, afligida durante horas por la más amarga desolación.

—¡André! —gritó—, mi pequeñín, cariño mío, ¿eres tú? Te han herido, ¿verdad?, esos malditos. Haz un último esfuerzo, te lo ruego. Ven a encontrarte con tu infeliz madre, que no puede traerte ni ir por ti. Ven, hijo bendito, te cuidaré como pueda. Te daré todo el calor de mi cuerpo gastado...

Un nuevo lamento más desesperado, más profundo si cabe que el primero, fue la respuesta. Sin duda, el ser humano que lo profería agonizaba.

Esta madre dolorosa, que reconoció inmediatamente a su hijo, se retorció las manos, a punto de estallar de desesperación.

—¡Dios mío!, ¡Dios mío!, ¿es esto posible? ¿Permitirás que mi hijo muera justo a mi lado, sin que pueda siquiera darle un último beso, mientras espero que me llesves a mí? ¡Oh!, no, ¿verdad que no? Sería pedir demasiado a tus criaturas. Espera, cariño, no te mueras aún. Tu madre irá por ti...

Y la desgraciada, tan inerte de medio cuerpo para abajo como las momias milenarias, se puso a reptar en su lecho, arrastrando la mitad de su cadáver gracias al esfuerzo sobrehumano de sus brazos.

Minutos más tarde caía cuan larga era, sobre el entarimado. Pero no le fue concedido añadir a su trecho ni la distancia de un paso de tortuga. Las larvas inclementes de las noches polares fueron los únicos testigos de esta doble agonía.

*Traducción del francés de Luis Cayo Pérez Bueno*



## EL SALAMANDRA VAMPIRO

LÉON BLOY

*A Léon Chaux*

Se cuenta que, a la muerte de Alarico, los godos lo lloraron como héroe de su nación y que, siguiendo la costumbre de los bárbaros del norte, que ocultaban cuidadosamente los sepulcros de sus hombres insignes, desviaron, para sus exequias, el curso de un riachuelo cercano a Cosenza. Excavaron en su lecho una fosa que semejaba un pozo, depositaron en él el cadáver de su cuadillo junto con una gran cantidad de riquezas, sellaron el sepulcro y devolvieron las aguas a su curso natural. Para garantizar el secreto degollaron a los prisioneros que fueron empleados en esa labor.

El instinto de la raza ha cambiado tan poco que, quince siglos después, hemos visto entre nosotros reproducirse escenas análogas, exentas, a decir verdad, de toda grandeza, pero extrañamente indicativas de la pesada puerilidad de este pueblo alemán al que ni la estaca de sus amos ni el parloteo de sus eruditos ha podido nunca doblegar.

Los esclavos de Prusia, mecánicamente disciplinados, trajeron a Francia, en las alforjas de sus alguaciles, el más secular mohó de sus orígenes.

¿Cuántas veces nos preguntamos sin poder responder cómo era posible que algunos ulanos, a todas luces muertos o heridos por nuestros tiradores y cuyos regueros de sangre seguíamos, pudieran permanecer en la cabalgadura y desaparecer sin dejar rastro?

Unos aventuraban que estaban amarrados; otros, que sus compañeros se los llevaban. Lo cierto y verdad es que estos salva-

jes gozaban del poder inexplicable de hurtarnos a sus muertos y heridos. Sus sillas, suponíamos, iban provistas de correas con la función de fijar al jinete; sin embargo, cuando el animal caía, el caballero al instante se veía libre. Recuerdo que a esas portentosas e intrincadas correas llegamos a denominarlas, durante un tiempo, como la *cuestión prusiana*.

Se ha dicho que quemaban a sus muertos. Nunca vi tal cosa y dudo mucho de que en ningún momento de la contienda esas odiosas bestias que quemaban tan cabalmente a nuestros heridos y ancianos tuvieran la oportunidad o el medio de consagrarse, en carne propia, a prácticas tan teutónicas.

Pero, a menudo, cuando no podían trasladar a sus difuntos, los enterraban, bien es verdad, como a Alarico, con todo el secreto imaginable y con todo el misterio que daban de sí semejantes cerebros. Los escondían, por ejemplo, entre dos manzanos, donde se excavaba un hueco en la esperanza con frecuencia burlada de hallar, tiempo después, sus preciadas carroñas.

Los perros vagabundos sabían seguir su rastro a las mil maravillas y devorarlos, tras escarbar la tierra de sus poco profundas fosas.

Había entre los nuestros un hombre medio quemado al que habíamos bautizado con el sobrenombre irónico de el Salamandra.

No creo que me sea dado ver nunca un semblante tan espeluznante. Antes de encontrarlo ignoraba que la fisonomía de un ser vivo pudiera expresar tanto odio, tanta desesperación y distinguirse hasta tal punto de los rostros heridos de los que cayeron “en la parte más profunda del lago”.

Se contaba casi en susurros la historia de este infeliz, cuya única salida fue enrolarse en el primer cuerpo de francotiradores con el que se topó, después de haber asistido a la violación y muerte de su mujer y su hija por una cincuentena de granujas alemanes instalados en su granja de Morsbronn, la misma tarde de la desoladora batalla de Froeschwiller.

A causa de un refinamiento muy propio de los prusianos, y que Bismarck hubiera aplaudido, lo habían amarrado a la pata de la cama, como castigo por el enorme crimen de haber faltado al respeto a uno de esos bellacos. ¡Y había podido vivir con eso en el corazón...!

Doce días más tarde, en Saint-Privat, combatió durante varias horas como un descosido y debió de aportar su granito de arena al inmenso grito de dolor que se elevaba desde el fondo de Alemania, cuando vio correr el interminable reguero de sangre de sus caídos.

Alcanzado por una bala en los instantes previos al final de esa terrible jornada, lanzado al vuelo en la iglesia en la que se amontonaban los heridos franceses, fue su sino sobrevivir milagrosamente a la inaudita catástrofe que los historiadores militares han tenido miedo de contar y por la que un pueblo entero deberá responder el día en que venga la divina Justicia.

La precipitada retirada del mariscal, que prohibió a las ambulancias la evacuación, dejó a trescientos o cuatrocientos infelices a merced de la clemencia del vencedor, y aquéllos fueron condenados a ser *quemados vivos* por el repulsivo cretino y bastardo Steinmetz, que deseaba vengarse en ellos y, por adelantado, del real puntapié que infaliblemente le debía traer el estúpido desperdicio de sus propias tropas.

No sé si es más fácil representar o describir un horror semejante. Nuestro Salamandra, que reunía en sí a la víctima y al testigo al escapar por los pelos del horrible suplicio, interrumpía en ocasiones el hosco silencio de fraile en el que encerraba su alma para decir alguna cosa.

Pronunciaba entonces algunas palabras sumarias que ponían los pelos de punta, pero los estigmas que adornaban su cuerpo eran más elocuentes que su mismo silencio.

Había podido salvar los ojos, pero no los párpados, semejantes a dos clavos de metal oscuro hundidos en dos tumores sangui-nolentos; la nariz, los ojos, las orejas habían desaparecido y las

tres cuartas partes del rostro estaban ennegrecidas, carbonizadas, como si una antorcha de lava ardiente hubiera pasado por él.

Hubo que amputarle tres dedos de la mano izquierda y su claudicación perpetua, dificultada por tics extraños, hacía pensar que el resto de su persona debió de haber sufrido en carne propia la cruel familiaridad de las brasas.

—Me asaron en la grasa de unos pobres diablos,—decía.

Pues el fuego había acabado por prender en esta masa de cuerpos humanos sobre la que caían maderos incandescentes...

¿La pavorosa llama fue avivada, como en Bazeilles, por algunos chorros de petróleo? Sólo Dios lo sabe. Sin embargo, los alemanes conocían esta costumbre y constituía el que estos regimientos de Baden o de Baviera fueran provistos de bidones y de teas de petróleo para prender fuego a casas y construcciones para sus ejércitos un oprobio indecible, una infamia nunca vista desde el Bajo Imperio.

Lección útil que no resultó de provecho para los festivos federados de 1871.

Sea como fuere, la infausta localidad de Saint-Privat fue saqueada sin demasiadas dificultades, durante toda la noche, a la luz del blanco resplandor de ese espantoso foco de dolor.

El Salamandra, apodado así porque pudo sustraerse a una agonía cuyo horror deja en mantillas a la imaginación, logró refugiarse en una especie de bodega en la que fue perseguido por el infierno bajo la forma atroz de líquidos hirvientes —aceite mineral o alquitrán humano, no se sabe— y en estas tinieblas del Hades, modeló su fantasmal rostro.

Por más lisiaduras que sufrió, no pasaron ni cuatro meses cuando este hombre, al que la muerte no quería ni regalado, se encontraba entre nosotros en calidad de voluntario. Valía, a fe mía, tanto como el mejor, sobre todo en las incursiones nocturnas, pues la aparición de su rostro demoníaco infundía a menudo un gran terror.

La única mano que le quedaba valía, creo, por varias y parecía multiplicarse. Impedido para realizar algunas maniobras con el fusil era, sin embargo, el primero de todos en morder y en golpear.

Entonces, su macabra faz se desplegaba en una suerte de risa que no era contagiosa del todo, respondo de ello, y gritaba histéricamente de voluptuosidad, como un enamorado.

Cuando acababa el combate su alegría cesaba y nada, absolutamente nada, podría dar una idea de la tristeza del desdichado, al que se oía llorar sordamente toda la santa noche. Surgía de él, como una flor negra, una sombría y tuberosa melancolía que nos sofocaba...

Muy bondadoso, siempre que no viera a los prusianos, espectro honrado y soldado excelente, ajeno a las murmuraciones, se aceptaba tanto por misericordia como por miedo a la opresión moral y física que causaba su temible presencia. De hecho, nadie lo molestaba y pasaba las horas muertas, inmóvil, sentado en el suelo, con la frente inclinada sobre las rodillas pegadas y con la cabeza hundida en el hueco de sus brazos.

Uno de sus compatriotas explicaba que había sido un muy valiente burgués, labrador, amante de su mujer y su hija como un bonzo fanático adora a sus ídolos, y que habiéndose convertido en un fantasma, conversaba amigablemente con sus fantasmas.

Me pregunté con frecuencia en qué podía consistir la vida, la patria, el mismo Dios, para una miseria tan profunda...

No supimos sino hasta muy tarde y en el último instante cuán espectral era, cuando descubrimos que nuestro Salamandra era, apasionadamente, un profanador de sepulturas.

Sin otro alimento, en los últimos meses, que su odio por los alemanes, nada era capaz de saciar esta pasión única, ni siquiera el que murieran, hecho que prodigó cuanto pudo, y que en determinadas circunstancias, sabía hacerla saborear con parsimonia. ¡Su muerte! ¡Ah, sí! ¡Apenas le bastaba!

Hubiera querido poder dañarlos en su parte *imperecedera*, en lo que por convención llamamos su alma inmortal, siempre, claro está, que se nos permita presumir que semejantes bestias tienen alma.

Carente del poder sobrenatural de evocar ante su corazón de verdugo los fluidos espíritus de los difuntos, se encarnizaba con los cadáveres, horriblemente persuadido de que el *Requiescant in pace* no era una fórmula vana y que cabía, de algún modo, afligir a los muertos profanando sus sepulturas.

En cualquier caso no faltaban oportunidades para intensificar el duelo de sus deudos.

Algunos de los testimonios recogidos tras la destrucción del vampiro, y los pormenores que podían adivinarse, bastaban para trastornar el entendimiento.

Se halló en él un puñado de papeles robados a los cadáveres y cartas escritas de su puño y letra que hubieran podido datarse en el infierno. Tales cartas, redactadas en el estilo moderno de las *esquelas mortuorias* y que fueron quemadas entre temblores, informaban a las madres, a las viudas, a los hijos, amigos o novias de Alemania, de ciertos sacrílegos actos realizados en la oscuridad en los lamentables cuerpos, convenientemente exhumados, de sus difuntos, con el discernimiento diabólico de un aparecido.

Naturalmente, conocía la tradición gótica de las inhumaciones misteriosas de las que he hablado y su olfato era el de un chacal para desvalijar tesoros de esa clase.

Murió con su pecado, al inicio del Armisticio, al carecer de objeto su existencia.

“¿Para qué vivir?”, se decía a sí mismo.

He aquí el meollo, como nos ha sido posible reconstruirlo por vía de inducción o deducción.

En un muy feroz combate librado en las inmediaciones de la desgraciada localidad de Bellême, en el Departamento de l’Orne, los prusianos, tras haber visto morir a uno de sus oficiales más

jóvenes, muy querido por ellos, según parecía, intentaron enterrarlo clandestinamente, según su costumbre, en un comedero de madera, un *comedero de cerdos* que encontraron en el corral de un campesino.

Lo pusieron en ese extraño féretro, con el sable a un lado, tendiendo cerca de él, a ras de suelo –como un guardia de corps para la eternidad–, a un soldado raso muerto ese mismo día. El suelo había sido cuidadosamente apisonado sobre la doble tumba y el emplazamiento marcado con una enorme precisión.

Dos meses después, al día siguiente de la firma del Armisticio, tres alemanes fueron a visitar, antes del amanecer, el fúnebre lugar y encontraron, al lado de la fosa abierta, que despedía un hedor insoportable, al Salamandra agachado sobre los dos cadáveres a los que en la putrefacción, burlonamente, mutilaba...

*Teterrima facies doemonum!*... La aparición de este horripilante rostro en semejantes circunstancias, en semejante hora y en semejante lugar debió de ser terrible para esos bárbaros, hasta el punto de que el médico certificó que uno de los alemanes murió repentinamente a causa de un aneurisma. En cuanto a los otros, vertieron valerosamente toda la sangre que corría por sus venas y sus cuerpos reventados a base de golpes fueron separados con enorme dificultad del cadáver amoratado del Salamandra Vampiro.

*Traducción del francés de Luis Cayo Pérez Bueno*

EL SÁTIRO SORDO  
*Cuento griego*

RUBÉN DARÍO

**H**abitaba cerca del Olimpo un sátiro, y era el viejo rey de su selva. Los dioses le habían dicho: “Goza, el bosque es tuyo; sé un feliz bribón, persigue ninfas y suena tu flauta”. El sátiro se divertía.

Un día que el padre Apolo estaba tañendo la divina lira, el sátiro salió de sus dominios y fue osado a subir el sacro monte y sorprender al dios crinado. Éste le castigó, tornándole sordo como una roca. En balde en las espesuras de la selva llena de pájaros se derramaban los trinos y emergían los arrullos. El sátiro no oía nada. Filomela llegaba a cantarle, sobre su cabeza enmarañada y coronada de pámpanos, canciones que hacían detenerse los arroyos y enrojecerse las rosas pálidas. Él permanecía impasible, o lanzaba sus carcajadas salvajes, y saltaba lascivo y alegre cuando percibía por el ramaje lleno de brechas alguna cadera blanca y rotunda que acariciaba el sol con su luz rubia. Todos los animales le rodeaban como a un amo a quien se obedece.

A su vista, para distraerle, danzaban coros de bacantes encendidas en su fiebre loca, y acompañaban la armonía, cerca de él, faunos adolescentes, como hermosos efebos, que le acariciaban reverentemente con su sonrisa; y aunque no escuchaba ninguna voz, ni el ruido de los crótolos, gozaba de distintas maneras. Así pasaba la vida este rey barbudo, que tenía patas de cabra.

Era sátiro caprichoso.

Tenía dos consejeros áulicos: una alondra y un asno. La primera perdió su prestigio cuando el sátiro se volvió sordo. Antes, si

cansado de su lascivia soplaba su flauta dulcemente, la alondra le acompañaba.

Después en su gran bosque, donde no oía ni la voz del olímpico trueno, el paciente animal, de las largas orejas, le servía para cabalgar, en tanto que la alondra, en los apogeos del alba, se le iba de las manos, cantando camino de los cielos.

La selva era enorme. De ella tocaba a la alondra la cumbre; al asno, el pasto. La alondra era saludada por los primeros rayos de la aurora; bebía rocío en los retoños, despertaba al roble diciéndole: “Viejo roble, despiértate”. Se deleitaba con un beso del sol: era amada por el lucero de la mañana. Y el hondo azul, tan grande, sabía que ella, tan chica, existía bajo su inmensidad. El asno (aunque entonces no había conversado con Kant) era experto en filosofía, según el decir común. El sátiro, que le veía ramonear en la pastura, moviendo las orejas con aire grave, tenía alta idea de tal pensador. En aquellos días el asno no tenía como hoy tan larga fama. Moviendo sus mandíbulas, no se habría imaginado que escribiesen en su loa Daniel Heinsius, en latín; Passerat, Bufón y el gran Hugo, en francés; Posada y Valderrama, en español.

Él, pacienzudo, si le picaban las moscas, las espantaba con el rabo, daba coces de cuando en cuando y lanzaba bajo la bóveda del bosque el acorde extraño de su garganta. Y era mimado allí. Al dormir su siesta sobre la tierra negra y amable, le daban su olor las hierbas y las flores. Y los grandes árboles inclinaban sus follajes para hacerle sombra.

Por aquellos días, Orfeo, poeta, espantado de la miseria de los hombres, pensó en huir a los bosques, donde los troncos y las piedras le comprenderían y escucharían con éxtasis, y donde él podría temblar de armonía y fuego de amor y de vida al sonar de su instrumento.

Cuando Orfeo tañía su lira había sonrisa en el rostro apolíneo. Demeter sentía gozo. Las palmeras derramaban su polen, las semillas reventaban, los leones movían blandamente su crin. Una

vez voló un clavel de su tallo hecho mariposa roja, y una estrella descendió fascinada y se tornó flor de lis.

¿Qué selva mejor que la del sátiro, a quien él encantaría, donde sería tenido como un semidiós; selva toda alegría y danza, belleza y lujuria; donde ninfas y bacantes eran siempre acariciadas y siempre vírgenes; donde había uvas y rosas y ruido de sistros, y donde el rey caprípedo bailaba delante de sus faunos beodos y haciendo gestos como Sileno?

Fue con su corona de laurel, su lira, su frente de poeta, orgulloso, erguido y radiante.

Llegó hasta donde estaba el sátiro velludo y montaraz, y para pedirle hospitalidad, cantó. Cantó del gran Jove, de Eros y de Afrodita, de los centauros gallardos y de las bacantes ardientes: cantó la copa de Dionisio, y el tirso que hiere el aire alegre, y a Pan, emperador de las montañas, soberano de bosques, dios-sátiro que también sabía cantar. Cantó de las intimidades del aire y de la tierra, gran madre. Así explicó la melodía de un arpa eólica, el susurro de una arboleda, el ruido ronco de un caracol y las notas armónicas que brotan de una siringa. Cantó del verso que baja del cielo y place a los dioses, del que acompaña el bárbitos en la oda y el tiempo en el peán. Cantó los senos de nieve tibia y las copas del oro labrado, y el buche del pájaro y la gloria del sol.

Y desde el principio del cántico brilló la luz con más fulgores. Los enormes troncos se conmovieron, y hubo rosas que se deshojaron y lirios que se inclinaron lánguidamente como en un dulce desmayo. Porque Orfeo hacía gemir los leones y llorar los guijarros con la música de su lira rítmica. Las bacantes más furiosas habían callado y le oían como en un sueño. Una náyade virgen a quien nunca ni una sola mirada del sátiro había profanado, se acercó tímida al cantor y le dijo: “Yo te amo”. Filomela había volado a posarse en la lira como la paloma anacreóntica. No hubo más eco que la voz de Orfeo. Naturaleza sentía el himno. Venus, que pasaba por las cercanías, preguntó de lejos con su divina voz “¿Está aquí, acaso, Apolo?”.

Y en toda aquella inmensidad de maravillosa armonía, el único que no oía nada era el sátiro sordo.

Cuando el poeta concluyó, dijo a éste:

—¿Os place mi canto? Si es así, me quedaré con vos en la selva.

El sátiro dirigió una mirada a sus dos consejeros. Era preciso que ellos resolviesen lo que no podía comprender él. Aquella mirada pedía una opinión.

—Señor —dijo la alondra, esforzándose en producir la voz más fuerte de su buche— quédese quien así ha cantado con nosotros. He aquí que su lira es bella y potente. Te ha ofrecido la grandeza y la luz rara que hoy has visto en tu selva. Te ha dado su armonía. Señor, yo sé de estas cosas. Cuando viene el alba desnuda y se despierta el mundo, yo me remonto a los profundos cielos y vierto desde la altura las perlas invisibles de mis trinos, y entre las claridades matutinas mi melodía inunda el aire, y es el regocijo del espacio. Pues yo te digo que Orfeo ha cantado bien, y es un elegido de los dioses. Su música embriagó el bosque entero. Las águilas se han acercado a revolar sobre nuestras cabezas, los arbustos floridos han agitado suavemente sus incensarios misteriosos, las abejas han dejado sus celdillas para venir a escuchar. En cuanto a mí, ¡oh señor!, si yo estuviese en lugar tuyo, le daría mi guirnalda de pámpanos y mi tirso. Existen dos potencias: la real y la ideal. Lo que Hércules haría con sus muñecas, Orfeo lo hace con su inspiración. El dios robusto despedazaría de un puñetazo al mismo Atos. Orfeo les amansaría, con la eficacia de su voz triunfante, a Nemea su león y a Erimanto su jabalí. De los hombres, unos han nacido para forjar metales, otros para arrancar del suelo fértil las espigas del trigal, otros para combatir en las sangrientas guerras y otros para enseñar, glorificar y cantar. Si soy tu copero y te doy vino, goza tu paladar; si te ofrezco un himno, goza tu alma.

Mientras cantaba la alondra, Orfeo le acompañaba con su instrumento, y un vasto y dominante soplo lírico se escapaba del bosque verde y fragante. El sátiro sordo comenzaba a impacientarse. ¿Quién era aquel extraño visitante? ¿Por qué ante él había

cesado la danza loca y voluptuosa? ¿Qué decían sus dos consejeros?

¡Ah! ¡La alondra había cantado; pero el sátiro no oía! Por fin, dirigió su vista al asno.

¿Faltaba su opinión? Pues bien; ante la selva enorme y sonora, bajo el azul sagrado, el asno movió la cabeza de un lado a otro, grave, terco, silencioso, como el sabio que medita.

Entonces, con su pie hendido, hirió el sátiro el suelo, arrugó su frente con enojo, y, sin darse cuenta de nada, exclamó, señalando a Orfeo la salida de la selva:

—¡No!...

Al vecino Olimpo llegó el eco, y resonó allá, donde los dioses estaban de broma, un coro de carcajadas formidables que después se llamaron homéricas.

Orfeo salió triste de la selva del sátiro sordo y casi dispuesto a ahorcarse del primer laurel que hallase en su camino.

No se ahorcó, pero se casó con Eurídice.

## EL PAÍS DE LOS CIEGOS

H. G. WELLS

A más de quinientos kilómetros del Chimborazo y a ciento sesenta de las nieves del Cotopaxi, en el territorio más inhóspito de los Andes ecuatoriales, se encuentra un misterioso valle de montaña, el País de los Ciegos, aislado del resto de los hombres. Hace muchos años ese valle estaba tan abierto al mundo que los hombres podían alcanzar por fin sus uniformes praderas atravesando pavorosos barrancos y un helado desfiladero; y unos hombres lograron alcanzarlo de verdad, una o dos familias de mestizos peruanos que huían de la codicia y de la tiranía de un malvado gobernante español. Luego sobrevino la asombrosa erupción del Mindobamba, que sumió en las tinieblas durante diecisiete días a la ciudad de Quito, y el agua hirvió en Yaguachi y todos los peces muertos llegaron flotando hasta el mismo Guayaquil; por doquier, a lo largo de las pendientes del Pacífico, hubo derrumbamientos y deshielos veloces e inundaciones repentinas, y una ladera completa de la antigua cumbre del Arauca se desprendió, y se desplomó con gran estruendo, aislando para siempre el País de los Ciegos de las pisadas exploradoras de los hombres. Pero uno de estos primeros pobladores se hallaba por azar al otro lado de los barrancos cuando el mundo se estremeció de un modo tan terrible, y se vio forzosamente obligado a olvidar a su esposa y a hijo y a todos los amigos y pertenencias que había dejado allá arriba, y a empezar una nueva vida en el mundo inferior. Volvió a empezarla, pero enfermó; le sobrevino una ceguera y murió en las minas a causa de los malos tratos. Pero la historia



que él contó engendró la leyenda que ha perdurado a lo largo de la cordillera de los Andes hasta nuestros días.

Contó la razón que le había impulsado a aventurarse a abandonar aquel guájar adonde había sido transportado por primera vez atado al lomo de una llama, junto con un enorme bulto de enseres, cuando era niño. El valle, decía, poseía todo cuanto pudiera desear el corazón del hombre: agua dulce, pastos y un clima benigno, laderas de tierra fértil y rica con marañas de arbustos que producían un fruto excelente; de uno de los costados colgaban vastos pinares que frenaban las avalanchas en lo alto. Mucho más arriba, por tres costados, inmensos riscos de rocas de color gris verdoso estaban coronados de casquetes de hielo; pero la corriente del glaciar no caía sobre ellos, sino que se precipitaba por las pendientes más alejadas y sólo de vez en cuando, las enormes masas de hielo rodaban por la ladera del valle. En este valle ni llovía ni nevaba, pero los abundantes manantiales proporcionaban ricos pastos verdes que la irrigación esparcía en toda la extensión del valle. Los colonizadores habían hecho realmente una buena labor en aquel lugar. Sus animales se criaron bien y se multiplicaron y no había más que una cosa que ensombreciera su dicha. Y, sin embargo, bastaba para ensombrecerla sobremanera. Una extraña enfermedad se había abatido sobre ellos haciendo que no sólo los niños nacidos allí, sino también muchos de los otros niños mayores, fueran atacados por la ceguera. Para buscar algún amuleto o antídoto contra esta plaga fue precisamente que él, enfrentándose con la fatiga, los peligros y las dificultades, había bajado nuevamente por la garganta. En aquellos tiempos, en semejantes casos, los hombres no pensaban en gérmenes e infecciones, sino en pecados, y a él le parecía que la razón de esta calamidad debía de estar motivada por la negligencia de estos inmigrantes sin sacerdote al no haber levantado un altar tan pronto como habían entrado en el valle. Él quería un altar, un altar bonito, barato y eficaz, para exigirlo en el valle; quería reliquias y todos aquellos poderosos símbolos de la fe, como

objetos bendecidos, medallas misteriosas y oraciones. En su mochila llevaba una barra de plata cuyo lugar de procedencia no quiso explicar, insistiendo en que en el valle no había plata, con la reiteración propia de un mentiroso inexperto. Dijo que habían fundido todas sus monedas y adornos en una sola pieza para comprar el sagrado remedio contra su enfermedad, ya que allá arriba para poco o nada necesitaban aquel tesoro. Me imagino a este joven montañés de ojos turbios, quemado por el sol, flaco y ansioso, sujetando febrilmente el ala del sombrero, un hombre por completo ignorante de las costumbres del mundo inferior, contándole esta historia, antes de la gran convulsión, a algún atento sacerdote de mirada astuta. Parece que lo estoy viendo ahora mismo intentando regresar con los remedios piosos e infalibles contra aquel mal y la infinita congoja con la que debió de contemplar la magnitud de la catástrofe que había obstruido la garganta de la que un día había salido. Pero nada sé del resto de la historia de sus infortunios, excepto que murió varios años después en trágicas circunstancias. ¡Pobre oveja descarriada de aquella lejanía! La corriente que antaño había formado la garganta prorrumpe ahora desde la boca de una cueva rocosa, y la leyenda a que había dado paso su desdichada historia mal contada se convirtió en la leyenda de una raza de hombres que existía en alguna parte más allá de montañas, la leyenda que aún hoy se puede escuchar.

Y en medio de la escasa población de aquel valle ahora aislado y olvidado, la enfermedad siguió su curso. Los ancianos se volvieron cegatos y andaban a tientas, los jóvenes veían pero confusamente, y los niños que les nacieron no vieron jamás. Pero la vida era fácil en aquel remanso perdido para todo el mundo, donde no había zarzas ni espinas, ni insectos dañinos ni bestias, excepto las apacibles llamas que habían arrastrado, empujado y seguido al remontar los cauces de los mermados ríos en las gargantas por las que ascendieron. El ofuscamiento de la vista había sido tan gradual que apenas se dieron cuenta de su pérdida. Guiaban a los niños ciegos de acá para allá hasta que llegaban a conocer el valle

maravillosamente bien; y cuando por fin la vista se agotó entre ellos, la raza sobrevivió. Tuvieron incluso tiempo de adaptarse a controlar a ciegas el fuego, que encendían con cuidado en hornillos de piedra. Al principio fueron una raza simple, analfabeta, sólo apenas tocada por la civilización española, pero con restos de la tradición artística del antiguo Perú y de su perdida filosofía. A una generación le siguió otra. Olvidaron muchas cosas, inventaron otras muchas. Su tradición del mundo mayor del que procedían adquirió un tinte mítico e incierto. En todas las cosas, excepto en la vista, eran recios y capaces y, al poco, por los azares del nacimiento y herencia, surgió entre ellos alguien que poseía una mente original, que sabía hablarles y persuadirles de las cosas; y luego surgió otro. Estos dos murieron, dejando sus efectos, y la pequeña comunidad creció en número y en entendimiento, y afrontó y resolvió los problemas económicos y sociales que se presentaban. A una generación le siguió otra. Y a ésta otra más. Vino un tiempo en que nació un niño, quince generaciones después de aquel antepasado que había salido del valle con una barra de plata en busca de la ayuda de Dios y que jamás volvió. Aproximadamente entonces fue cuando por azar, apareció en esta comunidad un hombre procedente del mundo exterior. Y ésta es la historia de aquel hombre.

Era un montañero de la región cercana a Quito, un hombre que había bajado hasta el mar y había visto el mundo, un lector de libros de un modo original, un hombre avisado y emprendedor que fue contratado por un grupo de ingleses, que había ido a Ecuador para escalar montañas, en sustitución de uno de sus tres guías suizos que había caído enfermo. Él escaló y escaló allá, y después vino el intento de escalar el Parascotopetl, el Matterhorn de los Andes, en el que se perdió para el mundo exterior. La historia del accidente ha sido escrita una docena de veces. La narración de Pointer es la mejor. Cuenta cómo el grupo fue venciendo su difícil y casi vertical camino hasta los mismos pies del último y mayor de los precipicios y cómo construyeron un refugio noctur-

no entre la nieve, sobre el pequeño saliente de una roca, y con un toque de auténtico dramatismo, cómo se dieron cuenta al poco tiempo de que Núñez no estaba entre ellos. Gritaron y no hubo respuesta. Gritaron y silbaron y, durante el resto de la noche, ya no pudieron conciliar el sueño.

A la clara luz de la mañana hallaron las huellas de su caída. Parece imposible que él no hubiera podido articular un sonido. Había resbalado hacia el este, en dirección a la ladera desconocida de la montaña; mucho más abajo se había golpeado contra un escarpado helero y había seguido bajando abriendo un surco en medio de un alud de nieve. Su rastro iba a parar directamente al borde de un pavoroso precipicio, y más allá de éste todo quedaba sumido en el misterio. Abajo, mucho más abajo, a una distancia indeterminada a causa de la bruma, pudieron ver unos árboles que se erguían en un valle angosto y confinado..., el perdido País de los Ciegos. Pero ellos no sabían que se trataba del País de los Ciegos, ni tampoco podían distinguirlo en modo alguno de cualquier otro retazo del valle angosto de tierras altas. Desalentados por el desastre, abandonaron su intento aquella misma tarde y Pointer fue llamado a filas antes de que pudiera llevar a cabo otra expedición. Hasta hoy, el Parascotopetl continúa exhibiendo su cumbre virgen, y el refugio de Pointer se desmorona entre las nieves sin que nadie haya vuelto a visitarlo.

Pero el hombre caído sobrevivió.

Al final del declive se precipitó durante trescientos metros y se desplomó envuelto en una nube de nieve sobre un helero aún más escarpado que el anterior. Al llegar a éste estaba mareado, aturdido e insensible, pero sin un solo hueso roto en su cuerpo. Y entonces, por fin, fue a parar a unos declives más suaves, y por fin dejó de rodar y se quedó inmóvil, sepultado en medio de un montón de masas blancas que le habían acompañado salvando. Volvió en sí con la oscura sensación de que se encontraba enfermo en la cama; luego se dio cuenta de su situación con la inteligencia de un montañero y, tras descansar un poco, se fue liberan-

do de su envoltura hasta que alcanzó a ver las estrellas. Durante un tiempo descansó tumbado boca abajo, preguntándose dónde estaba y qué era lo que había ocurrido. Exploró sus miembros y descubrió que varios de sus botones habían desaparecido y que su chaqueta se le había subido por encima de la cabeza; que el cuchillo se le había caído del bolsillo y que había perdido su sombrero a pesar de haberlo atado con una cuerda por debajo de la barbilla. Recordó que había estado buscando piedras sueltas para levantar la parte que le correspondía del muro del refugio. También su hacha para el hielo había desaparecido.

Decidió que debía de haber caído y levantó la vista para ver, exagerado por la luz espectral de la luna creciente, el tremendo vuelo que había emprendido. Durante un rato se quedó inmóvil, contemplando anonadado el imponente barranco que se erguía en lo alto como una torre pálida que fuese surgiendo por momentos de la apacible marea de las tinieblas. Su belleza fantasmagórica y misteriosa le dejó sin aliento un instante y luego se apoderó de él un paroxismo convulso de risas y sollozos...

Después de un largo rato, tuvo conciencia de que se encontraba cerca del borde inferior de la nieve. Abajo, al fondo de lo que ahora era un declive practicable e iluminado por la luna, vio la forma oscura y áspera de la turba salpicada de peñas. Luchó para ponerse en pie, con todas las articulaciones y miembros doloridos, se liberó trabajosamente del cúmulo de nieve suelta que le rodeaba, y fue bajando hasta llegar a la turba y una vez allí, más que tumbarse se dejó caer junto a una peña, bebió un largo trago de la cantimplora que llevaba en su bolsillo interior y se durmió al instante...

Le despertó el canto de los pájaros sobre los árboles en la lejanía. Se incorporó y advirtió que se hallaba sobre un pequeño montículo a los pies de un inmenso precipicio que estaba surcado por la barranca por la que había caído rodeado de nieve. Ante él, otro muro de rocas se levantaba contra el cielo. La garganta entre estos precipicios iba de este a oeste y estaba bañada por el

sol de la mañana, que iluminaba hacia el oeste la masa de la montaña caída que obstruía la garganta descendiente. A sus pies parecía abrirse un precipicio igualmente escarpado, pero detrás de la nieve, en la hondonada encontró una especie de hendidura en forma de chimenea que chorreaba agua de nieve y por la que un hombre desesperado podía aventurarse a bajar. Lo resultó más fácil de lo que parecía y llegó por fin a otro montículo desolado, y luego, tras trepar por unas rocas que no revestían una dificultad especial, alcanzó una escarpada pendiente de árboles. Se orientó y volvió la cara hacia lo alto de la garganta, ya que vio que desembocaba sobre unos prados verdes, entre los cuales ahora podía vislumbrar con mucha nitidez un grupo de cabañas de piedra de construcción insólita. A veces su avance resultaba tan lento que era como intentar trepar por la superficie de un muro, pero después de cierto tiempo, el sol, al elevarse, dejó de batir a lo largo de la garganta, los trinos de los pájaros se apagaron y el aire que le rodeaba se volvió frío y oscuro. Pero debido a esto, el valle distante adquirió mayor luminosidad. Al poco llegó a un talud, y entre las rocas, ya que era un hombre observador, reparó en un insólito helecho que parecía estar intensamente agarrado fuera de las hendiduras con grandes manos verdes. Tomó una o dos de sus frondas y mordió su tallo y lo encontró agradable.

Hacia el mediodía salió por fin de la garganta del desfiladero y se encontró en el llano que bañaba el sol. Estaba entorpecido y fatigado: se sentó a la sombra de una roca, rellenó su cantimplora en un manantial, bebió hasta vaciarla y permaneció un tiempo descansando antes de dirigirse hacia las casas.

Resultaban muy extrañas a sus ojos y, a medida que lo miraba, toda la apariencia de aquel valle le parecía cada vez más misteriosa e insólita. La mayor parte de su superficie estaba formada por un exuberante prado verde de manifiesto cultivo sistemático pieza por pieza. En lo alto del valle y rodeándolo había un muro y lo que parecía ser un acueducto circular, del que partían pequeños hilos de agua que alimentaban el prado, y en las laderas más

altas unos rebaños de llamas pacían en los escasos pastos. Y unos cobertizos, al parecer establos o lugares de forraje para las llamas, se levantaban aquí y allá adosados al muro colindante. Todos los canalillos de irrigación iban a dar a un canal principal situado en el centro del valle, que orillaba a ambos lados un muro que se elevaba hasta el pecho. Esto le daba un singular carácter urbano a este recluso lugar, un carácter fuertemente acrecentado por el hecho de que un gran número de caminos pavimentados con piedras blancas y negras, y cada uno de ellos con una curiosa acerita a los lados, partían en todas direcciones de forma metódica y ordenada. Las casas de la parte central de la aldea eran muy diferentes de las aglomeraciones casuales y fortuitas de las aldeas de montaña que él conocía; se erguían en hileras continuas a ambos lados de una calle con asombrosa limpieza; aquí y allá sus fachadas estaban horadadas por una puerta, y ni siquiera una ventana rompía la uniformidad de su frente. Estaban parcialmente coloreadas con extraordinaria irregularidad, embarradas con una especie de enlucido a veces gris, a veces pardo, a veces de color pizarra o marrón oscuro. Y fue a la vista de este excéntrico enlucido cuando apareció por primera vez la palabra “ciego” en los pensamientos del explorador. “El buen hombre que ha hecho eso”, pensó, “debía de estar más ciego que un murciélago.”

Descendió por un escarpado repecho y llegó al muro y al canal que recorría el valle, y al acercarse, este último expulsó su exceso de contenido en las profundidades de la garganta en forma de una cascada fina y trémula. Podía ver ahora, en la parte más remota del prado, a un buen número de hombres y mujeres descansando sobre apilados montones de hierba, como si estuvieran durmiendo la siesta, y más cerca de la aldea, a algunos niños recostados, y luego, más cerca todavía, a tres hombres que acarrebaban cubos en horquillas por un caminito que partía hacia las casas desde el muro que rodeaba el valle. Estos últimos iban vestidos con ropajes hechos de lana de llama y con botas y cinturones de cuero, y llevaban gorras de paño que les cubrían la nuca y

las orejas. Marchaban uno tras otro, en fila india, andando despacio y bostezando al andar, como si hubieran estado levantados toda la noche. Había algo tan tranquilizador, próspero y respetable en su porte que, tras un momento de vacilación, Núñez se adelantó visiblemente todo cuanto pudo sobre la roca, y lanzó un grito poderoso cuyo eco resonó en todo el valle.

Los tres hombres se detuvieron y movieron las cabezas como si estuvieran mirando a su alrededor. Volvieron las caras de uno a otro lado y Núñez gesticuló. Pero no parecieron verle a pesar de todos sus gestos, y al cabo de un rato, dirigiéndose hacia las lejanas montañas de la derecha, gritaron a su vez como respuesta. Núñez voceó de nuevo y entonces, una vez más, mientras gesticulaba sin resultado, la palabra “ciego” se abrió paso entre sus pensamientos. “Estos estúpidos deben de estar ciegos”, dijo.

Cuando por fin, tras muchos gritos e irritación, Núñez cruzó el riachuelo por un puentecillo, entró por una puerta que había en el muro y se acercó a ellos, estuvo seguro de que estaban ciegos. Tenía la certeza de que éste era el País de los Ciegos del que hablaban las leyendas. Había surgido ante él la convicción y una premonición de gran aventura decididamente envidiable. Los tres se quedaron el uno junto al otro sin mirarle, pero con los oídos colocados en su dirección, juzgándole por sus pasos no familiares. Se quedaron muy juntos el uno del otro, como hombres un poco temerosos, y él pudo ver sus párpados cerrados y hundidos como si el mismo globo ocular se hubiera contraído. Había una expresión casi de pavor en sus rostros.

—Un hombre —dijo uno, en un español irreconocible—, es un hombre..., un hombre o un espíritu..., que baja por las rocas.

Pero Núñez avanzaba con el paso confiado de un joven que avanza por la vida. Todas las viejas historias del valle perdido y del País de los Ciegos se agolpaban de nuevo en su mente y entre sus pensamientos destacó este antiguo refrán, como un estribillo:

*En el País de los Ciegos el tuerto es el rey.*

*En el País de los Ciegos el tuerto es el rey.*

Y con mucha cortesía procedió a saludarles. Les dirigió la palabra utilizando sus ojos.

–¿De dónde viene, hermano Pedro? –preguntó uno.

–Ha bajado de las rocas.

–Vengo del otro lado de las montañas –dijo Núñez–, del país que está más allá..., donde los hombres pueden ver. De un lugar cercano a Bogotá, donde hay centenares de miles de personas y donde la ciudad no puede abarcarse con la vista.

–¿Vista? –refunfuñó Pedro–. ¿Vista?

–Viene de las rocas –dijo el segundo ciego.

Núñez vio que el paño de sus abrigos estaba confeccionado de un modo curioso, cada uno con costuras diferentes.

Le sobrecogieron cuando hicieron un movimiento simultáneo hacia él, alargando los tres una mano. Retrocedió para alejarse del avance de aquellos dedos extendidos.

–Ven acá –dijo el tercer ciego, siguiendo su ademán y asíéndole diestramente.

Y sujetaron a Núñez y le palparon por todas partes sin decir ni una palabra hasta que hubieron terminado.

–¡Cuidado! –gritó él con un dedo en el ojo, notando que ellos pensaban que aquel órgano, con la agitación de sus tapaderas, resultaba una cosa extraña en él. Y volvieron a tocarlo.

–Extraña criatura, Correa –dijo aquel que se llamaba Pedro–. ¿Habéis notado lo áspero que tiene el pelo? Es igual que el pelo de la llama.

–Es tan áspero como las rocas que lo engendraron –dijo Correa, investigando la barbilla no rasurada de Núñez con mano suave y ligeramente húmeda–. Tal vez se refine.

Núñez luchó un poco para zafarse de aquel examen, pero le sujetaron con firmeza.

–Cuidado –volvió a decir.

–Habla –dijo el tercer hombre–. No cabe duda de que es un hombre.

–¡Ugh! –exclamó Pedro, ante la tosquedad de su chaqueta.

–¿Y has venido al mundo? –preguntó Pedro.

–He salido de él. Cruzando montañas y glaciares, justo por encima de esas alturas, a medio camino del sol. De un inmenso mundo que baja hasta el mar tras doce días de camino.

Apenas parecían escucharle.

–Nuestros padres nos contaron que los hombres podían ser criados por las fuerzas de la naturaleza –dijo Correa–. Por el calor de las cosas, la humedad y la podredumbre..., la podredumbre.

–Conduzcámosle ante los ancianos –dijo Pedro.

–Grita primero –dijo Correa–, no sea que los niños se asusten. Éste es un acontecimiento extraordinario.

Y así gritaron y Pedro se encaminó el primero tomando a Núñez de la mano para conducirlo hacia las casas.

Él retiró la mano diciendo:

–Puedo ver.

–¿Ver? –dijo Correa.

–Sí, ver –dijo Núñez, volviéndose hacia él y tropezando con el cubo de Pedro.

–Sus sentidos aún son imperfectos –dijo el tercer ciego–. Tropeziza y habla con palabras sin significado. Llévale de la mano.

–Como queráis –dijo Núñez dejándose llevar mientras reía.

Parecían no tener ni la menor noción de la vista.

Bien, a su debido tiempo, ya les enseñaría él.

Oyó los gritos de la gente y vio a una serie de figuras que se reunían en la calle principal de la aldea.

Comprobó que ese primer encuentro con la población del País de los Ciegos ponía a prueba sus nervios y su paciencia más de lo que había previsto. El lugar le pareció más grande a medida que se iba acercando, y los enlucidos embarrados más extravagantes, y una multitud de niños, de hombres y de mujeres (reparó complacido en que algunas de aquellas mujeres y muchachas poseían rostros muy agradables, a pesar de que todas ellas tenían los ojos cerrados y hundidos) comenzó a rodearle, a agarrarle, a tocarle con manos suaves y sensibles, oliéndole y escuchando

cada una de las palabras que él decía. No obstante, algunas de las muchachas y niños se mantuvieron alejados como si sintieran miedo, y la verdad es que su voz parecía áspera y brusca en comparación con sus delicadas voces. Formaron un tumulto a su alrededor. Sus tres guías permanecieron muy cerca de él con un esfuerzo digno de unos propietarios mientras decían una y otra vez:

–Un hombre salvaje venido de las rocas.

–De Bogotá –dijo él–. Bogotá. Al otro lado de las cumbres de las montañas.

–Un hombre salvaje..., que utiliza palabras salvajes –dijo Pedro–. ¿Habéis oído eso... *Bogotá*? Su mente apenas está formada. No posee más que los rudimentos del lenguaje.

Un niño pequeño le pellizcó una mano.

–¡Bogotá! –dijo burlonamente.

–¡Ay! Una ciudad distinta de vuestra aldea. Vengo de un vasto mundo... donde los hombres tienen ojos y ven.

–Su nombre es Bogotá –dijeron ellos.

–Ha tropezado –dijo Correa–, ha tropezado dos veces mientras veníamos aquí.

–Conducidle ante los ancianos.

Y le empujaron de repente a través de una puerta que daba a una habitación tan negra como la brea, excepto en el fondo, donde brillaba débilmente un fuego. La muchedumbre se agolpó tras él y ocultó hasta el último resplandor de la luz del día, y antes de que pudiera detenerse había caído de cabeza al tropezar con los pies de un hombre sentado. Su brazo, incontrolado, golpeó la cara de alguna persona mientras caía; sintió el blando impacto de unas facciones y oyó un grito de ira y, por un momento, luchó contra una multitud de manos que se habían apresurado a agarrarle. Era una lucha desigual. Le sobrevino una vaga noción de la situación y se quedó quieto.

–Me he caído –dijo–. No veía nada con esta intensa oscuridad.

Hubo una pausa, como si las personas invisibles que le rodeaban intentasen comprender sus palabras. Luego, oyó la voz de Correa, que decía:

–Sólo está recién formado. Tropieza al andar y mezcla en su lenguaje palabras que no tienen ningún sentido.

Otros también dijeron cosas sobre él, pero no las oyó no comprendió perfectamente.

–¿Puedo sentarme? –preguntó en una pausa–. No volveré a luchar contra vosotros.

Deliberaron y le dejaron levantarse.

La voz de un hombre más anciano comenzó a interrogarle, y Núñez se encontró intentando explicar el vasto mundo de donde había caído, y el cielo y las montañas, y la vista y maravillas parecidas, a esos ancianos sentados en la oscuridad en el País de los Ciegos. Y ellos no quisieron ni creer ni comprender nada de todo cuanto pudiera contarles, un hecho que no entraba en absoluto dentro de sus expectativas. Hacía catorce generaciones que estas personas eran ciegas y que estaban aisladas de todo el mundo visible. La historia del mundo exterior se había borrado y se había convertido en un cuento de niños, y habían dejado de preocuparse de cualquier cosa que estuviera más allá de las pendientes rocas cuyas alturas dominaba su muro de protección. Habían surgido entre ellos hombres ciegos de genio que cuestionaron los retazos de creencias y de tradiciones que habían llevado consigo en sus días de visión, y habían desechado todas estas cosas como vanas fantasías, reemplazándolas con nuevas y más sensatas explicaciones. La mayor parte de su imaginación se había marchitado con sus ojos, y se habían creado por sí solos unas nuevas imaginaciones mediante sus, cada vez más sensibles, oídos y yemas de los dedos. Lentamente, Núñez empezó a darse cuenta de esto: que el asombro y la reverencia que esperaba ante su origen y sus dotes no iban a confirmarse y, tras este malogrado intento de explicarles la vista, que había sido descartado como la confusa versión de un ser recién formado que describía las maravillas de sus incohe-

rentes sensaciones, accedió, un poco desanimado, a escuchar su instrucción. Y el más anciano de los ciegos le explicó la vida, la filosofía y la religión, y cómo el mundo (refiriéndose a su valle) había sido al principio un hueco vacío en las rocas, y que después había sido poblado primero por cosas inanimadas sin el don del tacto, y por llamas y por unas cuantas criaturas que tenían muy poco sentido, y luego por hombres, y finalmente por ángeles, cuyos cantos y revoloteos podían oírse, pero que nadie podía tocar de ningún modo, cosa que dejó muy perplejo a Núñez hasta que se le ocurrió pensar en los pájaros.

Prosiguió contándole a Núñez la forma en que este tiempo había sido dividido en frío y calor, que para los ciegos son los equivalentes del día y de la noche, y cómo lo juicioso era dormir durante el calor y trabajar durante el frío, de modo que, si no hubiera sido por su llegada, todo el pueblo de los ciegos habría estado dormido. Dijo que Núñez debía de haber sido creado especialmente para aprender y ponerse al servicio de la sabiduría que ellos habían adquirido y que debido a toda su incoherencia mental y a sus tropiezos debía tener valor y procurar hacer todo lo posible para aprender, ante lo cual todas las personas que se encontraban en el umbral prorrumpieron en murmullos de aliento. Dijo que la noche, pues los ciegos llamaban al día noche, ya estaba muy avanzada y que convenía que todo el mundo volviera a dormir. Le preguntó a Núñez si sabía dormir y Núñez dijo que sí, pero que antes de dormir quería comida.

Le trajeron comida, leche de llama en un cuenco y un pan tosco salado, y le condujeron a un lugar solitario para que comiera sin que le oyeran, y después a dormir hasta que el frío vespertino de la montaña les despertara para volver a empezar su día. Pero Núñez no durmió en absoluto.

En vez de eso, se incorporó en el mismo lugar donde le habían dejado, descansando sus miembros y dándole vueltas en la cabeza, una y otra vez, a las imprevistas circunstancias que habían rodeado su llegada.

De tanto en tanto se reía, a veces divertido y a veces indignado.

“¡Una inteligencia sin formar”, decía. “¡Aún no tiene sentidos! Qué poco imagina que han estado insultando a su amo y señor enviado por el cielo. Veo que debo hacerles entrar en razón. Tengo que pensar..., tengo que pensar.”

Aún estaba pensando cuando se puso el sol.

Núñez sabía captar la belleza de las cosas y le pareció que el brillo de las pendientes nevadas y de los glaciares que despedía cada lado del valle era la cosa más hermosa que había visto jamás. Su vista se paseó desde aquel inaccesible deleite hasta la aldea y los campos irrigados, hundiéndose velozmente en el atardecer, y de pronto se apoderó de él una oleada de emoción y dio gracias a Dios desde el fondo de su corazón por haberle regalado el poder de la vista.

Oyó una voz que le llamaba desde fuera de la aldea:

—¡Eh, Bogotá! ¡Ven aquí!

Al oír esto dejó de sonreír. Ya le enseñaría a esta gente de una vez por todas lo que significaba tener vista para un hombre. Le buscarían pero no le encontrarían.

—No te muevas, Bogotá —dijo la voz.

Rió sin hacer ruido y se apartó del camino con dos pasos furtivos.

—No pises la hierba, Bogotá, eso no está permitido.

Núñez apenas había oído el ruido que había hecho y se detuvo asombrado.

El dueño de la voz subió corriendo hacia él por el sendero jaspado.

Volvió a entrar en el camino.

—Aquí estoy —dijo.

—¿Por qué no acudiste cuando te llamé? —dijo el ciego—. ¿Es que tienen que llevarte igual que a un niño? ¿No oyes el camino al andar?

Núñez rió.

–Lo puedo ver –dijo.

–No existe ninguna palabra como ver –dijo el ciego, tras una pausa–. Basta de insensateces y sigue el ruido de mis pasos.

Núñez le siguió un poco irritado.

–Ya llegará mi momento –dijo.

–Aprenderás –respondió el ciego–. En el mundo hay mucho que aprender.

–¿No te ha dicho nadie que “En el País de los Ciegos el tuerto es el rey”?

–¿Qué es ciego? –preguntó el ciego descuidadamente por encima del hombro.

Pasaron cuatro días, y al quinto, el rey de los ciegos aún seguía de incógnito, como un extraño torpe e inútil entre sus súbditos.

Comprobó que le resultaba mucho más difícil proclamarse rey de lo que se había imaginado y entretanto, mientras meditaba su golpe de Estado, hizo lo que le decían y aprendió las formas y las costumbres del País de los Ciegos. Trabajar y vagar de noche le pareció una cosa especialmente fastidiosa y decidió que sería lo primero que modificaría.

Aquella gente llevaba una vida simple y laboriosa, con todos los elementos de virtud y felicidad tal y como estas cosas pueden ser entendidas por los hombres. Se afanaban pero no de un modo opresivo, tenían ropas y alimento suficientes para sus necesidades, tenían días y temporadas de descanso, hacían música y cantaban mucho, y había entre ellos amor y niños pequeños.

Era maravilloso ver con qué confianza y precisión se movían por su ordenado mundo. Todo había sido hecho en función de sus necesidades; cada uno de los caminos radiales de la zona del valle formaba un ángulo constante con los demás, y se distinguía por una muesca especial en su acera; todos los obstáculos e irregularidades de los caminos o del prado habían sido suprimidos desde hacía mucho tiempo y todos sus métodos y procedimientos

habían surgido de modo natural de la peculiaridad de sus necesidades. Sus sentidos se habían agudizado maravillosamente; oían y juzgaban el gesto más leve de un hombre a una docena de pasos de distancia, oían incluso el latido mismo de su corazón. La entonación había reemplazado a la expresión desde muy antiguo entre ellos, y el tacto al gesto, y su trabajo con la azada, la pala y la horca se desarrollaba con tanta confianza y libertad como el de cualquier jardinero. Su sentido del olfato era extraordinariamente sutil; podían distinguir las diferencias de cada individuo con la misma facilidad que un perro y cuidaban de las llamas, que vivían entre las rocas altas y bajaban hasta el muro en busca de comida y refugio, con comodidad y confianza. Sólo cuando Núñez decidió por fin hacer valer sus derechos se dio cuenta de lo ágiles y seguros que podían ser los movimientos de los aldeanos.

Se rebeló solamente después de haber intentado persuadirlos.

Primero intentó hablarles en numerosas ocasiones de la vista.

–Escuchadme un momento –decía–. Hay cosas en mí que vosotros no comprendéis.

Una o dos veces, uno o dos de ellos le prestaron atención; se sentaron con los rostros inclinados hacia abajo y los oídos inteligentemente vueltos hacia él, y él se esmeró para contarles lo que significaba ver. Entre sus oyentes se encontraba una muchacha, con párpados menos enrojecidos y hundidos que los de los demás, de manera que casi podía imaginarse que estaba ocultando unos ojos, a quien él esperaba convencer especialmente. Habló de las bellezas de la vista, de la contemplación de las montañas, del cielo y del amanecer, y ellos le escucharon con divertida incredulidad que pronto se trocó en condena. Le dijeron que no existían montañas algunas, sino que el final de la rocas, donde pastaban las llamas, era con toda seguridad el final del mundo; a partir de ahí se erguía el cavernoso techo del universo, desde donde caían el rocío y las avalanchas; y cuando él sostuvo resueltamente que el mundo no tenía ni final ni techo como ellos suponían, le dijeron que sus pensamientos eran malvados. Mientras les describía el



cielo y las nubes y las estrellas aquello les parecía un espantoso vacío, nada terrible en el lugar de la bóveda uniforme que protegía las cosas en las que creían, porque para ellos era un artículo de fe que el techo de la caverna fuera exquisitamente suave al tacto. Él veía que en cierto modo los estaba sobresaltando y entonces renunció por completo a abordar este aspecto, tratando de mostrarles las ventajas prácticas de la vista. Una mañana vio a Pedro en el llamado camino Diecisiete que iba hacia las casas centrales, pero aún demasiado lejos como para ser oído u olfateado, y se lo dijo a ellos.

–Dentro de poco –profetizó–, estará aquí Pedro.

Un anciano observó que Pedro no tenía nada que hacer en el camino Diecisiete y, como para confirmarlo, aquel individuo, mientras se acercaba, giró transversalmente y tomó por el camino Diez, dirigiéndose con pasos ágiles hacia el muro exterior. Al no llegar Pedro se burlaron de él y luego, cuando él interrogó a Pedro para salvaguardar su reputación, éste le desmintió y se enfrentó con él y desde aquel día le fue hostil.

A continuación les indujo a dejarle recorrer un largo camino por los prados en declive hacia el muro acompañado de un individuo complaciente a quien prometió describirle todo cuanto ocurriera entre las casas. Notó ciertas idas y venidas, pero las cosas que parecían significar algo para estas gentes sucedieron en el interior o detrás de las casas sin ventanas, las únicas cosas de las que ellos tomaron nota para ponerle a prueba, pero de éstas, nada pudo ni ver ni contar, y fue después del fracaso de su tentativa y de las mofas que ellos no pudieron reprimir cuando él recurrió a la fuerza. Pensó en agarrar una pala y derribar súbitamente con ella a uno o dos al suelo para poder así, en un combate leal, demostrar las ventajas de la vista. Impulsado por aquella resolución no llegó más que a asir la pala porque luego descubrió algo nuevo en él: que le resultaba imposible golpear a un ciego a sangre fría.

Vaciló y comprobó que todos ellos eran conscientes de que él había agarrado la pala. Permanecieron alerta, con las cabezas

ladeadas y las orejas dobladas hacia él a la espera de lo que se propusiera hacer.

–Tira esa pala –dijo uno, y él sintió una especie de terror impotente, que casi le hizo obedecer. Entonces acometió contra uno, lo lanzó contra la pared de una casa y salió corriendo hasta encontrarse fuera de la aldea.

Entró de través por uno de sus prados, dejando rastros de hierba pisoteada detrás de sus pies y al poco se sentó junto al borde de uno de sus caminos. Sintió un poco de la excitación que invade a todos los hombres al comienzo de una pelea, pero una perplejidad mayor. Empezó a darse cuenta de que ni siquiera podía luchar a gusto con criaturas que parten de una base mental diferente. En la lejanía vio a una multitud de hombres con palas y garrotes que salían de la calle de las casas y avanzaban desplegados en línea hacia él por los numerosos caminos. Avanzaban lentamente, hablando con frecuencia entre sí y, de cuando en cuando, todo el cordón se detenía a olisquear el aire y a escuchar. Núñez rió la primera vez que les vio hacer esto.

Pero después, ya no volvió a reír.

Uno de ellos descubrió su rastro en la hierba del prado y se agachó para tantear la dirección que debía seguir.

Durante cinco minutos contempló la lenta maniobra de cordón y entonces, su remota intención de hacer algo, se volvió apremiante. Se levantó, dio uno o dos pasos hacia el muro circunferencial, se volvió y desanduvo un poco el camino. Y allí estaban todos, como una luna creciente, inmóviles y a la escucha.

También se quedó inmóvil, sujetando la pala con fuerza con ambas manos. ¿Debía cargar contra ellos?

Sus oídos le latían al ritmo de “En el País de los Ciegos el tuerco es el Rey”.

¿Debía cargar contra ellos?

Lanzó una mirada tras él hacia el alto muro inaccesible...; inaccesible a causa de la uniformidad de su enlucido, pero atrave-

sado además por muchas puertecitas, y luego miró a la cercana línea de perseguidores. Tras ellos, otros salían ahora de la calle de las casas.

¿Debía cargar contra ellos?

—¡Bogotá! —llamó uno de ellos—. ¡Bogotá! ¿Dónde estás?

Apretó su pala con mucha más fuerza y avanzó por los prados bajando hacia el lugar de las viviendas y, en cuanto se movió, ellos convergieron hacia él.

—Como me toquéis los mato —juró—. Sabe Dios que lo haré. Os golpearé —voceó con fuerza—. Oídme, voy a hacer lo que quiera en este valle. ¿Me habéis oído? ¡Voy a hacer lo que quiera e iré a donde quiera!

Se cernían sobre él con rapidez, a tientas, pero moviéndose con agilidad. Era igual que jugar a la gallinita ciega, con todos, menos uno, con los ojos vendados.

—¡Apresadle! —gritó uno.

Y se encontró en el arco de una curva de perseguidores en movimiento. Sintió repentinamente la necesidad de ser activo y resuelto.

—No lo comprendéis —gritó con una voz que pretendía ser estentórea y resuelta pero que se le quebró en la garganta—. Vosotros sois ciegos y yo veo. ¡Dejadme en paz!

—¡Bogotá! ¡Tira esa pala y sal de la hierba!

La última orden, grotesca dentro de una familiaridad civilizada, resonó con un eco de cólera.

—Os lastimaré —dijo entre sollozos de emoción—. Sabe Dios que os lastimaré. ¡Dejadme en paz!

Empezó a correr, sin saber claramente hacia dónde. Corrió desde el ciego más próximo, porque le horrorizaba golpearle. Se paró y luego tuvo un arranque para escapar de las filas que se cerraban sobre él. Se dirigió hacia donde el hueco era mayor, pero los hombres situados a ambos lados, con rápida percepción de la aproximación de sus pasos, se precipitaron el uno contra el otro. Dio un brinco hacia delante, y entonces vio que estaba atrapado y

asestó un golpe con la pala. Notó el ruido sordo de un brazo y de una mano, y el hombre cayó en tierra con un grito de dolor. Estaba libre.

¡Libre! Y se encontró de nuevo cerca de la calle de las casas, donde los ciegos, enarbolando palas y estacas, corrían de un lado a otro con una presteza que parecía razonada.

Oyó pasos detrás de él justo a tiempo, y se encontró frente a un hombre alto que se precipitaba contra él asestando golpes, guiado por el ruido que emitía. Perdió el control, le asestó un mandoble a su antagonista, giró sobre sí mismo y huyó, casi chillando mientras le hacía un quiebro a otro.

Fue presa del pánico. Corrió furiosamente de un lado a otro, haciendo quiebros cuando no había ninguna necesidad de hacerlos y tropezando, angustiado por querer ver al instante todo cuanto le rodeaba. Por un momento cayó y ellos oyeron su caída. Muy lejos, en el muro de circunvalación, una puertecita le pareció un refugio celestial, y se dirigió hacia ella en una carrera desenfrenada. Ni siquiera se volvió para mirar a sus perseguidores hasta que la alcanzó, y eso que había tropezado al cruzar el puente, trepado un trecho entre las rocas con sorpresa de una llama joven, que de un brinco desapareció de su de vista, y se había tumbado para recuperar el resuello entre sollozos.

Y así concluyó su golpe de Estado.

Se quedó fuera del muro del valle de los Ciegos durante dos noches y dos días, sin comida ni techo, y meditó sobre lo inesperado de los acontecimientos. Durante estas meditaciones repitió con mucha frecuencia y cada vez con un tono de mayor escarnio: “En el País de los Ciegos el tuerto es el rey.”

Estuvo pensando principalmente en las formas de luchar y de conquistar a este pueblo, pero se fue abriendo paso en él la idea de que no había ninguna posibilidad que fuera viable. No disponía de armas y ahora le resultaría difícil conseguir una.

El cáncer de la civilización había alcanzado incluso a Bogotá y le resultaba inconcebible el hecho de bajar a asesinar a un ciego.

Claro que si lo hacía, podría entonces dictar condiciones bajo la amenaza de asesinarlos a todos. Pero ¡antes o después tendría que morir!

También intentó encontrar comida entre los pinos y un abrigo bajo sus ramas para protegerse de las heladas de la noche y, con menos convencimiento, capturar una llama por medio de un ardid para tratar de matarla, tal vez golpeándola con una piedra, para poder así, finalmente, comerse una parte. Pero las llamas recelaban de él y le miraban con sus desconfiados ojos marrones y escupían cuando se acercaba. El miedo y el estremecimiento se apoderaron de él durante el segundo día. Finalmente bajó gateando hasta el muro del País de los Ciegos e intentó hacer un pacto. Bajó arrastrándose por el torrente, gritando, hasta que dos ciegos salieron por la puerta y hablaron con él.

—Estaba loco —dijo él—. Pero es porque me acababa de formar.

Le dijeron que aquello estaba mejor.

Les dijo que ahora se hallaba más cuerdo y arrepentido de todo lo que había hecho.

Luego lloró sin querer, porque ahora se sentía muy débil y enfermo y ellos lo tomaron como una señal favorable.

Le preguntaron si aún pensaba que podía *ver*.

—No —dijo él—. Eso era una insensatez. ¡Esa palabra no significa nada..., menos que nada!

Le preguntaron qué había sobre sus cabezas.

—A una altura aproximada de cien hombres hay un techo encima del mundo..., de roca..., y muy, muy suave... —Volvió a estallar en sollozos histéricos—. Antes de que sigáis preguntando, dadme algo de comer o me moriré.

Se esperaba unos castigos horribles, pero estos ciegos poseían la capacidad de ser tolerantes. Consideraron su rebelión como una prueba más de su idiotez e inferioridad general y, tras azotarle, le encomendaron las tareas más simples y más pesadas que podían encomendarle a nadie, y él, al no ver otra forma de vivir, obedeció sumisamente.

Enfermó durante algunos días y lo cuidaron con afabilidad. Eso afinó su sumisión, pero insistieron en que guardara cama en la oscuridad, lo que acrecentó su desdicha. Y vinieron a verle filósofos ciegos y le hablaron de la perversa ligereza de su mente, reprochándole de forma tan solemne sus dudas acerca de la tapadera que cubría su cacerola cósmica, que casi empezó a dudar de si no sería realmente víctima de una alucinación por no verla encima de su cabeza.

De este modo, Núñez se convirtió en ciudadano del País de los Ciegos y éstos dejaron de ser un pueblo generalizado y se convirtieron en individuos familiares para él, mientras que el mundo más allá de las montañas se volvía cada vez más remoto e irreal. Estaba Yacob, su amo, un hombre afable cuando no estaba irritado; estaba Pedro, el sobrino de Yacob, y estaba Medina-saroté, que era la hija menor de Yacob. Era poco apreciada en el mundo de los ciegos, porque poseía un rostro bien definido y carecía de esa tersura satisfactoria y satinada que es el ideal de la belleza femenina de un ciego; pero Núñez pensó que era bella al principio y, poco a poco, el ser más bello de toda la creación. Sus párpados cerrados no estaban hundidos y enrojecidos según la norma que imperaba en el valle, sino que por su forma parecía como si pudieran volver a abrirse en cualquier momento; y además tenía largas pestañas, lo que se consideraba como una grave deformidad. Y su voz era fuerte, y no satisfacía los delicados oídos de los cortejadores del valle, de tal modo que no tenía ningún pretendiente.

Entonces llegó un momento en que Núñez pensó que, si lograba conquistarla, se resignaría a vivir en el valle el resto de sus días.

La espiaba. Buscó las ocasiones de prestarle pequeños servicios y al poco reparó en que ella le observaba. Una vez, en la reunión de un día de fiesta se sentaron el uno junto al otro en la penumbra de una noche estrellada, acompañados por una melodía acariciadora, su mano se posó sobre la de ella y se atrevió a

apretarla. Entonces, con mucha ternura, ella le devolvió su presión. Y un día, mientras comían en la oscuridad, él notó que su mano le buscaba suavemente y, como por azar se levantó una llamarada del fuego en aquel momento, pudo ver la ternura reflejada en su rostro.

Trató entonces de hablar con ella.

Fue a verla un día mientras ella hilaba sentada a la luz de la luna de verano. La luz la convertía en un objeto plateado y misterioso. Se sentó a sus pies y le dijo que la amaba y le dijo también cuán hermosa le parecía. Él poseía la voz de un enamorado y le habló con tierna reverencia que parecía temor y, ella, que jamás había sido interpelada con adoración, no le dio ninguna respuesta concreta, pero resultaba patente que sus palabras habían sido oídas con agrado.

Después de aquello habló con ella cada vez que se le presentaba la ocasión. El valle se convirtió en el mundo para él, y el mundo más allá de las montañas, donde los hombres vivían a la luz del sol, no le parecía más que un cuento de hadas que algún día derramaría en los oídos de ella. Tras muchos titubeos y muy tímidamente, él le habló de la vista.

La vista le parecía a ella la más poética de las fantasías y escuchaba su descripción de las estrellas y de las montañas y de la palidez y dulzura de su belleza como si se tratara de una indulgente complicidad. Ella no creía, sólo podía comprender a medias, pero se sentía misteriosamente complacida y a él le parecía que le comprendía del todo.

Su amor le hizo perder el miedo y adquirir confianza. Y pronto le propuso pedirla en matrimonio a Jacob y a los ancianos, pero ella se mostró temerosa y aplazó su propuesta. Y fue una de sus hermanas mayores quien primero le contó a Jacob que Medina-Saroté y Núñez estaban enamorados.

Desde el primer momento hubo una gran oposición al matrimonio de Núñez con Medina-Saroté, no tanto porque la tuvieran en gran estima, sino porque a él lo consideraban como a un ser

muy marginado, un idiota incompetente muy por debajo del nivel permitido a un hombre. Sus hermanas se opusieron agriamente arguyendo que el descrédito caería sobre todos ellos, y el viejo Jacob, si bien había acabado por tomarle cariño a su obediente y torpe siervo, meneó la cabeza diciendo que no podía ser. Los jóvenes se mostraron todos irritados ante la idea de corromper la raza y uno de ellos fue tan lejos que llegó a vilipendiar y a golpear a Núñez. Éste le devolvió el golpe. Entonces, por primera vez, apreció las ventajas de poder ver, incluso a la luz del atardecer, y después de que se acabara aquella pelea nadie se mostró dispuesto a levantarle la mano. Pero su matrimonio les siguió pareciendo imposible.

El viejo Jacob sentía ternura por su hija pequeña y se afligía cuando ella iba a llorar sobre su hombro.

—Verás, hija mía, es que él es un idiota, padece alucinaciones y no sabe hacer nada a derechas.

—Lo sé —lloraba Medina-Saroté—. Pero ahora es mejor que antes. Está mejorando. Y es fuerte, padre querido, y gentil..., más fuerte y más gentil que ningún hombre en el mundo. Y me ama y..., yo también le amo, padre.

El viejo Jacob se sintió muy angustiado por no poder consolar a su hija y, aún le angustiaba más el hecho de que le gustaba Núñez por muchos conceptos. Así que acudió a sentarse a la tétrica cámara de consejos con los otros ancianos y, prestando atención al rumbo de la conversación, dijo en el momento oportuno:

—Es mejor de lo que era. Y es muy probable que algún día nos parezca tan cuerdo como nosotros.

Al cabo de un rato, a uno de los ancianos, que reflexionó profundamente, se le ocurrió una idea. Era el gran doctor del pueblo, el que curaba todos los males y poseía una mente muy filosófica y llena de inventiva: su idea consistía en curar a Núñez de sus peculiaridades.

—He reconocido a Bogotá —dijo— y su caso me parece muy claro. Mi diagnóstico es que podría curarse con toda probabilidad.

–Yo siempre he confiado en eso –replicó el viejo Jacob.  
–Tiene una afección en el cerebro –dijo el doctor ciego.  
Los ancianos murmuraron asintiendo.  
–¿Y *cuál* es esa afección?  
–¡Ah! –dijo el viejo Jacob.  
–*Esto* –dijo el doctor contestando a su pregunta–. Esas extravagantes cosas que se llaman ojos y que existen sólo para dotar a la cara de una suave y agradable depresión, están tan enfermas, en el caso de Bogotá, que han afectado a su cerebro. Están enormemente distendidas, tiene pestañas y sus párpados se mueven y por consiguiente su cerebro se encuentra en constante estado de irritación y destrucción.  
–¿Ah, sí? –dijo el viejo Jacob–. ¿Ah, sí?  
–Y creo que puedo decir con un grado de certeza razonable que, a fin de curarle completamente, sólo necesitamos una simple y fácil operación quirúrgica, es decir, extraerle estos cuerpos tan irritantes.  
–¿Y entonces se volverá cuerdo?  
–Adquirirá una cordura absoluta y se convertirá en un ciudadano admirable.  
–¡Doy gracias al cielo por la ciencia! –dijo el viejo Jacob, y regresó inmediatamente a contarle a Núñez la buena noticia.  
Pero la forma en que Núñez recibió la buena noticia le pareció fría y decepcionante. Y entonces le dijo:  
–Por el tono que adoptas, se podría pensar que mi hija no te importa.  
Fue Medina-saroté quien persuadió a Núñez para que aceptara la intervención de los cirujanos ciegos.  
–¿Tú no querrás que pierda el don de la vista? –dijo él.  
Ella meneó la cabeza.  
–Mi mundo es la vista.  
La cabeza de ella se inclinó un poco más.  
–Existen las cosas bellas, la belleza de las cosas pequeñas..., las flores, los líquenes entre las rocas, la ligereza y la suavidad de unas

pieles, el lejano cielo con sus nubes a la deriva, los atardeceres y las estrellas. Y existes *tú*. Sólo por ti es maravilloso tener ojos, para ver tu cara dulce y serena, tus labios bondadosos, tus amadas y hermosas manos entrecruzadas... Son mis ojos lo que tú has conquistado, estos ojos son los que me atan a ti, y lo que estos idiotas buscan. En vez de eso, debería tocarte, oírte y no volver a verte jamás. Debería acomodarme bajo ese techo de rocas, de piedras y de tinieblas, ese horrible techo bajo el cual tu imaginación se aplasta... No. ¿Tú no querrás que yo haga eso, verdad?

Una duda terrible había surgido en él. Se calló y dejó la pregunta en el aire.

–A veces –dijo ella– me gustaría...

Se interrumpió.

–¿Sí? –dijo él un poco aprensivo.

–A veces me gustaría... que no hablaras de esa manera.

–¿De qué manera?

–Sé que es bonito... es tu imaginación. Y me encanta, pero ahora...

Él sintió un escalofrío.

–¿Ahora? –dijo débilmente.

Ella permaneció inmóvil.

–Quieres decir... piensas... que tal vez estaría mejor si...

Estaba captando las cosas con mucha prontitud. Sintió cólera, una verdadera cólera ante el absurdo nimbo del destino, pero también compasión por su falta de comprensión... una compasión muy cercana a la piedad.

–*Amada mía* –dijo y pudo ver por su palidez cuán intensa presión ejercía su espíritu contra las cosas que ella no podía decir. La rodeó con sus brazos, la besó en la oreja y permanecieron un rato sentados en silencio.

–¿Y si yo consintiera? –dijo por fin con una voz muy dulce.

Ella le lanzó los brazos al cuello, llorando desesperadamente.

–Oh, si consintieras –sollozó–. ¡Si consintieras de verdad!

Durante la semana que precedió a la operación que iba a elevarle desde su condición de servidumbre e inferioridad hasta el nivel de un ciudadano ciego, Núñez no supo lo que significaba dormir, y todas las horas iluminadas por la cálida luz del sol, mientras los demás dormitaban felices, las pasó sentado cavilando o vagando sin rumbo, tratando de resolver en su mente este dilema. Había dado su respuesta, había dado su consentimiento y, sin embargo, no estaba seguro. Y por fin se agotó el tiempo de labor, el sol surgió con esplendor sobre las doradas crestas y comenzó para él su último día de visión. Pasó algunos minutos con Medina-saroté antes de que ella se fuera a dormir.

–Mañana –dijo él– dejaré de ver.

–¡Corazón mío! –respondió ella apretándole las manos con todas sus fuerzas–. Te harán daño, pero poco –dijo ella– y si sufres... y si sufres, amor mío, será por *mí*... Cariño, si el corazón y la vida de una mujer pueden recompensarte, yo te recompensaré. Mi bien, mi bien querido, el de la dulce voz, yo te recompensaré.

Y él se sintió inundado de piedad por sí mismo y por ella.

La abrazó y apretó sus labios contra los suyos y contempló su dulce rostro por última vez.

–¡Adiós! –susurró a su amada visión–. ¡Adiós!

Y luego en silencio se apartó de ella.

Ella pudo oírle alejarse con pasos lentos y hubo algo en sus pisadas rítmicas que la sumieron en un llanto apasionado.

Había decidido firmemente ir hasta un lugar solitario donde los prados estaban embellecidos por los narcisos blancos y permanecer allí hasta que llegara la hora de su sacrificio; pero mientras se dirigía hacia allí sus ojos contemplaron la mañana, la mañana que, como un ángel de armadura dorada, se deslizaba por los barrancos...

Y ante ese esplendor tuvo la sensación de que él y este mundo ciego del valle, y su amor, no eran, después de todo, más que un

pozo de pecado. No se desvió como se había propuesto hacer, sino que prosiguió y atravesó el muro de la circunferencia y empezó a trepar por las rocas mientras sus ojos permanecían siempre fijos sobre el hielo y la nieve bañada por el sol.

Vio su infinita belleza y su imaginación los sobrevoló hasta llegar más allá de las cosas a las que iba a renunciar para siempre.

Pensó en el gran mundo libre del que se hallaba apartado, su propio mundo, y tuvo la visión de aquellas remotas pendientes más allá de la distancia, y de Bogotá, un lugar de belleza multitudinaria y agitada, una gloria de día y un luminoso misterio de noche, un lugar de palacios, fuentes y estatuas y casas blancas, hermosamente remplazadas en la media distancia. Pensó que por un día o dos uno podía muy bien bajar atravesando pasos, para acercarse cada vez más a sus calles bulliciosas y a sus costumbres. Pensó en el viaje por río, día tras día, desde el gran Bogotá hasta el mundo más vasto de más allá, atravesando ciudades y aldeas, bosques y desiertos, en la imparable corriente del río, día tras día, hasta que sus riberas se retiraran y los grandes barcos de vapor se acercaran salpicándole de espuma, y así uno alcanzaba el mar..., el mar infinito, con sus miles y miles de islas, y sus barcos avistados en la nebulosa lejanía en sus incensantes periplos alrededor del mundo más grande. Y allí, sin estar acorralado por las montañas, se podía ver el cielo..., sí, el cielo, no el disco que se veía desde aquí, sino un arco de azul inconmensurable, en cuyos abismos más profundos flotaban dando vueltas las estrellas... Sus ojos escrutaron la gran cortina de montañas investigándolas ansiosamente.

Por ejemplo, si subía por esa garganta y hasta esa chimenea, podría salir en lo alto de aquellos pinos achaparrados que se extendían en una especie de saliente y seguían subiendo más y más hasta pasar por encima del desfiladero. ¿Y luego? Ese talud podría sortearlo. Desde allí tal vez pudiera encontrar una ruta para trepar hasta el precipicio que se hallaba debajo de la nieve y si le fallaba esa chimenea, entonces quizá otra más alejada, hacia

el este, pudiera servir a sus propósitos. ¿Y luego? Entonces se encontraría sobre la nieve de color ámbar y a medio camino de la cresta de aquellas magníficas desolaciones.

Se volvió para mirar la aldea, y la contempló con resolución.

Pensó en Medina-Saroté, que se había convertido en un punto pequeño y remoto.

Se volvió de nuevo hacia la pared montañosa, junto a cuyas pendientes le había sorprendido el día.

Entonces, muy circunspecto, empezó a trepar. Al ponerse el sol había dejado de trepar, pero se encontraba lejos y muy alto. Había estado más alto, pero aun así seguía estando muy alto. Tenía la ropa desgarrada, los miembros, manchados de sangre; tenía magulladuras en muchos sitios, pero estaba tumbado como si se encontrara a sus anchas y en su cara lucía una sonrisa. Desde su lugar de reposo parecía que el valle se encontraba en el fondo de un pozo a casi un kilómetro y medio. Había oscurecido ya y había bruma y sombras, aunque las cumbres de las montañas que le rodeaban eran objetos de luz y fuego y los pequeños pormenores de las rocas que tenía a mano estaban impregnados de una sutil belleza..., una veta de mineral verde que traspasaba la masa gris, los destellos de las facies de cristal aquí y allá, un diminuto líquen anaranjado de minuciosa belleza muy cerca de su rostro. Había sombras profundas y misteriosas en la garganta, de un azul intenso que se tornaba púrpura, y el púrpura en una oscuridad luminosa, y en lo alto se hallaba la ilimitada inmensidad del cielo. Pero dejó de prestarle atención a estas cosas y permaneció allí tumbado, casi inactivo, sonriendo como si estuviera satisfecho por el mero hecho de haber escapado del valle de los ciegos, donde había pensado convertirse en rey. Se apagó el resplandor del atardecer y cuando llegó la noche aún permanecía tumbado y apaciblemente contento, bajo la fría luz de las estrellas.

*Traducción del inglés de Gianni Mion*

## “ ELLOS ”

RUDYARD KIPLING

Un paisaje me llevaba a otro; la cima de una colina, a otra cercana, en la mitad del condado, y ya que no tenía más dificultad que empujar una palanca dejé que el condado fluyera bajo mis ruedas. Los llanos del este tachonados de orquídeas dieron paso al tomillo, los acebos y la hierba grisácea de los promontorios calizos del sur; y éstos a los maizales feraces y las higueras de la costa baja, donde a lo largo de veinticinco kilómetros inalterables se lleva a mano izquierda el batir de la marea ; y cuando por último torcí tierra adentro a través de un racimo de colinas redondeadas y bosques me encontré con que había perdido todos mis puntos de referencia. Más allá de la mismísima aldea que presume de ser la madrina de la capital de Estados Unidos, encontré villorrios perdidos donde las abejas, lo único despierto, zumbaban alrededor de tilos de veinticinco metros de altura que se cernían sobre grises iglesias normandas; arroyos milagrosos que se deslizaban bajo puentes de piedra construidos para un tráfico más pesado que el que jamás volvería a hollarlos; graneros diezmales más grandes que sus respectivas iglesias, y una vieja fragua que pregonaba con voz potente haber sido antaño una sala de los templarios. Encontré gitanos en un ejido donde la aulaga, el brezo y el helecho decidían su predominio en una batalla de más de un kilómetro de calzada romana; y algo más lejos espanté a un zorro rojo que se revolcaba a la manera de los perros bajo la luz desnuda del sol.

Viéndome encerrado entre colinas boscosas me erguí dentro

del auto para orientarme y busqué aquel gran promontorio cuya cima anillada es como un mojón para ochenta kilómetros a la redonda de comarcas bajas. Por la estructura del terreno juzgué que acabaría dando con alguna carretera que discurriese, rumbo al este, hasta sus pies, pero no había contado con el velo desorientador de los bosques. Una curva cerrada me sumergió primero en un verde terreno rebajado repleto de líquida luz solar, y después en un túnel lóbrego donde las hojas muertas del año anterior formaron un alboroto de susurros alrededor de mis neumáticos. Los vigorosos avellanos que se entrecruzaban sobre mi cabeza llevaban por lo menos dos generaciones sin ser podados, y ni una sola hacha había ayudado al roble y al haya, podridos de musgo, a retoñar por encima de ellos. Aquí la carretera se convirtió francamente en una vereda alfombrada sobre cuyo terciopelo pardo brotaban como jade matas de primulas marchitas, y unas cuantas campánulas azules cabeceaban al unísono, enfermizas, sobre sus tallos blancos. Como la pendiente me era favorable apagué el motor y me dejé llevar entre la hojarasca, esperando a cada momento encontrarme con algún guardabosques; pero no oí más que un grajo, a lo lejos, disputando con el silencio bajo el crepúsculo de los árboles.

El sendero seguía bajando. A punto estaba de invertir el sentido de la marcha y hacer un esfuerzo para volver en segunda antes de ir a dar en una ciénaga, cuando vi luz solar a través de la maraña de vegetación que me cubría y solté el freno.

Cuesta abajo de nuevo. Como el sol me daba en la cara, mis ruedas delanteras invadieron el césped de una gran pradera silenciosa de la cual surgían jinetes de tres metros de altura blandiendo lanzas, monstruosos pavos reales y elegantes doncellas de honor con la cabeza redondeada –azules, negras y relucientes–, todo ello en tejo recortado. Al otro extremo de la pradera –las tropas arbóreas de los bosques la sitiaban por tres lados– se alzaba una antigua casa de piedra cubierta de líquen y trabajada por la intemperie, con ventanas con parteluz y un tejado de color rojo

rosado. Estaba flanqueada por muros semicirculares, también de color rojo rosado, que cerraban la pradera por el cuarto lado, y a sus pies crecía un seto de boj de la altura de un hombre. En el tejado había palomas que rondaban las esbeltas chimeneas de ladrillo, y tuve un atisbo de un palomar octogonal detrás del muro de defensa.

Allí, entonces, me paré; la lanza verde de un jinete apuntaba a mi pecho; me retenía la belleza excelsa de aquella joya en aquel enclave.

“Si no me expulsan por intruso, o si este caballero no se arroja sobre mí”, pensé, “por lo menos Shakespeare y la reina Isabel deberían salir de esa puerta entreabierta del jardín para invitarme a tomar el té”.

Se asomó una niña en una de las ventanas de la planta alta y me pareció que la criaturita saludaba amistosamente con la mano. Pero era para llamar a un compañero, pues enseguida se dejó ver otra cabeza brillante. Oí entonces una risa entre los pavos reales de tejo, y volviéndome para cerciorarme (hasta entonces había estado observando sólo la casa) vi la plata de una fuente tras un seto erigido contra el sol. Las palomas del tejado arrullaban al agua arrulladora; pero entre las dos melodías me llegó la risita de felicidad total de un niño entregado a alguna pequeña travesura.

La puerta del jardín –roble macizo encajado en la robustez del muro– se abrió un poco más: una mujer tocada con un gran sombrero de faena puso los pies despacio sobre el escalón de piedra erosionada, e igual de despacio echó a andar por el césped. Estaba yo pensando en qué excusa dar cuando alzó la cabeza y vi que era ciega.

–Lo he oído –dijo–. ¿No es un automóvil?

–Me temo que me he equivocado de ruta. Debí desviarme más arriba... Nunca imaginé... –rompí a hablar.

–Pero si me alegro mucho. ¡Figúrese un automóvil entrando



en el jardín! Es tal acontecimiento... –Se dio la vuelta e hizo como si lanzara una mirada en su alrededor-. No habrá... no habrá usted visto a nadie, ¿verdad?

–A nadie con quien haya podido hablar, pero a cierta distancia los niños parecían interesados.

–¿Qué niños?

–Hace nada he visto a un par en la ventana de arriba, y creo haber oído a un chavalillo por aquí por el jardín.

–¡Oh, hombre afortunado! –exclamó, y se le iluminó el semblante-. Yo los oigo, por supuesto, pero eso es todo. ¿Usted los ha visto y oído?

–Sí –respondí-. Y, si algo entiendo de niños, hay uno que se está divirtiendo de lo lindo ahí en la fuente. Ha huido, supongo.

–¿Le gustan los niños?

Le di una o dos razones por las cuales no los odiaba precisamente.

–Claro, claro –dijo-. Entonces lo entenderá. Entonces no creerá que estoy mal de la cabeza si le pido que dé con el auto una o dos vueltas por el jardín... muy despacio. Seguro que les encantará verlo. Ven tan pocas cosas, los pobrecitos. Una trata de hacerles grata la vida, pero... –Extendió las manos en dirección al bosque-. Aquí estamos tan apartados del mundo.

–¡Será algo espléndido! –dije-. Pero lo que no querría es estrepearle el césped.

Se volvió hacia la derecha.

–Espere un momento –dijo-. Estamos en la puerta sur, ¿no? Detrás de esos pavos reales hay un sendero de losas. Lo llamamos el paseo de los Pavos Reales. Desde aquí no se ve, me dicen, pero si consigue usted conducir arrimado al borde del bosque podrá doblar cuando encuentre el primer pavo real y meterse en el sendero.

Era un sacrilegio desvelar el sueño de aquella fachada con el estruendo de la maquinaria pero di un giro brusco para evitar el césped, pasé rozando el borde del bosque y me metí en el ancho sendero empedrado donde se hallaba la taza de la fuente como un

zafiro astral.

–¿Puedo ir yo también? –gritó-. No, por favor, no me ayude. Les gustará más si me ven a mí.

Tanteó el camino hacia la parte delantera del auto, y con un pie en el estribo llamó:

–¡Niños, eh, niños! ¡Venid a ver!

La voz habría hecho salir almas extraviadas del Abismo, por el anhelo que matizaba su dulzura, y no me sorprendió oír un grito de respuesta más allá de los tejos. Debía de ser el niño de la fuente, pero en cuanto nos acercamos voló, dejando un barquichuelo en el agua. Vi el destello de su camisa azul entre los jinetes inmóviles.

Con gran majestad desfilamos por todo el paseo y a requerimiento de ella volvimos a hacerlo en dirección contraria. Esta vez el niño había dominado el pánico, pero se mantenía lejos y vacilante.

–El muchachito nos está observando –dije-. Me pregunto si le apetecería dar una vuelta.

–Son aún tímidos. Tímidos. Pero ¡oh, qué afortunado es usted que puede verlos! Escuchemos.

Detuve el motor de inmediato, y la húmeda quietud, grávida con el aroma del boj, nos envolvió como una capa. Oí las tijeras de algún jardinero que podaba; un murmullo de abejas y de voces quebradas que muy bien podían ser de las palomas.

–¡Oh, antipáticos! –dijo fastidiada.

–Acaso sólo les da miedo el automóvil. La chiquilla de la ventana parece enormemente interesada.

–¿Sí? –Levantó la cabeza-. Ha sido un error por mi parte decir lo que he dicho. En realidad me quieren. Es lo único que hace la vida digna de ser vivida: que nos quieran de verdad, ¿no le parece? No me atrevo a imaginar cómo sería este sitio sin ellos. Por cierto, ¿es hermoso?

–Creo que es el sitio más hermoso que he visto en mi vida.

–Es lo que dice todo el mundo. Yo puedo sentirlo, desde luego,

pero no es exactamente lo mismo.

—Entonces, ¿usted nunca...? —empecé, pero me interrumpí avergonzado.

—No, que yo recuerde. Ocurrió cuando apenas tenía unos meses, me dicen. Y, no obstante, algo sí debo de recordar; de lo contrario, ¿cómo podría soñar en color? En mis sueños veo luz, y colores, pero a ellos nunca. Sólo los oigo, como cuando estoy despierta.

—Es difícil ver caras en los sueños. Algunas personas pueden, pero la mayoría no tenemos el don —proseguí, alzando la mirada hacia la ventana donde la niña seguía casi escondida.

—También yo lo he oído decir —dijo—. Y me dicen que en sueños nunca se ve la cara de alguien que ha muerto. ¿Es verdad?

—Creo que sí, ahora que lo pienso.

—Pero usted..., ¿usted ha visto alguna? —Los ojos ciegos se volvieron hacia mí.

—Jamás he visto en sueños las caras de mis muertos —contesté.

—Entonces debe de ser tan malo como ser ciego.

El sol se había sumergido detrás de los bosques y las largas sombras iban apoderándose de los jinetes insolentes uno por uno. Observé extinguirse la luz en el extremo de una lanza cubierta de hojas brillantes y todo el bravo verde intenso diluirse en suave negrura. La casa, aceptando el final de otro día, como había aceptado un centenar de miles ya idos, parecía arraigar más profundamente en su descanso umbrío.

—¿Alguna vez lo ha deseado? —dijo después del silencio.

—A veces mucho —contesté. La niña había abandonado la ventana en cuanto las sombras se cerraron sobre ella.

—¡Ah! Yo también, pero creo que no está permitido... ¿Dónde vive usted?

—Justo al otro extremo del condado: a más de noventa kilómetros, y ya tendría que estar regresando. He venido sin los faros grandes.

—Pero todavía no está oscuro. Lo noto.

—Me temo que lo estará para cuando llegue a casa. ¿Podría mandar conmigo a alguien que me indicara el camino? Estoy totalmente desorientado.

—Mandaré a Madden con usted hasta el cruce. Estamos tan apartados del mundo; ¿no me extraña que se haya desorientado! Yo lo guiaré hasta la fachada de la casa; pero irá despacio, ¿verdad?, hasta que salga del jardín. No creerá que digo ninguna tontería, ¿eh?

—Le prometo que iré así —dije, y dejé que el auto bajara por su propia inercia por la pendiente del sendero de losas.

Rodeamos el ala izquierda de la casa, cuyas gárgolas de plomo de fundición primorosa bien valían por sí solas todo un viaje; traspusimos un gran arco cubierto de rosales que se abría en el muro rojo y después doblamos hacia la fachada principal de la mansión, que en belleza y majestuosidad superaba a la de atrás, igual que a todas las otras que había visto.

—¿Tan hermosa es? —me preguntó melancólica cuando escuchó mis arrebatos—. Y ¿también le gustan las figuras de plomo? Detrás está el viejo jardín de las azaleas. Dicen que éste es un sitio que debieron de construir para los niños. ¿Me ayuda a salir, por favor? Me gustaría acompañarlo hasta el cruce, pero no puedo abandonarlos. ¿Eres tú, Madden? Quiero que le indiques a este señor el camino hasta el cruce. Se ha perdido, pero... los ha visto.

Un mayordomo apareció sin hacer el menor ruido en aquel portento de roble antiguo que debían llamar de la puerta principal, y se deslizó hacia un lado para tomar su sombrero. Ella me miraba con aquellos ojos azules abiertos que no veían nada, y por primera vez advertí que era guapa.

—Recuerde —me dijo con sosiego—, si le gustan volverá. —Y desapareció en el interior de la casa.

En el auto el mayordomo no dijo nada hasta que nos aproximamos a la verja de entrada, donde, al atisbo de una camisa azul en un matorral, me desvié generosamente para que el demonio que

impulsa a los niños a jugar no me convirtiera en un infanticida.

–Perdone –preguntó de pronto–, pero ¿por qué ha hecho eso, señor?

–Por el niño de allí.

–¿Nuestro señorito de azul?

–Claro.

–Corretea mucho. ¿Lo vio usted junto a la fuente, señor?

–Oh, sí, varias veces. ¿Doblamos por aquí?

–Sí, señor. Y ¿por casualidad no los habrá visto también en la planta alta?

–¿En la ventana? Sí.

–¿Antes de que la señora saliera a hablar con usted, señor?

–Un poquito antes. ¿Por qué está interesado en saberlo?

Hizo una breve pausa.

–Sólo para asegurarme de que... de que ellos habrían visto el auto, señor, porque con niños rondando por aquí, aunque estoy seguro de que usted conduce con especial cuidado, podría producirse un accidente. Sólo para eso, señor. Hemos llegado al cruce. Desde aquí ya no puede perder el camino. Gracias, señor, pero no es *nuestra* costumbre, no con...

–Lo siento –dije, y me guardé la plata británica.

–Oh, como norma, es lo que se estila con los demás. Adiós, señor.

Se recluyó en la torre fortificada de su casta y se alejó. Evidentemente era un mayordomo cuidadoso del honor de su casa e interesado, probablemente por mediación de una doncella, en las labores de crianza.

Cuando hube pasado los postes del cruce miré hacia atrás, pero las colinas apeñuscadas se entrelazaban con tanto celo que no fui capaz de distinguir el emplazamiento de la mansión. Cuando pregunté su nombre en una casita que encontré en la carretera, la mujerona que allí vendía confites me dio a entender que los poseedores de automóviles apenas tenían derecho a vivir... y mucho menos a “ir por ahí charlando como quien va en coche de

caballos”. No era una comunidad muy afable.

Cuando aquella noche reconstruí mi ruta sobre el mapa adquirí un poco más de sabiduría. Antigua Granja de Hawkin parecía ser la denominación catastral, y la vieja *County Gazetteer*, por lo común tan exhaustiva, no la mencionaba. La gran mansión de aquellos parajes era Hodnington Hall, georgiana con adornos del primer periodo victoriano, según testimoniaba un horrendo grabado en acero. Trasladé mis dificultades a un vecino –un árbol de profunda raigambre en aquella región– y me dio el nombre de una familia sin ningún poder de evocación.

Más o menos un mes más tarde..., volví, o tal vez fue mi auto quien tomó la carretera en un acto de volición. Pasó los promontorios estériles del sur, se abrió paso entre todos y cada uno de los recodos del laberinto de senderos a los pies de las colinas, se manejó a través de los bosques cercados hasta arriba, impenetrables en la plenitud de su foliación, salió al cruce donde me había dejado el mayordomo, y un poco después desarrolló cierto trastorno interior que me obligó a desviarlo hasta un claro herboso en un bosque de avellanos sumido en el silencio estival. En la medida en que podía estar seguro gracias al sol y a un mapa del estado mayor, aquélla tenía que ser la carretera que flanqueaba el bosque que la otra vez había explorado viniendo de la cima de las colinas. Convertí mis reparaciones en un asunto de auténtica trascendencia, y en un deslumbrante taller mi equipo de herramientas, llaves inglesas, bombas de aire y demás, que esparcí con orden sobre una manta de viaje. Era una trampa para cazar a toda la chiquillería, pues en semejante día, argüí, los niños no debían de andar lejos. Mientras hacía pausas en la labor prestaba atención, pero el verano resonaba tan profusamente en el bosque (aunque las aves se habían apareado ya) que en un primer momento fui incapaz de percibir el paso de unos piecitos cautelosos que se deslizaban sobre la hojarasca. Toqué la bocina a modo de reclamo seductor, pero los pies volaron, conque me arrepentí, pues para un niño no hay mayor terror que el de un ruido imprevisto. Debía de llevar media hora manos a la obra

cuando oí en el bosque la voz de la ciega, que gritaba:

–Niños, eh, niños, ¿dónde os habéis metido?

Y el silencio se tornó más lento para coronar la perfección del grito. Ella se dirigía hacia mí, medio tanteando el camino entre los troncos de los árboles, y aunque llevaba, al parecer, a un niño pegado a las faldas, al acercarse más éste se escabulló como un conejo en la espesura.

–¿Es usted? –dijo–. ¿El del otro extremo del condado?

–Sí, soy el del otro extremo del condado.

–Entonces, ¿por qué no ha venido por los bosques de las colinas? Ellos estaban allí ahora mismo.

–Estuvieron aquí hace unos minutos. Creo que se enteraron de que tenía una avería y vinieron a ver el espectáculo.

–No se tratará de algo grave, espero. ¿Cómo se averían los autos?

–De cincuenta formas distintas. Sólo que el mío ha escogido la cincuenta y una.

Rió alegremente la pequeña chanza, con carcajada arrulladora y deliciosa, y se echó el sombrero hacia atrás.

–Déjeme escuchar –dijo.

–Un momento –repuse–, que le traeré un almohadón.

Puso los pies en la manta cubierta de piezas desmontadas y se inclinó sobre ellas con ilusión.

–¡Qué cosas tan encantadoras! –Las manos con las que veía exploraron el terreno irregularmente iluminado por el sol–. Aquí hay una caja... ¡y aquí otra! ¡Caramba, las ha acomodado usted como en una juguetería!

–Ahora confieso que las saqué para atraerlos. Lo cierto es que no necesito ni la mitad de todo esto.

–¡Qué amable por su parte! Oí su bocina desde el bosque de la colina. ¿Dice usted que antes de eso estaban aquí?

–Estoy seguro. ¿Por qué son tan tímidos? El chiquillo de azul que venía ahora mismo con usted debería haber superado ya su

miedo. Me ha estado observando como un piel roja.

–Habrán sido la bocina –dijo–. Oí a uno de ellos pasar por mi lado todo nervioso cuando venía hacia aquí. Son tímidos... mucho, incluso conmigo. –Volvió la cabeza sobre el hombro y gritó de nuevo–: ¡Niños! ¡Eh, niños! ¡Venid a ver!

–Habrán ido todos a ocuparse de sus cosas –sugerí, pues a nuestras espaldas se oía un murmullo de voces apagadas salpicado por las agudas risitas súbitas de la niñez.

Volví a mis chapuzas y ella se inclinó hacia adelante, apoyado el mentón en una mano, atento el oído.

–¿Cuántos son? –dije al fin. El trabajo estaba terminado, pero no veía razón para marcharme.

Ella frunció un poco el entrecejo, pensativa.

–En realidad lo ignoro –dijo sinceramente–. A veces más, a veces menos. Vienen y se quedan conmigo porque los quiero, ya lo ve.

–Debe de ser graciosísimo –dije, poniendo un cajón en su sitio, y mientras lo decía reparé en la inanidad de mi comentario.

–¿No se estará riendo de mí? –exclamó–. Yo... yo no tengo hijos propios. Nunca me casé. A veces la gente se ríe de mí a causa de ellos porque... porque...

–Porque son unos salvajes –afirmé–. No hay por qué soliviantarse. Los de esa ralea se ríen de todo lo que no sea sus satisfechas vidas.

–No lo sé. ¿Cómo iba a saberlo? Es sólo que no me gusta que se rían de mí a causa de *ellos*. Duele; y cuando una no ve... No querría parecer tonta –dijo, y la barbilla le temblaba como a un niño mientras hablaba–, pero los ciegos sólo tenemos una piel, en mi opinión. Todo lo de fuera nos golpea directamente en el alma. Con ustedes es distinto. Ustedes tienen unas defensas excelentes en los ojos; antes de que alguien pueda herirlos de veras en el alma pueden verlo. Con nosotros la gente se olvida de eso.

Permanecí en silencio, mientras pasaba revista a aquella cuestión inagotable: la brutalidad, no sólo heredada (pues es también

escrupulosamente enseñada), de los pueblos cristianos, en comparación con la cual es limpia y mesurada la simple idolatría del negro de la costa occidental. Esto me llevó muy lejos dentro de mí.

—¡No haga eso! —dijo de pronto, cubriéndose los ojos con las manos.

—¿El qué?

Hizo un ademán.

—¡Eso! Es... es todo púrpura y negro. ¡No lo haga! Ese color lastima.

—Pero ¿cómo diantres conoce los colores? —exclamé, pues eso encerraba toda una revelación.

—¿Los colores en cuanto colores? —preguntó.

—No. *Esos* colores que acaba usted de ver.

—Usted lo sabe tan bien como yo —dijo riendo—, o de lo contrario no habría hecho esa pregunta. No están en el mundo. Están *en usted...* cuando se ha puesto tan furioso.

—¿Se refiere a algo así como una mancha de un tenue color púrpura, como vino de oporto mezclado con tinta? —dije.

—Nunca he visto ni tinta ni oporto, pero los colores no están mezclados. Están separados... bien separados.

—¿Se refiere a algo así como rayas y motas negras sobre el púrpura?

Asintió.

—Sí..., si es que son así. —Y de nuevo trazó un zigzag con el dedo—. Pero es más rojo que púrpura ese color malo.

—Y ¿cuáles son los colores que ocupan el primer puesto en... lo que sea que usted ve?

Se agachó despacio y trazó sobre la manta la figura del Huevo.

—Así los veo —dijo señalando con un tallo de hierba—, blanco, verde, amarillo, rojo, púrpura, y cuando la gente está enojada o es mala, negro sobre rojo... como usted ahora.

—¿Quién le habló de estas cosas... en un principio? —pregunté.

—¿De los colores? Nadie. Cuando era pequeña preguntaba de

qué color eran manteles y cortinas y alfombras, ¿sabe?, porque algunos me lastimaban y otros me ponían contenta. La gente me lo decía; y cuando me hice mayor fue así como vi a las personas. —Otra vez trazó la silueta del Huevo, que sólo a unos pocos nos es dado ver.

—¿Todo usted sola? —insistí.

—Todo yo sola. No tenía a nadie más. Sólo más tarde descubriría que hay otras personas que no ven los colores.

Estaba recostada en el tronco de un árbol trenzando y destrenzando tallitos de hierba arrancados al azar. Los niños del bosque se habían acercado. Los veía por el rabillo del ojo jugando como ardillas.

—Ahora estoy segura de que usted jamás se reirá de mí —prosiguió después de una larga pausa—. Ni de *ellos*.

—¡Por el amor de Dios! ¡No! —exclamé arrancado de golpe a mis pensamientos—. ¡Un hombre que se ríe de un niño (a menos que el niño se ría también) es un pagano!

—No era eso lo que yo quería decir, por descontado. Usted nunca se reiría de un niño, pero pensé... antes pensaba... que tal vez sí podría reírse sobre *ellos*. Conque ahora le pido disculpas... ¿De qué está por reírse?

No salió de mí el menor sonido, pero ella sabía.

—De la sola idea de que me pida disculpas. Si usted hubiera cumplido con su deber como pilar del Estado y terrateniente, habría debido denunciarme por violación de propiedad cuando irrumpí en sus bosques el otro día. Fue vergonzoso por mi parte, imperdonable.

Me miró, con la cabeza apoyada en el árbol, larga y fijamente: esta mujer que podía ver el alma al desnudo.

—Qué curioso —dijo en un susurro—. Qué curioso de veras.

—Pero ¿qué he hecho?

—No entiende..., y sin embargo sí entiende los colores. ¿No entiende?

Hablaba con una pasión que nada había justificado, y la miré

perplejo mientras se ponía de pie. Los niños se habían reunido en corro detrás de un zarzal. Una cabeza lustrosa se inclinó sobre algo más pequeño, y por la posición de los hombritos deduje que tenía los dedos sobre los labios. También ellos tenían algún terrible secreto infantil. Sólo yo estaba perdido sin ninguna esperanza bajo la luz del ancho sol.

—No —dije, y negué con la cabeza como si los ojos sin vida pudieran advertirlo—. Sea lo que fuere, no lo entiendo todavía. Tal vez lo entienda más adelante... si me permite volver.

—Volverá —respondió—. Seguro que volverá a pasear por el bosque.

—Quizá para entonces los niños me conozcan lo bastante para dejarme jugar con ellos..., como un favor. Ya sabe cómo son los niños.

—No es cuestión de favor sino de derecho —replicó, y mientras yo me preguntaba qué querría decir, una mujer desgreñada apareció corriendo en el recodo de la carretera, revueltos los cabellos, rojo el semblante, casi agonizando por la carrera. Era mi gorda amiga maleducada de la confitería. La ciega prestó oídos y avanzó un paso—. ¿Quién es? ¿La señora Madehurst? —preguntó.

La mujer se llevó con violencia el delantal a la cara y literalmente se arrastró por el polvo, lloriqueando que su nieto estaba enfermo de muerte, que el médico de la localidad estaba de pesca, que Jenny, la madre, estaba fuera de sí, y así sucesivamente, con reiteraciones y clamores.

—¿Dónde se puede encontrar a otro médico por aquí cerca? —pregunté entre dos paroxismos.

—Madden se lo indicará. Vaya a la casa y lléveselo con usted. Yo me ocuparé de esto. ¡Dése prisa! —La ciega sostuvo a medias a la gorda y se la llevó a la sombra. Dos minutos después hacía sonar yo todas las trompetas de Jericó ante la fachada de la Casa Hermosa, y Madden, desde la despensa, acudió a la crisis como un mayordomo y como un hombre.

Un cuarto de hora a velocidad ilegal nos proporcionó un

médico después de ocho kilómetros. Otro cuarto de hora después lo depositábamos, interesadísimo en los automóviles, ante la puerta de la confitería, y nos quedamos en la carretera a aguardar el veredicto.

—Cosas útiles los autos —dijo Madden, todo hombre y nada mayordomo—. Si hubiera tenido uno cuando la mía enfermó, no habría muerto.

—¿Qué ocurrió? —pregunté.

—Garrotillo. La señora Madden no estaba. Nadie sabía qué hacer. Recorrí doce kilómetros en un carro de carga en busca del médico. Se había asfixiado cuando volvimos. Este auto la habría salvado. Ahora tendría casi diez años.

—Lo lamento —dije—. Sabía cuánto le gustaban los niños por lo que me dijo camino del cruce el otro día.

—¿Ha vuelto a verlos, señor... esta mañana?

—Sí, pero ven un auto y echan a correr. No logré que uno solo se acercara a menos de veinte metros de él.

Me miró con atención de la misma manera que un explorador examina a un desconocido... no como un sirviente debería alzar la vista ante el superior adjudicado a él por la divinidad.

—Me pregunto por qué —dijo mientras respiraba hondo.

Seguimos esperando. Una ligera brisa marina erraba de un lado a otro de la larga sucesión de bosques, y la hierba de la orilla de la carretera, ya blanqueada de polvo estival, se erguía y curvaba en oleadas cetrinas.

Una mujer, sacudiéndose el jabón de los brazos, salió de la casa contigua a la confitería.

—He estado escuchando desde el patio de atrás —dijo con animación—. Dice que Arthur está terriblemente mal. ¿Lo han oído gritar hace un momento? Terriblemente mal. Sospecho que la semana que viene le llegará a Jenny el turno de pasear por el bosque, señor Madden.

—Disculpe, señor, pero se le escurre la manta del regazo —dijo deferente Madden. La mujer se sobresaltó, hizo una reverencia y

se marchó corriendo.

—¿Qué quiere decir con eso de “pasear por el bosque”? —pregunté.

—Debe de ser un modismo de estos andurriales. Yo soy de Norfolk —dijo Madden—. En este condado son gente muy independiente. Lo ha tomado por un chófer, señor.

Vi que el médico salía de la casa seguido por una muchacha desaliñada que se colgaba de su brazo como si él pudiera interceder en un pacto con la Muerte.

—Estos niños —plañía— son para nosotras, que los tenemos igual que si fueran hijos legítimos. ¡Igual, igual! Y Dios se alegraría tanto si salvara a uno de ellos, doctor. No me lo quite. La señorita Florence le dirá lo mismo. ¡No lo abandone, doctor!

—Ya sé, ya sé —dijo el hombre—, pero ahora va a quedarse tranquilo un rato. Traeremos a la enfermera y los medicamentos cuanto antes. —Me hizo una seña para que me acercara con el auto, y yo me esforcé en desentenderme de lo que iba a seguir; pero vi el rostro de la muchacha, cuarteado y helado por el dolor, y noté su mano sin anillo tratando de aferrarse a mis rodillas justo cuando arrancábamos.

El médico era hombre de cierto carácter, pues recuerdo que requirió mi auto amparándose en el juramento de Esculapio, y se valió de él y de mí sin misericordia. En primer lugar trasladamos a la señora Madehurst y a la ciega a casa del enfermo para que lo velaran hasta que llegase la enfermera. A continuación invadimos una bonita población en busca de medicamentos (el médico dijo que se trataba de meningitis cerebroespinal), y cuando el Hospital del Condado, rodeado y flanqueado por reses de mercado asustadas, se declaró carente de enfermeras por el momento, literalmente nos lanzamos sobre todo el condado. Conferenciamos con propietarios de grandes mansiones, magnates al final de arboledas abovedadas cuyas huesudas hembras abandonaban sus mesas de té para escuchar al imperioso doctor. Finalmente, una dama de cabellera blanca sentada bajo un cedro del Líbano y

rodeada por una corte magnificante de galgos rusos —todos ellos hostiles a los automóviles— le dio al médico, que las recibió como de manos de una princesa, órdenes escritas que portamos a velocidad máxima durante muchos kilómetros, a través de una hacienda, hasta un convento de monjas francesas, donde recibimos a cambio una hermana pálida y temblorosa. Se arrodilló al fondo del asiento trasero y, empezó a pasar las cuentas de su rosario sin pausa hasta que, utilizando atajos de la invención personal del médico, llegamos a la confitería una vez más. Fue una tarde prolongada repleta de episodios demenciales que se levantaban y disolvían como el polvo de nuestras ruedas; fragmentos de vidas remotas e incomprensibles por las cuales acelerábamos girando en ángulo recto; y volví a casa ya de anochecida, extenuado, y soñé con un fragor de reses cornudas; con monjas de ojos redondos paseando por un jardín de tumbas; con tés deliciosos a la sombra de los árboles; con los corredores pintados de gris, que olían a ácido fénico, del Hospital del Condado; con pasos de niños tímidos en el bosque, y con manos que se aferraban a mis rodillas al arrancar el automóvil.

\* \* \*

Tenía intención de volver al cabo de uno o dos días, pero al Destino le complugo mantenerme alejado de esa parte del condado, con muchos pretextos, hasta que el saúco y el rosal silvestre dieron su fruto. Llegó al fin un día resplandeciente, despejado por el viento del sudoeste, que me puso las colinas al alcance de la mano: un día de corrientes inestables y altas nubes tenues. Sin mérito alguno por mi parte estaba libre, y por tercera vez conduje el auto por la carretera que ya conocía. Al llegar a las cimas de los promontorios del sur sentí que la suave brisa cambiaba, la vi ponerse vidriosa bajo el sol; y mirando abajo hacia el mar contemplé en aquel instante el azul del canal tornándose de plata bruñida, luego de acero mate y finalmente de peltre deslucido. Un

carguero de carbón que bordeaba la costa ponía rumbo a aguas más profundas, y a través de una calina cobriza vi desplegar una vela tras otra en la anclada flota pesquera. En un valle boscoso y profundo a mis espaldas tamborileaba un remolino súbito de viento al abrigo de los robles y levantaba los primeros ejemplares de hojarasca otoñal. Cuando llegué a la carretera de la playa, la niebla marina se extendía sobre el empedrado y la marea contaba a todos los rompeolas el ventarrón que venía de más allá de Ushant. En menos de una hora la Inglaterra estival se desvaneció en un escalofrío gris. Éramos otra vez la isla cerrada del norte, con todos los barcos del mundo vociferando ante nuestras peligrosas puertas; y entre su vocerío sonaban los chillidos de las gaviotas asombradas. Mi gorra rezumaba humedad, los pliegues de la manta la acumulaban en charquitos o la vertían en hilillos, y la escarcha salada se me adhería a los labios.

Tierra adentro, el aroma del otoño impregnaba la niebla espesa entre los árboles, y la llovizna se transformó en un chaparrón continuo. No obstante, las flores tardías –la malva de la orilla del camino, la escabiosa del campo y la dalia del jardín– manifestaban un poco de alegría entre la bruma, y, en todo cuanto quedaba lejos del soplo del mar, pocos signos de falta de lozanía se observaban entre las hojas. En las aldeas, de todos modos, las casas estaban abiertas de par en par, y niños de piernas desnudas y cabeza descubierta se sentaban a sus anchas en los húmedos escalones de los portales para gritar “pip-pip” al forastero.

Me armé de valor para llamar a la puerta de la confitería, donde la señora Madehurst me recibió con las lágrimas hospitalarias de una mujer gorda. El hijo de Jenny, dijo, había muerto dos días después de la llegada de la monja. Mejor así, creía ella, mejor sin él, a pesar de que las compañías de seguros, por motivos que ella no pretendía comprender, rehusaban asegurar vidas tan extraviadas. Gracias a la señorita Florence, el niño había tenido un entierro con una pompa que, en opinión de la señora Made-

hurst, tapaba con creces la pequeña irregularidad de su nacimiento. Describió el ataúd, por dentro y por fuera, el coche fúnebre de cristales y el ornato de siemprevivas de la tumba.

–Pero ¿cómo está la madre? –pregunté.

–¿Jenny? Oh, lo superará. Yo tuve que pasar lo mismo con uno o dos de los míos. Lo superará. Ahora pasea por el bosque.

–¿Con este tiempo?

La señora Madehurst me miró desde detrás del mostrador entrecerrando los ojos.

–No lo sé, pero es algo que abre el corazón, ¿sabe usted? Sí, abre el corazón. Allí es donde perder y concebir se vuelven a la larga la misma cosa, decimos nosotros.

Ahora bien, la sabiduría de las viejas matronas es mayor que la de todos los Padres, y este último oráculo me dejó tan profundamente reflexivo mientras enfilaba la carretera que a punto estuve de atropellar a una mujer y a un niño en la boscosa revuelta próxima a la verja de entrada de la Casa Hermosa.

–¡Qué mal tiempo! –exclamé, disminuyendo la marcha para coger la curva.

–No es tan malo –replicó con placidez la mujer saliendo de la niebla–. El mío está acostumbrado. Los de usted estarán dentro, supongo.

Dentro, Madden me recibió con cortesía profesional y un amable interés por la salud del automóvil, el cual llevó a cubierto.

Aguardé en un salón silencioso de color nuez, adornado con bonitas flores tardías y caldeado por un fuego de leños delicioso: un sitio de buenos auspicios y gran paz. (Los hombres y las mujeres pueden a veces, tras grandes esfuerzos, hacer creíble una mentira; pero una casa, que es su templo, no puede decir nada que no sea la verdad sobre quienes han vivido en ella.) Un carrito de juguete y una muñeca descansaban en el suelo blanco y negro, donde había una alfombra arrugada. Comprendí que los niños acababan de huir –casi seguramente para esconderse– por los múltiples recodos de la gran escalera de madera labrada que as-



cedía sin claudicaciones desde la sala, o para espiarme agazapados tras los leones y rosas esculpidos de la galería de la planta alta. Oí entonces la voz de ella desde arriba cantando como cantan los ciegos, con el alma:

*En los hermosos huertos cercados.*

Y todo mi primer verano acudió de nuevo bajo esa invocación.

*En los hermosos huertos cercados  
pedimos a Dios que bendiga nuestras ganancias.  
Pero que Dios bendiga nuestras pérdidas  
es más propio de nuestra condición.*

Prescindió del ripioso verso quinto y repitió:

*¡Es más propio de nuestra condición!*

La vi apoyada en la galería, con sus enclavijadas manos blancas como una perla contra el roble.

—¿Es usted... el del otro extremo del condado? —llamó.

—Sí, yo, el del otro extremo del condado —respondí riendo.

—Cuánto tiempo se ha tomado para volver. —Bajó deprisa la escalera, tocando apenas con una mano el ancho pasamanos—. Hace dos meses y cuatro días. ¡Ha pasado el verano!

—Quise venir antes, pero el Destino lo impidió.

—Lo sabía. Por favor, haga algo con ese fuego. No me dejan tocarlo, pero sé que se está portando mal. ¡Atícelo!

Miré a ambos lados de la profunda chimenea y sólo encontré una estaca de seto medio chamuscada con la cual empujé un leño negro hasta las llamas.

—Nunca lo apagamos, ni de noche ni de día —dijo a modo de

explicación—. Por si llega alguien con los pies helados, ya sabe.

—Es aún más bonita por dentro que por fuera —murmuré. La luz roja se derramó en todos los paneles de madera oscura pulidos por el tiempo, hasta que las rosas Tudor y los leones de la galería cobraron color y movimiento. Un antiguo espejo convexo rematado por un águila conjugaba los elementos del cuadro en su corazón misterioso, deformando todavía más las ya deformadas sombras y curvando las líneas de la galería en las curvas propias de un barco. El día se cerraba en un medio vendaval en tanto que la niebla se deshacía en flecos. A través de los parteluces sin cortinas del amplio ventanal veía yo los valientes jinetes de la pradera retrocediendo y avanzando ante el viento que los escarnecía con legiones de hojas muertas.

—Sí, debe de ser bonita —dijo—. ¿Le gustaría recorrer la casa? Todavía hay luz suficiente.

La seguí por la impávida escalera, ancha como un vagón, a la galería, donde abrió las puertas isabelinas de estrías finas.

—Vea a qué baja altura están los picaportes, por mor de los niños. —Abrió una puerta liviana hacia el interior de una habitación.

—A propósito, ¿dónde están? —pregunté—. Hoy ni siquiera los he oído.

No respondió enseguida. Luego repuso con suavidad:

—Yo sólo puedo oírlos. Ésta es una de sus habitaciones; todo está dispuesto, vea.

Indicaba una habitación toda revestida de gruesos paneles de madera. Había mesitas plegables bajas y sillas de niño. Delante de una casa de muñecas, con la fachada medio despegada, había un gran caballo de balancín, moteado, desde cuya silla almohadillada cualquier niño podría cubrir de un salto el espacio hasta el asiento amplio de la ventana que miraba a la pradera. Una escopeta de juguete yacía en un rincón al lado de un cañón de madera dorada.

—Seguramente se acaban de ir —susurré. En la luz menguante

crujió una puerta con cautela. Oí el frufrú de un vestido y el golpeteo de unos pies... unos pies veloces que cruzaban otra habitación.

–Lo he oído –exclamó triunfante–. ¿Y usted? Niños, eh, niños, ¿dónde estáis?

La voz resonó en las paredes, que la sostuvieron amorosamente hasta la última nota perfecta, pero no se oyó ningún grito de respuesta como el que yo había oído en el jardín. Corrimos de una habitación a otra por pisos pavimentados de roble; un peldaño arriba aquí, tres peldaños abajo allá, entre un laberinto de pasillos, burlados siempre por nuestra presa. Era como si hubiéramos tratado de invadir una madriguera abierta de conejos con un solo hurón. Había bocas innumerables, huecos en las paredes, alféizares de ventanas hundidas en lo más hondo, desde donde podían ponerse en pie de un salto a nuestras espaldas; y chimeneas que no se usaban, cavadas dos metros dentro de la mampostería, así como una maraña de puertas de comunicación. Sobre todo, ellos tenían el crepúsculo como aliado suyo en nuestro juego. Habían llegado a mis oídos una o dos jocosas risitas evasivas, y una o dos veces había visto la silueta de un vestido infantil recortada contra una de las ventanas en penumbra en el extremo de un pasillo; pero regresamos a la galería con las manos vacías, justo cuando una mujer de edad madura colocaba una lámpara en su hornacina.

–No, yo tampoco la he visto esta tarde, señorita Florence –la oí decir–, pero ese tal Turpin dice que desea verla por lo de su establo.

–Oh, seguro que el señor Turpin está apuradísimo por verme. Dígame que pase al salón, señora Madden.

Miré abajo hacia el salón, cuya única iluminación era el fuego mortecino, y en lo profundo de la sombra los vi por fin. Debían de haber bajado sin hacer ruido mientras nosotros recorríamos los pasillos, y ahora se creían perfectamente ocultos detrás de un biombo antiguo de cuero dorado. Con arreglo a la ley de los ni-

ños, mi persecución infructuosa valía como una presentación en regla, pero en vista de las molestias que me había tomado resolví obligarlos a salir recurriendo al sencillo truco, que los niños detestan, de fingir no hacerles caso. Estaban cerca, en un corrillo: nada más que sombras excepto cuando una breve llamarada delataba uno de sus perfiles.

–Y ahora tomaremos un poco de té –dijo–. Me parece que debí ofrecérselo antes, pero una nunca llega a saber lo que son los modales, en cierta medida, cuando vive sola y es considerada... mmm... peculiar. –Y con sorna evidente añadió–: ¿Quiere una lámpara para ver lo que come?

–El fuego de la chimenea es más agradable, me parece. –Descendimos a aquella penumbra deliciosa y Madden sirvió el té.

Tomé asiento de espaldas al biombo a fin de poder pillar, o ser pillado, según se desarrollara el juego, por sorpresa a los niños, y con el permiso de mi anfitriona, pues el fuego del hogar siempre es sagrado, me agaché para remover las brasas.

–¿De dónde saca estos leños cortos tan preciosos? –pregunté ociosamente–. ¡Pero si son tarjas!

–Pues claro –dijo–. Como no puedo leer ni escribir he tenido que volver a las antiguas tarjas inglesas para mis cuentas. Déme una y le diré lo que pone.

Le alcancé una tarja de avellano que aún no había ido a parar al fuego, casi de treinta centímetros de largo, y ella deslizó el pulgar por las muescas.

–Ésta es la partida de leche para la granja correspondiente al mes de abril del año pasado, en galones –dijo–. No sé lo que habría sido de mí sin las tarjas. Uno de mis antiguos guardabosques me enseñó el sistema. Ahora resulta anticuado para todo el mundo; pero mis arrendatarios lo respetan. Acaba de llegar para verme uno de ellos. Oh, no se preocupe. Él nada tiene que hacer aquí fuera de las horas de despacho. Es un hombre codicioso e ignorante... muy codicioso, o de lo contrario... no vendría aquí después del anochecer.

–¿Posee usted muchas tierras, pues?

–Sólo unas ochenta hectáreas dependen personalmente de mí, a Dios gracias. Las otras doscientas cuarenta están casi todas arrendadas a familias que conocieron a mi familia antes que a mí, pero este Turpin es completamente nuevo..., y un salteador de caminos.

–Pero ¿está usted segura de que no seré...?

–Ciertamente no. Usted está en su derecho. Él no tiene niños.

–¡Ah, los niños! –dije, y deslicé hacia atrás mi silla baja hasta casi tocar el biombo que los ocultaba–. Me pregunto si saldrán a conocerme.

Hubo un murmullo de voces –la de Madden y otra más grave– en la baja y oscura puerta lateral, y un gigantón pelirrojo con polainas de lona, ejemplar inequívoco de granjero arrendatario, entró dando un traspie, o bien de un empujón.

–Acérquese al fuego, señor Turpin –dijo ella.

–Si... si no le importa, señorita, prefiero... prefiero quedarme junto a la puerta. –Se aferró al picaporte mientras hablaba, como un niño aterrado. De improviso me di cuenta de que era presa de un pánico casi indomitable.

–Y bien?

–El establo nuevo para las reses jóvenes: sólo quería hablarle de eso. Estas primeras tormentas de otoño no cesan... pero ya volveré otro día, señorita. –Sus dientes no castañeteaban mucho más que el picaporte.

–Me parece mejor que no –repuso ella llanamente–. El establo nuevo... mmm... ¿Qué le escribió mi apoderado el día quince?

–Yo... pensé que tal vez si venía a verla..., de hom... de hombre a hombre, señorita..., pero...

Sus ojos recorrían todos los rincones de la sala, desorbitados de espanto. Entreabrió la puerta por donde había entrado, pero luego la vi cerrada otra vez: desde afuera y con firmeza.

–Mi apoderado le escribió lo que yo le dije que escribiera –prosiguió–. Ya tiene usted reses en exceso. Dunnett's Farm nunca mantuvo más de cincuenta terneros, ni siquiera en tiempos del

señor Wright. Y él estercolaba. Usted tiene sesenta y siete y no estercola. Ha incumplido el contrato a ese respecto. Le está chupando la sangre a la granja.

–Yo... yo voy a traer fertilizantes..., superfosfatos... la semana próxima. Ya he pedido que me manden un carro lleno. Mañana iré a la estación de carga para arreglar eso. Puedo venir después a verla de hombre a hombre, señorita, a la luz del día... Este caballero no se marcha, ¿verdad? –Casi lo gritó.

Yo me había limitado a deslizar la silla un poco más atrás, hasta tocar ligeramente el cuero del biombo, pero él saltó como una rata.

–No. Por favor, présteme atención, señor Turpin. –Ella se volvió hacia él en su asiento y se enfrentó mientras él seguía con la espalda contra la puerta. Fue una estratagema vieja y sórdida lo que ella lo obligó a confesar: la construcción de un establo nuevo a expensas de la arrendadora, con lo cual él podría pagar de sobra la renta del año siguiente con el importe del estiércol protegido, como ella dejó claro, después de haber exprimido hasta la médula los pastizales fertilizados. No pude sino admirar la intensidad de su codicia al verlo arrostrar en pro de sus beneficios el pánico que corría goteando por su frente.

Dejé de tocar el cuero –de hecho estaba calculando el coste del establo– y entonces noté las manos suaves de un niño que asían y daban con suavidad la vuelta a mi mano relajada. Así que por fin había triunfado. Dentro de un instante me daría la vuelta y conocería a aquellos vagabundos escurridizos...

Un beso breve acarició el centro de la palma de mi mano: como un regalo que esperase, por una vez, que los dedos se cerraran sobre él: como la señal, toda fe, mitad reproche, de un niño que espera y que no está acostumbrado a la desatención incluso cuando los mayores están más ocupados... un fragmento de un código tácito de tan antigua invención.

Entonces supe. Y fue como si hubiera sabido desde el primer

día cuando desde la pradera miré a la ventana de la planta alta.

Oí que se cerraba la puerta. La mujer se volvió hacia mí en silencio y comprendí que ella sabía.

Cuánto tiempo pasó después de esto, no lo sabría decir. Me despabiló un leño que caía, y maquinalmente me levanté para volver a colocarlo en su sitio. Volví luego a mi asiento cerquisima del biombo.

—Ahora entiende —susurró ella desde las tupidas sombras.

—Sí, entiendo... ahora. Gracias.

—Yo... yo sólo los oigo. —Bajó la cabeza y la escondió entre las manos—. No tengo ningún derecho, ¿sabe?... ningún otro derecho. Ni los he concebido ni los he perdido... ¡ni concebido ni perdido!

—Alégrese mucho, pues —dije, pues se me había desgarrado el alma.

—¡Perdóneme!

Guardó silencio, y yo volví a mi pena y mi gozo.

—Fue porque yo los quería tanto —dijo por fin con voz entrecortada—. Fue *por eso*, incluso desde el momento en que empezó... antes incluso de que supiera que ellos... que ellos eran todo cuanto tendría alguna vez. ¡Y los quería tanto!

Extendió los brazos hacia la sombra y hacia las sombras dentro de la sombra.

—Vinieron porque los quería, porque los necesitaba. Yo... yo debo de haber sido quien los hizo venir. ¿Hice mal, cree usted?

—No, no.

—Le... le aseguro que los juguetes y... y todo ese tipo de cosas eran una tontería, pero... pero yo misma odiaba tanto las habitaciones vacías cuando era niña. —Señaló la galería—. Y los pasillos todos vacíos... Y ¿cómo habría podido tolerar que la puerta del jardín permaneciera cerrada? Suponga que...

—¡No! ¡Por piedad, no! —grité. El crepúsculo había traído una lluvia fría con ráfagas ventosas que tiraban de las ventanas empalmadas.

—Y lo mismo con lo de tener el fuego encendido toda la

noche. A mí no me parece tan demencial, ¿y a usted?

Contemplé la gran chimenea de ladrillo, vi, creo que a través de lágrimas, que no había ningún guardafuego de hierro en la boca ni cerca de ella, y agaché la cabeza.

—Hice todo eso y otras muchas cosas... sólo por fingir. Entonces vinieron ellos. Los oía, pero no supe que no eran míos por derecho hasta que la señora Madden me dijo...

—¿La esposa del mayordomo? ¿El qué?

—A una de ellos..., yo la oí... ella la vio..., y supimos. ¡Suya! *No* para mí. Yo lo ignoraba al principio. Tal vez estuviera envidiosa. Después empecé a comprender que sólo era porque los quería, no porque... Oh, *hay* que concebir o perder —dijo lastimera—. No hay otra forma... y, sin embargo, ellos me quieren. ¡Deben quererme! ¿No?

No sonaba en la sala otro ruido que las voces chisporroteantes del fuego, pero los dos oímos abstraídos, y al menos para ella fue consolador lo que oyó. Se rehízo y se incorporó a medias. Yo permanecí sentado inmóvil en la silla al lado del biombo.

—No me considere una desgraciada por lamentarme de mí misma de este modo, pero... pero yo vivo sólo en la oscuridad, ya lo sabe, y *usted* puede ver.

En verdad podía ver, y mi visión me fortaleció en mi resolución, aunque era una verdadera dicotomía de espíritu y carne. Sin embargo, quise quedarme un poco más porque era la última vez.

—¿Cree usted que está mal, pues? —preguntó con intensidad, aunque yo no había dicho nada.

—En su caso no. Mil veces no. En su caso está bien... No hay palabras para expresarle mi gratitud. En mi caso estaría mal. Únicamente en mi caso...

—¿Por qué? —dijo, pero se pasó la mano por la cara igual que en nuestro segundo encuentro en el bosque—. Ah, ya veo —continuó sin más, como un niño—. En su caso estaría mal. —Y con una

risita contenida añadió—: Y ¿se acuerda?, yo lo llamé hombre afortunado... una vez... al principio. ¡A usted, que no debe volver aquí jamás!

Permitió que siguiese sentado junto al biombo un rato más, y oí morir el sonido de sus pasos en la galería de la planta alta.

*Traducción del inglés de Fernando Jadraque*

## LOS IDIOTAS

JOSEPH CONRAD

Recorriamos el camino de Tréguier a Kervanda. A trote ligero avanzamos entre los setos que coronaban los taludes a ambos lados; luego, al pie de la pronunciada cuesta que antes de Ploumar hay, el caballo aminoró la carrera y el cochero saltó pesadamente del pescante. Chasqueó el látigo y ascendió la cuesta marchando torpón colina arriba a la vera del carruaje, en el estribo una mano, fija la vista en el suelo. Enseguida alzó la cabeza, con el extremo del látigo señaló la cima de aquel trecho y dijo:

—¡Ahí está el idiota!

Caía el sol a plomo sobre la superficie ondulada de la tierra. Grupitos de árboles escuálidos remataban las eminencias, recorriéndose las ramas contra el cielo como si alzadas estuvieran sobre zancos. Los campos de labor, cercados por setos y tapias que sobre las lomas zigzagueaban, se aparecían como retazos rectangulares de vívidos verdes y amarillos, semejantes a los brochazos desmañados de un cuadro *naïf*. Y dividía en dos el paisaje la franja blanca del camino que hacia lo lejos se extendía en largas sinuosidades, como río de polvo que entre las laderas culebreara en su recorrido hacia el mar.

—Ahí está el idiota —dijo el cochero nuevamente.

Entre la vegetación abundante que flanqueaba la carretera asomó un rostro al nivel de las ruedas mientras pasábamos despacio con el carruaje. Rojo estaba el rostro imbécil, y la cabeza apelinada de cabellos cortados al rape daba la falsa impresión de

estar degollada, sumido el mentón en el polvo. Se perdía el cuerpo entre los arbustos que en la honda cuneta crecían espesos.

Un rostro masculino era. Dieciséis años podía tener, a juzgar por su tamaño; acaso menos, acaso más. A tales criaturas las olvida el tiempo, y viven respetadas del desgaste de los años hasta que las acoge la muerte en su seno compasivo: la muerte fiel que ni al más insignificante de sus hijos olvida pese a la urgencia de su obra.

—¡Ah!, ahí está otro idiota —dijo el hombre, con cierto tono de satisfacción, como si avistara algo esperado.

Ahí estaba otro idiota. Hallábase en medio del camino bajo el ardor del sol y al inicio de su propia sombra achatada. Y tenía cada mano metida en la manga opuesta de su larga chaqueta y la cabeza hundida entre los hombros, todo encogido bajo el diluvio de fuego. Desde lejos presentaba todas las trazas de alguien que padeciera un frío intenso.

—Gemelos son— explicó el cochero.

Dos pasos se desplazó el idiota para apartarse de nuestra trayectoria y nos miró insolentemente mientras pasábamos rozándolo. Vacía y fija fue su mirada, una mirada absorta; mas no nos siguió con los ojos. Probablemente la visión pasó ante él sin dejar huella alguna en su cerebro informe. Alcanzado que hubimos la cima de la pendiente, volví la cabeza para lanzar una mirada a aquella criatura. Seguía en el camino justamente donde la habíamos rebasado.

Se encaramó el cochero a su asiento, chascó la lengua y continuamos colina abajo. Con cierto menudeo chirriaba el freno de manera horrisona. Al pie de la colina se apaciguó el ruidoso mecanismo y el cochero dijo, volviéndose a medias en el pescante:

—Enseguida veremos algunos más.

—¿Más idiotas? ¿Cuántos hay, pues? —pregunté.

—Cuatro son, hijos de un granjero de las inmediaciones de Ploumar... Ya no viven los padres —agregó tras una pausa—. La granja la administra la abuela. Durante el día las criaturas corre-

tean por este camino y a la caída del sol vuelven a casa con el ganado... La granja es de las mejores.

Vimos a los otros dos, niño y niña, tal como anunciara el cochero. Vestían de manera similar, con ropas desgarradas y falda semejante a refajo. El ser imperfecto que llevaban dentro los movió a aullarnos desde el terraplén donde estaban tendidos entre recios tallos de aulagas. Destacaban sus cabezas tostadas peladas al rape entre la reluciente hilera amarilla de capullos innúmeros. Roja tenían la cara por el esfuerzo de gritar; sonaban las voces cascadas y huecas cual imitación maquinal de la voz de los ancianos: y cesaron de improviso al doblar nosotros mi recodo.

Muchas veces iba yo a verlos en mis paseos por la región. En aquel camino vivían su vida, dejándose caer aquí y acullá, obedeciendo a los impulsos inexplicables de su oscuridad monstruosa. Constituían una ofensa al sol, un reproche al cielo vacío, una aberración sobre el vigor concentrado y nítido del paisaje agreste. A su debido tiempo fue cobrando forma ante mí la historia de sus progenitores merced a las negligentes respuestas, a las palabras indolentes escuchadas en hosterías a la vera de los caminos o en el camino mismo que frecuentaban aquellos idiotas. Parte de ella me la refirió un viejo demacrado y escéptico, armado de formidable látigo, mientras junto a una carreta cargada de algas chorreantes medíamos con nuestros pasos la playa. Más tarde y en ocasiones diversas confirmaron y completaron el relato otras personas, hasta que se me perfiló cabalmente: una historia terrible a la par que sencilla, como lo son siempre las revelaciones de oscuras tragedias sufridas por almas simples.

Al volver Jean-Pierre Bacadou del servicio militar había hallado avejentadísimos a sus padres. Observó con pesadumbre que no se realizaban de manera satisfactoria las faenas de la granja. Carecía el padre de la energía de días antiguos. Se aprovechaban los peones de la escasa vigilancia del amo. Advirtió apenado Jean-Pierre que el montón de abono en el patio ante la única entrada a

la casa no era tan grande como debía. Precisaban reparaciones las vallas y el ganado padecía por falta de cuidados. Dentro de la casa vivía su madre prácticamente postrada en cama, y en la enorme cocina charlotteaban ruidosamente las criadas, sin nadie que las regañase, desde que se levantaba el sol hasta el ocaso. Se dijo: “Fuerza es modificar todo esto”. Cierta atardecer debatió el asunto con su padre mientras los rayos del sol poniente que cruzaban el patio listaban de franjas luminosas las densas sombras de los cobertizos. Sobre el montón de abono flotaba un humillo opalino y oloroso, y alguna vez las correteantes gallinas paraban en sus picoteos para examinar, con mirada repentina de sus ojillos redondos, a los dos hombres talludos y enjutos que con acentos ásperos hablaban. El anciano, todo encogido por el reumatismo y abrumado por años de labor, y el joven, enhiesto y afilado, discutían graves y lentos, sin gesticulación al modo impávido de los campesinos. Pero antes de la caída de la noche habíase ya rendido el padre a los juiciosos alegatos filiales.

—No es por mí por quien discuto —insistió Jean-Pierre—. Es por la tierra. Duele verla tan mal explotada. No es por mí por quien me impaciento.

El anciano convino apoyado en su bastón.

—Sea, sea —musitó—. Tus razones tendrás. Obra a tu antojo. Complacida quedará tu madre.

Complacida quedó la madre con su nuera. Jean-Pierre introdujo con ímpetu el cochecillo en el patio. Trotaba al desgaire el caballo gris, y novia y novio, sentados uno a la vera del otro, se bamboleaban debido al sube y baja de las varas, de manera regular y brusca. Por el camino acudían, en parejas y grupos dispersos, los lentos convidados a la boda. Meciendo los desocupados brazos caminaban los hombres con paso jactancioso. Trajeados iban con ropas ciudadanas: chaquetas cortadas con desmañada elegancia, recios sombreros negros, enormes botas lustrosísimas. A su vera caminaban modestas sus esposas, todas de negro sencillo, con bonetes blancos y chales de apagados tonos plegados triangu-

larmente a la espalda. Por delante entonaba el violín un son estridente, y voceaba y canturreaba la gaita, mientras un amenizador ejecutaba cabriolas con gran solemnidad, levantando en alto sus zuecos. Aparecía y desaparecía la oscura procesión en los senderos estrechos, a sol y sombra, entre campos y setos, asustando a los pajaritos, que en desbandada a diestra y siniestra huían. Ya en el patio de la granja Bacadou, la negra cinta se recogió en una masa de hombres y mujeres que a las puertas se apiñaban con gritos y saludos. Durante meses y más meses habría de guardarse memoria del banquete nupcial. Fue un festejo espléndido celebrado en el huerto. Granjeros de considerable fortuna y reputación intachable se echaron a dormir en la cuneta, a todo lo largo del camino a Tréguier, incluso hasta el mediodía siguiente. Celebró toda la comarca la dicha de Jean-Pierre. Se mantuvo él sobrio, y permaneció en un discreto segundo término junto con su sumisa esposa, dejando que fueran su padre y su madre quienes cosecharan los debidos honores y gracias. Mas al día siguiente tomó férrea posesión de la granja, y sintieron los ancianos que una sombra —precursora de la tumba— caía sobre ellos definitivamente. De los jóvenes es el mundo.

Sitio sobrado había en la casa cuando nacieron los gemelos, pues ya la madre de Jean-Pierre había ido a morar bajo una pesada losa en el camposanto de Ploumar. La mañana de aquel día, por vez primera desde el casamiento de su hijo, el anciano Bacadou, olvidado del grupo cacareante de extrañas mujeres que en la cocina se aglomeraban, abandonó su sillón junto a la chimenea y en el establo vacío se metió, sacudiendo acongojado sus canosos cabellos. Bien estaba eso de tener nietos, pero él quería su sopa al mediodía. Cuando le mostraron los bebés los miró largamente y murmuró algo así como: “Es excesivo”. Imposible poner en claro si quería significar excesivo regocijo o si simplemente calificaba así el incremento de su árbol genealógico. Exhibía un gesto ultrajado... en la medida en que podía hacer tal cosa su gastado rostro impávido; y durante mucho tiempo después fue visto, a casi cual-

quier hora diurna, sentado a la puerta, apoyada en las rodillas la nariz, entre las encías una pipa, recogido en una especie de furiosa hosquedad reconcentrada. Cierta vez le habló a su hijo aludiendo gruñón a los recién nacidos:

–Se pondrán a la greña por la herencia.

–Pierda usted cuidado, padre –repuso con aire estólido Jean-Pierre, e, inclinado hacia delante, siguió tirando de una vaca terca.

Era feliz, y asimismo lo era Suzanne, su esposa. No se trataba de una alegría etérea por haber aportado almas nuevas a la vida, acaso a la eternidad. Al cabo de unos catorce años serían de gran ayuda ambos chicos; y gustaba Jean-Pierre de figurarse a sus dos hijos, ya adultos, recorriendo la hacienda de parcela en parcela, recabando tributo de la tierra amada y fructífera. Suzanne era feliz asimismo porque no quería que la motejasen de infortunada, y ahora que era madre no podrían ya calificarla así. Algo de mundo habían visto tanto ella como su marido: él durante sus años de prestación del servicio militar, ella cuando pasó cosa de un año en París con una familia bretona; pero se había sentido en exceso nostálgica para permanecer muchísimo tiempo lejos de aquella verde y accidentada comarca ceñida por una árida circunferencia de peñascos y playas, donde ella naciera. Pensaba que acaso podría uno de sus hijos ordenarse sacerdote, pero de esto nada decía al marido, de ideas republicanas y que odiaba a “esos buitres”, como denominaba a los ministros de la religión. Espléndida ceremonia fue el bautizo. A él concurrió el distrito entero, pues muy adinerados e influyentes eran los Bacadou y, en determinadas ocasiones, no miraban en gastos. Estrenó el abuelo un traje nuevo.

Meses después, cierta noche, ya barrida la cocina y echado el cierre de la puerta, Jean-Pierre, indicando las cunas, le preguntó a su esposa:

–¿Qué les sucede a estos críos? –Y como si tales palabras, pronunciadas con calma, hubieran sido de mal agüero, ella respondió

con un sonoro gemido que debió de oírse a través del patio hasta la pocilga; pues los puercos (los Bacadou tenían los mejores de la región) se agitaron y gruñeron quejumbrosos en la noche. Pan con manteca siguió masticando despacio el marido, mirando a la pared, mientras bajo su mentón humeaba el plato de sopa. Había vuelto tarde del mercado, donde había entreoído (no por vez primera) murmuraciones a sus espaldas. Durante el retorno a casa había venido dándole vueltas interiormente a aquellas palabras. Ésa era su respuesta. Sintió como un golpe en el pecho, pero limitóse a decir:

–Anda, tráeme un poco de sidra. ¡Sediento estoy!

–Salió ella doliéndose, en la mano un jarro vacío. Entonces se puso él en pie, cogió la palmatoria, y a las cunas despacio se aproximó. Dormían. Los miró de soslayo, cesó de masticar al punto, volvió sobre sus pasos con pesadez y ante su plato tomó asiento de nuevo. Cuando tornó su esposa, él ni siquiera alzó la mirada, sino que ingirió un par de cucharadas ruidosamente y comentó luego con aire estólido:

–Cuando duermen son como los hijos de cualquier vecino.

–En un taburete contiguo se dejó caer ella con brusquedad e, incapaz de hablar, se estremeció en muda tempestad de sollozos. Concluyó él su cena y se quedó lánguidamente echado hacia atrás en su asiento, perdida la mirada en los negros travesaños del techo. Roja y erecta llameaba ante él la vela de sebo despidiendo un hilillo de humo. Posábase la luz en la piel tostada, curtida, de su garganta; sus hundidas mejillas semejaban retazos de oscuridad, y era su pinta de abstracción lúgubre, como si rumiara con gran trabajo un sinfín de ideas. Entonces dijo solemne:

–Debemos ver a alguien, consultar. No derrames lágrimas... No todos serán así... a buen seguro! De momento hay que irse a la cama.

Después de que naciera el tercer niño, Jean-Pierre se afanó en sus tareas, animado de tensa esperanza. Parecían sus labios más contraídos, más firmemente prietos que antes, como por temor



de que la tierra que labraba alcanzase a oír la voz de la esperanza alentada en su pecho. Observaba al pequeñuelo, llegándose hasta la cuna con pesado resonar de zuecos sobre el piso de piedra y asomando a ella la mirada, de soslayo, con esa indolencia que es como una malformación de la humanidad campesina. A semejanza de la tierra que esclavizan y sirven, estos hombres, lentos en el mirar y el hablar, no enseñan su fuego interno; de modo que acaba uno por preguntarse, como en el caso de la tierra, qué hay por debajo: ardimiento, violencia, una fuerza misteriosa y terrible, o nada sino tierra, una masa feraz e inerte, fría e insensible, dispuesta a sostener una multitud de plantas que prolongan la vida o infieren la muerte.

La madre observaba con otra expresión; escuchaba con expectación diversa. Bajo las alacenas altas que sostenían grandes lonjas de tocino, su cuerpo desempeñaba industrioso varias tareas, vigilando el caldero que sobre unos montantes de hierro se mecía, limpiando la alargada mesa a la que enseguida habrían de sentarse en reclamo de la cena los peones de labor. Su espíritu no se apartaba de la cuna, en suspenso noche y día, aguardando y sufriendo. Aquel crío, como los otros dos, jamás sonrió, jamás tendió hacia ella las manitas, jamás articuló una sílaba; nunca mostraron una mirada de reconocimiento sus ojazos negros, apenas capaces de mirar fijos un destello pero desoladoramente incapaces de seguir el itinerario de un perezoso rayo de sol sobre el piso. Mientras trabajaban los hombres pasaba ella largos días entre sus tres hijos idiotas y el abuelo senil, quien permanecía en su sillón, ceñudo, anguloso e inamovible, con los pies próximos a los rescoldos del hogar. Parecía barruntar el achacoso anciano que algo indebido les sucedía a sus nietos. Una sola vez, movido por la ternura o el decoro, hizo por jugar con el menor de ellos. Lo alzó del suelo, y en tanto chascaba la lengua probó temblonamente a hacerlo galopar sobre sus huesudas rodillas. Con mirada cetrina lo examinó a continuación y volvió a depositarlo en el suelo con sumo cuidado. Y quedó sentado, cruzadas las enjutas zancas,

meneando la cabeza ante el vapor del hirviente caldero con expresión turbada y absorta.

Muda aflicción vino a habitar la granja Bacadou, disputándoles a sus moradores el pan y el aire; y entonces tuvo motivo grande de regocijo el párroco de Ploumar. Acudió a visitar al rico terrateniente, el marqués de Chavanes, con objeto de exponer con gozosa unción algunas solemnes trivialidades sobre los inescrutables designios de la Providencia. En la espaciosa semipenumbra del salón abundante en cortinajes, el hombrecillo, cual negro cabezal, se inclinaba hacia un sofá, sobre las rodillas el sombrero, y hacía aspavientos con su mano regordeta ante las gráciles formas flotantes del pulcro atavío parisiense con que la marquesa, entre divertida y hastiada, escuchaba con languidez amable. Se sentía eufórico y sobrecogido, exultante y humilde. Había ocurrido un imposible. Jean-Pierre Bacadou, el acérrimo republicano, el domingo pasado había asistido a misa... ¡incluso se había ofrecido a hospedar a los sacerdotes que acudieran durante las próximas festividades de Ploumar! Todo un triunfo era aquél para la Iglesia y la buena causa.

—Estimé oportuno referírsele sin tardanza al señor marqués. No ignoro lo atento que se muestra siempre al bien de nuestra comarca —declaró el sacerdote enjugándose el rostro. Fue convidado a cenar.

Los Chavanes, mientras retornaban aquella noche de acompañar a su convidado hasta la verja principal de los jardines, comentaron el asunto paseando a la luz de la luna, guiando sus largas sombras por la recta arboleda de castaños. El marqués, naturalmente monárquico, era prefecto del distrito que comprende Ploumar, los contados villorrios junto a la costa y los islotes peñascosos que orlan la monotonía amarilla de las playas. Había juzgado insegura su posición, pues había en aquella parte del país una tendencia republicana por demás pujante; mas lo tranquilizaba ahora la conversión de Jean-Pierre. Complacidísimo se sentía.

–No te figuras hasta qué punto ejercen influencia personas así –le explicó a su esposa–. Ahora, seguro estoy, marcharán a pedir de boca las próximas elecciones en el distrito. Seré reelegido.

–¡Tu ambición es de todo punto insaciable, Charles! –exclamó jovial la marquesa.

–Pero, *ma chère amie* –arguyó serio el marido–, es menester que este año se elija prefecto al hombre indicado, por las elecciones a la Cámara. Si te crees que le veo gracia alguna...

Había cedido Jean-Pierre ante su suegra. Era Madame Leveille una mujer de negocios conocida y respetada en treinta kilómetros a la redonda. Vigorosa y dinámica, por toda la región se la veía, a pie o en el cochecillo de algún conocido, en perpetuo movimiento pese a sus cincuenta y ocho años, perennemente a la caza de negocios. Dueña era de muchas casas en cada pueblo, explotaba canteras de granito, expedía fletes de piedra... incluso comerciaba con varias islas del canal. Era de mofletes gruesos, ojos grandes, palabras persuasivas; sus ideas las defendía con la terquedad plácida e inquebrantable de una anciana segura de sus deseos. Rarísima vez dormía dos noches seguidas bajo el mismo techo; y era en las posadas donde mejor podían informar a quienes por su paradero se interesaban. Ora acababa de pasar por allí, ora se esperaba que pasara a las seis; o bien alguno que allí entraba la había visto por la mañana o por la tarde esperaba verla. Después de las hosterías de los caminos eran las iglesias los establecimientos que más frecuentaba. Algún librepensador solicitaba a cualquier arrapiezo que entrase a tal o cual edificio sacro por ver si dentro estaba Madame Leveille y para que la informase de que fuera aguardaba Fulano de Tal para conferenciar con ella... acerca de patatas, o harina, o granito, o casas; y abreviaba ella sus devociones y al exterior salía persignándose y guiñando ambos ojos a causa de la luminosa cascada de rayos solares, muy bien dispuesta a discutir de negocios, con calma y sensatez, en el mesón más próximo. Recientemente se había alojado por unos días varias veces en casa de su yerno, procurando ahuyentar los pesares y

dolores hablando con compostura y afabilidad. Sintió Jean-Pierre deshacerse las convicciones adquiridas en el regimiento, y no a fuerza de argumentos sino de hechos probados. Caminando por sus campos lo pensó detenidamente. Tres eran sus hijos. ¡Tres! ¡Todos iguales! ¿Por qué? Algo así no le sucedía a todo el mundo..., a nadie, que él supiera. Uno, todavía podía pasar. ¡Pero tres! Los tres. Inútiles para siempre, destinados a que les diesen de comer de por vida y... ¿Qué sería de la tierra cuando muriese él? De eso había que ocuparse. Sacrificaría sus convicciones. Un día le dijo a su esposa:

–Veamos qué puede tu Dios hacer por nosotros. Paga para que se celebren unas misas.

Abrazó Suzanne a su hombre. Permaneció él rígido, luego se giró sobre sus talones y se alejó. Pero algo más tarde, cuando ensombreció una sotana negra su umbral, no alzó protesta; aun llegó a servirle personalmente un vaso de sidra al párroco. Con docilidad atendió sus palabras; a misa asistió entre las dos mujeres; cumplió en Pascua con lo que el cura designaba como sus “deberes religiosos”. Aquella mañana se sintió como alguien que hubiera vendido su alma. Por la tarde vino ferozmente a las manos con un buen amigo y vecino que comentó que toda la ventaja la llevaban siempre los buitres y que ahora los curas habrían de comerse al comecuras. Tornó a su hogar con los cabellos en desorden y la nariz sangrante, y como en aquel momento asomaron sus hijos (habitualmente se ocupaban de mantenerlos alejados) profirió una retahíla de incoherentes blasfemias, descargando puñetazos sobre la mesa. Prorrumpió Suzanne en llanto. Madame Leveille se mantuvo sosegadamente impertérrita. Le aseveró a su hija que aquello “pasaría”, y tomando su recio parasol se marchó con prisas a contratar una goleta que embarcase granito de su cantera.

Cosa de un año después nació la niña. Una niña. Recibió la noticia Jean-Pierre mientras en los campos se hallaba, y hasta tal punto lo contrarió que se dejó caer contra la tapia que dividía los

terrenos y allí se quedó que oscureció, en vez de llegarse a casa como lo urgían. ¡Una niña! Casi estafado se sentía. Empero, al volver a casa estaba ya a medias reconciliado con su suerte. Siempre la podrían casar con un buen mozo: no con uno que no sirviera para cosa alguna, sino con un muchacho espabilado y dotado de un buen par de brazos. A mayor abundamiento, pensaba, el siguiente sería varón. Por supuesto que ambos serían perfectamente normales. Cerraba el paso a toda duda su credulidad recientemente adquirida. Había cesado la mala racha. Alegre le habló a su esposa. Esperanzada se mostró ella también. A aquel bautizo concurren tres sacerdotes y fue Madame Levaillé la madrina. La cría resultó igualmente idiota.

Los posteriores días de mercado se vio a Jean-Pierre regatear de mal talante, pendenciero y avaricioso; después se emborrachaba con vehemencia taciturna; luego, a la caída de la noche, volvía a casa con tal velocidad que dijérase acudía a una boda, aunque con un rictus sombrío más propio de un entierro. Alguna vez le insistía a su esposa para que lo acompañara; y juntos partían de madrugada bamboleándose en la carreta, uno a la vera del otro, en el estrecho asiento por encima del impotente puerco que, atadas las patas, a cada bache gruñía un suspiro melancólico. Silenciosos eran aquellos trayectos matutinos; mas por la noche, durante el retorno a casa, Jean-Pierre, beodo, mascullaba amargado e insultaba a su maldita esposa incapaz de parir hijos como los de cualquier vecino. Suzanne, asiéndose para no caer por las locas sacudidas de la carreta, fingía no enterarse. Cierta vez, mientras atravesaban Ploumar, algún impulso oscuro y borracho lo movió a frenar de improviso ante la iglesia. Flotaba la luna entre nubecillas blancas. En el cementerio contiguo brillaban pálidas las losas sepulcrales bajo las sombras intrincadas de los árboles. Aun los perros dormían en el pueblo. Sólo los ruiseñores, despiertos, sobre la quietud de las tumbas entonaban vibrantes su canto. Jean-Pierre le dijo ebriamente a su esposa:

—¿Qué crees que hay ahí? —Con el látigo señaló la torre, en lo alto de la cual destacaba a la luz de la luna la esfera enorme del reloj cual pálido rostro sin ojos. Y tras erguirse con pesadez cayó al pie de las ruedas. Se incorporó y salvó trabajosamente los contados escalones que a la verja del cementerio llevaban. Introdujo entre dos barrotes la cabeza y turbiamente gritó: ¡Hola, amigos! ¡Resucitad!

—¡Jean! ¡Vuelve aquí! ¡Vuelve aquí! —suplicó en un hilo de voz su esposa.

Hizo él caso omiso y semejó esperar algo unos instantes. Por doquier contra los altos muros de la iglesia resonaba el canto de los ruiseñores, haciendo eco entre las cruces de piedra y las lisas lápidas grises, inscritas con frases de aflicción y esperanza.

—¡Eh, los de ahí! ¡Resucitad! —gritó Jean-Pierre a voz en cuello. Cesaron de cantar los ruiseñores—. ¿Es que no hay nadie? —insistió Jean-Pierre—. Nadie hay. Es una estafa de esos buitres. Eso es lo que es. Nadie hay aquí. Los desprecio. ¡Ea! —Con todas sus energías sacudió la verja, y sonaron los férreos barrotes altos con un retintín pavoroso, cual cadena arrastrada por peldaños de piedra. Ladró de manera alborotada algún perro en las proximidades. Retrocedió Jean-Pierre dando traspies, y después de tres intentos fallidos triunfó en su empeño de subirse a la carreta. Queda y muda permanecía Suzanne. Le dijo él con severidad etílica—: ¿Ves? Nadie hay. ¡Me han timado! ¡Mal hayan! Me las pagarán. Al primero que vea por casa le doy de latigazos... en los negros lomos..., sin piedad. A ella tampoco por allí quiero verla: no sirve más que para ayudar a que esos buitres carroñeros despojen a los pobres. Un hombre soy... Ya veremos si no consigo engendrar hijos como los de cualquier vecino... tú, ándate con cuidado... No todos serán... no todos... ya lo veremos...

Ella rompió en sollozos entre sus dedos, con los cuales se ocultaba el rostro.

—¡No hables así, Jean! ¡No hables así, hombre mío!

Le propinó él un manotazo en la cabeza y la hizo caer en la parte trasera de la carreta, donde quedó hecha un ovillo, sufriendo lamentables sacudidas con los tumbos del vehículo. Guió furioso, de pie, blandiendo el látigo, agitando las riendas sobre el caballo gris, que galopaba pesadamente y hacía botar sobre su grupa los recios arreos. El campo resonaba clamoroso en la noche con los ladridos irritados de los perros que en las granjas a lo largo del camino oían el rechino de las ruedas. Un par de caminantes tardíos apenas tuvieron tiempo de apartarse a la cuneta de un salto. Al llegar ante su puerta chocó contra el poyo y salió despedido de cabeza. Siguió despacio el caballo su marcha. Ante los gritos desgarradores de Suzanne acudieron presurosos los peones de la granja. Ya lo daba ella por muerto, pero simplemente había quedado dormido donde cayera y maldijo a sus hombres, que se acercaron a auxiliarlo, por sacarlo de su sueño.

Llegó el otoño. Sobre los negros perfiles de las colinas se abatía un cielo nuboso; y bajo los despojados árboles danzaban en torbellinos las hojas muertas, hasta que el viento, suspirando profundamente, se las llevaba a reposar en lo más hondo de valles pelados. Y desde que se levantaba el sol hasta el ocaso se veían por toda la comarca negras ramas desnudas, contorsionadas y nudosas, como retorcidas de dolor, que tristemente se mecían entre el cielo pluvioso y la tierra empapada. Los riachuelos, suaves y claros en verano, ahora se abalanzaban insensatos y tenebrosos contra las peñas que su recorrido hacia el mar les dificultaban, henchidos de esa locura rabiosa que mueve a suicidio. De horizonte a horizonte extendíase entre las colinas el largo camino a la playa, semejante a innavegable río de lodo, en un apagado fulgor de curvas desiertas.

Jean-Pierre iba de parcela en parcela agitándose borroso y alto entre la llovizna o recortándose solitario y grandioso en la cresta de las eminencias, contra el fondo gris de nubes presurosas, como si por el borde mismo del universo caminara. Contemplaba la tierra negra, la tierra muda y promisoría, la tierra enigmática que

bajo la tristeza velada del cielo desarrollaba en mortuoria inmovilidad su obra de vida. Y se le antojaba que para un hombre peor que sin hijos no había promesa alguna en la fecundidad de los campos y que la tierra se le escabullía, lo traicionaba, lo desdeñaba, lo mismo que las nubes raudas y sombrías por encima de su cabeza. A solas con sus posesiones, ante la tierra perdurable echaba de ver la vulnerabilidad del hombre perecedero. ¿Habría de abandonar su esperanza de tener un hijo que pudiera contemplar los surcos con mirada de amo? ¿Un hombre que pudiera pensar como él pensaba, sentir como él sentía, un hombre que fuera parte de él mismo y, sin embargo, quedara para hollar aquella tierra cuando él no estuviese ya! Pensó en algunos de sus parientes lejanos y tan asqueado se sintió que los maldijo en voz alta. ¿Ellos? ¡Jamás! Orientó a casa sus pasos, caminando en derechura hacia el tejado de su morada, visible entre enlazados esqueletos de árboles. Mientras franqueaba el portillo se posó despacio sobre los campos una bandada graznante de aves: aleteantes y silenciosas, descendieron a su espalda lo mismo que copos de hollín.

Aquel día a hora temprana de la tarde había salido Madame Levaille hacia el caserón que en las inmediaciones de Kervanion poseía. Allí debía darles la paga a varios de los hombres que trabajaban en la cantera de granito, y llegó más que puntual porque su caserón encerraba una tasca en la cual podrían sus operarios gastarse los dineros sin necesidad de llegarse al pueblo. Guarecido estaba el solitario caserón entre un conjunto de peñas. A su puerta moría un sendero de fango y guijarros. Los vientos marinos que por la punta de Canteros llegaban a tierra firme, recién salidos del fiero tumulto de las olas, aullaban hostiles contra los bloques impasibles de piedra negra, que ante las tremendas arremetidas invisibles, sustentaban enérgicamente cruces altas de cortos brazos. En medio del fragor de los ventarrones permanecía el edificio resguardado en retumbante e inquietante calma, semejante a la calma del centro de un huracán. En noches tempestuosas, cuando había marea baja, la bahía de Fougère, a unos quince

metros por debajo del nivel del caserón, semejaba inmenso pozo negro, del cual ascendían murmullos y suspiros cual si la playa abajo viviese y protestase. Cuando había marea alta, las infatigables aguas asaltaban los arrecifes en embestidas fulgurantes que concluían en estallidos de luz lívida y columnas de espuma que volaban tierra adentro hiriendo mortalmente la hierba de los pastizales.

Avanzó la oscuridad sobre las colinas, cayó sobre el litoral, sofocó los rojos fuegos del crepúsculo y en el mar se internó persiguiendo a la marea en fuga. Cesó el viento a la par que el sol, dejando unas aguas encrespadas y un cielo devastado. Por encima del caserón parecía el firmamento como ataviado de harapos negros, prendidos aquí y acullá por alfileres ígneos. Madame Leveille, convertida esa velada en sirvienta de sus propios trabajadores, procuró inducirlos a que se marcharan ya: “Una vieja como yo debería estar en la cama a estas horas...”, reiteraba de buen humor. Bebían los picapedreros y pedían siempre otro trago más. Gritaban en las mesas como si desde extremos opuestos de un prado hablasen. En una de las esquinas jugaban cuatro de ellos a los naipes, golpeando la plancha de madera con sus recios nudillos y blasfemando a cada envite. Sentábase uno con mirada perdida tarareando el estribillo de alguna canción, que repetía sin cesar. Otros dos, en un rincón, disputaban confidentiales y feroces por alguna mujer, mirándose con intensidad a los ojos como si anhelaran arrancárselos, aunque hablando en cuchicheos discretos que prometían violencia y muerte, en un siseo venenoso de palabras a media voz. Tan denso era el ambiente que podía cortarse con un cuchillo. Tres palmatorias en la ancha estancia alumbraban rojas y lúgubres cual chispazos que expiraran en cenizas.

El ruido leve del picaporte a hora tan tardía sonó inesperado y sobrecogedor como un trueno. Depositó Madame Leveille la botella de licor con que se disponía a llenar una copa; volvieron los jugadores la cabeza; cesó la cuchicheada disputa; sólo el que tarareaba, después de lanzar una mirada a la puerta, prosiguió

con aire estólido su actividad. Apareció Suzanne en el umbral, lo franqueó, cerró la puerta de golpe y porrazo y apoyó contra ella la espalda, exclamando casi en un alarido:

—¡Madre!

Madame Leveille, volviendo a echar mano de la botella, dijo con acentos de serenidad:

—Conque eres tú, hija. ¡Pero hay que ver con qué pinta te presentas!

El cuello de la botella golpeteó contra el borde de la copa, pues la anciana se había asustado, invadiéndola la idea de que estaba la granja en llamas. Otro motivo no se le alcanzaba que explicase la aparición de su hija.

Empapada y lodosa, Suzanne paseó la mirada por la estancia sin excluir a los dos del rincón. Inquirió su madre:

—¿Qué ha sucedido? ¡Dios nos asista! —Se agitaron levemente los labios de Suzanne. Ningún sonido articuló. Se adelantó Madame Leveille hasta su hija, la asió del brazo, a la cara la miró—. Por Dios —dijo de manera entrecortada—, ¿qué sucede? Rebozada estás de barro... ¿A qué has venido?... ¿Dónde está Jean? —Ya se habían puesto todos los hombres en pie y se aproximaban con lentitud, presas de un lerdo estupor. Tiró Madame Leveille de su hija, y apartándola de la entrada la arrastró a una silla apostada contra la pared. Increpó luego con fiereza a los hombres—: ¡Basta ya! ¡Fuera todos, largo de aquí! Se cierra el establecimiento.

Uno, escudriñando a Suzanne derrumbada en la silla, observó:

—Está, como quien dice, medio muerta.

Abrió la puerta con brusquedad Madame Leveille.

—¡Lárguense! ¡Fuera! —gritó, temblando de nerviosismo.

Salieron ellos a la intemperie, entre risas tontas. Estallaron en gritos, una vez fuera, los dos Lotarios. Procuraron apaciguarlos los demás, hablando todos al unísono. Fue alejándose el alboroto por el sendero, con los hombres tropezando entre sí en apiñado grupo, recriminándose bárbaramente unos a otros.

–Habla, Suzanne. ¿De qué se trata? ¡Habla! –demandó Madame Leveille no bien pudo cerrar la puerta. Perdida la mirada en la mesa, Suzanne articuló algunas ininteligibles palabras. La anciana enclavijó las manos por encima de la cabeza, las dejó caer y quedó mirando a su hija con expresión desconsolada. Su propio marido había tenido “trastornado el seso” algunos años antes de morir, y ahora venía a sospechar que era su hija quien enloquecía. Preguntó ansiosa:

–¿Sabe Jean que estás aquí? ¿Dónde está Jean?

Suzanne articuló mal que bien:

–Sólo él mismo lo sabe: ha muerto.

–¡Cómo! –exclamó la anciana. Se le aproximó más aún, y escudriñando a su hija repitió–: ¿Qué dices? ¿Qué dices? ¿Qué dices?

Secos los ojos, Suzanne siguió tiesa cual estaca ante Madame Leveille, que la miraba notando abrirse paso en el silencio de la morada una sensación singular de inexplicable horror. Apenas si comprendió aquella noticia para caer en la cuenta de que con la rapidez del rayo la habían puesto cara a cara con un hecho inesperado y consumado. Ni siquiera se le pasó por las mientes solicitarle mayores aclaraciones. Pensó: un accidente, un terrible accidente, él debía de haberse descalabrado, debía de haberse caído por una trampilla del pajar... Permaneció allí consternada y muda, pestañeándole los ancianos ojos.

De improviso dijo Suzanne:

–Lo he matado yo.

Petrificada quedó la madre durante un instante, casi privada de respiración, mas sin perder la compostura. Un segundo después profirió un grito:

–¡Miserable loca, te cortarán el pescuezo! –Ya se imaginaba a los gendarmes presentándose en el caserón y diciéndole: “Por su hija venimos; entréguenlos”; los gendarmes con expresión dura, severa, de hombres que cumplen con su deber. Conocía al brigadier: un buen amigo, campechano aunque respetuoso, que con

fogosidad exclamaba “A su salud, señora”, antes de llevarse a los labios una copita de coñac servida de la botella especial que reservaba ella para los amigos. ¡Y ahora...! La cabeza le dio vueltas. Empezó a pasearse de un lado a otro, como buscando algo de urgente necesidad; se detuvo, quedó inmóvil en el centro de la estancia y a su hija le chilló–: ¿Por qué? ¡Di! ¡Di! ¿Por qué?

Con un sobresalto pareció la otra emerger de su singular apatía:

–¿Se figura usted que soy de piedra? –repuso en un grito, adelantándose a grandes zancadas hasta su madre.

–¡Lo que me cuentas es imposible...! –dijo Madame Leveille con convicción.

–Vaya a comprobarlo usted misma, madre –replicó Suzanne mirándola con fuego en los ojos–. No hay en el cielo misericordia, ni justicia. ¡No!... Yo lo ignoraba... ¿Se figura que carezco de sentimientos? ¿Se figura que nunca he oído a las gentes burlarse de mí, compadecerse de mí, maravillarse de mí? ¿Sabe cómo me motejaban algunos? La madre de los monstruos: ¡tal era mi apodo! Y mis hijos no me reconocían, no me hablaban. No se daban cuenta ellos, ni los hombres, ni Dios. ¡Vaya si habré rezado! Pero rehusó atender a mis plegarias la mismísima Madre de Dios: ¡una madre! ¿Era yo la maldita o lo era el muerto? ¿Eh? Dígame. Me he defendido. ¿Se figura que provocaría yo la cólera de Dios teniendo mi casa llena de esas cosas... que son peores que los animales, los cuales sí reconocen la mano que los alimenta? ¿Quién a las puertas mismas de la iglesia blasfemó en la noche? ¿Fui yo?... Me limité yo a llorar y suplicar misericordia..., mas pesa sobre mí la maldición a todas horas, el día entero la contemplo en mi alrededor... Debo mantenerlos vivos: proveer al sustento de mi infortunio y mi oprobio. Luego llegaba él. Y a él y a los Cielos les imploraba yo compasión... ¡No!... Pues ateneos a las consecuencias... Esta noche retornó él a casa. Me dije: “¿Con que, otra vez?”... Tenía yo en las manos mis tijeras largas. Lo oí gritarme... Lo vi aproximarse... ¿Lo hago, no lo hago?... ¡Toma ya!... Y el cuello le rajé por encima del

pecho... Ni un suspiro le oí... Lo dejé allí aún en pie... Hace pocos instantes que sucedió. ¿Cómo habré venido a parar aquí?

Se estremeció Madame Leveille. Un escalofrío le recorrió la espina dorsal, le agitó los brazos gordezuelos bajo las ceñidas mangas, la hizo dar pataditas en el suelo. Temblaron los gruesos mofletes, los delgados labios, las arrugas en las comisuras de sus firmes ojos ancianos. Balbució:

—Mala pécora, eres mi deshonra. ¡No es de extrañar! ¡Siempre a tu padre te asemejaste! ¿Qué te figuras que será de ti... en el otro mundo? En éste... ¡Oh, qué horror!

Ardía ahora. Fuego sentía en las entrañas. Se retorció las manos sudorosas... y de improviso, moviéndose con celeridad, se aplicó a buscar su enorme chal y su parasol, febrilmente, sin lanzar una sola mirada a su hija, quien, siguiéndola con ojos desconcertados y ausentes, permanecía en medio de la estancia.

—Nada peor que lo que es de mí en éste —dijo Suzanne.

Su madre, con el parasol ya en la mano y arrastrando el chal por el suelo, gruñó airada.

—Debo ir a ver al párroco —declaró apasionadamente—. ¡Ni siquiera sé si lo que me has contado es la verdad! Estás perdida. Dondequiera que vayas darán contigo. Puedes quedarte o marcharte, a voluntad. Para ti no hay lugar en este mundo.

Lista ya para partir, aún vagó sin propósito por la estancia, ordenando las botellas en el estante, tratando con temblorosa mano de cerrar las cajas de cartón. Cada vez que entre el marasmo de sus pensamientos se le perfilaba momentáneamente el verdadero sentido de lo que acababa de escuchar, tenía la impresión de que le había estallado algo en el cerebro sin, por desdicha, hacerle añicos la cabeza... lo cual habría sido un alivio. Una tras otra apagó las velas sin reparar en lo que hacía y acabó horrorosamente asustada por la oscuridad. En un taburete contiguo se dejó caer con brusquedad, y a gimotear se entregó. Enseguida paró de hacerlo y quedó a la escucha de la respiración de su hija, a quien apenas veía, rígida e inmóvil, y que otra señal de vida no daba.

Envejeció de manera desmesurada en aquellos minutos. Habló en vacilante tono, entrecortado por el castañeteo de sus dientes, como atacada de gélido y mortal acceso febril:

—Ojalá hubieras muerto de niña. Coraje suficiente nunca reuniré para volver a mostrarme a la luz del sol. Desgracias hay peores que tener hijos idiotas. Ojalá hubieras nacido tan inútil como tus propios...

A la tenue y lívida claridad de una de las ventanas distinguió que se movía la silueta de su hija. Apareció luego recortada contra el umbral durante un segundo, y fue cerrada la puerta de golpe y porrazo. Madame Leveille, como despertada de prolongada pesadilla por aquel ruido, al exterior se precipitó.

—¡Suzanne! —gritó desde el umbral.

Largos instantes oyó rodar una piedra por el declive hacia la rocallosa playa. Avanzó con cautela, apoyando una mano en el muro del caserón, y miró abajo escrutando la oscuridad uniforme de la bahía solitaria. De nuevo clamó:

—¡Suzanne! Vas a matarte.

Acababa la piedra de dar en las tinieblas un último salto y ya nada oía. Una idea repentina pareció embargarla y no quiso vociferar más. Volvió la espalda al silencio negro del abismo y enfiló el camino hacia Ploumar, tambaleándose en su sombría resolución, como si emprendiera un viaje desesperado que hubiera de durar, acaso, hasta el fin de sus días. Hosco y rítmico estruendo de olas rompiendo contra los arrecifes la siguió tierra adentro entre los setos vigorosos que cercaban la lóbrega soledad de los campos.

Había girado Suzanne a mano izquierda del umbral, al salir corriendo, y tras una peña al borde del declive se había agazapado. Había resbalado hacia el fondo una piedra suelta, sonando al rebotar. Al clamar llamándola Madame Leveille, con sólo estirar el brazo habría podido Suzanne tocarle las faldas, de no faltarle valor para mover pie ni mano. Vio que se alejaba la anciana y permaneció inmóvil, cerrando los ojos y acurrucándose contra la superficie dura y escabrosa de la roca. Después de un rato se le

hizo visible en la intensa oscuridad entre las peñas un rostro familiar de mirada fija y abierta boca. Profiriendo un chillido ahogado se puso ella en pie. Se desvaneció el rostro, dejándola estremecida y temblorosa en el páramo agreste de piedras. Pero no bien se hubo sentado nuevamente a reposar apoyando la cabeza contra la roca, el rostro retornó, se aproximó, con pinta de estar anheloso de concluir la conversación que apenas un rato atrás fuera interrumpida de manera tan abrupta por la muerte. Con gran rapidez se irguió ella y dijo:

—Vete o te mataré otra vez.

Aquel ser oscilaba, meciéndose a izquierda y derecha. Ella se movía de un lado para otro, retrocedía, hacía por gritarle y se sentía abrumada por la quietud inmutable de la noche. Dio un traspié al filo del precipicio, y notando bajo sus pies el pronunciado declive echó a correr ciegamente hacia abajo para evitar despeñarse de cabeza. El abismo semejó despertar; los guijarros corrían a su vera, la perseguían por detrás, rodaban tumultuosos por doquier, cobrando movimiento en repiqueteo creciente al paso de ella. En mitad de la paz de la noche se intensificó ese rumor, que se volvió estruendo, continuo y aparatoso, lo mismo que si todo el declive pedregoso se derrumbara hacia la bahía. Los pies de Suzanne apenas tocaban la pendiente, que parecía correr con ella. Al llegar al fondo dio un nuevo traspié, se bamboleó alargando los brazos y pesadamente cayó. Enseguida se puso en pie de un brinco y rauda volvió la cabeza con objeto de lanzar una mirada hacia atrás, llenas las cerradas manos de la arena que al caer oprimiera. Allí estaba el rostro, manteniéndose a idéntica distancia, visible en su propio resplandor, que formaba un halo pálido en la noche. Gritó ella:

—Lárgate.

Se lo gritó dolorida, aterrada, pródiga en rabia contra su inútil puñalada incapaz de mantenerlo yerto y lejos de su vista. ¿Qué deseaba él ahora? Muerto estaba. No pueden engendrar hijos los muertos. ¿Es que jamás iba a dejarla en paz? Haciendo enérgicos

aspavientos le chilló a aquel ser. Tuvo la impresión de sentir el hálito de unos labios entreabiertos, y lanzando un grito inmenso de desesperación huyó por la lisa superficie de la playa.

Corría ligera, inconsciente de esfuerzo alguno de su propio cuerpo. Altas rocas afiladas, que cuando está inundada la playa asoman sobre la planicie lustrosa del agua azul cual puntiagudas torres de iglesias sumergidas, destellaban a su paso mientras huía, perdido todo dominio de sí misma. A lo lejos a su izquierda divisó algo luminoso: un ancho disco de luz en cuyo derredor giraban alargadas sombras lo mismo que radios de rueda. Oyó una voz que llamaba: “¡Eh! ¡Ven aquí!” , y replicó con un chillido espantoso. ¡Conque él aún podía llamarla! La conjuraba a detenerse. ¡Jamás!... Atravesó en la noche un asustado grupo de recogedores de algas en torno de un quinqué, sobrecogidos de pavor ante el alarido de ultratumba que de aquella sombra en fuga había brotado. Con aterrado mirar se asían los hombres a sus horquillas. Cayó de rodillas una mujer y tras persignarse se aplicó a rezar en voz alta. Rompió a sollozar desconsolada una chiquilla de falda harapienta cargada de algas viscosas y hacia el hombre que portaba la luz corrió con su chorreante carga. Dijo alguien:

—En el mar se interna esa cosa.

Exclamó otra voz:

—¡Y la marea sube! Observad que se multiplican los charcos. Eh, tú, la que reza, ¿no me oyes? ¡Levántate!

Declararon varias voces al unísono:

—Sí, larguémonos. ¡Que se pierda en el mar ese espectro maldito!

La retirada iniciaron, congregados todos junto a la luz. De improviso estalló uno de los hombres en imprecaciones. Él iría a ver qué era aquello. De mujer había sido la voz. Él sí iría. Alzaron consternadas protestas las mujeres... pero se desgajó del grupo la alta silueta masculina y echó a correr. Reclamaron los demás su vuelta con aterrada solicitud unánime. Desde la oscuridad les



replicó una palabra desdenosa y burlona. Gimió una mujer. Dijo gravemente un anciano:

—Cosas así hay que dejarlas en paz.

Reanudaron la marcha más despacio, arrastrando por la blanda arena los pies y cuchicheándose unos a otros que Millot no temía a nada, al carecer de religión, pero que habría de acabar mal algún día.

A Suzanne la detuvo la creciente marea al llegar a la altura del islote de El Cuervo y paró jadeante, sumergidas las piernas en el agua. Escuchó el murmullo y sintió la caricia fría del mar y, más sosegada ya, distinguió, de un lado, la masa tenebrosa e indistinta de El Cuervo y, del otro, la larga franja blanca de los arenales de Moléne, que toda marea pone de relieve por encima del fondo de la bahía de Fougère. Se volvió en redondo y contempló a lo lejos, contra el firmamento cuajado de estrellas, la silueta peñascosa del litoral. Por encima de la misma, casi enfrente de ella, despuntaba la torre de la iglesia de Ploumar: fina y alta pirámide que señalaba oscura y puntiaguda hacia el titileo arracimado de las estrellas. Singularmente tranquila se sintió. Cobró conciencia de dónde se hallaba y empezó a recordar cómo había ido a parar allí... y por qué. Escrutó la suave oscuridad a su alrededor. Solitaria se hallaba. Nada había allí, nada cerca de ella, ni vivo ni muerto.

Quedamente subía la marea, extendiendo largos brazos impacientes de extraños remolinos que hacia tierra entre lomas de arena corrían. Bajo la noche crecían arroyuelos con misteriosa premura, mientras el vasto mar, aun lejano, rugía con ritmo regular a lo largo de la línea confusa del horizonte. Varios metros retrocedió Suzanne chapoteando, sin poder zafarse del agua que tiernamente murmuraba a su alrededor y que de improviso con malicioso gorgoteo casi la derribó. Se estremeció su corazón, desfavorido. Demasiado grande y solitario era aquel lugar para morir en él. Que mañana hicieran con ella lo que se les antojara. Pero antes de morir tenía que contarles, tenía que decirles a los señores de toga negra que hay cosas que ninguna mujer puede

aguantar. Tenía que explicarles cómo fue todo... Chapoteó, salpicándose la pechera, harto ensimismada para mirar en ello... Tenía que explicárselo. “Él entró como siempre y habló precisamente así: ‘¿Te figuras que voy a legar mis tierras a mis parientes de Morbihán, a los cuales no conozco siquiera? ¿Eh? ¡Ya lo veremos! ¡Ven aquí, hembra nefasta!’ Y alargó el brazo. Entonces, Messieurs, dije: ‘¡Por Dios que no!’ Y propinándome manotazos en la cabeza dijo: ‘No hay Dios que me impida obrar a mi antojo! Métetelo en la mollera, puerca inútil. Haré cuanto me plazca.’ Y me aferró por el brazo. Entonces, Messieurs, a Dios imploré auxilio, y al instante siguiente, mientras él me pegaba, en mi mano sentí las tijeras largas.

”Desabrochada llevaba él la camisa y a la luz de la palmatoria distinguí el jequecillo de su garganta. Grité: ‘¡Suéltame!’ No dejé de zarandearme con violencia. ¡Fuerte era mi hombre, vaya si lo era! Entonces pensé: ‘¡No! ¿Lo hago? ¡Toma ya!’, en el gznate se las clavé. No lo vi caer. ¡No! ¡No!... No lo vi caer... Mi anciano suegro ni siquiera volvió la cabeza. Sordo y tonto está, Messieurs... Nadie lo vio caer. Hui... Nadie lo vio...”.

Habíase metido ya, gateando, entre las rocas de El Cuervo y hallábase ahora, toda sofocada, en mitad de las densas tinieblas del islote peñascoso. Está El Cuervo enlazado con tierra firme por un espolón natural de piedras inmensas y resbaladizas. Por aquella vía pensó en retornar a casa. ¿Estaría él allí todavía? En su hogar. ¡Su hogar! Cuatro idiotas y un cadáver. Tenía que volver y explicarlo. Nadie dejaría de comprender...

Cerca de ella pareció que la noche o el mar dijese con nitidez:

—¡Ajá! ¡Por fin doy contigo!

Se sobresaltó, resbaló, cayó; y sin tratar de incorporarse aguzó el oído, espantada. Oyó una respiración pesada, un resonar de zuecos. Cesaron los ruidos.

—¿Cómo diablos has venido a parar aquí? —dijo un hombre invisible, roncamente.

Contuvo ella la respiración. Identificó aquella voz. No lo había visto caer. ¿Acaso la perseguía muerto o quizá... vivo?

Le dio vueltas la cabeza. Desde el hueco en que estaba acurrucada gritó:

–¡Jamás, jamás!

–¡Oh! Ahí sigues. Me has hecho danzar a base de bien. Aguarda, preciosa, que después de todo esto la carita quiero verte. Aguarda ahí...

Tropezaba Millot, riendo, blasfemando de pura satisfacción, entusiasmado por haber dado caza a aquel espectro. “¿Como si existieran los fantasmas! ¡Bah! Cumplía a un veterano de África darles una lección a esos gañanes... Pero es curioso. ¿Quién diantre será?”

Agazapada, Suzanne prestó atención. Venía por ella el muerto. No había escapatoria. Cuánto escándalo armaba entre las piedras... Vio perfilarse su cabeza, luego los hombros. ¡Alto era su hombre, vaya si lo era! Se agitaban sus brazos poderosos, y era su mismísima voz aunque se oyera poco familiar... a causa de las tijeras. Se puso ella en pie de un brinco, corrió hasta el filo del acantilado y volvió la cabeza con objeto de lanzar una mirada hacia atrás. El hombre, inmóvil sobre una roca, contra el fulgor del firmamento se recortaba en negro mortuorio.

–¿Adónde vas? –le inquirió con rudeza.

Ella, mirándolo con reconcentrada intensidad, respondió:

–¡A casa!

Se adelantó él hasta una roca contigua con un torpe salto largo, y mientras intentaba recuperar el equilibrio dijo:

–¡Ja, ja! Pues entonces te acompaño. Es lo menos. ¡Ja, ja, ja!

Ella lo miró de hito en hito hasta que parecieron los ojos trocarse en brasas ardientes que le quemaban el cerebro, y sin embargo experimentaba un terror mortal a identificar aquellas facciones familiares. Mucho más abajo de sus pies, el mar lamía el islote con chapoteo rítmico y seductor.

El hombre, avanzando un paso más, dijo:

–Voy por ti. ¿Qué te parece?

La sacudieron estremecimientos. ¡Venía por ella! No había posibilidad de huida, ni de paz, ni de esperanza. Tendió en derredor una mirada de angustia. De improviso, la entera costa sombría, los islotes imprecisos, el cielo mismo, se tambalearon y se inmovilizó luego todo. Cerró los ojos y chilló:

–¿No puedes aguardar a que esté muerta?

Henchida estaba de un odio furioso hacia aquel espectro que en este mundo la perseguía, un espectro al cual la muerte misma no había aplacado en su anhelo de tener un heredero como los de cualquier vecino.

–¿Eh? ¿Cómo? –dijo Millot, conservando prudentemente cierta distancia. Se dijo: “¡Cuidado! Una lunática. Tienen lugar los accidentes cuando menos se los espera”.

Fuera de tino, ella prosiguió:

–Vivir quiero. Vivir en paz... una semana... un día. Tengo que explicarlo... Te haré pedazos, otras veinte veces te mataré, antes que permitirte tocarme viva. ¿Cuántas veces habré de matarte, si impío? Es Satanás quien te manda. ¡Maldita estoy yo también!

–Vamos, vamos –dijo Millot, preocupado y conciliador–. ¡Pero si estoy yo más vivo que nadie!... ¡Oh, Dios mío!

Había ella gritado: “¡Vivo!”; y, al momento, ante los ojos masculinos se había volatilizado como si el islote mismo se hundiera bajo sus pies. Corrió hasta el borde Millot, y tendiéndose en tierra miró hacia los arrecifes. Allá abajo distinguió los esfuerzos de ella espumando el agua y oyó un grito horrisono en demanda de auxilio que subió cual aguzado dardo a lo largo de la cara perpendicular del islote y se perdió hacia el cielo elevado e impasible.

Madame Levaille, secos los ojos, sentábase entre la magra vegetación de la falda de la colina, estiradas las regordetas piernas y vueltos hacia arriba los ancianos pies en sus alpargatas negras. Se veían junto a ella sus chanclos, y un poco más allá descansaba sobre la mustia hierba el parasol, cual arma desprendida del puño de un guerrero vencido. La contempló el marqués de Chavanes, a

caballo, apoyada la enguantada mano en el muslo, mientras se erguía ella entre rezongos trabajosamente. Por la vereda de las carretas de algas, cuatro hombres transportaban tierra adentro sobre unas parihuelas el cadáver de Suzanne en tanto varios otros desfilaban abatidos tras ella. Madame Levaillé siguió la procesión con los ojos.

–Sí, *monsieur le marquis* –declaró desapasionadamente con su acostumbrado tono calmoso de anciana sensata–. Personas desdichadas hay en este mundo. Tenía yo sólo una hija. ¡Una sola! ¡Y no la enterrarán en sagrado!

Se humedecieron sus ojos de improviso y rodó por sus mofletes una escueta cascada de lágrimas. Se arrebujo en el chal. Inclínose levemente en su montura el marqués y dijo:

–Tristísimo es ello. Reciba mi más sentido pésame. Al *curé* habré de hablarle. A todas luces estaba ella enajenada y fue accidental la caída. Así lo afirma Millot sin asomo de duda. Adiós, señora. –Y se alejó al trote diciéndose: “He de conseguir que a la vieja la designen tutora de los idiotas y administradora de la granja. Mucho mejor será eso que tener por aquí a cualquiera de los primos de Bacadou, a buen seguro acérrimos republicanos, pervirtiéndome el distrito”.

*Traducción del inglés de Fernando Jadraque*

## LA GALLINA DEGOLLADA

HORACIO QUIROGA

Todo el día, sentados en el patio en un banco, estaban los cuatro hijos idiotas del matrimonio Mazzini-Ferraz. Tenían la lengua entre los labios, los ojos estúpidos y volvían la cabeza con la boca abierta.

El patio era de tierra, cerrado al oeste por un cerco de ladrillos. El banco quedaba paralelo a él, a cinco metros, y allí se mantenían inmóviles, fijos los ojos en los ladrillos. Como el sol se ocultaba tras el cerco, al declinar los idiotas tenían fiesta. La luz engeuedora llamaba su atención al principio, poco a poco sus ojos se animaban; se reían al fin estrepitosamente, congestionados por la misma hilaridad ansiosa, mirando el sol con alegría bestial, como si fuera comida.

Otras veces, alineados en el banco, zumbaban horas enteras, imitando al tranvía eléctrico. Los ruidos fuertes sacudían asimismo su inercia, y corrían entonces, mordiéndose la lengua y mugiendo, alrededor del patio. Pero casi siempre estaban apagados en un sombrío letargo de idiotismo, y pasaban todo el día sentados en su banco, con las piernas colgantes y quietas, empapando de glutinosa saliva el pantalón.

El mayor tenía doce años, y el menor ocho. En todo su aspecto sucio y desvalido se notaba la falta absoluta de un poco de cuidado maternal.

Esos cuatro idiotas, sin embargo, habían sido un día el encanto de sus padres. A los tres meses de casados, Mazzini y Berta orientaron su estrecho amor de marido y mujer, y mujer y mari-

do, hacia un porvenir mucho más vital: un hijo. ¿Qué mayor dicha para dos enamorados que esa honrada consagración de su cariño, libertado ya del vil egoísmo de un mutuo amor sin fin ninguno y, lo que es peor para el amor mismo, sin esperanzas posibles de renovación?

Así lo sintieron Mazzini y Berta, y cuando el hijo llegó, a los catorce meses de matrimonio, creyeron cumplida su felicidad. La criatura creció bella y radiante, hasta que tuvo año y medio. Pero en el vigésimo mes sacudiéronlo una noche convulsiones terribles, y a la mañana siguiente no conocía más a sus padres. El médico lo examinó con esa atención profesional que está visiblemente buscando las causas del mal en las enfermedades de los padres.

Después de algunos días los miembros paralizados recobraron el movimiento; pero la inteligencia, el alma, aun el instinto, se habían ido del todo; había quedado profundamente idiota, baboso, colgante, muerto para siempre sobre las rodillas de su madre.

—¡Hijo, mi hijo querido! —sollozaba ésta, sobre aquella espantosa ruina de su primogénito.

El padre, desolado, acompañó al médico afuera.

—A usted se le puede decir; creo que es un caso perdido. Podrá mejorar, educarse en todo lo que le permita su idiotismo, pero no más allá.

—¡Sí!... ¡Sí! —asentía Mazzini—. Pero dígame, ¿usted cree que es herencia, que...?

—En cuanto a la herencia paterna, ya le dije lo que creía cuando vi a su hijo. Respecto a la madre, hay allí un pulmón que no sopla bien. No veo nada más, pero hay un soplo un poco rudo. Hágala examinar bien.

Con el alma destrozada de remordimiento, Mazzini redobló el amor a su hijo, el pequeño idiota que pagaba los excesos del abuelo. Tuvo asimismo que consolar, sostener sin tregua a Berta, herida en lo más profundo por aquel fracaso de su joven maternidad.

Como es natural, el matrimonio puso todo su amor en la esperanza de otro hijo. Nació éste, y su salud y limpidez de risa

reencendieron el porvenir extinguido. Pero a los dieciocho meses las convulsiones del primogénito se repetían, y al día siguiente amanecía idiota.

Esta vez los padres cayeron en honda desesperación. ¡Luego su sangre, su amor estaban malditos! ¡Su amor, sobre todo! Veintiocho años él, veintidós ella, y toda su apasionada ternura no alcanzaba a crear un átomo de vida normal. Ya no pedían más belleza e inteligencia como en el primogénito; ¡pero un hijo, un hijo como todos!

Del nuevo desastre brotaron nuevas llamaradas del dolorido amor, un loco anhelo de redimir de una vez para siempre la santidad de su ternura. Sobrevinieron mellizos, y punto por punto repitióse el proceso de los dos mayores.

Mas, por encima de su inmensa amargura, quedaba a Mazzini y Berta gran compasión por sus cuatro hijos. Hubo que arrancar del limbo de la más honda animalidad, no ya sus almas, sino el instinto mismo abolido. No sabían deglutir, cambiar de sitio, ni aun sentarse. Aprendieron al fin a caminar, pero chocaban contra todo, por no darse cuenta de los obstáculos. Cuando los lavaban mugían hasta inyectarse de sangre el rostro. Animábanse sólo al comer, o cuando veían colores brillantes u oían truenos. Se reían entonces, echando afuera lengua y ríos de baba, radiantes de frenesí bestial. Tenían, en cambio, cierta facultad imitativa; pero no se pudo obtener nada más. Con los mellizos pareció haber concluido la aterradora descendencia. Pero pasados tres años desearon de nuevo ardientemente otro hijo, confiando en que el largo tiempo transcurrido hubiera aplacado a la fatalidad.

No satisfacían sus esperanzas. Y en ese ardiente anhelo que se exasperaba, en razón de su infructuosidad, se agriaron. Hasta ese momento cada cual había tomado sobre sí la parte que le correspondía en la miseria de sus hijos; pero la desesperanza de redención ante las cuatro bestias que habían nacido de ellos echó afuera esa imperiosa necesidad de culpar a los otros, que es patrimonio específico de los corazones inferiores.

Iniciáronse con el cambio de pronombre: tus hijos. Y como a más del insulto había la insidia, la atmósfera se cargaba.

–Me parece –díjole una noche Mazzini, que acababa de entrar y se lavaba las manos –que podrías tener más limpios a los muchachos.

Berta continuó leyendo como si no hubiera oído.

–Es la primera vez –repuso al rato– que te veo inquietarte por el estado de tus hijos.

Mazzini volvió un poco la cara a ella con una sonrisa forzada:

–De nuestros hijos, ¿me parece?

–Bueno; de nuestros hijos. ¿Te gusta así? –Alzó ella los ojos.

Esta vez Mazzini se expresó claramente:

–¿Creo que no vas a decir que yo tenga la culpa, no?

–¡Ah, no! –se sonrió Berta, muy pálida–, ¡pero yo tampoco, supongo!... ¡No faltaba más!... –murmuró.

–¿Qué no faltaba más?

–¡Que si alguien tiene la culpa, no soy yo, entiéndelo bien! Eso es lo que te quería decir.

Su marido la miró un momento, con brutal deseo de insultarla.

–¡Dejemos! –articuló, secándose por fin las manos.

–Como quieras; pero si quieres decir...

–¡Berta!

–¡Como quieras!

Éste fue el primer choque y le sucedieron otros. Pero en las inevitables reconciliaciones, sus almas se unían con doble arrebatado y locura por otro hijo.

Nació así una niña. Vivieron dos años con la angustia a flor de alma, esperando siempre otro desastre. Nada acaeció, sin embargo, y los padres pusieron en ella toda su complacencia, que la pequeña llevaba a los más extremos límites del mimo y la mala crianza.

Si aún en los últimos tiempos Berta cuidaba siempre de sus hijos, al nacer Bertita olvidóse casi del todo de los otros. Su solo

recuerdo la horrorizaba, como algo atroz que la hubieran obligado a cometer. A Mazzini, bien que en menor grado, pasábale lo mismo.

No por eso la paz había llegado a sus almas. La menor indisposición de su hija echaba ahora afuera, con el terror de perderla, los rencores de su descendencia podrida. Habían acumulado hiel sobrado tiempo para que el vaso no quedara distendido, y al menor contacto el veneno se vertía afuera. Desde el primer disgusto emponzoñado habíanse perdido el respeto; y si hay algo a que el hombre se siente arrastrado con cruel fruición es, cuando ya se comenzó, a humillar del todo a una persona. Antes se contenían por la mutua falta de éxito; ahora que éste había llegado, cada cual, atribuyéndolo a sí mismo, sentía mayor la infamia de los cuatro engendros que el otro habíale forzado a crear.

Con estos sentimientos, no hubo ya para los cuatro hijos mayores afecto posible. La sirvienta los vestía, les daba de comer, los acostaba, con visible brutalidad. No los lavaban casi nunca. Pasaban casi todo el día sentados frente al cerco, abandonados de toda remota caricia.

De este modo Bertita cumplió cuatro años, y esa noche, resultado de las golosinas que era a los padres absolutamente imposible negarle, la criatura tuvo algún escalofrío y fiebre. Y el temor a verla morir o quedar idiota, tornó a reabrir la eterna llaga.

Hacía tres horas que no hablaban, y el motivo fue, como casi siempre, los fuertes pasos de Mazzini.

–¡Mi Dios! ¿No puedes caminar más despacio? ¿Cuántas veces?...

–Bueno, es que me olvido; ¡se acabó! No lo hago a propósito.

Ella se sonrió, desdeñosa:

–¡No, no te creo tanto!

–Ni yo, jamás, te hubiera creído tanto a ti... ¡tisiquilla!

–¡Qué! ¿Qué dijiste?...

–¡Nada!

—¡Sí, te oí algo! Mira: ¡no sé lo que dijiste; pero te juro que prefiero cualquier cosa a tener un padre como el que has tenido tú!

Mazzini se puso pálido.

—¡Al fin! —murmuró con los dientes apretados—. ¡Al fin, víbora, has dicho lo que querías!

—¡Sí, víbora, sí! Pero yo he tenido padres sanos, ¿oyes?, ¡sanos! ¡Mi padre no ha muerto de delirio! ¡Yo hubiera tenido hijos como los de todo el mundo! ¡Ésos son hijos tuyos, los cuatro tuyos!

Mazzini explotó a su vez.

—¡Víbora tísica! ¡Eso es lo que te dije, lo que te quiero decir! ¡Pregúntale, pregúntale al médico quién tiene la mayor culpa de la meningitis de tus hijos: mi padre o tu pulmón picado, víbora!

Continuaron cada vez con mayor violencia, hasta que un gemido de Bertita selló instantáneamente sus bocas. A la una de la mañana la ligera indigestión había desaparecido, y como pasa fatalmente con todos los matrimonios jóvenes que se han amado intensamente una vez siquiera, la reconciliación llegó, tanto más efusiva cuanto hirientes fueran los agravios.

Amaneció un espléndido día, y mientras Berta se levantaba escupió sangre. Las emociones y mala noche pasada tenían, sin duda, gran culpa. Mazzini la retuvo abrazada largo rato, y ella lloró desesperadamente, pero sin que ninguno se atreviera a decir una palabra.

A las diez decidieron salir, después de almorzar. Como apenas tenían tiempo, ordenaron a la sirvienta que matara una gallina.

El día radiante había arrancado a los idiotas de su banco. De modo que mientras la sirvienta degollaba en la cocina al animal, desangrándolo con parsimonia (Berta había aprendido de su madre este buen modo de conservar fresca a la carne), creyó sentir algo como respiración tras ella. Volvióse, y vio a los cuatro idiotas, con los hombros pegados uno a otro, mirando estupefactos la operación... Rojo... rojo...

—¡Señora! Los niños están aquí, en la cocina.

Berta llegó; no quería que jamás pisaran allí. ¡Y ni aun en esas horas de pleno perdón, olvido y felicidad reconquistada, podía evitarse esa horrible visión! Porque, naturalmente, cuando más intensos eran los raptos de amor a su marido e hija, más irritado era su humor con los monstruos.

—¡Que salgan, María! ¡Échelos! ¡Échelos, le digo!

Las cuatro pobres bestias, sacudidas, brutalmente empujadas, fueron a dar a su banco.

Después de almorzar, salieron todos. La sirvienta fue a Buenos Aires, y el matrimonio a pasear por las quintas. Al bajar el sol volvieron, pero Berta quiso saludar un momento a sus vecinas de enfrente. Su hija escapóse enseguida a casa.

Entretanto los idiotas no se habían movido en todo el día de su banco. El sol había traspuesto ya el cerco, comenzaba a hundirse, y ellos continuaban mirando los ladrillos, más inertes que nunca.

De pronto, algo se interpuso entre su mirada y el cerco. Su hermana, cansada de cinco horas paternas, quería observar por su cuenta. Detenida al pie del cerco, miraba pensativa la cresta. Quería trepar, eso no ofrecía duda. Al fin decidióse por una silla desfondada, pero faltaba aún. Recurrió entonces a un cajón de kerosene, y su instinto topográfico hízole colocar vertical el mueble, con lo cual triunfó.

Los cuatro idiotas, la mirada indiferente, vieron cómo su hermana lograba pacientemente dominar el equilibrio, y cómo en puntas de pie apoyaba la garganta sobre la cresta del cerco, entre sus manos tirantes. Viéronla mirar a todos lados, y buscar apoyo con el pie para alzarse más.

Pero la mirada de los idiotas se había animado; una misma luz insistente estaba fija en sus pupilas. No apartaban los ojos de su hermana, mientras creciente sensación de gula bestial iba cambiando cada línea de sus rostros. Lentamente avanzaron hacia el cerco. La pequeña, que habiendo logrado calzar el pie, iba ya a montar a horcajadas y a caerse del otro lado, seguramente, sintió-

se cogida de la pierna. Debajo de ella, los ocho ojos clavados en los suyos le dieron miedo.

—¡Soltáme! ¡Déjame! —gritó sacudiendo la pierna.

Pero fue atraída.

—¡Mamá! ¡Ay, mamá! ¡Mamá, papá! —lloró imperiosamente. Trató aún de sujetarse del borde, pero sintióse arrancada y cayó—. Mamá, ¡ay! Ma... —No pudo gritar más. Uno de ellos le apretó el cuello, apartando los bucles como si fueran plumas, y los otros la arrastraron de una sola pierna hasta la cocina, donde esa mañana se había desangrado a la gallina, bien sujeta, arrancándole la vida segundo por segundo.

Mazzini, en la casa de enfrente, creyó oír la voz de su hija.

—Me parece que te llama —le dijo a Berta.

Prestaron oído, inquietos, pero no oyeron más. Con todo, un momento después se despidieron, y mientras fue a dejar su sombrero, Mazzini avanzó en el patio.

—¡Bertita!

Nadie respondió.

—¡Bertita! —Alzó más la voz, ya alterada.

Y el silencio fue tan fúnebre para su corazón siempre aterrado, que la espalda se le heló de horrible presentimiento.

—¡Mi hija, mi hija! —Corrió ya desesperado hacia el fondo. Pero al pasar frente a la cocina vio en el piso un mar de sangre. Empujó violentamente la puerta entornada, y lanzó un grito de horror.

Berta, que ya se había lanzado corriendo a su vez al oír el angustioso llamado del padre, oyó el grito y respondió con otro. Pero al precipitarse en la cocina, Mazzini, lívido como la muerte, se interpuso, conteniéndola:

—¡No entres! ¡No entres!

Berta alcanzó a ver el piso inundado de sangre. Sólo pudo echar sus brazos sobre la cabeza y hundirse a lo largo de él con un ronco suspiro.

## EL CIEGO GERONIMO Y SU HERMANO

ARTHUR SCHNITZLER

El ciego Geronimo se levantó del banco y cogió la guitarra, que estaba colocada sobre la mesa, junto al vaso de vino. Había percibido el lejano retumbar del primer carruaje. Tanteó el camino que tan bien conocía hasta llegar a la puerta abierta. Después bajó los estrechos peldaños de madera, que conducían directamente al patio cubierto. Su hermano le siguió, y ambos se colocaron junto a la escalera, con la espalda vuelta contra la pared, para protegerse del frío y húmedo viento que, sobre el suelo sucio y mojado, se colaba por el portón.

Todos los carruajes que tomaban el camino que atraviesa el Stilfserjoch tenían que pasar por debajo del sombrío arco de la posada. Para los viajeros, aquellos que desde Italia querían cruzar por allí hacia el Tirol, era la última parada antes de la subida, aunque la posada no invitaba a quedarse mucho tiempo, pues desde allí la carretera corría, sin grandes vistas, entre elevaciones peladas. El ciego italiano y su hermano Carlo pasaban allí los meses de verano como si estuvieran en su casa.

Entró el correo y poco después los demás carruajes. La mayoría de los viajeros permanecieron sentados, bien envueltos en sus mantas de viaje y en sus abrigos. Algunos bajaron e impacientes anduvieron de un lado a otro entre las puertas. El tiempo era cada vez peor. Una fría lluvia batía contra el suelo. Tras unos cuantos días hermosos, el otoño parecía haberse presentado de improviso y demasiado pronto.

El ciego se puso a cantar, acompañándose con la guitarra. Lo hizo con una voz irregular, a veces repentinamente chillona, como siempre que había bebido. De cuando en cuando, con una expresión de vana súplica, giraba la cabeza hacia arriba, aunque los rasgos de su rostro, con los oscuros cañones de la barba y los labios azulados, permanecían por completo inalterables. Su hermano mayor se encontraba junto a él, sin apenas moverse. Cuando alguien dejaba caer una moneda en el sombrero, daba las gracias inclinando la cabeza y con una rápida ojeada, como perdida, miraba al donante a la cara. Pero enseguida, un poco temeroso, volvía la vista y, como el hermano, contemplaba fijamente el vacío. Era como si sus ojos se avergonzaran de la luz que les estaba permitida y de la que no podían brindar ni un solo rayo al hermano ciego.

—Tráeme vino —ordenó Geronimo.

Y Carlo se fue, obedeciendo como siempre. Mientras subía los escalones, Geronimo empezó a cantar de nuevo. Como ya no escuchaba su propia voz, podía enterarse de lo que ocurría a su alrededor. Ahora percibió dos voces que susurraban muy cerca de él, la de un hombre y la de una mujer, ambos jóvenes. Pensó en la cantidad de veces que aquellos dos habrían hecho ya el mismo camino, arriba y abajo, pues en su ceguera y en su ebriedad a veces le parecía como si día tras día fueran siempre las mismas personas las que atravesaban aquel paso de montaña. Tan pronto desde el norte hacia el sur, como desde el sur hacia el norte. Y así también a aquella joven pareja la conocía desde hacía mucho tiempo.

Carlo bajó y alcanzó a Geronimo un vaso de vino. El ciego lo movió en dirección a la joven pareja y dijo:

—¡A su salud, señores míos!

—Gracias —contestó el muchacho. Pero la joven se lo llevó de allí, pues aquel ciego le resultaba inquietante.

En aquel momento entró un carruaje con un grupo muy bullicioso: el padre, la madre, tres niños y una criada.

—Una familia alemana —informó Geronimo a su hermano en voz baja.

El padre dio a cada niño una moneda, para que cada cual echara la suya en el sombrero del mendigo. Geronimo dio las gracias inclinando la cabeza una y otra vez. El mayor de los chicos miró al ciego a la cara con temerosa curiosidad. Carlo le observó. Siempre que veía a un niño como aquél, no podía evitar pensar que Geronimo tenía precisamente esa edad cuando ocurrió la desgracia que le llevó a perder la vista. Pues aún hoy se acordaba de aquel día, tras casi veinte años, con total precisión. Aún hoy resonaba en sus oídos el agudo grito infantil con el que el pequeño Geronimo se desplomó sobre el césped. Aún hoy veía el sol jugando y enroscándose en el blanco muro del jardín y volvía a escuchar las campanas del domingo, que habían sonado en aquel preciso momento. Había disparado su dardo como tantas otras veces en dirección al fresno que había junto al muro, y cuando escuchó el grito, pensó enseguida que debía de haber herido a su hermano pequeño, que acababa de pasar corriendo. La cerbatana se le escurrió de las manos. Saltó por la ventana hasta el jardín y se inclinó sobre su hermano, que estaba tirado en la hierba, con las manos apretadas contra la cara, gimiendo. Por la mejilla derecha y por el cuello le caía la sangre. En aquel momento, el padre, que volvía del campo, entró por la pequeña puerta del jardín, y ambos se encontraron sin saber qué hacer arrodillados junto al niño que no paraba de gemir. Algunos vecinos llegaron corriendo. El viejo Vanetti fue el primero que consiguió apartar las manos del niño de su rostro. Y llegó también el herrero, con el que Carlo por entonces estaba aprendiendo el oficio y que tenía algunos conocimientos de medicina. Él vio enseguida que el ojo derecho estaba perdido. El médico, que llegó de Poschiavo por la noche, tampoco pudo hacer nada. E incluso les alertó acerca del peligro que amenazaba al otro ojo. Y no se equivocó. Un año después, para Geronimo el mundo se había sumido en la oscuridad. Al principio intentaron hacerle creer que podrían curarle más adelante y él



pareció confiar en ello. Carlo, que sabía la verdad, vagaba día y noche por la carretera, entre los viñedos y por los bosques, y estuvo a punto de suicidarse, pero el religioso al que se confió le hizo ver que su obligación era vivir y dedicar su vida al hermano. Carlo lo comprendió. Le invadió una inmensa piedad. Sólo cuando estaba con el chico ciego, cuando le acariciaba el pelo, cuando podía besarle la frente, contarle historias, cuando le llevaba a pasear por los campos detrás de la casa y por entre los emparados, conseguía mitigar su tormento. Desde el principio dejó de acudir a la herrería, porque no quería separarse del hermano. Después ya no pudo retomar el aprendizaje, a pesar de que su padre, preocupado, le apremió a que lo hiciera. Un buen día Carlo se dio cuenta de que Geronimo había dejado por completo de hablar de su desgracia. Pronto supo por qué: el ciego estaba convencido de que nunca volvería a ver el cielo, las colinas, las calles, las gentes, la luz. Y Carlo sufrió aún más que antes, por mucho que tratara de calmarse con la idea de que si bien él mismo había provocado aquella desgracia, había sido sin querer. Y a veces, cuando muy de mañana contemplaba a su hermano, durmiendo junto a él, le sobrecogía tal miedo de verle despertar que corría hacia el jardín, sólo para no tener que presenciar cómo aquellos ojos muertos parecían buscar cada día la luz que para ellos se había extinguido para siempre. Fue por aquella época cuando a Carlo se le ocurrió que a Geronimo, que tenía una voz agradable, se le podía enseñar música. El maestro de Tola, que subía algún domingo hasta allí, le enseñó a tocar la guitarra. El ciego aún no sabía que aquel arte recién aprendido se habría de convertir en su medio de vida.

Desde aquel triste día de verano la desgracia pareció que se había instalado para siempre en casa del viejo Lagardi. La cosecha se perdió año tras año. La pequeña suma de dinero que el viejo había ahorrado, se la arrebató con engaños un pariente. Y cuando un día de agosto, en mitad del campo, sufrió un ataque de apoplejía y murió, no dejó más que deudas. La pequeña propiedad

fue vendida. Ambos hermanos se encontraron sin techo, en la pobreza, y abandonaron el pueblo.

Carlo tenía veinte años. Geronimo, quince. Entonces comenzó la vida de vagabundeo y mendicidad que habían llevado hasta hoy. Al principio Carlo pensó que podría encontrar algún trabajo con el que alimentarse tanto él como su hermano, pero no lo consiguió. Tampoco Geronimo se sentía a gusto en parte alguna. Siempre quería estar en camino.

Hacía ya veinte años que vagaban por carreteras y pasos de montaña, por el norte de Italia y el sur del Tirol, siempre allí donde el tráfico de viajeros fuera más intenso.

Y a pesar de que a Carlo, después de tantos años, ya no le afligía la angustia punzante que en otro tiempo le inundara con cada rayo de sol o al ver una agradable comarca, le embargaba una firme y amarga compasión, en todo momento y sin que él lo supiera, tan presente como el latido de su corazón o su aliento. Y cuando Geronimo se emborrachaba, él se sentía feliz.

El carruaje con la familia alemana se había marchado. Carlo se sentó, como a él le gustaba, en los últimos peldaños de la escalera. Geronimo en cambio dejó los brazos caídos, colgando, y mantuvo la cabeza vuelta hacia arriba.

Maria, la sirvienta, salió de la posada.

—¿Habéis ganado mucho hoy? —preguntó desde arriba.

Carlo no se volvió. El ciego se inclinó sobre su vaso, lo levantó del suelo y bebió a la salud de Maria, que algunas veces por la noche se sentaba con él en la posada. También él sabía que era bonita.

Carlo se inclinó hacia delante y miró en dirección a la calle. El viento soplaba y la lluvia caía sin cesar, de modo que el retumbar del carruaje que se aproximaba pasó inadvertido entre los fuertes ruidos. Carlo se levantó y tomó de nuevo asiento junto a su hermano.

Geronimo empezó a cantar cuando el carruaje, en el que sólo había un pasajero, ya estaba entrando. El cochero desenganchó

rápidamente los caballos. Después corrió hacia arriba, a la posada. El viajero se quedó un rato sentado en su rincón, envuelto en una gabardina gris. Parecía no oír el canto, pero al cabo de un rato saltó del carruaje y con precipitación corrió de un lado a otro, sin alejarse demasiado. No paraba de frotarse las manos, para entrar en calor. Sólo entonces pareció notar la presencia de los mendigos. Se puso frente a ellos y los examinó largo y tendido. Carlo inclinó levemente la cabeza, como saludando. El viajero era un hombre muy joven, de rostro hermoso y barbilampiño y ojos inquietos. Tras quedarse un buen rato ante los mendigos, volvió a correr hacia el portón, por el que habría de continuar su camino, y, ante la triste vista envuelta en lluvia y niebla, sacudió la cabeza disgustado.

—¿Y bien? —preguntó Geronimo.

—Aún nada —contestó Carlo—. Nos dará algo cuando se marche.

El viajero regresó y se apoyó en el eje del carruaje. El ciego empezó a cantar. De pronto el joven pareció escuchar con gran interés. Apareció el mozo de cuadra y volvió a enganchar los caballos. Sólo entonces, como si acabara de darse cuenta, el joven agarró la bolsa y dio a Carlo una moneda de un franco.

—Oh, gracias, gracias —dijo Carlo.

El viajero se sentó en el carruaje y de nuevo se envolvió en su gabardina. Carlo cogió el vaso del suelo y subió los peldaños de madera. Geronimo siguió cantando. El viajero se inclinó fuera del carruaje y sacudió la cabeza con una expresión al mismo tiempo de superioridad y de tristeza. De repente pareció que se le había ocurrido algo y, sonriendo, le preguntó al ciego, que se encontraba apenas a dos pasos de él:

—¿Cómo te llamas?

—Geronimo.

—Pues bien, Gerónimo, no dejes que te engañen.

En aquel momento, en el peldaño más alto de la escalera apareció el cochero.

—¿Cómo dice, señor? ¿Engañar?

—Sí. A tu compañero le he dado una moneda de veinte francos.

—Oh, señor. ¡Gracias, gracias!

—Sí, de modo que ten cuidado.

—Es mi hermano, señor. Él no me engaña.

El joven se quedó un tanto confuso, pero mientras seguía reflexionando, el cochero había subido ya al pescante y arreó a los caballos. El joven se echó hacia atrás moviendo la cabeza, como queriendo decir: ¡Fatalidad, sigue tu camino! Y el carruaje partió. El ciego hizo vivos gestos de agradecimiento con ambas manos. En aquel momento oyó a Carlo, que venía de la posada y que gritó:

—Ven, Geronimo, aquí arriba hace calor. Maria ha encendido el fuego.

Geronimo inclinó la cabeza en señal de aprobación, cogió la guitarra bajo el brazo y agarrado a la barandilla fue tanteando los escalones. Desde la escalera, chilló:

—¡Déjame tocarla! ¿Hace cuánto que no toco una moneda de oro?

—¿Qué pasa? —preguntó Carlo—. ¿Qué estás diciendo?

Geronimo ya había llegado arriba y con ambas manos cogió la cabeza de su hermano, un gesto con el que siempre trataba de expresar alegría o cariño.

—Carlo, querido hermano. ¡Aún quedan buenas gentes!

—Cierto —dijo Carlo—. Hasta ahora hemos reunido dos liras y treinta céntimos. Y aquí hay también dinero austriaco, probablemente media lira.

—Y veinte francos... ¡Y veinte francos! —gritó Geronimo—. ¡Lo sé!

Se tambaleó por la estancia y se sentó en el banco.

—¿Qué es lo que sabes? —preguntó Carlo.

—¡Déjate de bromas! Dámela. ¿Cuánto hace que no tengo una moneda de oro en la mano?

—¿Qué es lo que quieres? ¿De dónde iba a sacar yo una moneda de oro? Tenemos dos o tres liras.

El ciego golpeó la mesa.

—¡Ya está bien! ¡Ya está bien! ¿Acaso quieres ocultármelo?

Carlo miró a su hermano preocupado y sorprendido. Se sentó junto a él, se acercó mucho y, como apaciguándole, le cogió del brazo:

—No te ocultó nada. ¿Cómo puedes pensar eso? A nadie se le ha ocurrido darme una moneda de oro.

—¡Pero si me lo ha dicho!

—¿Quién?

—El joven que corría de un lado a otro.

—¿Cómo? ¡No te entiendo!

—Es lo que me ha dicho: “¿Cómo te llamas?”. Y después: “Ten cuidado, ¡no dejes que te engañen!”.

—Debes de haberlo soñado, Geronimo. Es absurdo.

—¿Absurdo? Lo he oído, y oigo muy bien. No, no, dijo: “A tu compañero he dado una moneda de veinte francos”.

En aquel momento entró el posadero.

—Bueno, ¿qué pasa con vosotros? ¿Habéis abandonado el negocio? Acaba de entrar un carruaje tirado por cuatro caballos.

—¡Vamos! —gritó Carlo—. ¡Vamos!

Geronimo se quedó sentado.

—¿Por qué? ¿Por qué habría de ir? ¿De qué me sirve? Si tú estarás cerca y...

Carlo le rozó el brazo.

—Calla. ¡Ahora baja!

Geronimo guardó silencio y obedeció a su hermano, pero cuando estaban en la escalera, le dijo:

—¡Ya hablaremos! ¡Ya hablaremos!

Carlo no entendía qué era lo que había pasado. ¿Acaso Geronimo se había vuelto loco de repente? Pues, aunque con facilidad se ponía furioso, hasta ahora nunca había hablado de aquel modo.

En el carruaje que acababa de entrar venían dos ingleses. Carlo levantó el sombrero ante ellos, y el ciego empezó a cantar. Uno de los ingleses se bajó y echó algunas monedas en el sombrero. Carlo le dio las gracias y después, como para sí mismo, dijo:

—Veinte céntimos.

El rostro de Geronimo permaneció impasible. Empezó una nueva canción. Y el carruaje con los dos ingleses se marchó de allí.

Ambos hermanos subieron las escaleras en silencio. Geronimo se sentó en el banco. Y Carlo se quedó de pie junto a la chimenea.

—¿Por qué no hablas? —preguntó Geronimo.

—Pues bien —contestó Carlo—, sólo puede ser como te he dicho. Su voz temblaba un poco.

—¿Qué has dicho? —preguntó Geronimo.

—Tal vez se tratara de un loco.

—¿Un loco? Éso sí que es buena. ¡Si alguien dice “le he dado a tu hermano veinte francos” es que está loco! ¿Y por qué ha dicho? ¿Eh?

—Tal vez no estuviera loco... Pero hay gente que se burla de nosotros, los pobres...

—¡Eh! —gritó Geronimo—. ¿Burlarse? Encima tenías que decir eso. Me lo esperaba.

Y se bebió el vaso de vino que tenía ante él.

—Pero ¡Geronimo! —exclamó Carlo, y se dio cuenta de que estaba tan aturdido que apenas podía hablar—. ¿Por qué habría yo de...? ¿Cómo puedes pensar...?

—¿Por qué te tiembla la voz? ¿Eh? ¿Por qué?

—Geronimo, te aseguro que...

—¡No te creo! Y ahora te ríes, lo sé, te estás riendo.

El mozo llamó desde abajo:

—¡Eh, ciego!, ha llegado gente.

Maquinalmente, los hermanos se levantaron y bajaron las escaleras. Acababan de llegar dos carruajes. Uno con tres caballe-

ros. El otro con un matrimonio mayor. Geronimo se puso a cantar. Carlo estaba junto a él, desconcertado. ¿Qué podía hacer? ¿Su hermano no le creía! ¿Cómo era posible? Y angustiado observó a Geronimo, quien con voz quebrada cantaba sus melodías. Le pareció que por aquella frente pasaban en desbandada unas ideas que hasta entonces él nunca había sospechado que pudiera albergar.

Los carruajes ya se habían ido, pero Geronimo seguía cantando. Carlo no se atrevió a interrumpirle. No sabía qué decir. Temía que su voz volviera a temblar. En aquel momento se oyó una risa allá arriba y María gritó:

—¿Qué haces cantando aún? Yo no te voy a dar nada.

Geronimo se detuvo en mitad de una melodía. Sonó como si su voz y las cuerdas se hubieran roto al mismo tiempo. Después volvió a subir las escaleras, y Carlo le siguió. En la posada se sentó junto a él. ¿Qué debía hacer? No le quedaba más remedio: tenía que volver a intentarlo y aclarárselo.

—Geronimo —dijo—, te juro... Piénsalo, Geronimo, ¿cómo puedes creer que yo...?

Geronimo guardó silencio. Sus ojos ciegos parecían contemplar la niebla gris a través de la ventana. Carlo siguió hablando:

—Está bien, no tiene por qué ser un loco. Se habrá equivocado... Sí, se ha equivocado.

Pero se dio cuenta de que ni él mismo creía lo que estaba diciendo.

Geronimo, impaciente, se apartó, pero Carlo siguió hablando, con repentina animación:

—¿Por qué habría yo...? Sabes muy bien que ni como ni bebo más que tú, y que si me compro una chaqueta nueva... Pero si lo sabes... ¿Para qué iba yo a querer tanto dinero? ¿Qué iba yo a hacer con él?

Geronimo apretó los dientes, echándolos hacia delante:

—¡No mientas! Sé que mientes.

—¡No miento, Geronimo, no miento! —replicó Carlo asustado.

—Se lo has dado ya a ella, ¿eh? ¿O se lo vas a dar luego? —gritó Geronimo.

—¿A María?

—¿A quién si no? ¿Eh, mentiroso? ¡Ladrón!

Y como si no quisiera seguir sentado a la mesa junto a él, le dio con el codo en el costado.

Carlo se puso en pie. Primero miró a su hermano, después abandonó la estancia y por las escaleras bajó al patio. Con los ojos muy abiertos contempló la carretera, que se hundía ante él entre la parda niebla. La lluvia había cesado. Metió las manos en los bolsillos del pantalón y salió a tomar el aire. Le pareció como si su hermano le hubiera echado de allí. ¿Qué es lo que había ocurrido? Seguía sin comprenderlo. ¿Qué tipo de persona haría eso? Dar un franco y decir que eran veinte. ¡Debía tener algún motivo para hacerlo! Y Carlo buscó en su memoria si en algún lugar se había ganado algún enemigo, alguien que hubiera podido enviar a otro para vengarse... Pero, hasta donde podía recordar, jamás había ofendido a nadie, nunca había tenido una seria disputa con nadie. Desde hacía veinte años no había hecho otra cosa más que andar de patio en patio o al borde de los caminos con el sombrero en la mano... ¿Habría alguien que le guardara rencor por una mujer? Pero cuánto hacía que no tenía nada que ver con ninguna... La camarera de La Rosa había sido la última, la primavera pasada... Pero estaba seguro de que nadie le envidiaría por ella... ¡No había quien lo entendiera! ¿Cómo era realmente la gente de allá fuera, en el mundo que él no conocía? Venían de todas partes... ¿Qué sabía él de ellos? Para aquel extraño, lo que le había dicho a Geronimo debía de tener algún significado: “A tu compañero le he dado una moneda de veinte francos...” Pues bien... Y ahora, ¿qué iba a hacer? Estaba claro que Geronimo no se fiaba de él. Y eso no podía soportarlo. Tenía que hacer algo... Volvió corriendo.

Cuando entró de nuevo en la fonda, Geronimo, que se había tumbado sobre el banco, no pareció percatarse de su llegada. María llevó de comer y de beber para los dos. Durante la comida no pronunciaron una sola palabra. Y cuando María recogió los platos, Geronimo de pronto se rió y le dijo:

—¿Qué te vas a comprar?

—¿Con qué?

—¡Vamos! ¿Una falda nueva? ¿O unos pendientes?

—Pero ¿qué es lo que quiere de mí? —pregunto ella, volviéndose hacia Carlo.

Entretanto en el patio retumbaron varios carros de carga. Llegaron fuertes voces y Maria se apresuró a bajar. Al cabo de un par de minutos subieron tres carreteros y se sentaron a una mesa. El posadero se acercó a ellos y les saludó. Ellos maldijeron el mal tiempo.

—Esta noche vais a tener nieve —dijo uno.

El segundo contó que hacía diez años, en el Joch, la nieve le había cubierto en pleno mes de agosto y que había estado a punto de morir congelado. Maria se sentó con ellos. También se acercó el mozo y se interesó por sus padres, que vivían abajo, en Bormio.

En aquel momento llegó otro carruaje con viajeros. Geronimo y Carlo bajaron. Geronimo cantó. Carlo tendió el sombrero y los viajeros dieron sus limosnas. Geronimo ahora parecía muy tranquilo. De cuando en cuando preguntaba:

—¿Cuánto? —Y a las respuestas de Carlo asentía ligeramente con la cabeza. Entretanto, Carlo trató de ordenar sus ideas, pero tenía la vaga impresión de que había sucedido algo terrible y de que estaba totalmente indefenso.

Mientras los hermanos volvían a subir las escaleras, oyeron cómo allá arriba los carreteros hablaban a la vez desordenadamente y se reían. Al entrar, el más joven le espetó a Geronimo:

—Cántanos también algo a nosotros. Vamos a pagar. —Y dirigiéndose al resto, añadió—: ¿Verdad?

Maria, que en aquel momento entraba con una botella de vino tinto, dijo:

—No os metáis con él. Está de mal humor.

Por toda respuesta, Geronimo se plantó en mitad de la estancia y empezó a cantar. Cuando terminó, los carreteros aplaudieron.

—¡Ven aquí, Carlo! —gritó uno—. Queremos echarte las monedas en el sombrero, como la gente de ahí abajo.

Cogió una pequeña moneda y la mantuvo en alto, como para dejarla caer en el sombrero que Carlo le alcanzó, pero el ciego agarró el brazo del carretero y dijo:

—Mejor a mí. ¡Mejor a mí! Podría caer fuera.

—¿Cómo que fuera?

—Eh, pues... ¡Entre las piernas de Maria!

Todos rieron. También el posadero y Maria. Sólo Carlo se quedó rígido. Geronimo jamás había hecho semejantes bromas...

—Siéntate con nosotros —exclamaron los carreteros—. Eres un tipo divertido.

Y se arrimaron unos a otros para hacerle sitio. Todos hablaban al tiempo, cada vez más alto y con mayor desorden. Geronimo hablaba también, más fuerte y más alegre que nunca, y no paró de beber. Cuando Maria volvió a entrar, quiso atraerla hacia él. Uno de los carreteros le dijo, riendo:

—¡De verdad crees que es bonita? Si es una vieja horrible...

Pero el ciego atrajo a Maria hacia su regazo.

—Sois todos idiotas —dijo—. ¿Creéis que necesito ojos para ver? También se dónde está Carlo ahora... Ahí, junto a la chimenea. Está ahí, con las manos en los bolsillos del pantalón, riendo.

Todos miraron a Carlo que, en efecto, apoyado en la chimenea y con la boca abierta, torcía en aquel momento la cara, sonriendo de lado, como si no quisiera desmentir lo que su hermano había dicho.

Entró el mozo. Si los señores querían llegar a Bormio antes de que anocheciera, tenían que darse prisa. Los carreteros se pusieron en pie y se despidieron con gran alboroto. Ambos hermanos se encontraban de nuevo solos en la posada. Era la hora en la que por lo general solían irse a dormir. Toda la posada se hundió en el silencio, como ocurría siempre durante las primeras horas de la tarde. Geronimo, con la cabeza sobre la mesa, parecía dormir. Carlo caminó al principio de un lado a otro. Después se sentó en

el banco. Estaba muy cansado. Le pareció que se encontraba atrapado en una pesadilla. Tenía que pensar en todo, en el día de ayer, en el de antes de ayer y en todos los demás, en especial en los cálidos días del verano y en las blancas carreteras por las que solía caminar con Geronimo. Y todo parecía tan lejano e inconcebible como si nunca hubiera sucedido.

A última hora de la tarde llegó el correo del Tirol y, poco después, a pequeños intervalos, algunos carruajes que tomaron el mismo camino hacia el sur. Los hermanos tuvieron que volver aún en cuatro ocasiones al patio. Cuando bajaron por última vez, había empezado a oscurecer y la lamparilla de aceite, que colgaba de las vigas del techo, parpadeaba. Llegaron unos trabajadores de una cercana cantera, que habían levantado sus cabañas de madera a unos doscientos metros de la posada. Geronimo se sentó con ellos. Carlo se quedó solo en su mesa. Le pareció que su soledad duraba ya mucho. Oyó cómo Geronimo en voz muy alta, casi gritando, contaba cosas de su niñez: que aún se acordaba muy bien de todo aquello que había visto con sus ojos, personas y objetos. De cómo trabajaba su padre en el campo. Del pequeño jardín con el fresno junto al muro. De la humilde casucha que tenían. De las dos pequeñas hijas del zapatero. Del viñedo detrás de la iglesia. Sí, y de su propio rostro de niño, reflejado en el espejo. Cuántas veces había escuchado Carlo todo aquello. Pero ahora no podía soportarlo. Sonaba diferente. Cada palabra que pronunciaba Geronimo, adquiría un significado nuevo y a Carlo le parecía que iba dirigida contra él. Se fue de allí sin hacer ruido y de nuevo salió a la carretera, ahora completamente a oscuras. La lluvia había cesado. El aire era muy frío y la idea de seguir caminando, cada vez más lejos, hundiéndose en las tinieblas, de tumbarse tal vez en algún lugar de la cuneta y dormirse, casi le pareció tentadora.

De pronto escuchó el retumbar de un carruaje y vio el resplandor de dos faros, acercándose cada vez más. En el interior del carruaje, que pasó junto a él, había dos hombres. Uno de ellos, de

rostro delgado y sin barba, se sobresaltó cuando la figura de Carlo surgió en medio de las tinieblas iluminada por los faros. Carlo, que se había quedado de pie, alzó el sombrero. El carruaje y las luces desaparecieron. Carlo se encontraba de nuevo en la más profunda oscuridad. De pronto se asustó. Por primera vez en su vida, la oscuridad le daba miedo. Y le pareció que no podría soportarla ni un minuto más. De un modo extraño, los escalofríos que sentía por sí mismo se mezclaron en sus embotados sentidos con una atormentadora compasión hacia el hermano ciego y le llevaron a volver corriendo a casa.

Cuando entró en la posada, vio a los dos viajeros que acababan de pasar ante él, sentados a una mesa, tomando una botella de vino tinto y hablando con vehemencia entre sí. Apenas levantaron la vista cuando él entró.

En la otra mesa Geronimo seguía sentado entre los trabajadores.

—¿Dónde te metes, Carlo? —le preguntó el posadero, ya en la puerta—. ¿Por qué dejas solo a tu hermano?

—¿Qué pasa? —preguntó Carlo asustado.

—Geronimo convida a esas gentes. A mí me da lo mismo, pero deberías pensar que pronto vendrán malos tiempos.

Carlo se acercó rápidamente a su hermano y le cogió por el brazo.

—¡Ven!

—¿Qué quieres? —gritó Geronimo.

—Ven a dormir —dijo Carlo.

—¡Déjame! ¡Déjame! Yo gano el dinero y puedo hacer con él lo que quiera... No puedes embolsártelo todo. Vosotros crearéis que me lo da todo. ¡Pues no! Yo soy ciego. Pero hay personas... Hay personas buenas que me dicen: "A tu compañero le he dado una moneda veinte francos".

Los obreros se rieron a carcajadas.

—Ya basta —dijo Carlo—. ¡Vamos!

Y tiró del hermano, arrastrándolo escaleras arriba, hasta el pobre desván en el que dormían. Por el camino, Geronimo iba gritando:

—Sí, al fin ha llegado el día. Sí, ahora lo sé. Esperad. ¿Dónde está ella? ¿Dónde está Maria? ¿O se lo metes en la hucha? ¡Eh! Yo canto para ti. Toco la guitarra para ti. Vives de mí. ¡Eres un ladrón!

Geronimo cayó sobre el jergón de paja.

Desde el pasillo entraba un débil resplandor. Al otro lado, la puerta del único cuarto de huéspedes que había en la posada estaba abierta. Maria estaba preparando las camas para la noche. Carlo se paró frente a su hermano y le contempló allí tirado, con el rostro embotado, los labios azules, el cabello húmedo pegado a la frente, con aspecto de tener muchos más años de los que tenía. Y poco a poco empezó a comprender. La desconfianza del ciego no podía ser cosa de hoy. Hacía mucho que debía de estar en él, latente, esperando la ocasión, pues tal vez le había faltado el valor para expresarla. Todo lo que Carlo hiciera por él había sido en vano. En vano, el remordimiento. En vano, el sacrificio de toda su vida. ¿Qué podía hacer? ¿Debía seguir día tras día, quién sabe aún por cuánto tiempo, guiándole a través de la noche eterna, atendándole, pidiendo limosna para él, sin más recompensa que la desconfianza y el oprobio? Si su hermano le tenía por un ladrón, cualquier extraño podía hacer lo mismo o algo peor. En verdad, dejarle solo, separarse para siempre de él, sería lo más inteligente. Entonces Geronimo tendría que darse cuenta de lo injusto que había sido, pues vería lo que es ser engañado y que a uno le roben, estar solo y en la miseria. Pero ¿qué haría él? Bueno, aún no era muy mayor. Si estuviera solo, podría empezar algo. Por lo menos de criado podía encontrar empleo en cualquier sitio.

Pero mientras estas ideas rondaban por su cabeza, sus ojos seguían fijos en su hermano. Y de pronto le vio ante él, solo, al borde de una carretera iluminada por el sol, sentado en una piedra, con los ojos abiertos, blancos, mirando fijamente al cielo, que

no podía cegarle, y tanteando con las manos la noche que siempre le rodeaba. Y sintió que, igual que el ciego no tenía a nadie más que a él en el mundo, tampoco él tenía a nadie más que a aquel hermano. Comprendió que el amor que sentía por Geronimo era lo único que llenaba su vida. Y por primera vez supo con toda claridad que solamente el creer que el ciego correspondía a aquel amor y que le había perdonado era lo que le había permitido sobrellevar con tanta paciencia aquella desgracia. Ni una sola vez había renunciado a aquella esperanza. Sintió que tenía tanta necesidad de su hermano como su hermano de él. No podía, no quería abandonarle. Tendría que soportar la desconfianza o bien encontrar un medio para convencer al ciego de lo infundado de su sospecha... Sí, si pudiera conseguir de algún modo una moneda de oro. Así por la mañana temprano podría decirle al ciego: “Sólo la había guardado para que no te la gastaras bebiendo con los trabajadores, para que la gente no te la robara”. O alguna otra cosa...

Oyó unos pasos que se acercaban por las escaleras. Los viajeros se iban a descansar. De pronto cruzó por su cabeza la idea de tocar a la puerta de aquellos desconocidos, contarles toda la verdad del incidente que se había producido hoy y pedirles los veinte francos. Pero enseguida supo que era del todo inútil. No le creerían una sola palabra. Y entonces recordó lo mucho que se había sobresaltado uno de ellos, pálido y sobrecogido, cuando él había surgido en medio de la oscuridad delante del carruaje.

Se tendió en el jergón de paja. La habitación estaba muy oscura. Escuchó cómo los trabajadores hablaban en voz muy alta y cómo con paso torpe bajaban las escaleras de madera. Poco después cerraban las dos puertas. El criado aún subió y bajó una vez más. Después todo quedó en silencio. Carlo ya sólo oía los ronquidos de Geronimo. Pronto sus pensamientos se confundieron con los primeros sueños. Cuando se despertó, a su alrededor aún reinaba una profunda oscuridad. Buscó el lugar en el que se encontraba la ventana. Si forzaba la vista, allí en medio de la

impenetrable negrura podía distinguir un rectángulo de color gris. Geronimo aún dormía el pesado sueño del borracho. Y Carlo pensó en el día de mañana. Y sintió un escalofrío. Pensó en la noche que seguiría a aquel día. Y en el día después de aquella noche. En el futuro que se abría ante él. Y le aterrorizó la soledad que le esperaba. ¿Por qué por la noche no había sido más valiente? ¿Por qué no había acudido a los desconocidos para pedirles los veinte francos? Tal vez hubieran tenido compasión de él. Y sin embargo... Tal vez fuera mejor que no se los hubiera perdido. Sí. ¿Por qué era mejor? Se incorporó bruscamente y sintió su corazón latiendo con fuerza. Sabía por qué era mejor. Si le hubieran rechazado, les habría parecido sospechoso. Pero así... Miró la mancha gris, que empezó a brillar débilmente. Aquello que contra su voluntad le rondaba por la cabeza era imposible. Era por completo imposible... La puerta al otro lado estaba cerrada. Y además... ¿Podían despertarse! Sí, allí, la mancha gris que brillaba en medio de la oscuridad era el nuevo día...

Carlo se levantó, como si le arrastraran hacia allí, y rozó con la frente el frío cristal. ¿Por qué se había levantado? ¿Para pensar? ¿Para intentarlo? ¿El qué? Si era imposible... Y además era un delito. ¿Un delito? ¿Qué representaban veinte francos para aquellas gentes que por placer viajaban miles de kilómetros? Ni siquiera se darían cuenta de que les faltaban. Fue hacia la puerta y la abrió sin hacer ruido. Enfrente estaba la otra, sólo a dos pasos, cerrada. De un clavo en un pilar colgaban algunas prendas. Carlo pasó la mano por encima... Sí, si aquellas gentes hubieran dejado su dinero en algún bolsillo, entonces la vida sería muy sencilla, pronto nadie tendría que seguir mendigando... Pero los bolsillos estaban vacíos. Así que, ¿qué quedaba? Vuelta al cuarto, al jergón. Aunque tal vez hubiera un modo mejor de hacerse con veinte francos... Uno menos peligroso y más justo. Si cada vez se reservaba unos cuantos céntimos de las limosnas hasta reunir veinte francos, y después compraba la moneda de oro... Pero ¿cuánto podía durar aquello...? Meses, tal vez un año. ¡Ah, si tuviera valor! Otra vez

estaba en el pasillo. Miró la puerta de enfrente... ¿Qué era aquella rendija que desde el techo llegaba en línea recta hasta el suelo? ¿Era posible? La puerta sólo estaba entornada, no cerrada con llave... ¿Por qué se extrañaba? Hacía meses que la puerta no se podía cerrar. ¿Y para qué? Recordó que durante todo el verano sólo en tres ocasiones se había quedado gente a dormir. Dos veces, unos menstrales. Una, un turista que se había herido en un pie. La puerta no cerraba. Y él ahora sólo necesitaba valor... Sí, ¡y suerte! ¿Valor? Lo peor que podía pasarle era que aquellos dos se despertaran. Y en ese caso, siempre cabía inventarse una excusa. Se asoma por la rendija a la habitación. Aún está tan oscuro que sólo puede apreciar los contornos de dos figuras echadas en las camas. Escucha atentamente: su respiración es tranquila y regular. Carlo abre un poco la puerta y con los pies descalzos se mete en el cuarto sin hacer un solo ruido. Las dos camas se encuentran a lo largo de la misma pared frente a la ventana. En medio de la habitación hay una mesa. Carlo se cuela hasta allí. Recorre la superficie con una mano y palpa un llavero, un cortaplumas, un pequeño libro... Nada más. Pero, claro, ¿cómo podía creer que iban a dejar el dinero encima de la mesa? Ah, ya puede marcharse... Y, sin embargo, tal vez sólo necesite una feliz coincidencia y lo habrá conseguido... Se acerca a la cama que se encuentra junto a la puerta. Ahí, en la silla, hay algo... Lo palpa. Es un revólver... Carlo se encoge... ¿No sería mejor quedárselo? Pues, ¿por qué tendría aquel hombre el revólver allí listo? Si se despier-ta y le ve... Pero, no, en ese caso diría: "Son las tres, señor. ¡Arriba!". Y deja el revólver en su sitio. Pero se cuela hasta el fondo de la habitación. Allí, sobre la otra silla, bajo la ropa interior... ¡Dios! Eso es... Una bolsa. ¡La tiene en la mano! En ese momento oye un ligero ruido. Con un rápido movimiento se tumba a los pies de la cama... Otra vez ese ruido una pesada respiración, un carraspeo. Después, de nuevo el silencio. Un silencio profundo. Carlo se queda en el suelo, con la bolsa en la mano, y espera. No se mueve. La penumbra se va aclarando en la habitación. Carlo no se atreve



a levantarse, se arrastra por el suelo hacia la puerta, que está lo suficientemente abierta como para dejarle pasar. Sigue arrastrándose por el pasillo y sólo allí se levanta lentamente, con un profundo suspiro. Abre la bolsa. Tiene tres compartimentos. A la izquierda y a la derecha, sólo pequeñas monedas de plata. Carlo abre la parte del centro, cerrada con un pasador, y palpa tres monedas de veinte francos. Por un momento piensa coger dos, pero rápidamente aparta esa tentación, extrae tan sólo una moneda de oro y cierra la bolsa. Después se agacha, mira por la rendija hacia el interior de la habitación, en la que vuelve a reinar un completo silencio, y da un empujón a la bolsa, de modo que se deslice bajo la segunda cama. Cuando el forastero se levante, creerá que se le ha caído de la silla. Carlo se levanta lentamente. Entonces el suelo emite un leve crujido. Y en el mismo momento oye una voz desde dentro que dice:

—¿Qué pasa? ¿Qué es lo que pasa?

Rápidamente Carlo retrocede dos pasos, conteniendo la respiración, y se escurre en su propio cuarto. Está a salvo y acecha el silencio... Una vez más la cama cruje al otro lado. Después, todo queda en silencio. Entre sus dedos sujeta la moneda de oro. ¡Lo ha conseguido! Tiene los veinte francos y puede decirle a su hermano: “¿Ves como no soy ningún ladrón?”. Y hoy mismo se pondrán en camino. Hacia el sur, hacia Bormio. Después seguirán por Veitlin... Después hacia Tirano, Edole, Breno. Hacia el lago de Iseo, como el año pasado... Eso en modo alguno resultará sospechoso. Él mismo le dijo anteayer al posadero: “En un par de días nos iremos para abajo”.

La claridad es cada vez mayor. Toda la habitación está envuelta en una penumbra gris. ¡Ah, si Geronimo se despertara pronto! Temprano se camina tan bien... Antes de que salga el sol se marcharán. Dar los buenos días al posadero, al criado y a Maria, y después lejos, lejos... Y cuando lleven dos horas de camino, cerca del valle, se lo dirá a Geronimo.

Geronimo se despereza y se estira. Carlo le llama:

—¡Geronimo !

—Pero ¿qué pasa? —pregunta Geronimo y, apoyándose en ambas manos, se sienta.

—Geronimo, tenemos que levantarnos.

—¿Por qué?

Y Geronimo dirige los ojos muertos hacia su hermano. Carlo se da cuenta de que Geronimo acaba de acordarse del incidente de ayer, pero sabe también que no dirá una sola palabra sobre ello, no hasta que esté de nuevo borracho.

—Hace frío, Geronimo, tenemos que irnos. Y el tiempo ya no va a mejorar. He pensado que es mejor que nos vayamos. A mediodía podemos estar en Boladore.

Geronimo se levantó. Se percibían los ruidos de la casa, que también despertaba. Abajo, en el patio, el posadero hablaba con el mozo. Carlo se irguió y se dispuso a bajar. Él siempre se levantaba muy temprano y al alba salía ya a la calle. Se acercó al posadero y le dijo:

—Tenemos que despedirnos.

—Ah, pero, ¿os vais hoy? —preguntó el posadero.

—Sí. Hace ya demasiado frío y cuando se queda uno en el patio el viento se cuela dentro.

—Pues si bajas hacia Bormio, saluda de mi parte a Baldetti. Que no se olvide de enviarme el aceite.

—Sí, le saludaré. Por cierto... El alojamiento de esta noche. —Y echó mano a la bolsa.

—Déjalo, Carlo —dijo el posadero—. Los veinte céntimos se los regalo a tu hermano. Yo también le he escuchado tocar. Buenos días.

—Gracias —dijo Carlo—. Y, por cierto, tampoco tenemos tanta prisa. Aún te veremos cuando vuelvas de las cabañas. Bormio sigue estando en el mismo sitio, ¿no es cierto?

Se rió y subió las escaleras. Geronimo se encontraba en mitad de la habitación.

—Bueno, ya estoy listo.

–Enseguida –dijo Carlo.

De una vieja cómoda, en un rincón del cuarto, cogió sus pocas pertenencias y las empacó en un hatillo. Después comentó:

–Hermoso día, aunque muy frío.

–Lo sé –dijo Geronimo.

Y ambos abandonaron la habitación.

–No hagas ruido –advirtió Carlo–. Ahí duermen los dos que llegaron ayer por la noche.

Con cuidado bajaron las escaleras.

–El posadero te manda saludos –dijo Carlo–. Nos ha regalado los veinte céntimos de esta noche. Ya está fuera, en las cabañas, y no regresará hasta dentro de dos horas. Hasta el año que viene no volveremos a verle.

Geronimo no contestó. Salieron a la carretera, que se abría ante ellos bajo la luz del amanecer. Carlo agarró el brazo izquierdo de su hermano, y ambos caminaron en silencio hacia el valle. No tardaron mucho en llegar al punto en el que la carretera empezaba a discurrir en amplias curvas. La niebla subía hacia lo alto, a su encuentro, y sobre ellos parecía que las nubes se habían tragado las cimas de las montañas. Carlo pensó: “Ahora se lo diré”.

Pero no dijo una sola palabra, sino que sacó la moneda de oro de la bolsa y se la pasó a su hermano. Geronimo la cogió entre los dedos de la mano derecha, se la llevó después a la mejilla y a la frente. Por fin asintió.

–Lo sabía –dijo.

–Vaya –contestó Carlo, y miró a Geronimo con extrañeza.

–Aun cuando no me lo hubiera dicho el forastero, lo habría sabido.

–Vaya –dijo Carlo desconcertado–. Pero comprendes por qué allá arriba, delante de los demás... Temía que lo soltaras todo de una vez... Y mira, Geronimo, ya es hora de que, he pensado que podías comprarte una chaqueta nueva. Y una camisa. Y también zapatos, creo. Por eso he...

El ciego sacudía con fuerza la cabeza.

–¿Para qué? –Y con una mano se estiró la chaqueta–. Está bien. Abriga bastante. Ahora vamos hacia el sur.

Carlo no cayó en la cuenta de que Geronimo no parecía alegrarse en absoluto, de que no se disculpaba. Y siguió hablando.

–Geronimo, ¿acaso no hice bien? ¿Por qué no te alegras? Lo tenemos, ¿no es cierto? Ahora lo tenemos todo. Si te lo hubiera dicho allá arriba, ¿quién sabe! Oh, es mejor que no te lo haya dicho... ¡Seguro!

En aquel momento Geronimo se puso a gritar.

–¡Deja de mentir, Carlo! ¡Estoy harto!

Carlo se detuvo y soltó el brazo de su hermano.

–No miento.

–Sé muy bien que mientes. ¡Siempre mientes! Has mentido ya cientos de veces. También esto querías quedártelo para ti, pero te ha dado miedo. ¡Eso es!

Carlo bajó la cabeza y no contestó. Volvió a coger al ciego por el brazo y siguió caminando con él. Le dolía que Geronimo hablara de aquella forma. Pero lo que en el fondo le sorprendía era no estar triste.

La niebla se abrió. Tras un largo silencio, Geronimo habló:

–Va a hacer calor.

Lo dijo con indiferencia, con naturalidad, como lo había hecho ya cientos de veces. Y Carlo en aquel momento sintió que para Geronimo nada había cambiado. Para Geronimo él siempre había sido un ladrón.

–¿Tienes hambre? –preguntó.

Geronimo asintió con la cabeza, al tiempo que sacaba un pedazo de queso y un poco de pan del bolsillo de su chaqueta y se ponía a comer. Siguieron adelante.

El correo de Bormio les salió al encuentro. Y el cochero les gritó:

–¿Ya aquí abajo?

Después pasaron otros carruajes. Todos iban hacia arriba.

–El aire del valle –dijo Geronimo. Y en el mismo momento, tras un rápido giro, Veitlin se hallaba a sus pies.

“Es verdad... Nada ha cambiado”, pensó Carlo.

Ahora he robado por él... y también eso ha sido en balde.

La niebla era cada vez menos espesa. El resplandor del sol abría en ella agujeros. Y Carlo pensó: “Tal vez no fuera lo más inteligente dejar laposada dan deprisa... La bolsa está debajo de la cama, lo que en cualquier caso resulta sospechoso...” Pero todo aquello le daba igual. ¿Qué más podía pasarle? Su hermano, al que él le había arruinado la luz de los ojos, estaba convencido de que él le había robado. Y hacía ya muchos años que lo creía. Y siempre lo creería... ¿Qué más podía ocurrirle?

Allá abajo se encontraba el gran hotel, blanco, bañado en la luz de la mañana. Y más abajo, donde el valle empezaba a ensancharse, yacía el pueblo. En silencio continuaron su camino. La mano de Carlo seguía en el brazo del ciego. Atravesaron el parque del hotel. Y Carlo vio a los clientes sentados en la terraza con sus luminosos trajes de verano, tomando el desayuno.

–¿Dónde quieres que paremos? –preguntó Carlo.

–Pues, en el Adler, como siempre.

Al llegar al final del pueblo, entraron en la pequeña posada. Se sentaron en la taberna y se dejaron invitar a un vino.

–¿Qué hacéis tan pronto aquí con nosotros? –preguntó el posadero.

A Carlo la pregunta le asustó un poco.

–¿Es que es tan pronto? El diez o el once de septiembre, ¿no?

–El año pasado bajasteis mucho más tarde.

–Hace tanto frío arriba –dijo Carlo–. Esta noche nos hemos helado. Ah, y tenía que decirte que no te olvides de enviarles el aceite.

La taberna estaba mal ventilada y el ambiente allí dentro era sofocante. A Carlo le invadió una extraña inquietud. Quería vol-

ver al aire libre, a la carretera que llevaba lejos, a Tirano, a Edole, al lago de Iseo, a cualquier parte. De pronto se levantó.

–¿Nos vamos? –preguntó Geronimo.

–Tenemos que estar hoy al mediodía en Boladore. En El Cierro los carruajes paran al mediodía. Es un buen lugar.

Y se marcharon. El peluquero Benozzi había salido a fumar a la puerta de su establecimiento.

–Buenos días –les dijo–. ¿Qué tal por allá arriba? Esta noche ha tenido que nevar.

–Sí, sí –contestó Carlo y apretó el paso.

El pueblo había quedado atrás. La carretera se extendía blanca entre praderas y viñedos, a lo largo del estruendoso río. El cielo estaba azul, tranquilo. “¿Por qué lo habré hecho?”, pensó Carlo. Miró al ciego de reojo. Y le pareció que avanzaba con una pesada carga, una carga que nunca podría quitarse de los hombros, y que podía ver la noche por la que Geronimo marchaba a su lado, mientras el sol brillaba sobre todos los caminos.

Y siguieron caminando, caminando. Caminaron durante horas. De cuando en cuando Geronimo se sentaba sobre un mojón. Otras veces se apoyaban los dos en el parapeto de un puente, para descansar. De nuevo atravesaron un pueblo. Delante de la posada había unos cuantos carruajes. Los viajeros se habían bajado y caminaban de un lado a otro. Pero los dos mendigos no se quedaron. Continuaron por la carretera vacía. El sol estaba cada vez más alto. Debía de ser cerca de mediodía. Era un día como cualquier otro.

–La torre de Boladore –dijo Geronimo.

Carlo levantó la vista. Le sorprendió la exactitud con la que Geronimo podía calcular las distancias. Era cierto. La torre de Boladore apareció en el horizonte. Desde bastante lejos alguien venía a su encuentro. A Carlo le pareció que se hallaba sentado en el camino y que se había levantado de pronto. La figura se acercó. Entonces Carlo vio que se trataba de un gendarme, uno de aquellos que tan a menudo encontraban por la carretera. No obstante,

Carlo sintió un ligero estremecimiento. Pero cuando el hombre estaba más cerca, le reconoció y se tranquilizó. Era Pietro Tenelli. En el mes de mayo los dos mendigos habían pasado unas horas con él en la posada de los Raggazzi en Morignone. Les había contado una historia espeluznante de cómo en una ocasión un vagabundo había estado a punto de apuñalarle.

—Alguien se ha parado —observó Geronimo.

—Tenelli, el gendarme —dijo Carlo.

Habían llegado ya a su altura.

—Buenos días, señor Tenelli —saludó Carlo y se paró junto a él.

—El caso es que —dijo el gendarme— como medida preventiva he de llevaros a los dos al puesto de guardia de Boladore.

—¡Eh! —gritó el ciego.

Carlo empalideció. “¿Cómo es posible?”, pensó. “Pero no puede tratarse de eso. Aquí debajo aún no pueden saberlo.”

—Parece vuestro camino —dijo el gendarme riendo—. No os importará acompañarme.

—¿Por qué no dices nada, Carlo? —preguntó Geronimo.

—Oh, sí, yo... Le ruego, señor gendarme, ¿cómo es posible? ¿Qué hemos podido...? Mejor dicho, ¿qué he podido yo...? La verdad, no sé...

—La cosa es así. Tal vez seas inocente. Yo qué sé. En cualquier caso, hemos recibido una orden telegráfica por la que debemos deteneros, porque sois sospechosos, altamente sospechosos de haber robado dinero a unas personas allá arriba. Bueno, también es posible que seáis inocentes. Así que, ¡adelante!

—¿Por qué no dices nada, Carlo? —preguntó Geronimo.

—Sí, digo, oh, sí, digo...

—¡Venga, vamos de una vez! No tiene ningún sentido que nos quedemos en la carretera. El sol abrasa. En una hora habremos llegado. ¡Andando!

Carlo rozó el brazo de Geronimo, como siempre. Y así continuaron su camino lentamente, con el gendarme tras ellos.

—Carlo, ¿por qué no dices nada? —volvió a preguntar Geronimo.

—Pero ¿qué quieres, Geronimo? ¿Qué puedo decir? Todo se aclarará. Yo mismo no sé...

Y se puso a pensar: “¿Debo explicárselo antes de que nos lleven ante el tribunal? No puede ser. El gendarme puede oírnos... y ¿qué más da?, si voy a decir la verdad ante el tribunal. ‘Señor juez’, diré, ‘no es un robo como otro cualquiera. En realidad sucedió así...’”. Y se esforzaba por encontrar las palabras con las que exponer el asunto ante el tribunal de manera clara y comprensible. “Ayer un hombre cruzó el paso... Debía de ser un loro... Tal vez únicamente se equivocó... Y ese hombre...”

Pero ¿qué absurdo! ¿Quién lo iba a creer? Y tampoco le dejarían hablar durante tanto tiempo. Nadie puede creer una historia tan tonta. Ni siquiera Geronimo la había creído... Le miró de reojo. Mientras caminaba, la cabeza del ciego se movía, siguiendo una vieja costumbre, como al compás, arriba y abajo, pero el rostro estaba rígido. Y los ojos vacíos se clavaban en el aire.

Y Carlo supo de pronto qué clase de ideas pasaban por aquella cabeza... “De modo que así están las cosas”, debía de estar pensando Geronimo. Sí, eso pensaba Geronimo, seguro... “Y por otro lado, el hecho de que no me encuentren ningún dinero no me servirá de nada... Ni ante el tribunal, ni ante Geronimo. Me encerrarán. Y a él... Sí, a él igual que a mí, pues él es quien tiene la moneda”. Y no pudo seguir pensando, se sentía muy confundido. Le pareció que ya no entendía absolutamente nada de todo el asunto. Sólo sabía una cosa: que con gusto se dejaría encerrar por un año... O diez. Si al menos Geronimo supiera que sólo por él se había convertido en un ladrón.

De pronto Geronimo se detuvo, con lo que también Carlo tuvo que parar.

—Y ahora, ¿qué pasa? —preguntó el gendarme enfadado—. ¡Vamos! ¡Andando!

Entonces, sorprendido, vio cómo el ciego dejaba caer la guitarra al suelo, levantaba los brazos y con ambas manos tanteaba las

mejillas de su hermano. Después acercó sus labios a la boca de Carlo, que al principio no supo lo que ocurría, y le besó.

—¿Estáis locos?—gritó el gendarme—. ¡Vamos! ¡En marcha! No me gustaría asarme.

Geronimo cogió la guitarra del suelo, sin decir una palabra. Carlo respiró hondo y de nuevo puso la mano sobre el brazo del ciego.

—¡Andando!—gritó el gendarme—. ¿Queréis moveros de una vez?

Y le dio un golpe a Carlo en las costillas.

Pero Carlo, guiando del brazo al ciego con un firme apretón, siguió avanzando. Y sus pasos eran mucho más rápidos que antes. La sonrisa se negaba a desaparecer de su rostro. Le pareció que ya no podía ocurrirle nada malo, ni ante el tribunal, ni en ningún otro lugar del mundo... Había recuperado a su hermano... No. Era la primera vez que lo tenía...

1900

*Traducción del alemán de Berta Vias Mahou*

## LA MUERTE MORADA

GUSTAV MEYRINK

El tibetano calló.

Su desmedrada figura permaneció todavía algún tiempo de pie, erguida e inmóvil, y luego desapareció en la jungla.

Sir Roger Thornton miraba fijamente la hoguera. Si no fuera un penitente, un sannyasín, aquel tibetano que, además, iba en peregrinación a Benarés, no hubiera creído ni una sola de sus palabras. Pero un sannyasín no miente ni puede ser engañado.

¡Y luego aquellas contradicciones pérfidas y crueles en el rostro del asiático! ¿O sería que se dejó engañar por el resplandor de la hoguera que tan extrañamente se reflejaba en los ojos mongoles?

Los tibetanos odian a los europeos y guardan celosamente sus mágicos secretos, con los que esperan aniquilar un día a los orgullosos extranjeros cuando llegue la hora.

Sea como fuere, Sir Roger Thornton desea comprobar con sus propios ojos si, efectivamente, existen fuerzas ocultas en ese pueblo extraño. Pero necesita compañeros, hombres valerosos cuya voluntad no se quiebre ante los horrores de un mundo diferente.

El inglés pasa revista a sus compañeros... Aquel afgano sería el único entre los asiáticos para ser tomado en cuenta. Es intrépido como una fiera, pero supersticioso. Así pues, sólo queda su criado europeo.

Sir Roger le toca con la punta de su bastón. Jaburek quedó completamente sordo a los diez años, pero sabe leer cada palabra en los labios de su amo, por muy rara que sea.

Sir Roger le cuenta con expresivos gestos lo que oyó decir al tibetano... A unas veinte jornadas del lugar donde se encuentran, en un valle de las laderas del Himavat, exactamente señalado, hay un trozo de tierra sumamente extraño. Por tres de sus lados se elevan muros rocosos, cortados a pico; el único acceso está cerrado por gases ponzoñosos que emanan continuamente del suelo y matan al instante a todo ser viviente que pretenda pasar. En el desfiladero, que cubre unos ciento treinta kilómetros cuadrados, en medio de la vegetación más exuberante, vive, al parecer, una pequeña tribu de raza tibetana que, según el rumor, va tocada de rojos gorros puntiagudos y adora a un ser malvado y satánico en forma de pavo real. Ese ser diabólico enseñó a los habitantes la magia negra, y en el transcurso de los siglos les ha ido revelando misterios que un día habrán de transformar el globo terrestre. Se dice que les enseñó una especie de melodía capaz de aniquilar en un instante al hombre más fuerte.

Jaburek sonrió desdeñosamente.

Sir Roger le explicó que se proponía cruzar los lugares envenenados con ayuda de escafandras y balones de aire comprimido y luego penetrar en el interior del misterioso desfiladero.

Jaburek asintió con la cabeza y se frotó con satisfacción las sucias manos.

El tibetano no había mentido. Allá abajo se extendía, cubierta de verdor, la extraña garganta: un cinturón de tierra amarillenta, desértica y corroída por las erosiones, separaba el desfiladero del mundo exterior en una anchura que se tardaba media hora en recorrer. El gas que surgía del suelo era ácido carbónico puro.

Sir Roger Thornton, que desde la cumbre de una colina pudo apreciar la anchura de aquel cinturón, decidió emprender la marcha a la mañana siguiente. Las escafandras que había encargado en Bombay funcionaban perfectamente.

Jaburek llevaba los dos rifles de repetición y diversos instrumentos que su amo consideraba indispensables.

El afgano se negó tenazmente a acompañarlos y declaró estar dispuesto a meterse en una cueva de tigres, pero que se cuidaría mucho de hacer nada que pudiera comprometer su alma inmortal.

Así, los únicos osados fueron los dos europeos.

Los cascos de cobre de las escafandras refulgían al sol y lanzaban extrañas sombras al suelo esponjoso del que ascendían, en innumerables y diminutas burbujas, las letales emanaciones. Sir Roger imprimió a su marcha un ritmo rápido para evitar el consumo del aire comprimido antes de haber cruzado la zona de los gases. Todo lo veía turbio, como a través de una tenue capa de agua. La luz del sol, de un verde fantasmal, teñía los lejanos glaciares del “techo del mundo”, que levantaba sus gigantescos perfiles como un singular paisaje de muerte.

Finalmente, hallaron verde césped y Sir Roger encendió un fósforo para cerciorarse de la presencia del aire atmosférico en todos los niveles. Después se quitaron los cascos y descargaron los balones de aire.

A sus espaldas se elevaba la muralla de gas, como una temblorosa masa de agua. En el aire flotaba un aroma embriagador de flores de amberia.

Tornasoladas mariposas, del tamaño de una mano, cubiertas de raros dibujos, descansaban con las alas abiertas, como si fueran libros de magia, sobre inmóviles flores.

Caminando bastante separados uno de otro, ambos se dirigieron hacia un bosquecillo que les cerraba el horizonte. Sir Roger hizo una señal a su sordo criado, porque le pareció haber oído un ruido. Jaburek preparó el rifle.

Al llegar a un extremo del bosque, una pradera se ofreció a su vista. Apenas a cuatrocientos metros, unos cien hombres, evidentemente tibetanos, tocados con gorros rojos, habían formado un semicírculo y esperaban a los intrusos. Sir Roger avanzó, seguido de su criado.

Los tibetanos llevaban las habituales zamarras de piel de carnero; mas, a pesar de ello, casi no parecían seres humanos, tan espantosamente feos y deformes eran sus rostros. Dejaron que los dos hombres se acercasen más y, de pronto, a una orden de su jefe, levantaron todos a la vez las manos, se oprimieron con fuerza los oídos y gritaron algo.

Jaburek miró interrogativamente a su amo y levantó el rifle, porque el extraño movimiento de los tibetanos le pareció una señal de ataque. Pero lo que sus ojos vieron le heló la sangre en las venas: en torno a su amo se había formado una masa gaseosa, agitada y remolineante, parecida a la que habían atravesado poco antes. La figura de Sir Roger perdió los contornos, como si hubiese sido devastada por el remolino; la cabeza se tomó puntiaguda; toda la masa se hundió en sí misma, como en fusión, y en el lugar donde hacía un instante se encontraba el audaz inglés había ahora un cono de color violeta claro del tamaño de un pilón de azúcar.

El sordo Jaburek fue presa de la ira. Los tibetanos seguían gritando y él observaba con gran atención sus labios para descifrar lo que decían. Era siempre una y la misma palabra.

De pronto, el jefe de los tibetanos dio un salto adelante y todos se callaron, al tiempo que bajaban las manos. Como pante-ras se arrojaron sobre Jaburek. Éste empezó a disparar contra la multitud, que se detuvo por un instante. Instintivamente, les gritó la palabra que poco antes había leído en sus labios.

—¡Emelen!, ¡E... me... len...! —rugía, una y otra vez, hasta que el desfiladero se estremeció como agitado por las fuerzas de la naturaleza.

Todo lo veía como a través de unos lentes de gran intensidad y el suelo parecía hundirse bajo sus pies... Pero sólo duró un momento; ahora veía de nuevo con claridad. Los tibetanos habían desaparecido, como antes su amo, y solo incontables pilones de azúcar color lila se levantaban ante él.

El jefe de los tibetanos aún vivía. Las piernas se le habían convertido en una papilla azulenta y el tronco comenzaba a encogerse: era como si el hombre estuviese siendo digerido por un ser del todo transparente. No llevaba gorro rojo, sino una especie de tocado en forma de mitra donde se movían unos ojos amarillentos.

Jaburek le descargó un culatazo en el cráneo, pero no pudo evitar que el moribundo le hiriera en el pie con una hoz arrojada en el último momento.

Miró a su alrededor. La soledad era absoluta. El aroma de las flores de amberia se intensificó y se hizo casi punzante. Parecía emanar de los conos color lila, que Jaburek se puso a observar ahora. Todos eran iguales y estaban formados de la misma materia gelatinosa de color morado claro. Era imposible encontrar los restos de Sir Roger entre todas aquellas moradas pirámides.

Jaburek arreó un puntapié en la cara del jefe tibetano muerto y, rechinando los dientes, volvió sobre sus pasos. Desde lejos vio sobre la hierba, brillando al sol, los dos cascos. Llenó el balón de aire con una bomba portátil y penetró en la zona gaseosa. El camino parecía no acabar nunca. El infeliz sentía que las lágrimas mojaban sus mejillas. ¡Oh, Dios, su amo estaba muerto! ¡Muerto aquí, en la lejana India! Los gigantes helados del Himalaya bostezaban cara al cielo. ¡Qué les importaba el dolor de un pequeño corazón humano!

Jaburek trasladó fielmente al papel, palabra por palabra, todo lo que había sucedido y no comprendía, y dirigió su escrito al secretario de su amo, que residía en Bombay, en la calle Adheritollah, número 17. El afgano se encargó de llevarlo. Poco tiempo después, Jaburek murió, porque la hoz del jefe tibetano estaba envenenada.

“Alá es Uno y Mahoma su profeta”, rezó el afgano, tocando el suelo con la frente. Los cazadores hindúes cubrieron el cadáver con flores y lo incineraron, entre cantos piadosos, sobre una hoguera de leña.

Alí Murad Bey, el secretario, palideció al recibir el horrible mensaje y transmitió el escrito a la redacción de la *Indian Gazette*.

El nuevo diluvio llegó.

La *Indian Gazette*, que publicó el “caso de Sir Roger Thornton”, apareció al día siguiente con tres horas de retraso. Un accidente extraño y horripilante tuvo la culpa del retraso: Birendranath Naorodjee, redactor del periódico, y dos empleados subalternos que solían revisar las páginas con él a medianoche, antes de salir la edición, desaparecieron del despacho sin dejar rastro. En lugar de ellos había en el suelo tres cilindros azulencos y gelatinosos, y junto a ellos el periódico recién impreso. Apenas acababa la policía, con la petulancia de siempre, de tomar las primeras declaraciones, cuando llegaron las noticias de innumerables casos similares.

Personas que leían periódicos desaparecían por docenas ante la vista de la asustada multitud que cruzaba las calles, presa de agitación. Innumerables pirámides moradas quedaban esparcidas alrededor, en las escaleras, mercados y callejuelas, hasta donde abarcaba la vista.

Al anoecer, Bombay quedó medio despoblada. Una orden de las autoridades sanitarias dispuso la inmediata clausura del puerto, así como de todo tráfico con el exterior, a fin de impedir la propagación de la nueva epidemia, pues no podía tratarse de otra cosa. El telégrafo y el cable zumbaron día y noche mandando al mundo entero la terrible noticia y detalles del “caso de Sir Roger Thornton”.

Al día siguiente la cuarentena fue levantada, como extemporánea. Mensajes de terror de todos los países anunciaban que la “muerte morada” se propagaba por todas partes, casi simultáneamente, y amenazaba con despoblar la tierra. Todo el mundo perdió la cabeza y la sociedad civilizada parecía un gigantesco hormiguero en que un mozo de aldea había metido su pipa encendida.

En Alemania, la epidemia estalló primero en Hamburgo. Austria, donde no se leen más que las noticias locales, se libró durante algunas semanas.

El primer caso ocurrido en Hamburgo fue particularmente estremecedor. El pastor Stüiken, hombre al que la edad venerable había vuelto casi sordo, estaba sentado por la mañana a la mesa del desayuno, rodeado de sus familiares. Teobaldo, el hijo mayor, con su larga pipa de estudiante; Yette, la fiel esposa, y Mina y Tina. En una palabra, todos, todos. El anciano padre acababa de desplegar un periódico inglés recién llegado y leía a los suyos el relato del “caso de Sir Roger Thornton”. Apenas había pronunciado la palabra “Emelen” e iba a fortalecerse con un sorbo de café, cuando advirtió, presa de horror, que sólo lo rodeaban conos de gelatina morada. De uno de ellos sobresalía aún la larga pipa estudiantil. Todas las catorce almas se las llevó el Señor a su seno. El piadoso anciano cayó desmayado.

Una semana más tarde, la mayor parte de la humanidad estaba muerta. Le fue reservado a un sabio alemán poder arrojar un poco de luz sobre los acontecimientos. La circunstancia de que la epidemia respetase a los sordos y sordomudos le sugirió la idea de que se trataba de un fenómeno puramente acústico. En su solitaria buhardilla de estudioso llevó al papel una larga conferencia científica y anunció con algunas frases su lectura pública.

El sabio, con su exposición, se refirió a ciertos escritos religiosos hindúes, casi desconocidos, que trataban acerca de la provocación de tormentas de fluidos astrales remolineantes mediante la pronunciación de ciertas palabras y fórmulas secretas, y fundamentó su relato en las más modernas experiencias en el campo de la teoría de las vibraciones y radiaciones.

Pronunció su disertación en Berlín y fue tal la afluencia de público que tuvo que valerse de un tubo acústico mientras leía las largas frases. Cerró su memorable discurso con las siguientes lapidarias palabras:



–Vayan a ver a un especialista del oído para que los vuelva sordos y cuidense de pronunciar la palabra... “Emelen”.

Un segundo después el sabio y sus oyentes no eran más que conos inanimados de gelatina, pero el manuscrito no fue destruido; fue conocido y estudiado, y así la humanidad pudo evitar su total exterminio.

Algunos decenios más tarde, estamos en 19..., una nueva generación de sordomudos puebla el globo terrestre. Usos y costumbres son diferentes, las clases y la propiedad han sido desplazadas. Un especialista del oído gobierna al mundo. Las partituras han sido arrojadas a la basura, junto con las viejas recetas de los alquimistas de la Edad Media. Mozart, Beethoven y Wagner se han vuelto ridículos, como antaño Alberto Magno y Bombasto Paracelso. En las cámaras de tormento de los museos, algún piano polvoriento muestra sus viejos dientes...

*Traducción del alemán de Agustí Bartra*

## EL JOROBADITO

ROBERTO ARLT

Los diversos y exagerados rumores desparramados con motivo de la conducta que observé en compañía de Rigoletto, el jorobadito, en la casa de la señora X, apartaron en su tiempo a mucha gente de mi lado.

Sin embargo, mis singularidades no me acarrearón mayores desventuras, de no perfeccionarlas estrangulando a Rigoletto.

Retorcerle el pescuezo al jorobadito ha sido de mi parte un acto más ruinoso e imprudente para mis intereses, que atentar contra la existencia de un benefactor de la humanidad.

Se han echado sobre mí la policía, los jueces y los periódicos. Y ésta es la hora en que aún me pregunto (considerando los rigores de la justicia) si Rigoletto no estaba llamado a ser un capitán de hombres, un genio o un filántropo. De otra forma no se explican las crueldades de la ley para vengar los fueros de un insigne piojoso, al cual, para pagarle de su insolencia, resultarían insuficientes todos los puntapiés que pudieran suministrarle en el trasero una brigada de personas bien nacidas.

No se me oculta que sucesos peores ocurren sobre el planeta, pero ésta no es una razón para que yo deje de mirar con angustia las leprosas paredes del calabozo donde estoy alojado a espera de un destino peor.

Pero estaba escrito que de un deforme debían provenirme tantas dificultades. Recuerdo (y esto a vía de información para los aficionados a la teosofía y la metafísica) que desde mi tierna infancia me llamaron la atención los contrahechos. Los odiaba al

tiempo que me atraían, como detesto y me llama la profundidad abierta bajo la balconada de un noveno piso, a cuyo barandal me he aproximado más de una vez con el corazón temblando de cautela y delicioso pavor. Y así como frente al vacío no puedo sustraerme al terror de imaginarme cayendo en el aire con el estómago contraído en la asfixia del desmoronamiento, en presencia de un deforme no puedo escapar al nauseoso pensamiento de imaginarme corcoveado, grotesco, espantoso, abandonado de todos, hospedado en una perrera, perseguido por traillas de chicos feroces que me clavarían agujas en la giba... Es terrible..., sin contar que todos los contrahechos son seres perversos, endemoniados, protervos..., de manera que al estrangularlo a Rigoletto me creo con derecho a afirmar que le hice un inmenso favor a la sociedad, pues he librado a todos los corazones sensibles como el mío de un espectáculo pavoroso y repugnante. Sin añadir que el jorobadito era un hombre cruel. Tan cruel que yo me veía obligado a decirle todos los días:

—Mirá, Rigoletto, no seas perverso. Prefiero cualquier cosa a verte pegándole con un látigo a una inocente cerda. ¿Qué te ha hecho la marrana? Nada. ¿No es cierto que no te ha hecho nada?...

—¿Qué se le importa?

—No te ha hecho nada, y vos contumaz, obstinado, cruel, desfogás tus furores en la pobre bestia...

—Como me embrome mucho la voy a rociar de petróleo a la chancha y luego le prendo fuego.

Después de pronunciar estas palabras, el jorobadito descargaba latigazos en el crinado lomo de la bestia, rechinando los dientes como un demonio de teatro. Y yo le decía:

—Te voy a retorcer el pescuezo, Rigoletto. Escuchá mis paternales advertencias, Rigoletto. Te conviene...

Predicar en el desierto hubiera sido más eficaz. Se regocijaba en contravenir mis órdenes y en poner en todo momento en evidencia su temperamento sardónico y feroz. Inútil era que prometiera zurrarle la badana o hacerle salir la joroba por el pecho de

un mal golpe. Él continuaba observando una conducta impura. Volviendo a mi actual situación diré que si hay algo que me reprocho es haber recaído en la ingenuidad de conversar semejantes minucias a los periodistas. Creía que las interpretarían, más heme aquí ahora abocado a mi reputación menoscabada, pues esa gentuza lo que menos ha escrito es que soy un demente, afirmando con toda seriedad que bajo la trabazón de mis actos se descubren las características de un cínico perverso.

Ciertamente, que mi actitud en la casa de la señora X, en compañía del jorobadito, no ha sido la de un miembro inscripto en el almanaque de Gotha. No. Al menos no podría afirmarlo bajo mi palabra de honor.

Pero de este extremo al otro, en el que me colocan mis irreductibles enemigos, media una igual distancia de mentira e incomprensión. Mis detractores aseguran que soy un canalla monstruoso, basando esta afirmación en mi jovialidad al comentar ciertos actos en los que he intervenido, como si la jovialidad no fuera precisamente la prueba de cuán excelentes son las condiciones de mi carácter y qué comprensivo y tierno al fin y al cabo.

Por otra parte, si hubiera que tamizar mis actos, ese tamiz a emplearse debería llamarse sufrimiento. Soy un hombre que ha padecido mucho. No negaré que dichos padecimientos han encontrado su origen en mi exceso de sensibilidad, tan agudizada que cuando me encontraba frente a alguien he creído percibir hasta el matiz del color que tenían sus pensamientos, y lo más grave es que no me he equivocado nunca. Por el alma del hombre he visto pasar el rojo del odio y el verde del amor, como a través de la cresta de una nube los rayos de luna más o menos empalidecidos por el espesor distinto de la masa acuosa. Y personas hubo que me han dicho:

—¿Recuerda cuando usted, hace tres años, me dijo que yo pensaba en tal cosa? No se equivocaba.

He caminado así, entre hombres y mujeres, percibiendo los furores que encrespaban sus instintos y los deseos que envaraban

sus intenciones, sorprendiendo siempre en las laterales luces de la pupila, en el temblor de los vértices de los labios y en el erizamiento casi invisible de la piel de los párpados lo que anhelaban, retenían o sufrían. Y jamás estuve más solo que entonces, que cuando ellos y ellas eran transparentes para mí. De este modo, involuntariamente, fui descubriendo todo el sedimento de bajeza humana que encubren los actos aparentemente más leves, y hombres que eran buenos y perfectos para sus prójimos, fueron, para mí, lo que Cristo llamó sepulcros encalados. Lentamente se agrió mi natural bondad convirtiéndome en un sujeto taciturno e irónico. Pero me voy apartando, precisamente, de aquello a lo cual quiero aproximarme y es la relación del origen de mis desgracias. Mis dificultades nacen de haber conducido a la casa de la señora X al infame corcovado.

En la casa de la señora X yo “hacía el novio” de una de las niñas. Es curioso. Fui atraído, insensiblemente, a la intimidad de esa familia por una hábil conducta de la señora X, que procedió con un determinado exquisito tacto y que consiste en negarnos un vaso de agua para poner a nuestro alcance, y como quien no quiere, un frasco de alcohol. Imagínense ustedes lo que ocurriría con un sediento. Oponiéndose en palabras a mis deseos. Incluso, hay testigos. Digo esto para descargo de mi conciencia. Más aún, en circunstancias en que nuestras relaciones hacían prever una ruptura, yo anticipé seguridades que escandalizaron a los amigos de la casa. Y es curioso. Hay muchas madres que adoptan este temperamento, en la relación que sus hijas tienen con los novios, de manera que el incauto –si en un incauto puede admitirse un minuto de lucidez– observa con terror que ha llevado las cosas mucho más lejos de lo que permitía la conveniencia social.

Y ahora volvamos al jorobadito para deslindar responsabilidades. La primera vez que se presentó a visitarme en mi casa, lo hizo en casi completo estado de ebriedad, faltándole el respeto a una vieja criada que salió a recibirlo y gritando a voz en cuello de

manera que hasta los viandantes que pasaban por la calle podían escucharle:

–¿Y dónde está la banda de música con que debían festejar mi hermosa presencia? Y los esclavos que tienen que ungirme de aceite, ¿dónde se han metido? En lugar de recibirme jovencitos con orinales, me atiende una vieja desdentada y hedionda. ¿Y ésta es la casa en la cual usted vive?

Y observando las puertas recién pintadas, exclamó enfáticamente:

–¡Pero esto no parece una casa de familia sino una ferretería! Es simplemente asqueroso. ¿Cómo no han tenido la precaución de perfumar la casa con esencia de nardo, sabiendo que iba a venir? ¿No se dan cuenta de la pestilencia de aguarrás que hay aquí?

¿Reparan ustedes en la catadura del insolente que se había posesionado de mi vida?

Lo cual es grave, señores, muy grave.

Estudiando el asunto recuerdo que conocí al contrahecho en un café; lo recuerdo perfectamente. Estaba yo sentado frente a una mesa, meditando, con la nariz metida en mi taza de café, cuando, al levantar la vista distinguí a un jorobadito que, con los pies a dos cuartas del suelo y en mangas de camisa, observábame con toda atención, sentado del modo más indecoroso del mundo, pues había puesto la silla al revés y apoyaba sus brazos en el respaldo de ésta. Como hacía calor se había quitado el saco, y así descaradamente en cuerpo de camisa, giraba sus renegridos ojos saltones sobre los jugadores de billar. Era tan bajo que apenas si sus hombros se ponían a nivel con la tabla de la mesa. Y, como les contaba, alternaba la operación de contemplar la concurrencia, con la no menos importante de examinar su reloj pulsera, cual si la hora que éste marcara le importara mucho más que la señalada en el gigantesco reloj colgado de un muro del establecimiento.

Pero, lo que causaba en él un efecto extraño, además de la consabida corcova, era la cabeza cuadrada y la cara larga y redon-

da, de modo que por el cráneo parecía un mulo y por el semblante un caballo.

Me quedé un instante contemplando al jorobadito con la curiosidad de quien mira un sapo que ha brotado frente a él; y éste, sin ofenderse, me dijo:

–Caballero, ¿será tan amable usted que me permita sus fósforos?

Sonriendo, le alcancé mi caja; el contrahecho encendió su cigarro medio consumido y después de observarme largamente, dijo:

–¡Qué buen mozo es usted! Seguramente que no deben faltarle novias.

La lisonja halaga siempre aunque salga de la boca de un jorobado, y muy amablemente le contesté que sí, que tenía una muy hermosa novia, aunque no estaba muy seguro de ser querido por ella, a lo cual el desconocido, a quien bauticé en mi fuero interno con el nombre de Rigoletto, me contestó después de escuchar con sentenciosa atención mis palabras:

–No sé por qué se me ocurre que usted es de la estofa con que se fabrican excelentes cornudos.

Y antes que tuviera tiempo de sobreponerme a la estupefacción que me produjo su extraordinaria insolencia, el cacaseno continuó:

–Pues yo nunca he tenido novia, créalo, caballero... le digo la verdad...

–No lo dudo –repliqué sonriendo ofensivamente–, no lo dudo...

–De lo que me alegro, caballero, porque no me agradaría tener un incidente con usted...

Mientras él hablaba yo vacilaba si levantarme y darle un puntapié en la cabeza o tirarle a la cara el contenido de mi pocillo de café, pero recapacitándolo me dije que de promoverse un altercado allí, el que llevaría todas las de perder era yo, y cuando me disponía a marcharme contra mi voluntad porque aquel sapo

humano me atraía con la inmensidad de su desparpajo, él, obsequiándome con la más graciosa sonrisa de su repertorio, que dejaba al descubierto su amarilla dentadura de jumento, dijo:

–Este reloj pulsera me cuesta veinticinco pesos...; esta corbata es inarrugable y me cuesta ocho pesos...; ¿ve estos botines?, treinta y dos pesos, caballero. ¿Puede alguien decir que soy un pelafustán? ¡No, señor! ¿No es cierto?

–¡Claro que sí!

Guiñó arduamente los ojos durante un minuto, luego moviendo la cabeza como un oseño alegre, prosiguió interrogador y afirmativo simultáneamente:

–Qué agradable es poder confesar sus intimidades en público, ¿no le parece, caballero? ¿Hay muchos en mi lugar que pueden sentarse impunemente a la mesa de un café y entablar una amable conversación con un desconocido como lo hago yo? No. Y ¿por qué no hay muchos, puede contestarme?

–No sé...

–Porque mi semblante respira la santa honradez.

Satisfechísimo de su conclusión, el bufoncillo se restregó las manos con satánico donaire, y echando complacidas miradas en redor prosiguió:

–Soy más bueno que el pan francés y más arbitrario que una preñada de cinco meses. Basta mirarme para comprender de inmediato que soy uno de aquellos hombres que aparecen de tanto en tanto sobre el planeta como un consuelo que Dios ofrece a los hombres en pago de sus penurias, y aunque no creo en la santísima Virgen, la bondad fluye de mis palabras como la piel del Himeto.

Mientras yo desencajaba los ojos asombrados, Rigoletto continuó:

–Yo podría ser abogado ahora, pero como no he estudiado no lo soy. En mi familia fui profesional del betún.

–¿Del betún?

—Sí, lustrador de botas..., lo cual me honra, porque yo solo he escalado la posición que ocupo. ¿O le molesta que haya sido profesional? ¿Acaso no se dice “técnico de calzado” el último remendón de portal, y “experto en cabellos y sus derivados” el rapabarbas, y “profesor de baile” el cafishio profesional?...

Indudablemente, era aquél el pillete más divertido que había encontrado en mi vida.

—¿Y ahora qué hace usted?

—Levanto quinielas entre mis favorecedores, señor. No dudo que usted será mi cliente. Pida informes...

—No hace falta...

—¿Quiere fumar usted, caballero?

—¡Cómo no!

Después que encendí el cigarro que él me hubo ofrecido, Rigoletto apoyó el corto brazo en mi mesa y dijo:

—Yo soy enemigo de contraer amistades nuevas porque la gente generalmente carece de tacto y educación, pero usted me convence.... me parece una persona muy de bien y quiero ser su amigo —dicho lo cual, y ustedes no lo creerán, el corcovado abandonó su silla y se instaló en mi mesa.

Ahora no dudarán ustedes de que Rigoletto era el ente más descarado de su especie, y ello me divirtió a punto tal que no pude menos de pasar el brazo por encima de la mesa y darle dos palmadas amistosas en la giba. Quedóse el contrahecho mirándome gravemente un instante; luego lo pensó mejor, y sonriendo, agregó:

—¡Que le aproveche, caballero, porque a mí no me ha dado ninguna suerte!

Siempre dudé de que mi novia me quisiera con la misma fuerza de enamoramiento que a mí me hacía pensar en ella durante todo el día, como en una imagen sobrenatural. Por momentos la sentía implantada en mi existencia semejante a un peñasco en el centro de un río. Y esta sensación de ser la corriente dividida en dos ondas cada día más pequeñas por el crecimiento del peñasco

resumía mi deleite de enamoramiento y anulación. ¿Comprenden ustedes? La vida que corre en nosotros se corta en dos raudales al llegar a su imagen, y como la corriente no puede destruir la roca, terminamos anhelando el peñasco que aja nuestro movimiento y permanece inmutable.

Naturalmente, ella, desde el primer día que nos tratamos, me hizo experimentar con su frialdad sonriente el peso de su autoridad. Sin poder concretar en qué consistía el dominio que ejercía sobre mí, éste se traducía como la presión de una atmósfera sobre mi pasión. Frente a ella me sentía ridículo, inferior sin saber precisar en qué podía consistir cualquiera de ambas cosas. De más está decir que nunca me atreví a besarla, porque se me ocurría que ella podía considerar un ultraje mi caricia. Eso sí, me era más fácil imaginármela entregada a las caricias de otro, aunque ahora se me ocurre que esa imaginación pervertida era la consecuencia de mi conducta imbécil para con ella. En tanto, mediante esas curiosas transmutaciones que obra a veces la alquimia de las pasiones, comencé a odiarla rabiosamente a la madre, responsabilizándola también, ignoro por qué, de aquella situación absurda en que me encontraba. Si yo estaba de novio en aquella casa debía-se a las arterias de la maldita vieja, y llegó a producirse en poco tiempo una de las situaciones más raras de que haya oído hablar, pues me retenía en la casa, junto a mi novia, no el amor a ella, sino el odio al alma taciturna y violenta que envasaba la madre silenciosa, pesando a todas horas cuántas probabilidades existían en el presente de que me casara o no con su hija. Ahora estaba aferrado al semblante de la madre como a una mala injuria inolvidable o a una humillación atroz. Me olvidaba de la muchacha que estaba a mi lado para entretenerme en estudiar el rostro de la anciana, abotargado por el relajamiento de la red muscular, terroso, inmóvil por momentos como si estuviera tallado en plata sucia, y con ojos negros, vivos e insolentes.

Las mejillas estaban surcadas por gruesas arrugas amarillas, y cuando aquel rostro estaba inmóvil y grave, con los ojos desvia-

dos de los míos, por ejemplo, detenidos en el plafón de la sala, emanaba de esa figura envuelta en ropas negras tal implacable voluntad, que el tono de la voz, enérgico y recio, lo que hacía era sólo afirmarla.

Yo tuve la sensación, en un momento dado, que esa mujer me aborrecía, porque la intimidad, a la cual ella “involuntariamente” me había arrastrado, no aseguraba en su interior las ilusiones que un día se había hecho respecto a mí. Y a medida que el odio crecía, y lanzaba en su interior furiosas voces, la señora X era más amable conmigo, se interesaba por mi salud, siempre precaria, tenía conmigo esas atenciones que las mujeres que han sido un poco sensuales gastan con sus hijos varones, y como una monstruosa araña iba tejiendo en redor de mi responsabilidad una fina tela de obligaciones. Sólo sus ojos negros e insolentes me espían de continuo, revisándome el alma y sopesando mis intenciones. A veces, cuando la incertidumbre se le hacía insoportable, estallaba casi en estas indirectas:

—Las amigas no hacen sino preguntarme cuándo se casan ustedes, y yo ¿qué les voy a contestar? Que pronto. —O si no: Sería conveniente, no le parece a usted, que la “nena” fuera preparando su ajuar.

Cuando la señora X pronunciaba estas palabras, me miraba fijamente para descubrir si en un parpadeo o en un involuntario temblor de un nervio facial se revelaba mi intención de no cumplir con el compromiso, al cual ella me había arrastrado con su conducta habilísima. Aunque tenía la seguridad de que le daría una sorpresa desagradable, fingía estar segura de mi “decencia de caballero”, mas el esfuerzo que tenía que efectuar para revestirse de esa apariencia de tranquilidad, ponía en el timbre de su voz una violencia meliflua, violencia que imprimía a las palabras una velocidad de cuchicheo, como quien os confía apuradamente un secreto, acompañando la voz con una inclinación de cabeza sobre el hombro derecho, mientras que la lengua humedecía los labios

resecos por ese instinto animal que la impulsaba a desear matarme o hacerme víctima de una venganza atroz.

Además de voluntariosa, carecía de escrúpulos, pues fingía articular con mis ideas, que le eran odiosas en el más amplio sentido de la palabra. Y aunque aparentemente resulte ridículo que dos personas se odien en la divergencia de un pensamiento, no lo es, porque en el subconsciente de cada hombre y de cada mujer donde se almacena el rencor, cuando no es posible otro escape, el odio se descarga como por una válvula psíquica en la oposición de las ideas. Por ejemplo, ella, que odiaba a los bolcheviques, me escuchaba deferentemente cuando yo hablaba de las rencillas de Trotsky y Stalin, y hasta llegó al extremo de fingir interesarse por Lenin, ella, ella que se entusiasmaba ardientemente con los más groseros figurones de nuestra política conservadora. Acomodatiza y flexible, su aprobación a mis ideas era una injuria, me sentía empequeñecido y denigrado frente a una mujer que si yo hubiera afirmado que el día era noche, me contestara:

—Efectivamente, no me fijé que el sol hace rato que se ha puesto.

Sintetizando, ella deseaba que me casara de una vez. Luego se encargaría de darme con las puertas en las narices y de resarcirse de todas las dudas en que la había mantenido sumergida mi noviazgo eterno.

En tanto la malla de la red se iba ajustando cada vez más a mi organismo. Me sentía amarrado por invisibles cordeles. Día tras día la señora X agregaba un nudo más a su tejido, y mi tristeza crecía como si ante mis ojos estuvieran serruchando las tablas del ataúd que me iban a sumergir en la nada. Sabía que en la casa, lo poco bueno que persistía en mí iba a naufragar si yo aceptaba la situación que traía aparejada el compromiso. Ellas, la madre y la hija, me atraían a sus preocupaciones mezquinas, a su vida sórdida, sin ideales, una existencia gris, la verdadera noria de nuestro lenguaje popular, en el que la personalidad a medida que pasan los días se va desintegrando bajo el peso de las obligaciones eco-

nómicas, que tienen la virtud de convertirlo a un hombre en uno de esos autómatas con cuello postizo, a quienes la mujer y la suegra retan a cada instante porque no trajo más dinero o no llegó a la hora establecida. Hace mucho tiempo que he comprendido que no he nacido para semejante esclavitud. Admito que es más probable que mi destino me lleve a dormir junto a los rieles de un ferrocarril, en medio del campo verde, que a acarretillar un cochecito con toldo de hule, donde duerme un muñeco que al decir de la gente “debe enorgullecerme de ser padre”.

Yo no he podido concebir jamás ese orgullo, y sí experimento un sentimiento de vergüenza y de lástima cuando un buen señor se entusiasma frente a mí con el pretexto de que su esposa lo ha hecho “padre de familia”. Hasta muchas veces me he dicho que esa gente que así procede son simuladores de alegría o unos perfectos estúpidos. Porque en vez de felicitarnos del nacimiento de una criatura debíamos llorar de haber provocado la aparición en este mundo de un mísero y débil cuerpo humano, que a través de los años sufrirá incontables horas de dolor y escasísimos minutos de alegría.

Y mientras la “deliciosa criatura” con la cabeza tiesa junto a mi hombro soñaba con un futuro sonrosado, yo, con los ojos perdidos en la triangular verdura de un ciprés cercano, pensaba con qué hoja cortante desgarrar la tela de la red, cuyas células a medida que crecía se hacían más pequeñas y densas. Sin embargo, no encontraba un filo lo suficientemente agudo para desgarrar definitivamente la malla, hasta que conocí al corcovado.

En esas circunstancias se me ocurrió la “idea” —idea que fue pequeña al principio como la raíz de una hierba, pero que en el transcurso de los días se bifurcó en mi cerebro, dilatándose, afianzando sus fibromas entre las células más remotas— y aunque no se me ocultaba que era ésa una “idea” extraña, fui familiarizándome con su contextura, de modo que a los pocos días ya estaba acostumbrado a ella y no faltaba sino llevarla a la práctica. Esa idea, semidiabólica por su naturaleza, consistía en conducir a la casa de

mi novia al insolente jorobadito, previo acuerdo con él, y promover un escándalo singular, de consecuencias irreparables. Buscando un motivo mediante el cual podría provocar una ruptura, reparé en una ofensa que podría inferirle a mi novia, sumamente curiosa, la cual consistía:

Bajo la apariencia de una conmiseración elevada a su más pura violencia y expresión, el primer beso que ella aún no me había dado a mí, tendría que dárselo al repugnante corcovado que jamás había sido amado, que jamás conoció la piedad angélica ni la belleza terrestre.

Familiarizado, como les cuento, con mi “idea”, si a algo tan magnífico se puede llamar idea, me dirigí al café en busca de Rigoletto.

Después que se hubo sentado a mi lado, le dije:

—Querido amigo: muchas veces he pensado que ninguna mujer lo ha besado ni lo besaré. ¡No me interrumpa! Yo la quiero mucho a mi novia, pero dudo que me corresponda de corazón. Y tanto la quiero que para que se dé cuenta de mi cariño le diré que nunca la he besado. Ahora bien: yo quiero que ella me dé una prueba de su amor hacia mí... y esa prueba consistirá en que lo bese a usted. ¿Está conforme?

Respingó el corcovado en su silla; luego con tono enfático me replicó:

—¿Y quién me indemniza a mí, caballero, del mal rato que voy a pasar?

—¿Cómo mal rato?

—¡Naturalmente! ¿O usted se cree que yo puedo prestarme por ser jorobado a farsas tan innobles? Usted me va a llevar a la casa de su novia y como quien presenta un monstruo, le dirá: “Querida, te presento al dromedario”.

—¡Yo no la tuteo a mi novia!

—Para el caso es lo mismo. Y yo en tanto, ¿qué voy a quedarme haciendo, caballero? ¿Abriendo la boca como un imbécil, mientras disputan sus tonterías? ¡No, señor; muchas gracias! Gracias

por su buena intención, como le decía la liebre al cazador. Además, que usted me dijo que nunca la había besado a su novia.

—Y eso, ¿qué tiene que ver?

—¡Claro! ¿Usted sabe acaso si a mí me gusta que me besen? Puede no gustarme. Y si no me gusta, ¿por qué usted quiere obligarme? ¿O es que usted se cree que porque soy corcovado no tengo sentimientos humanos?

La resistencia de Rigoletto me enardeció. Violentamente, le dije:

—Pero ¿no se da cuenta de que es usted, con su joroba y figura desgraciadas, el que me sugirió este admirable proyecto? ¡Piense, infeliz! Si mi novia consiente, le quedará a usted un recuerdo espléndido. Podrá decir por todas partes que ha conocido a la criatura más adorable de la tierra. ¿No se da cuenta? Su primer beso habrá sido para usted.

—¿Y quién le dice a usted que ése sea el primer beso que haya dado?

Durante un instante me quedé inmóvil; luego, obcecado por ese frenesí que violentaba toda mi vida hacia la ejecución de la “idea”, le respondí:

—Y a vos, Rigoletto, ¿qué se te importa?

—¡No me llame Rigoletto! Yo no le he dado tanta confianza para que me ponga sobrenombres.

—Pero ¿sabés que sos el contrahecho más insolente que he conocido?

Amainó el jorobadito y ya dijo:

—¿Y si me ultrajara de palabra o de hecho?

—¡No seas ridículo, Rigoletto! ¿Quién te va a ultrajar? ¡Si vos sos un bufón! ¿No te das cuenta? ¡Sos un bufón y un parásito! ¿Para qué hacés entonces la comedia de la dignidad?

—¡Rotundamente protesto, caballero!

—Protestá todo lo que quieras, pero escucháme. Sos un desvergonzado parásito. Creo que me expreso con suficiente claridad, ¿no? Les chupás la sangre a todos los clientes del café que tienen la

imprudencia de escuchar tus melifluas palabras. Indudablemente no se encuentra en todo Buenos Aires un cínico de tu estampa y calibre. ¿Con qué derecho, entonces, pretendés que te indemnicen si a vos te indemniza mi tontería de llevarte a una casa donde no sos digno de barrer el zaguán? ¿Qué más indemnización querés que el beso que ella, santamente, te dará, insensible a tu cara, el mapa de la desvergüenza!

—¡No me ultraje!

—Bueno, Rigoletto, ¿aceptás o no aceptás?

—¿Y si ella se niega a dármelo o quedo desairado?...

—Te daré veinte pesos.

—¿Y cuándo vamos a ir?

—Mañana. Cortáte el pelo, limpiáte las uñas...

—Bueno..., présteme cinco pesos...

—Tomá diez.

A las nueve de la noche salí con Rigoletto en dirección a la casa de mi novia. El giboso se había perfumado endiabladamente y estrenaba una corbata plastrón de color violeta.

La noche se presentaba sombría con sus ráfagas de viento encallejonadas en las bocacalles, y en el confín, tristemente iluminado por oscilantes lunas eléctricas, se veían deslizarse vertiginosas cordilleras de nubes. Yo estaba malhumorado, triste. Tan apresuradamente caminaba que el cojo casi corría tras de mí, y a momentos tomándome del borde del saco, me decía con tono lastimero:

—¡Pero usted quiere reventarme! ¿Qué le pasa a usted?

Y de tal manera crecía mi enfurecimiento que de no necesitarlo a Rigoletto lo hubiera arrojado de un puntapié al medio de la calzada.

¡Y cómo soplabla el viento! No se veía alma viviente por las calles, y una claridad espectral caída del segundo cielo que contenían las combadas nubes hacía más nítidos los contornos de las fachadas y sus cresterías funerarias. No había quedado un trozo de papel por los suelos. Parecía que la ciudad había sido borrada



por una tropa de espectros. Y a pesar de encontrarme en ella, creía estar perdido en un bosque.

El viento doblaba violentamente la copa de los árboles, pero el maldito corcovado me perseguía en mi carrera, como si no quisiera perderme, semejante a mi genio malo, semejante a lo malvado de mí mismo que para concretarse se hubiera revestido con la figura abominable del giboso.

Y yo estaba triste. Enormemente triste, como no se lo imaginan ustedes. Comprendía que le iba a inferir un atroz ultraje a la fría calculadora; comprendía que ese acto me separaría para siempre de ella, lo cual no obstaba para que me dijera a medida que cruzaba las aceras desiertas: “Si Rigoletto fuera mi hermano, no hubiera procedido lo mismo”.

Y comprendía que sí, que si Rigoletto hubiera sido mi hermano, yo toda la vida lo hubiera compadecido con angustia enorme. Por su aislamiento, por su falta de amor que le hiciera tolerable los días colmados por los ultrajes de todas las miradas. Y me añadía que la mujer que me hubiera querido debía primero haberlo amado a él. De pronto me detuve ante un zaguán iluminado:

—Aquí es.

Mi corazón latía fuertemente. Rigoletto atiesó el pescuezo y, empujando sobre la punta de sus pies, al tiempo que se arreglaba el moño de la corbata, me dijo:

—¡Acuérdese! ¡Usted es el único culpable! ¡Que el pecado...!

Fina y alta, apareció mi novia en la sala dorada.

Aunque sonreía, su mirada me escudriñaba con la misma serenidad con que me examinó la primera vez cuando le dije: “¿Me permite una palabra, señorita?”, y esta contradicción entre la sonrisa de su carne (pues es la carne la que hace ese movimiento delicioso que llamamos sonrisa) y la fría expectativa de su inteligencia discerniéndome mediante los ojos, era la que siempre me causaba la extraña impresión.

Avanzó cordialmente a mi encuentro, pero al descubrir al contrahecho, se detuvo asombrada, interrogándonos a los dos con la mirada.

—Elsa, le voy a presentar a mi amigo Rigoletto.

—¡No me ultraje, caballero! ¡Usted bien sabe que no me llamo Rigoletto!

—¡A ver si te callás!

Elsa detuvo la sonrisa. Mirábame seriamente, como si yo estuviera en trance de convertirme en un desconocido para ella. Señalándole una butaca dorada le dije al contrahecho:

—Sentáte allí y no te muevas.

Quedóse el giboso con los pies a dos cuartas del suelo y el sombrero de paja sobre las rodillas y con su carota atezada parecía un ridículo ídolo chino. Elsa contemplaba estupefacta al absurdo personaje.

Me sentí súbitamente calmado.

—Elsa —le dije—, Elsa, yo dudo de su amor. No se preocupe por ese repugnante canalla que nos escucha. Óigame: yo dudo... no sé por qué..., pero dudo de que usted me quiera. Es triste eso..., créalo... Demuéstreme, déme una prueba de que me quiere, y seré toda la vida su esclavo.

Naturalmente, yo no estaba seguro de lo que quería expresar “toda la vida”, pero tanto me agradó la frase que insistí:

—Sí, su esclavo para toda la vida. No crea que he bebido. Sienta el olor de mi aliento.

Elsa retrocedió a medida que yo me acercaba a ella, y en ese momento, ¿saben ustedes lo que se le ocurre al maldito cojo? Pues: tocar una marcha militar con el nudillo de sus dedos en la copa del sombrero.

Me volví al cojo y después de conminarle silencio, me expliqué:

—Vea, Elsa, y la única prueba de amor es que le dé un beso a Rigoletto.

Los ojos de la doncella se llenaron de una claridad sombría. Caviló un instante; luego, sin cólera en la voz, me dijo muy lentamente:

—¡Retírese!

—¡Pero!...

—¡Retírese, por favor...; ¡váyase!...

Yo me inclino a creer que el asunto hubiera tenido composura, créanlo..., pero aquí ocurrió algo curioso, y es que Rigoletto, que hasta entonces había guardado silencio, se levantó exclamando:

—¡No le permito esa insolencia, señorita..., no le permito que lo trate así a mi noble amigo! Usted no tiene corazón para la desgracia ajena. ¡Corazón de peñasco, es indigna de ser la novia de mi amigo!

Más tarde mucha gente creyó que lo que ocurrió fue una comedia preparada. Y la prueba de que yo ignoraba lo que iba a ocurrir, es que al escuchar los despropósitos del contrahecho me desplomé en un sofá riéndome a gritos, mientras que el giboso, con el semblante congestionado, tieso en el centro de la sala, con su bracito extendido, vociferaba:

—¡Por qué usted le dijo a mi amigo que un beso no se pide..., se da! ¿Son conversaciones esas adecuadas para una que presume de señorita como usted? ¿No le da a usted vergüenza?

Descompuesto de risa, sólo atiné a decir:

—¡Calláte, Rigoletto; calláte!...

El corcovado se volvió enfático:

—¡Permítame, caballero...; no necesito que me dé lecciones de urbanidad!

Y volviéndose a Elsa, que roja de vergüenza había retrocedido hasta la puerta de la sala, le dijo:

—¡Señorita... la conmino a que me dé un beso!

El límite de resistencia de las personas es variable. Elsa huyó arrojando grandes gritos y en menos tiempo del que podía esperarse aparecieron en la sala su padre y su madre, la última con una

servilleta en la mano. ¿Ustedes creen que el cojo se amilanó? Nada de eso. Colocado en medio de la sala, gritó estentóreamente:

—¡Ustedes no tienen nada que hacer aquí! ¡Yo he venido en cumplimiento de una alta misión filantrópica!... ¡No se acerquen!

Y antes de que ellos tuvieran tiempo de avanzar para arrojarlo por la ventana, el corcovado desenfundó un revólver, encañonándolos.

Se espantaron porque creyeron que estaba loco, y cuando los vi así inmovilizados por el miedo, quedéme a la expectativa, como quien no tuviera nada que hacer en tal asunto, pues ahora la insolencia de Rigoletto parecíame de lo más extraordinaria y pintoresca.

Éste, dándose cuenta del efecto causado, se envalentonó:

—¡Yo he venido a cumplir una alta misión filantrópica! Y es necesario que Elsa me dé un beso para que yo le perdone a la humanidad mi corcova. A cuenta del beso, sírvanme un té con coñac. ¡Es una vergüenza cómo ustedes atienden a las visitas! ¡No tuerza la nariz, señora, que para eso me he perfumado! ¡Y tráigame el té!

¡Ah, inefable Rigoletto! Dicen que estoy loco, pero jamás en cuerdo se ha reído con tus insolencias como yo, que no estaba en mis cabales.

—Lo haré meter preso...

—Usted ignora las más elementales reglas de cortesía —insistía el corcovado—. Ustedes están obligados a atenderme como a un caballero. El hecho de ser jorobado no los autoriza a despreciarme. Yo he venido para cumplir una alta misión filantrópica. La novia de mi amigo está obligada a darme un beso. Y no lo rechazo. Lo acepto. Comprendo que debo aceptarlo como una reparación que me debe la sociedad, y no me niego a recibirlo.

Indudablemente... si allí había un loco, era Rigoletto, no les quede la menor duda, señores. Continuó él:

—Caballero... yo soy...

Un vigilante tras otro entraron en la sala. No recuerdo nada más. Dicen los periódicos que me desvanecí al verlos entrar. Es posible.

¿Y ahora se dan cuenta por qué el hijo del diablo, el maldito jorobado, castigaba a la marrana todas las tardes y por qué yo he terminado estrangulándole?

## LA MANO DEL COMANDANTE ARANDA

ALFONSO REYES

El comandante Benjamín Aranda perdió una mano en acción de guerra, y fue la derecha, por su mal. Otros coleccionan manos de bronce, de marfil, cristal o madera, que a veces proceden de estatuas e imágenes religiosas o que son antiguas aldabas; y peores cosas guardan los cirujanos en bodegas de alcohol. ¿Por qué no conservar esta mano disecada, testimonio de una hazaña gloriosa? ¿Estamos seguros de que la mano valga menos que el cerebro o el corazón?

Meditemos. No meditó Aranda, pero lo impulsaba un secreto instinto. El hombre teológico ha sido plasmado en la arcilla, como un muñeco, por la mano de Dios. El hombre biológico evoluciona merced al servicio de su mano, y su mano ha dotado al mundo de un nuevo reino natural, el reino de las industrias y las artes. Si los murallones de Tebas se iban alzando al eco de la lira de Anfión, era su hermano Zeto, el albañil, quien encaramaba las piedras con la mano. La gente manual, los herreros y metalistas, aparecen por eso, en las arcaicas mitologías, envueltos como en vapores mágicos: son los hacedores de portento. Son *Las manos entregando el fuego* que ha pintado Orozco. En el mural de Diego Rivera (Bellas Artes), la mano empuña el globo cósmico que encierra los poderes de creación y de destrucción; y en Chapingo, las manos proletarias están prontas a reivindicar el patrimonio de la tierra. En el cuadro de Alfaro Siqueiros, el hombre se reduce a un par de enormes manos que solicitan la dádiva de la realidad, sin duda para recomponerla a su guisa. En el recién descubierto

santuario de Tláloc (Tetitla), las manos divinas se ostentan, y sueltan el agua de la vida. Las manos en alto de Moisés sostienen la guerra contra los amalecitas. A Agamemnon, “que manda a lo lejos”, corresponde nuestro Hueman, “el de las manos largas”. La mano, metáfora viviente, multiplica y extiende así el ámbito del hombre.

Los demás sentidos se conforman con la pasividad; el sentido manual experimenta y añade, y con los despojos de la tierra, edifica un orden humano, hijo del hombre. El mismo estilo oral, el gran invento de la palabra, no logra todavía desprenderse del estilo que creó la mano –la acción oratoria de los antiguos retóricos–, en sus primeras exploraciones hacia el caos ambiente, hacia lo inédito y hacia la poética futura. La mano misma sabe hablar, aun prescindiendo del alfabeto mímico de los sordomudos. ¿Qué no dice la mano? Rembrandt –recuerda Focillon– nos la muestra en todas sus capacidades y condiciones, tipos y edades: mano atónita, mano alerta, sombría y destacada en la luz que baña la resurrección de Lázaro, mano obrera, mano académica del profesor Tulp que desgaja un hacecillo de arterias, mano del pintor que se dibuja a sí misma, mano inspirada de san Mateo que escribe el Evangelio bajo el dictado del Ángel, manos trabadas que cuentan los florines. En el *Enterramiento* del Greco, las manos crean ondas propicias para la ascensión del alma del conde; y su *Caballero de la mano al pecho*, con sólo ese ademán, declara su adusta nobleza.

Este dios menor dividido en cinco personas –dios de andar por casa, dios a nuestro alcance, dios “al alcance de la mano”– ha acabado de hacer al hombre y le ha permitido construir el mundo humano. Lo mismo modela el jarro que el planeta, mueve la rueda del alfar y abre el canal de Suez.

Delicado y poderoso instrumento, posee los más afortunados recursos descubiertos por la vida física: bisagras, pinzas, tenazas, ganchos, agujas de tacto, cadenillas óseas, aspas, remos, nervios, ligámenes, canales, cojines, valles y montículos, estrellas fluviales. Posee suavidad y dureza, poderes de agresión y caricia. Y en otro

orden ya inmaterial, amenaza y persuade, orienta y desorienta, ahuyenta y anima. Los ensalmadores fascinan y curan con la mano. ¿Qué más? Ella descubrió el comercio del toma y daca, dio su arma a la liberalidad y a la codicia. Nos encaminó a la matemática, y enseñó a los ismaelitas, cuando vendieron a José (fresco romano de Saint-Savin), a contar con los dedos los dineros del faraón. Ella nos dio el sentimiento de la profundidad y el peso, la sensación de la pesantez y el arraigo en la gravitación cósmica; creó el espacio para nosotros, y a ella debemos que el universo no sea un plano igual por el que simplemente se deslizan los ojos.

¡Prenda indispensable para jansenistas y voluptuosos! ¡Flor maravillosa de cinco pétalos, que se abren y cierran como la sensitiva, a la menor provocación! ¿El cinco es número necesario en las armonías universales? ¿Pertenece la mano al orden de la zarzarrrosa, del nomeolvides, de la pimpinela escarlata? Los quirománticos tal vez tengan razón en sustancia, aunque no en sus interpretaciones pueriles. Si los fisonomistas de antaño –como Lavater, cuyas páginas merecieron la atención de Goethe– se hubieran pasado de la cara a la mano, completando así sus vagos atisbos, sin duda lo aciertan. Porque la cara es espejo y expresión, pero la mano es intervención. Moreno Villa intenta un buceo en los escritores, partiendo de la configuración de sus manos. Urbina ha cantado a sus bellas manos, único asomo material de su alma.

No hay duda, la mano merece un respeto singular, y bien podía ocupar un sitio predilecto entre los lares del comandante Aranda.

La mano fue depositada cuidadosamente en un estuche acolchado. Las arrugas de raso blanco –soporte a las falanges, puente a la palma, regazo al pomo– fingían un diminuto paisaje alpestre. De cuando en cuando, se concedía a los íntimos el privilegio de contemplarla unos instantes. Pues era una mano agradable, robusta, inteligente, algo crispada aún por la empuñadura de la espada. Su conservación era perfecta.

Poco a poco, el tabú, el objeto misterioso, el talismán escondido, se fue volviendo familiar. Y entonces emigró del cofre de caudales hasta la vitrina de la sala, y se le hizo sitio entre las condecoraciones de campaña y las cruces de la Constancia Militar.

Dieron en crecerle las uñas, lo cual revelaba una vida lenta, sorda, subrepticia. De momento pareció un arrastre de inercia, y luego se vio que era virtud propia. Con alguna repugnancia al principio, la manicura de la familia accedió a cuidar de aquellas uñas cada ocho días. La mano estaba siempre muy bien acicalada y compuesta.

Sin saber cómo –así es el hombre, convierte la estatua del dios en bibelot–, la mano bajó de categoría, sufrió una *manus diminutio*, dejó de ser una reliquia, y entró decididamente en la circulación doméstica. A los seis meses, ya andaba de pisapapeles o servía para sujetar las hojas de los manuscritos –el comandante escribía ahora sus memorias con la izquierda–; pues la mano cortada era flexible, plástica, y los dedos conservaban dócilmente la postura que se les imprimía.

A pesar de su repugnante frialdad, los chicos de la casa acabaron por perderle el respeto. Al año, ya se rascaban con ella, o se divertían plegando sus dedos en forma de figa brasileña, carreta mexicana, y otras procacidades del folklore internacional.

La mano, así, recordó muchas cosas que tenía completamente olvidadas. Su personalidad se fue acentuando notablemente. Cobró conciencia y carácter propios. Empezó a alargar tentáculos. Luego se movió como tarántula. Todo parecía cosa de juego. Cuando, un día, se encontraron con que se había calzado sola un guante y se había ajustado una pulsera por la muñeca cercenada, ya a nadie le llamó la atención.

Andaba con libertad de un lado a otro, monstruoso falderillo algo acangrejado. Después aprendió a correr, con un galope muy parecido al de los conejos. Y haciendo “sentadillas” sobre los dedos, comenzó a saltar que era un prodigio. Un día se la vio

venir, desplegada, en la corriente de aire: había adquirido la facultad del vuelo.

Pero, a todo esto, ¿cómo se orientaba, cómo veía? ¡Ah! Ciertos sabios dicen que hay una luz oscura, insensible para la retina, acaso sensible para otros órganos, y más si se los especializa mediante la educación y el ejercicio. Y Louis Farigoule –Jules Romains, en las letras– observa que ciertos elementos nerviosos, cuya verdadera función se ignora, rematan en la epidermis; aventura que la visión puede provenir tan sólo de un desarrollo local en alguna parte de la piel, más tarde convertida en ojo; y asegura que ha hecho percibir la luz a los ciegos, después de algunos experimentos, por ciertas regiones de la espalda. ¿Y no había de ver también la mano? Desde luego, ella completa su visión con el tacto, casi tiene ojos en los dedos, y la palma puede orientarse al golpe del aire como las membranas del murciélago. Nanuk el esquimal, en sus polares y nubladas estepas, levanta y agita las veletas de sus manos –acaso también receptores térmicos– para orientarse en un ambiente aparentemente uniforme. La mano capta mil cosas fugitivas, y penetra las corrientes traslúcidas que escapan al ojo y al músculo, aquellas que ni se ven ni casi oponen resistencia.

Ello es que la mano, en cuanto se condujo sola, se volvió ingobernable, echó temperamento. Podemos decir, que fue entonces cuando “sacó las uñas”. Iba y venía a su talante. Desaparecía cuando le daba la gana, volvía cuando se le antojaba. Alzaba castillos de equilibrio inverosímil con las botellas y las copas. Dicen que hasta se emborrachaba, y en todo caso, trasnochaba.

No obedecía a nadie. Era burlona y traviesa. Pellizcaba las narices a las visitas, abofeteaba en la puerta a los cobradores. Se quedaba inmóvil, “haciendo el muerto”, para dejarse contemplar por los que aún no la conocían, y de repente les hacía una señal obscena. Se complacía, singularmente, en darle suaves sopapos a su antiguo dueño, y también solía espantarle las moscas. Y él la

contemplaba con ternura, los ojos arrasados en lágrimas, como a un hijo que hubiera resultado un “mala cabeza”.

Todo lo trastornaba. Ya le daba por asear y barrer la casa, ya por mezclar los zapatos de la familia, con verdadero genio aritmético de las permutaciones, combinaciones y cambiaciones; o rompía los vidrios a pedradas, o escondía las pelotas de los muchachos que juegan por la calle.

El comandante la observaba y sufría en silencio. Su señora le tenía un odio incontenible, y era –claro está– su víctima preferida. La mano, en tanto que pasaba a otros ejercicios, la humillaba dándole algunas lecciones de labor y cocina.

La verdad es que la familia comenzó a desmoralizarse. El manco caía en extremos de melancolía muy contrarios a su antiguo modo de ser. La señora se volvió recelosa y asustadiza, casi con manía de persecución. Los hijos se hacían negligentes, abandonaban sus deberes escolares y descuidaban, en general, sus buenas maneras. Como si hubiera entrado en la casa un duende chocarrero, todo era sobresaltos, tráfago inútil, voces, portazos. Las comidas se servían a destiempo, y a lo mejor, en el salón y hasta en cualquiera de las alcobas. Porque, ante la consternación del comandante, la epiléptica contrariedad de su esposa y el disimulado regocijo de la gente menuda, la mano había tomado posesión del comedor para sus ejercicios gimnásticos, se encerraba por dentro con llave, y recibía a los que querían expulsarla tirándoles platos a la cabeza. No hubo más que ceder la plaza: rendirse con armas y bagajes, dijo Aranda.

Los viejos servidores, hasta “el ama que había criado a la niña”, se ahuyentaron. Los nuevos servidores no aguantaban un día en la casa embrujada. Las amistades y los parientes desertaron. La policía comenzó a inquietarse ante las reiteradas reclamaciones de los vecinos. La última reja de plata que aún quedaba en el Palacio Nacional desapareció como por encanto. Se declaró una epidemia de hurtos, a cuenta de la misteriosa mano, que muchas veces era inocente.

Y lo más cruel del caso es que la gente no culpaba a la mano, no creía que hubiera tal mano animada de vida propia, sino que todo lo atribuía a las malas artes del pobre manco, cuyo cercenado despojo ya amenazaba con costarnos un día lo que nos costó la pata de Santa-Anna. Sin duda Aranda era un brujo que tenía pacto con Satanás. La gente se santiguaba.

La mano, en tanto, indiferente al daño ajeno, adquiría una musculatura atlética, se robustecía y perfeccionaba por instantes, y cada vez sabía hacer más cosas. ¿Pues no quiso continuarle por su cuenta las memorias al comandante? La noche que decidió salir a tomar el fresco en automóvil, la familia Aranda, incapaz de sujetarla, creyó que se hundía el mundo. Pero no hubo un solo accidente, ni multas, ni “mordidas”. Por lo menos –dijo el comandante– así se conservará la máquina en buen estado, que ya amenazaba enmohecerse desde la huida del *chauffeur*.

Abandonada a su propia naturaleza, la mano fue poco a poco encarnando la idea platónica que le dio el ser, la idea de asir, el ansia de apoderamiento, hija del pulgar oponible: esta inapreciable conquista del *Homo faber* que tanto nos envidian los mamíferos digitados, aunque no las aves de rapiña. Al ver, sobre todo, cómo aparecían las gallinas con el pescuezo retorcido, o cómo llegaban a la casa objetos de arte ajenos –que luego Aranda pasaba infinitos trabajos para devolver a sus propietarios, entre tartamudeos e incomprensibles disculpas–, fue ya evidente que la mano era un animal de presa y un ente ladrón.

La salud mental de Aranda era puesta ya en tela de juicio. Se hablaba también de alucinaciones colectivas, de los *raps* o ruidos de espíritus que, por 1847, aparecieron en casa de la familia Fox, y de otras cosas por el estilo. Las veinte o treinta personas que de veras habían visto la mano no parecían dignas de crédito cuando eran de la clase servil, fácil pasto a las supersticiones; y cuando eran gente de mediana cultura, callaban, contestaban con evasivas por miedo a comprometerse o a ponerse en ridículo. Una mesa re-

donda de la Facultad de Filosofía y Letras se consagró a discutir cierta tesis antropológica sobre el origen de los mitos.

Pero hay algo tierno y terrible en esta historia. Entre alaridos de pavor, se despertó un día Aranda a la medianoche: en extrañas nupcias, la mano cortada, la derecha, había venido a enlazarse con su mano izquierda, su compañera de otros días, como anhelosa de su arrimo. No fue posible desprenderla. Allí pasó el resto de la noche, y allí resolvió pernoctar en adelante. La costumbre hace familiares los monstruos. El comandante acabó por desentenderse. Hasta le pareció que aquel extraño contacto hacía más llevadera su mutilación y, en cierto modo, confortaba a su mano única.

Porque la pobre mano siniestra, la hembra, necesitó el beso y la compañía de la mano masculina, la diestra. No la denostemos. Ella, en su torpeza, conserva tenazmente, como precioso lastre, las virtudes prehistóricas, la lentitud, la tardanza de los siglos en que nuestra especie fue elaborándose. Corrige las desorbitadas audacias, las ambiciones de la diestra. Es una suerte –se ha dicho– que no tengamos dos manos derechas: nos habiéramos perdido entonces entre las puras sutilezas y marañas del virtuosismo; no seríamos hombres verdaderos, no: seríamos prestidigitadores. Gauguin sabe bien lo que hace cuando, como freno a su etérea sensibilidad, enseña otra vez a su mano diestra a pintar con el candor de la zurda.

Pero, una noche, la mano empujó la puerta de la biblioteca y se engolfó en la lectura. Y dio con un cuento de Maupassant sobre una mano cortada que acaba por estrangular al enemigo. Y dio con una hermosa fantasía de Nerval, donde una mano encantada recorre el mundo, haciendo primores y maleficios. Y dio con unos apuntes del filósofo Gaos sobre la fenomenología de la mano... ¡Cielos! ¡Cuál será el resultado de esta temerosa incursión en el alfabeto?

El resultado es sereno y triste. La orgullosa mano independiente, que creía ser una persona, un ente autónomo, un inventor de su propia conducta, se convenció de que no era más que un

tema literario, un asunto de fantasía ya muy traído y llevado por la pluma de los escritores. Con pesadumbre y dificultad –y estoy por decir que derramando abundantes lágrimas– se encaminó a la vitrina de la sala, se acomodó en su estuche, que antes colocó cuidadosamente entre las condecoraciones de campaña y las cruces de la Constancia Militar, y desengañada y pesarosa, se suicidó a su manera, se dejó morir.

Rayaba el sol cuando el comandante, que había pasado la noche revolcándose en el insomnio y acongojado por la prolongada ausencia de su mano, la descubrió yerta, en el estuche, algo ennegrecida y como con señales de asfixia. No daba crédito a sus ojos. Cuando hubo comprendido el caso, arrugó con nervioso puño el papel en que ya solicitaba su baja del servicio activo, se alzó cuan largo era, reasumió su militar altivez y, sobresaltando a su casa, gritó a voz en cuello:

–¡Atención, firmes! ¡Todos a su puesto! ¡Clarín de órdenes, a tocar la diana de victoria!

*México, febrero de 1949.*

## EL NEGRO

LUIS CAYO PÉREZ BUENO

*A Pilar Lorente*

### I

–No se puede estar siempre escribiendo para los demás. La esclavitud fue abolida en el siglo pasado y los negros liberados. La ONU debería tomar cartas en el asunto y prohibir lo que hacen contigo, lo que tú mismo permites que hagan contigo. Es una pena que malgastes tu talento vendiendo tu pluma. Y vendiéndola sin ganancia aparente. Date a conocer y hazte un nombre, Perico o Juan, tanto da; el nombre hoy lo es todo. Las cosas, ha dicho alguien o si no lo digo yo, no son hasta que no se nombran.

No era la primera vez que mi amigo me daba este consejo. El tono admonitorio, las maneras gubernativas con las que pregona mi liberación, tenían su origen menos en los derechos de la amistad –la mía siempre fue una amistad remisa, que daba tan poco como esperaba–, que en la reiteración, en una reiteración contumazmente desatendida por mi parte. Haberme dicho muchas veces lo mismo, y verse una y otra vez burlado, le confería el derecho indiscutible de ser autoritario.

–Aprende de mí, y no es que quiera ponerme como ejemplo –prosiguió–. No me considero más dotado que tú; a decir verdad, eres, con diferencia, el mejor de todos nosotros, nadie como tú, y mira dónde te ves, proveyendo de escritos de circunstancia y ocasión, a gente que tiene como único mérito el poder pagarlos. No te tienen en más que a sus vinateros, pero al menos las mercancí-



as de éstos son presentadas en sus fiestas con su propio nombre y con indicación de la añada. Tú, ni eso; tu talento, que ni aun en estos mezquinos empeños se resigna a ausentarse, se deja ver siempre bajo nombres ajenos. ¿Con qué no podrás sorprendernos el día que decidas ser y parecer tú mismo y manumitirte? Te lo debes a ti, y nos lo debes a nosotros.

Mi silencio debía interpretarlo como propicio a sus tesis, pues, acto seguido, agregaba:

—Mira, déjate de excusas y de dilaciones. La obra perfecta, el sueño que incubas, no existe. La perfección, que sé bien que es lo que buscas, es enemiga de la acción. No publicar nos obliga a estar siempre corrigiendo, y corregir es un hábito paralizante. Atrévete a presentarte en público tal cual eres, sin la cómoda máscara de obras de encargo y personas interpuestas. La personalidad, y más una personalidad radiante y pródiga y surtida como la tuya, es también, es ante todo una responsabilidad, y en algún momento debemos hacerle frente. Postergar indefinidamente, por temor, por irresolución o por vergüenza, o lo que es peor aún, por gusto de hacerse esperar o por maquinación insidiosa, lo que uno está llamado a ser y a hacer es un delito público, que antes o después termina pagándose, y la pena, proporcional a la falta, es terrible: quien no ejercita sus dones, ha de verse privado de ellos...

Algunas consideraciones más de este linaje hizo, no faltando, como buen hombre de letras, la digresión pedante, que esta vez tuvo la cortesía de la brevedad:

—Como digno lector de Flaubert, sabes que la búsqueda de *le mot juste* es la coartada perfecta para el *rien à faire*.

La última ofrenda de su inquietud en el altar indiferente de mi arte adquirió la forma de una advertencia directa:

—Acuñas calderilla, que repartes entre nosotros los pobres con el troquel y la efigie de fementidos emperadores y reyes, cuando en tus almacenes las reservas de metales preciosos rebosan. Atente a las consecuencias...

Más que otras veces, las palabras de mi amigo hicieron efecto en mí. No es que me asustasen sus augurios de pérdida y desposesión finales —mi fe en mi arte, como él le llamaba, e incluso en el Arte, en mayúsculas, era dubitativa y discutidora, y cualquier probable confiscación futura podía ser experimentada más como una liberación que como un castigo—, pero sí acusé sus solapadas imputaciones de inmoralidad. El que me lo dijera desde su silla de ruedas, no es que ayudara a su propósito, pero creaba cierta incomodidad en mí de la que sacaba partido. Su silla no era persuasiva —qué iba a serlo, y menos para mí, refractario a todo sentimentalismo— pero sí temía los abismos de refinadas sensaciones que su situación, muy larga en el tiempo, le había procurado. Sin quererlo, o queriéndolo instrumentalmente, su necesidad de descubrir y revelar al mundo nuevos autores, con esta perífrasis llamaba a su trabajo como lector de una renombrada editorial, y de buscarlos afanosamente hasta el punto de esperar encontrar uno en mí, iba a crearme un caso de conciencia. El hecho de ser lo que en términos editoriales se conoce como *un negro*, alguien que redacta por dinero lo que otro acaba firmando, en el que estos últimos años me venía desempeñando, destino que había escogido a ciencia y conciencia, podía no ser más que un episodio de vanidad, de vanidad invertida. Lo que desde siempre y sin mayores reparos había entendido como un destino apacible, producto de un recato constitutivo, de un terror pánico a llamar la atención sobre mí y de una profesión de fe inalterable en una suerte de colectivismo estético, podía muy bien ser una oblicua forma del orgullo, de la ufanía del yo, que para más inri había escogido los modos y maneras de la modestia y el disimulo.

Pensándolo bien, y la acusación de mi amigo había sido el acicate de esta reflexión, ¿no era inmoral escribir obras que otros firmaban y asistir, con la suficiencia y el sentimiento de superioridad que da el conocer algo que los otros ignoran, a las *reacciones* de los críticos literarios que las glosaban, que no tenían empacho alguno en certificar que tal obra firmada por alguno de

mis numerosos *negreros* estaba “inextricablemente unida, como una segunda piel, a la experiencia vital del autor, reelaborada, claro está, por las vibrátiles alas de una imaginación poderosa”? ¿No era inmoral, y hasta en mayor grado, ir dejando rastros personales en los escritos espurios para después complacerse y complacer a los iniciados en el reconocimiento compartido de la verdadera autoría? Visto a la luz de la estricta exigencia, nada bueno podía esperarse de esos secretos placeres, que tras su apariencia de tranquila inocencia, ocultaban la concupiscencia de la personalidad.

## II

*La personalidad es ante todo una responsabilidad, y en algún momento debemos hay que hacerle frente.* Estas persuasivas palabras de mi amigo, propias de la elocuencia del interés, me vinieron a la memoria cuando, meses después, le hice entrega del manuscrito de mi novela. Le había hecho frente al reclamo insidioso del propio yo y el resultado era una obra original, que por vez primera llevaría estampado mi nombre de autor. *El negro*, se titulaba, este retrato de *une tranche de vie*, el mío, dedicado a proveer obras a eminencias literarias acreditadas, que las firmaban con la convicción de que el sancionarlas con su nombre, aparte la enorme merced que representaba, era una forma legítima de apropiación que comunicaba a la obra valores nuevos de los que al comienzo carecía; razonamiento en absoluto descabellado, pues si la obra está en relación con la persona, ¿no puede una persona posterior y distinta, en el hecho de poner su nombre, otorgarle otra dimensión de interés? Hechos literarios que, primitivamente, en la pluma del *negro* no eran más producto de la contingencia y el azar, ¿no podían ser, en la pluma del firmante y vistos a luz de esta nueva circunstancia vital, auténticas y necesarias expresiones de emoción? El conjuro del nombre, que

para los antiguos valía tanto como la persona, ¿no podía obrar ese milagro? Lo obraba, ciertamente, y más de una vez, yo mismo, llegué a admirarme de descubrir en escritos compuestos por mí aspectos inusitados, nuevos por entero, que daban a la obra intensidad y belleza, cuando los leía, sin otro cambio que la atribución de autor, bajo el nombre público de afamados literatos. Gratitud llegué a sentir hacia ellos y algo también de piedad; gratitud, por poner lo que tenían –su nombre, en este caso– al servicio de la belleza; y piedad, una incómoda piedad, por temer que donde yo veía secreta e inconsciente colaboración en fin último del arte, anidarían en ellos sólo escrúpulos y remordimientos.

Mi amigo, cuando le entregué la novela, vio otras cosas, o eso me pareció a mí; además de la vanidad satisfecha (por fin me había persuadido para que escribiese una obra con mi nombre), vio la posibilidad de un éxito comercial y, por qué no, el descubrimiento, atribuible a él, de un nuevo autor. Demasiadas cosas tangibles, próximas como para meterse en averiguaciones sobre los motivos a los que pudo obedecer mi cambio de actitud. Por de pronto, tenía lo que quería y no era poco: una novela que, sin descender al comadreo de los nombres, de las confidencias y las revelaciones de secreto, hacía una exhibición de alusiones veladas, de reconocimientos tácitos y de miradas de inteligencia, que resultaba más explícita, para quien quisiera verla, que la obscenidad del testimonio directo. Mi cuarto a espadas, con el nombre de autor por delante, libre de la comodidad de lo anónimo y el nombre postizo, estaba hecho, y ya sólo el tiempo diría. Y vaya si dijo.

## III

–Ya te lo decía yo, acuérdate, y no hace tanto. Pero nunca me hiciste caso. Quien no ejercita sus dotes, se arriesga a perderlas. Has sido castigado, y lo peor es que ni siquiera lo acusas. Si no te conociera o, precisamente, porque te conozco bastante, diría que

hay en ti una incorregible voluntad de fracaso. Y hasta te complaces en lo sucedido. Llego a pensar que has actuado siguiendo un plan, con deliberación y advertencia. ¿Tienes lo que querías, no? Esto es lo que buscabas.

Con la misma firmeza con la que antes me instaba a escribir con mi nombre, mi amigo, quien había experimentado el fracaso de *El negro* como una ofensa personal, como una burla buscada por mí de propósito para ponerlo en evidencia, me reprochaba ahora los deplorables resultados de mi intento. No era inconsecuencia, no, eran lealtades sucesivas y contradictorias, me decía a mí mismo, pues de carecer de aquella tacha, en algo se habría rebajado su aplomo, que seguía macizo y constante, como sus palabras:

—Lo injusto de todo esto es que lo último que se ha tenido en cuenta es la novela. No es que aplauda, lejos de mí, el que escogieras un tema tan ingrato y tan proclive a las suspicacias. Te hiciste demasiado de rogar y las expectativas eran muy altas. La belleza no fue bastante como para saciar una avidez, que tú mismo creaste, y que sólo una obra incontestable de hermosura hubiera abastecido. El motivo elegido, el tráfico de nombres literarios, no era el más propicio. En el pecado llevas la penitencia, pero lo malo es que el castigo, que no hace excepción de personas, nos ha alcanzado también a otros.

Así de expeditivo, con la soberbia férrea que confiere el dolor, que, presas fáciles los humanos, siempre nos envalentona, se mostró mi amigo. Meses pasaron sin que supiera nada de mí, haciendo ostentación de ausencia, meses en los que las ondas de la piedra del escándalo de *El negro* terminaron cediendo en la orilla del lago de la indiferencia general. La atención, tornadiza y caprichosa, hostigada por el número y novedad de lo real, pronto se cansó de un asunto que sólo a mí me había sucedido. Experimenté nuevamente y sin posibilidad de refutación que las cosas nos pasan sólo a nosotros y que lo que le sucede a los demás, lo que dicen que les pasa, es sólo un testimonio de parte, un relato fan-

tástico, que está más allá de la prueba y cuya validez no nos es dado comprobar. Sólo por cortesía, por buena vecindad, me dije, y por no andar enredando y malquistándose, damos por bueno y aceptamos que a los otros les pasan cosas. De ahí a preguntarse por la realidad de los otros había sólo un paso que no di entonces no tanto porque cueste llegar a conclusiones que sospechamos que sabemos de antemano, cuanto porque cosas más apremiantes requerían mi atención.

#### IV

“Cedí a la tentación, de la que fue el instrumento mi amigo, y terminé pagando.” Esto fue lo primero que pensé, cuando hice examen de conciencia del caso. Las tentaciones, establecí, no operan como se cree vulgarmente; el mal que entrañan no está en ceder al soborno directo que nos prometen si caemos. Obran con mayor sutileza, pues la inteligencia es siempre ingrediente del mal. Las tentaciones, llegué a concluir, desatan el pensamiento, esa operación que toma nota del mundo y de sí, para dar y rendir cuentas al tribunal satisfecho de la conciencia. Querer saber, senté, no es sólo la fuente última de la desdicha, como ha dicho alguien, es el principio de error cierto. *El negro* había sido producto de esa tentación a la que había comunicado su tacha. El error había consistido en creer que el nombre (esa ilusión contaminante), que hasta ese momento había de manera rigurosa omitido, no interferiría en la obra. En el peor de los casos, pensé ingenuamente (la ingenuidad es una de las trampas más acabadas y perfectas de la voluntad de saber), será sólo una vanidad, una adherencia que no arraiga en el cuerpo artístico (la novela), que se basta a sí misma. Nada más lejos de la verdad. A los dones que me habían sido dados de capacidad de belleza, quise agregar los que lleva aparejados la personalidad, esa superstición moderna que pido y deseo que acabe, y el resultado no se hizo esperar. Lo

que sin el nombre auténtico o bajo otro postizo hubiera podido ser concreción de belleza, era sólo la cosa lamentable de la que ahora me arrepentía, y no por el fracaso ni el medido escándalo —qué se me daba a mí de eso— sino por el apartamiento de una línea de conducta que, secretamente y sin darme mayor cuenta, me justificaba.

En adelante, me persuadí, escribiría siempre para otros, omitiendo, sacrificando mi nombre. Aceptaría serenamente mi destino de *negro*. El bien superior de la belleza así lo demandaba y ¿no es la belleza el fin último del arte? Así es en efecto. La belleza, que no sabe de nombres y que huye de la atribución de personas. La belleza que despunta ya, recobrado don, en esto que escribo, en este cuento que retrata, reelaborada, la prueba máxima de mi vida, y que terminará firmando otro, la vida propia que siempre se decide y se confirma en la de los demás. Pero qué se me da a mí; para otros las palmas y la gloria, la posteridad; para mí el recóndito placer de escribir, de dar cuenta y razón del mundo, de hermosearlo con palabras. A imagen y semejanza de Dios, autor anónimo de la Creación.

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR  
EL DÍA 30 DE DICIEMBRE DE 2004